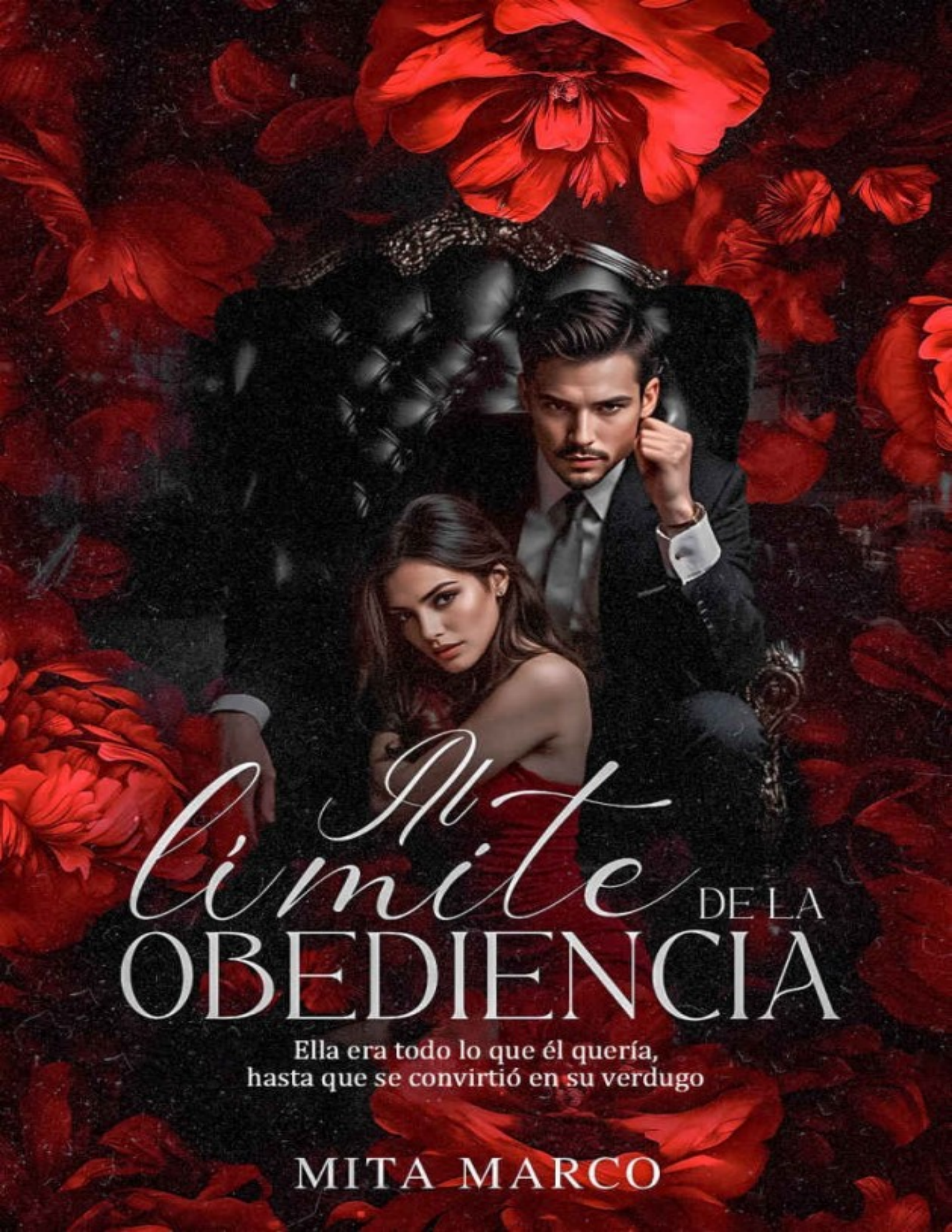
El límite DE LA OBEDIENCIA
Ella era todo lo que él quería,
hasta que se convirtió en su verdugo
MITA MARCO

El límite DE LA OBEDIENCIA

Copyrigh © 2025 Mita Marco
Portada: Bruna Silva
Corrección: Amparo Tárrega
Maquetación: Mita Marco
Primera edición: mayo 2025
Título: Al límite de la obediencia

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios, hechos o situaciones sin pura coincidencia.

Escucha la música que ha inspirado el libro en la Playlist de Spotify:
#Allímitedelaobediencia
https://open.spotify.com/playlist/4C2H9DyCceH78RnjEQyNkd?si=30febca811a644e3

Si quieres saber más sobre
Mita Marco, me tienes en:

Facebook
https://www.facebook.com/profile.php?id=100008302082742

Instagram
https://www.instagram.com/mitamarcoautora/

¡Gracias por comprar esta novela!

Índice

Índice
PRÓLOGO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
Epílogo

Prólogo

Siento sus ojos sobre mí. Unos ojos en los que llegué a confiar a pesar de todo lo que ha pasado entre ambos.

Me mira cauto, intentando hacerme entrar en razón, tratando de que, una vez más, vuelva a creer en él y regrese a su lado.

No lo haré. No puedo hacerlo.

Estoy cansada de mentiras, de amenazas, de promesas que nunca tuvo intención de cumplir; de ser esa niña buena que besa el suelo por donde pisa.

El ambiente a nuestro alrededor es tenso y las caras de quienes nos rodean no dejan lugar a dudas de lo que pasará si doy el siguiente paso.

Me da igual.

Estoy al límite, y nada ni nadie va a pararme.

Si el destino quiere que mi muerte sea en este callejón, ¿quién soy yo para evitarlo?

—Lyd —escucho su voz pronunciar mi nombre y un profundo estremecimiento me recorre el brazo. Siempre me encantó su cadencia grave y profunda, su intensidad, esa hermosa vibración cuando me hablaba al oído.

Ahora su voz suena ansiosa, quizá triste también. Pero no me fío. No puedo fiarme de él. Me ha demostrado que su palabra no vale nada y que lo más probable es que esté intentando manipularme de nuevo para llevarme a su terreno.

No lo conseguirá.

A pesar de que quiero a Alekos Mavros, mi cuerpo tiembla de dolor, porque ahora comprendo que debo elegir: él o yo. Y por la forma en que todos me miran, sé que mi rostro tormentoso ha dejado muy clara cuál es mi decisión.

Estrecho la mirada en su cara e inspiro hondo al contemplar, una vez más, el rostro del hombre por el que lo habría dejado todo sin mirar atrás y al que ahora apunto con una pistola directamente a la frente.

—Lyd, escúchame —vuelve a hablarme en un suave susurro—. Nosotros…

—No me llames así —lo corto antes de que termine—. No soy Lyd y no hay un *nosotros*.

—Nena… —suplica.

—¡Me llamo Lydia! ¡Y voy a matarte, hijo de puta!

—Te quiero.

—¡Y una mierda! ¡Levanta las manos, Alekos! ¡Donde pueda verlas!

—Si me matas, tú también morirás.

—¡¿Crees que me importa?! —grito, pegando aún más la pistola a su frente—. ¡Al menos habré librado al mundo del mayor cabrón que existe!

—Sé que me quieres. A mí no puedes mentirme. Volvamos a casa y te lo explicaré todo. Podemos arreglarlo, te lo prometo. ¡Esto ha sido un error, no lo entiendes!

—Entiendo que ya no volveré a ser tu putita obediente nunca más.

—Tú nunca has sido eso.

En la mirada de Alekos se percibe un atisbo de calidez. Me niego a creer que ese sentimiento sea verdadero, porque el tiempo que he pasado a su lado ha sido un completo engaño. Adelanta una mano para tocarme, pero no se lo permito.

—¡He dicho que los brazos en alto, joder!

—No nos hagas esto.

—¡Esto lo has hecho tú!

—¿De verdad quieres matarme?

—Juré que lo haría, ¿te acuerdas? —Elevo la comisura de mis labios—. Y voy a cumplir mi promesa.

Alekos traga saliva y asiente con seriedad, sin apartar sus ojos de los míos. Coloca los brazos, que en todo momento han estado sobre

su cabeza, en forma de cruz, abandonándose por completo a mi merced.

—Entonces, hazlo. Acaba con mi vida. —Mira de reojo a su hermano menor, quien, situado a su espalda, encañona a uno de los hombres de Dragoslav con el rostro contraído por la ira—. Christos, cuando todo acabe, a ella ni tocarla.

—¡Quiere matarte, Alek! ¡Nos ha traicionado! ¡No se merece vivir!

—¡No, escúchame! ¡La dejaréis marchar!

—¡Ya perdí a un hermano, no permitiré que me arrebaten a otro! ¡Si tengo que meterle un balazo entre ceja y ceja, lo haré, pero tú vuelves a casa con nosotros!

—¡He dicho que no la toquéis! ¡Yo doy las órdenes y vosotros las acatáis! ¡No se os ocurra ponerle una mano encima o seré yo quien os reviente la cabeza antes de que lo haga ella! —grita entre dientes y espera a que todos sus hombres asientan. Finalmente, Christos deja de oponerse a la demanda de su hermano, pero no hace falta ser demasiado listo para saber que, en cuanto presione el gatillo, seré la diana de cientos de balas. La mirada de Alekos regresa a mis pupilas—. Vamos, Lyd, hazlo ya.

—¿Tanta prisa tienes por morir? —inquiero, arqueando una ceja.

—¿De qué me sirve la vida cuando la persona a la que amo me quiere muerto?

—¡Deja de decir eso!

—¿El qué? ¡¿Que te quiero?! ¡Maldita sea, Lydia, eres mi mujer!

—¡Cállate! —le ordeno, intentando ignorar el inmenso dolor que me presiona el pecho. Es como una jodida bola de demolición que está destrozándome por dentro.

Una lágrima rebelde cae por mi mejilla mientras recorro con la mirada, una vez más, el cuerpo del hombre que me arrebató todo lo que conocía y me empujó al caos—. Tienes razón, acabemos con esto.

—Dispárame en el corazón. Total, ya está muerto.

—¿Y si quiero verte sufrir igual que tú hiciste conmigo?

—Pues hazme sufrir. No me moveré. —Me acerco más a él y aprieto la boca del arma contra su frente. Cuando apenas nos

separan unos centímetros, Alekos curva sus labios y me contempla con una anhelante sonrisa—. Mi chica desobediente.

Las lágrimas me mojan las mejillas por lo que estoy a punto de hacer. No hay marcha atrás. Esto es el fin.

Lleno mis pulmones de aire y, cuando me armo de valor, aprieto el gatillo, logrando que un gran estruendo resuene a nuestro alrededor y cientos de gotitas de sangre me cubran el rostro.

1

Elunda, isla de Creta.
Seis meses antes.

Lydia

Como cada noche, el club está a reventar. Tanto en la pista de baile como en la zona de juego no cabe ni un alma, así que mi ritmo de trabajo ha sido frenético desde que empezó el turno en la barra.

En este diminuto espacio trabajamos tres mujeres, sirviendo cócteles y haciendo malabares para no chocarnos ni tirar alguna de las carísimas botellas con las que mi jefe obsequia a sus mejores clientes. Además, la escasa iluminación no ayuda y los neones que rodean la barra resultan muy molestos para la vista.

Me seco el sudor de la frente al servir el último cóctel y resoplo, ya que el calor es agobiante. A pesar de que la climatización está encendida, se queda bastante corta cuando el club se abarrota en pleno verano.

—¡Eeeh! ¿Queda por ahí alguna botella de *tsikoudia*?

La voz de Calista en mi oído logra que me sobresalte.

Aparece a mi lado con su sonrisa deslumbrante, su mítico pelo rapado y su brazo derecho repleto de tatuajes de colores, que empiezan en la muñeca y le llegan hasta el hombro.

Además de ser mi compañera de trabajo, Calista y yo nos conocemos muchos años, desde que viajó a España de Erasmus al cumplir la mayoría de edad. Congeniamos tan bien que nunca llegamos a perder el contacto después de que se marchara.

De hecho, fue ella la que me animó a probar suerte en su país cuando me quedé sin trabajo. Total, no tenía nada que perder. Metí

toda mi ropa en un par de maletas, cogí el primer avión con destino a Creta y me lancé a la aventura.

¿Fue jodido?

Mucho.

Me costó aprender el idioma y es una mierda estar tan lejos de mi familia, pero, después de nueve meses en Grecia, puedo afirmar que no me arrepiento en absoluto de mi decisión.

Mis ojos vuelven de nuevo a ella y me doy cuenta de que suda igual o más que yo. Por el canalillo de su escote resbala una rápida gota que se pierde bajo su camiseta negra.

—Sí, toma, aquí queda un poco —respondo, mostrándole el aguardiente cretense que bebe la mayoría de los clientes del club—. Es la última botella.

—Ahora voy al almacén a por más.

—Trae también ginebra.

Calista asiente, llena una copa con lo que queda de la *tsikoudia* y se la entrega a la mujer rubia que espera su cóctel. Cuando termina, vuelve a prestarme atención.

—Oye, ¿qué haces luego? No te irás a casa tan pronto, ¿verdad?

—Ese era el plan.

—¿Te apetece quedarte un rato con nosotros a tomar algo?

—¿Con mi jefe y su novia? ¿Eso no se considera horas extras?

—¡Cállate, idiota! —exclama riendo y me da un suave empujón con el hombro—. Te quedas y punto. Además, también viene Zubin. Seguro que tiene ganas de verte.

La comisura de los labios se me curva en una sonrisilla inesperada cuando escucho ese nombre.

Zubin y yo llevamos tonteando desde hace meses, aunque todavía no ha pasado nada entre nosotros. Es un gran amigo de Laza, el novio de Calista, y, como él, es de origen serbio, muy divertido y amable. Y es posible que me apetezca que nuestro tonteo dé un pequeño paso adelante. Ya va siendo hora.

Sé que él también quiere, porque me lo ha insinuado en varias ocasiones. Si no hemos llegado más lejos, ha sido porque voy con el freno puesto. Es el mejor amigo de mi jefe, son inseparables, como hermanos, y no quiero problemas.

Mis pensamientos se esfuman cuando llegan de golpe diez personas a la barra. Me concentro en atenderlos, en saludarlos amablemente, pues todos son viejos conocidos.

Ni una cara nueva en el club.

Nunca.

¿O puede que esta vez sí?

De repente, ante mí aparece un hombre moreno, muy alto, que apoya los antebrazos sobre la madera. Desprende tal autoridad que sería imposible no reparar en él.

Va vestido con una camisa y una impoluta americana negra, con las que debe de estar pasando un calor de locos. Es atractivo, tiene los ojos oscuros, el pelo muy corto y un llamativo tatuaje de una serpiente que le asoma por el cuello.

Cuando nuestros ojos coinciden, me sonríe casi por obligación mientras señala detrás de mí, hacia las estanterías de las bebidas.

—Ponme un Macallan doble.

—¿Con hielo?

—¿Hielo? Joder. —Enarca las cejas y clava sus oscuros ojos en mí, como si me faltase medio cerebro y fuese digna de lástima—. ¿Quién estropea un whisky así echándole hielo?

—Eeem…, ¿mucha gente?

—Sin hielo —aclara de nuevo por si no me había quedado lo suficientemente cristalino.

No tardo más de veinte segundos en despacharlo y meter el dinero en la caja registradora, mas, cuando levanto los ojos de nuevo hacia él, veo que ya se marcha. Baja por las escaleras hacia la zona de juego, donde decenas de personas apuestan cantidades ingentes de dinero en las partidas de póker.

—¿Qué te ha dicho?

Una vez más, Calista se encuentra a mi lado, pero esta vez su mirada está fija en el desconocido. En mi amiga se percibe la desconfianza.

—Me ha pedido un whisky doble.

—¿Solo eso? ¿Un whisky?

—Sin hielo. —Me humedezco los labios, pensativa—. ¿Quién es?

—Eeeh, no, nadie, no te preocupes.

—¿No me preocupo y parece que acabas de ver a un fantasma?

Ella sacude la cabeza y se echa a reír como si nada.

—No estoy acostumbrada a que venga gente nueva al local.

Ya. Yo tampoco. Este bar no es muy conocido en la isla ni tan exclusivo como los clubs de las ciudades de Heraclión o Chaniá. De hecho, aquí solo vienen los del pueblo, y en Elunda nos conocemos todos.

Sin embargo, no termino de creerme las palabras de Calista, porque, por su forma de actuar, estoy segura de que conoce su identidad.

¿Será un exnovio?

¿Un pariente con el que está disgustada?

¿Un inspector de policía?

No, un inspector no. Pondría la mano en el fuego.

Los de seguridad no lo habrían dejado pasar sin una orden de registro. La sala de juegos del sótano es ilegal. Laza y ella se meterían en serios problemas si un trabajador del gobierno la descubriese.

Dos nuevas camareras entran en la barra cuando termina nuestro turno, así que Calista y yo nos cambiamos de ropa en los vestuarios del personal, situados cerca del almacén.

Me lavo rápido frente al espejo para desprenderme del sudor y saco de mi bolso una blusa blanca de punto que deja a la vista las mariposas que llevo tatuadas en la espalda.

Recojo mi pelo en una coleta alta. Lo llevo más largo que nunca y a veces me cuesta manejarlo, sobre todo por la humedad que hay en la isla.

Para terminar, me pongo un poco de máscara de pestañas y un brillo de labios que les proporciona un aspecto más jugoso. Aunque, no sé para qué. Si todo sale como espero y me decido a dar el paso por fin, Zubin va a encargarse de que no quede ni rastro cuando nos estemos liando a lo bestia.

Una vez Calista termina de cambiarse de ropa, salimos de los vestuarios y cruzamos la pista de baile en dirección a la sala privada

de mi jefe. Desde allí se puede ver todo lo que ocurre dentro del local y, al mismo tiempo, disfrutar de privacidad, ya que está construida con espejos unidireccionales.

Es una estancia amplia y lujosa, que también funciona como despacho. Hay una *chaise longue*, un sillón orejero de piel y un opulento mueble bar con las mejores bebidas del local.

Laza, mi jefe y novio de Calista, está sentado frente al escritorio. Observa las imágenes de las cámaras de vigilancia de la sala de juego con el ceño fruncido. Algo, o más bien alguien, parece haber llamado su atención: el desconocido de antes, el del whisky sin hielo. Juega al póker junto a tres hombres a los que tampoco conozco y que, al igual que él, visten con elegancia.

—Laza —lo llama mi amiga al darse cuenta de que no se ha percatado de nuestra presencia.

Cuando fija sus ojos en nosotras, una amplia sonrisa curva de repente sus labios y su ceño fruncido desaparece. Va al encuentro de su novia para darle un intenso beso, al que ella responde de buena gana.

Mi jefe es un tipo guapo, alto y fuerte, con marcados rasgos eslavos y un abundante cabello rojizo que siempre lleva repeinado hacia atrás. Por lo general es una persona tranquila, de buen carácter y amable, pero, cuando algo no sale como quiere, mejor no te pongas en su camino si no quieres verlo gritar como un auténtico tarado. La única que consigue calmarlo en esas ocasiones es Calista.

—¡Eh! ¡Si molesto, me voy! —No dejan de comerse la boca como si llevasen semanas sin verse. Estos dos siempre están igual. A veces me asombra tanta pasión, sobre todo porque llevan juntos más de cinco años.

—Si te vas, Zubin me mata —responde él mientras se dirige al mueble bar, tras soltar por fin a mi amiga—. Lleva toda la semana preguntando por ti.

—Sabe donde trabajo. Y donde vivo. Solo tiene que buscarme.

—Después de tanto tiempo dándole largas, el pobre no sabe qué hacer para llamar tu atención —añade Calista, dándome un suave empujón con el hombro.

—A tu amiga le gusta tensar la cuerda.

—Yo no tenso nada —le replico, poniendo los ojos en blanco.

—¡¿Que no?! ¡Joder, Lydia, el pobre Zubin tendrá los huevos morados de tanto esperar!

—¡Mira que eres bestia!

—¿Quién tiene los huevos morados? —Una nueva voz se suma a la conversación. Cuando giramos la cabeza, vemos entrar a Zubin, quien, vestido con unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca, nos mira con una mezcla de diversión y curiosidad. Es un tío muy guapo. Rubio, alto, fibroso, con una sonrisa bonita y ojos penetrantes de color miel—. ¿De quién estáis hablando?

—De ti —responde Laza como si nada.

—¿Y por qué supones que tengo los huevos morados?

—Porque Lydia está haciéndose de rogar —salta Calista como la cabrona que es.

—Ah, por eso. —Se encoge de hombros—. Bueno, un poco, sí.

Nuestras miradas coinciden. Nos sonreímos y me guiña un ojo. Estoy a punto de invitarlo a sentarse a mi lado en el sofá cuando Laza le pasa una copa con un licor ambarino y señala hacia la cámara de vigilancia de la sala de juego, donde ya no hay rastro del desconocido de antes ni de los que lo acompañaban en la partida de póker.

—¿Sabes lo que querían?

—No —admite Zubin, después de darle el primer trago a su bebida—. Se han ido antes de poder acercarme. Lo más probable es que hayan venido a terreno neutral para cerrar algún trato.

—¿Precisamente aquí?

—¿Es que no hay más clubes donde Mavros pueda hacer esas mierdas? —añade Calista, contrariada. Sin embargo, cuando se da cuenta de cómo la miro, me sonríe fingiendo inocencia. Me ha mentido. Sabía en todo momento la identidad de ese hombre.

—¿Mavros? ¿Quién es? —preguntó, extrañada por tanto secretismo.

—Pues, eeeh…

—Un tipejo al que es mejor evitar —la interrumpe Laza—. Nadie que deba preocuparte.

—Y como ya se ha ido, tampoco es nuestro problema —añade Zubin, sentándose al fin a mi lado, tan cerca que nuestras piernas se rozan.

Me habría encantado seguir preguntando por el desconocido; no obstante, me limito a asentir y aceptar que, por ahora, tendré que quedarme con la duda, ya que Laza y Calista se enfrascan en otro tema.

Doy un suave trago al licor de mi copa y asiento varias veces cuando me preguntan algo. Poco a poco, el recuerdo del desconocido se borra de mi mente. Participo de lleno en la conversación, río a carcajadas y también rozo con más audacia mi pierna con la de Zubin, quien, sentado a mi lado, aprovecha la mínima ocasión para acariciarme la mano.

—Así que hoy he descubierto que el ladrón que me robaba los cacahuetes era una puta rata —se carcajea Laza mientras continúa con su historia, palmeando la madera de la mesa auxiliar.

—¡¿Una rata en el almacén?! —Calista pone cara de asco.

—Ya está limpio. Encontraron a esa hija de puta comiendo dentro de una de las bolsas.

—La habréis tirado, ¿no? —pregunto con aprensión.

—¿Si hemos tirado la rata?

—¡No, la bolsa!

—Joder… —Laza frunce el ceño, pensativo—. Pues no lo sé, creo que la tiraron las mujeres de la limpieza.

Calista se lleva las manos a los ojos y resopla.

—¿No me digas que llevamos toda la santa noche sirviendo cacahuetes de esa bolsa? —Se levanta rápido del sofá y tira de la mano de su novio para que también lo haga—. ¡Vamos!

—¿Qué? ¿Adónde?

—¡A comprobar que no estamos intoxicando a nuestros clientes con cacahuetes llenos de mierda de rata! ¡Ahora volvemos! —nos dice, caminando a toda prisa hacia la salida de la sala.

Cuando desaparecen por la puerta, Zubin y yo nos miramos y sonreímos.

Apenas hemos hablado desde que llegó, pero la energía que fluye esta noche entre nosotros es diferente. Quizá porque he decidido

dejarme llevar por fin y dar rienda suelta a la atracción que siento por él. Zubin me gusta, es guapo y divertido. Y las ganas de sexo me están empujando hacia el mejor amigo de mi jefe. Llevo más de un año sin echar un polvo.

—Dime que no has comido de esos cacahuetes —comenta con una sonrisa divertida en los labios.

—De ser así, estaría vomitando sobre tu camiseta.

—Mmm… Ahora que lo pienso, eso tampoco sería tan malo.

—¿Te gusta que te vomiten encima? ¿Es algún fetiche? —Me carcajeo.

—¡No, estúpida! —Se ríe conmigo y me rodea por los hombros, acercándome la oreja a su boca—. Sería la excusa perfecta para que me dejases cuidar de ti.

—Las citas en Urgencias no tienen pinta de ser muy románticas.

—Contigo tendría una cita incluso dentro de la boca de un tiburón.

—¿Siempre eres tan original cuando invitas a una chica a salir?

—No me queda más remedio que serlo, Lydia, porque no haces más que resistirte.

Mis ojos coinciden con los suyos y sonrío sin pretenderlo. Esa declaración de intenciones me ha gustado, sí, señor.

En el rostro de Zubin se lee el deseo. Se humedece los labios al tiempo que fija sus ojos en mi boca con un anhelo que me hace suspirar.

Sé que quiere besarme.

Y yo a él, también.

Así que me acerco lento, hasta que nuestras narices se rozan levemente. Lamo con suavidad su labio inferior, haciéndolo gemir y abandonarse por completo. Rodea mi cintura con delicadeza y nos fundimos en un beso cálido y muy agradable.

—Joder, Lydia, estaba deseándolo —susurra contra mis labios—. Creía que nunca te decidirías.

Enredo las manos en su pelo rubio y cierro los ojos cuando su lengua se abre paso dentro de mi boca.

Zubin besa bien. Es atento, sensual y tierno. Sus manos me tocan casi con reverencia, como si fuera de porcelana y temiera hacer algo

que me disgustase. Por el contrario, yo tiro de su pelo y lo animo a acariciarme con más intensidad.

—No me voy a romper —digo, mordiendo su labio inferior—. Vamos, tócame.

—¿Estás segura?

—Sí.

—No quiero asustarte.

—¿Tengo cara de asustada?

—Laza y Calista vendrán enseguida.

—Pues vámonos —respondo con sensualidad.

Zubin jadea al comprender mis intenciones y me besa de nuevo, esta vez de forma fugaz. Mi cara debe de gritar la palabra «sexo», porque enseguida se levanta del sofá y espera a que lo imite.

—¡Joder, sí, vámonos!

Cruzamos la pista de baile, evitando a toda costa encontrarnos con Laza y mi amiga. Zubin me conduce hacia la puerta. Quiere que nos marchemos del club, pero encontrar un sitio donde poder follar va a llevarnos demasiado tiempo, así que, antes de llegar, tiro de su mano y lo hago cambiar de dirección.

—A los vestuarios de los trabajadores, nunca hay nadie. —Le guiño un ojo.

Incluso antes de llegar, ya me ha cogido en brazos y vuelve a besarme. Recorremos el trayecto que falta hasta la puerta de los vestuarios comiéndonos la boca y gimiendo por las ganas de sexo.

Una vez dentro, Zubin aparta sus labios y resopla. No hay nadie. Es el lugar ideal para hacer todo lo que queramos, pero a él no parece gustarle.

—Hace demasiado calor. No hay climatización.

—Follando también se suda.

—No quiero que el recuerdo de nuestra primera vez sea mi cara roja como la de un pavo chorreando sudor.

Su respuesta me hace reír de nuevo.

—¿Y qué sugieres?

—¿Alguna vez lo has hecho al aire libre?

—Mmm… Puede ser.

—Genial. Entonces, nos vamos.

Ni siquiera se molesta en dejarme en el suelo. Zubin me transporta en volandas. Nuestras bocas vuelven al ataque al tiempo que cruzamos el pasillo de los trabajadores y llegamos a los almacenes donde guardamos toda la bebida.

Una vez allí, se dirige a la pequeña puerta metálica que conduce al callejón trasero del club, donde tendremos intimidad. Es un lugar bastante oscuro, sin casas alrededor. Y lo mejor de todo: no nos asfixiaremos de calor.

Con su boca sobre la mía, Zubin pelea con el pomo hasta que por fin abre la puerta. Un gemido de victoria escapa de su boca en cuanto siente el frescor de la noche sobre nosotros.

Tal y como imaginaba, está bastante oscuro, y eso me da alas para volver a mordisquear sus labios. Me concentro en lamerle la boca, en enredar mis manos alrededor de su cuello y exigirle que me toque con más ímpetu. Sin embargo, en lugar de seguir besándome, noto que Zubin se queda paralizado.

—Zubin…, vamos —gimo al tiempo que golpeo suave sobre su hombro—. ¡No te quedes parado, vamos!

—¿Qué cojones…? —comenta él, separando del todo nuestras caras. Fija su atención a unos metros de distancia.

Todavía me sostiene en brazos y, como estoy de espaldas, no veo qué es lo que le ha impresionado tanto. Lo que sí noto es que se le acaban de agarrotar los brazos y los latidos de su corazón se han acelerado una barbaridad.

Frunzo el ceño sin dejar de mirarlo y lo obligo a bajarme al suelo. No sé qué le pasa, pero ha empezado a jadear como si le faltase el aire.

—¿Estás bien? —Por más que llamo su atención, sus ojos no se despegan de algo a varios metros de distancia. Así que decidida a averiguar qué es, me doy la vuelta.

Entonces yo también lo descubro.

Frente a nosotros hay un hombre tirado en el suelo sobre un enorme charco de sangre.

Me empiezan a temblar las piernas y tengo que apoyarme en Zubin porque siento un repentino mareo provocado por la crudeza de la escena.

Está muerto. Es imposible que una persona siga viva después de haberse desangrado de esa manera. Tiene la parte superior de la cabeza reventada por lo que parece un balazo.

Pero eso no es todo.

Cuando mis ojos se posan en él, hay algo que llama mi atención.

El muerto tiene una serpiente tatuada en el cuello.

Y su ropa: la camisa y la americana negra.

Joder.

¡Es él!

¡El desconocido del club!

Me llevo las manos a la boca y ahogo un jadeo de terror.

—Zubin…

—¿Qué coño…? Joder —habla él con la voz temblorosa—. Han matado al jodido Yannis Mavros.

—¡Dime quién es! ¿De qué lo conocéis? —No me responde, porque el terror que se refleja en sus ojos lo tiene completamente paralizado—. ¡Zubin, contesta! ¡¿Quién mierda es este tío?!

—¡Tenemos que irnos de aquí, Lydia!

Coge mi mano y tira de mí hacia el interior del club; sin embargo, me resisto.

—¡No podemos dejarlo ahí! ¡Tenemos que pedir ayuda!

—¡Nadie puede vernos con él!

—¡No vamos a dejarlo solo!

—¡Está muerto!

—¡Hay que llamar a la policía! —exclamo, soltándome al fin de su agarre—. ¡Zubin, es lo correcto!

—¡No, no lo entiendes! ¡Tenemos que ir…! —No le da tiempo a responder. De pronto, el estruendo de una lluvia de disparos estalla a nuestro alrededor. Mi primer instinto es lanzarme al suelo y pegarme todo lo posible a la pared. Cuando vuelvo los ojos hacia Zubin, él me mira horrorizado—. ¡Ya están aquí!

—¡¿Quiénes?! —Los disparos rugen por todas partes y, a lo lejos, aparecen tres hombres trajeados avanzando hacia nosotros, apuntándonos con sus armas. Si no nos han dado aún, es solo porque la oscuridad les impide ver con claridad nuestra posición—. ¡¿Quiénes son?!

—¡Los putos Mavros! ¡Levántate del suelo! ¡Tenemos que llegar hasta la puerta del club y ponernos a salvo! ¡Aaah! —Zubin se agarra el brazo cuando un disparo le alcanza—. ¡Levántate de una vez o nos matarán!

Asiento convulsivamente y me arrastro pegada a la pared en dirección a la puerta. Las lágrimas caen ardiendo por mis mejillas, pero no puedo despegar los ojos de esos tres hombres que cada vez están más cerca.

Tras otra ráfaga de disparos, Zubin se pone a salvo detrás de un contenedor, esperando a que llegue hasta él. Sin embargo, cuando estoy a punto de conseguirlo, noto un fuerte ardor en el costado que me hace gritar de dolor.

—¡Aaah, mierda! —Cuando fijo la mirada en mi cuerpo, veo que mi blusa blanca comienza a teñirse de rojo debido a la sangre. Acaban de dispararme—. ¡Zubin!

Me duele tanto que me quedo sin fuerzas para seguir avanzando hasta el club.

—¡Te han dado, joder! —grita él, golpeando la pared.

—¡Ayúdame! —Presiono la herida y cierro los ojos porque la pérdida de sangre empieza a debilitarme.

No obstante, cuando vuelvo a abrirlos y busco a Zubin de nuevo con la mirada, lo veo corriendo en dirección al club, esquivando las balas y dejándome atrás.

—¡Zubin, vuelve! ¡No me dejes aquí!

Él se gira unos segundos y me observa con el rostro desencajado.

—¡Están demasiado cerca! ¡Nos matarán a ambos!

—¡Vuelve! —Me estoy mareando.

—¡No puedo hacer nada!

—¡Sí que puedes! —Trago saliva y me obligo a seguir con los ojos abiertos, porque cada vez me pesan más—. Por favor…

—Lo siento, Lydia, tengo que avisar a Laza. —Y tras su cobarde decisión, entra en el club y cierra la puerta para ponerse a salvo, dejándome a merced de esos asesinos y sus balas.

Lloro desesperada, dándome cuenta de que los tres hombres están demasiado cerca, y aprieto un poco más la herida del costado para contener la sangre, que sigue brotando sin parar. El dolor es

tan insoportable que sé que no podré aguantar mucho más. Estoy a punto de perder el conocimiento. Veo cientos de estrellitas brillantes ante mis ojos.

Me noto demasiado débil.

Apoyo la cabeza sobre el frío asfalto y rezo para que todo esto acabe de una vez, hasta que, al fin, caigo de lleno en la negrura de la inconsciencia.

2

Lydia

No sé cuánto tiempo estoy inconsciente, pero al abrir los ojos todavía es de noche. A mi alrededor está muy oscuro, no veo nada más que una tenue luz verdosa a varios metros de distancia.

Me siento demasiado débil para pensar, estoy agotada; sin embargo, lo que sí sé es que ya no me encuentro en el callejón. No noto la dureza del suelo en mi espalda, ni la humedad del ambiente sobre mi piel. No hay ruido de coches, no cantan los grillos, no se escucha el murmullo de la gente que camina por las calles. El silencio es absoluto. Tampoco hay disparos.

Estoy a salvo.

Mi cuerpo descansa sobre un mullido colchón y el olor a desinfectante es tan intenso que me provoca náuseas.

Comienzo a incorporarme para averiguar dónde estoy, pero un fuerte dolor en el costado me hace contener el aliento y dejarme caer de nuevo sobre la cama.

—Mierda —susurro con los ojos cerrados con mucha fuerza, intentando no gritar.

Me llevo una mano bajo las costillas y siento el suave tacto de una venda sobre la herida. Sin embargo, no es eso lo que llama mi atención, sino lo que tira de mi brazo y no me permite moverlo con normalidad.

Al fijarme mejor, descubro una vía intravenosa por la que están suministrándome algún tipo de medicamento.

Los recuerdos de lo sucedido en el callejón regresan a mí de golpe: el cadáver de ese hombre, el rostro desencajado de Zubin, los disparos, la sangre y después… oscuridad.

Un par de lágrimas escapan de mis ojos al recordar el miedo tan atroz que pasé al imaginar que todo acabaría allí.

No entiendo nada.

No sé por qué comenzaron a dispararnos, pero doy gracias por seguir viva y porque alguien me llevase a un hospital para que pudiesen sacarme la bala.

El dolor del costado deja de molestarme una vez vuelvo a quedarme quieta sobre la cama, así que decido no volver a moverme.

Fuerzo la vista para mirar a mi alrededor, pues no sé si Calista está en la habitación acompañándome. Por más que intento vislumbrar algo más allá de la cama, no puedo. La oscuridad es total, menos por esa luz verde, la típica luminaria que indica la salida de emergencia.

—¿Hola? —hablo con la voz tomada por la debilidad—. ¿Hay alguien?

Ni siquiera han pasado dos segundos cuando las luces se encienden de golpe. Tengo que cerrar los ojos hasta que me acostumbro a la alta luminosidad que baña la estancia.

Una vez examino lo que tengo alrededor, frunzo el ceño. Estoy en una especie de quirófano muy amplio donde todo parece aséptico e impoluto. Aparte de la cama en la que me encuentro, hay otras tres vacías, vestidas debidamente con sábanas blancas, como si allí tuvieran la costumbre de intervenir a varias personas a la vez.

Las paredes están cubiertas por armarios metálicos y estantes repletos de sueros. Hay instrumental médico que no conozco, rollos enormes de vendas y varios monitores de signos vitales.

No obstante, lo que me resulta más extraño es que todavía llevo puesta mi ropa manchada de sangre. Además, me han atado la cintura y los pies con gruesos cinturones de cuero que me limitan el movimiento. Estoy totalmente inmovilizada.

¿Qué clase de hospital es este?

Antes de poder hacerme más preguntas, la puerta del fondo se abre y, por ella, aparece un hombre de mediana edad vestido con un mono blanco y un par de bolsas de plástico cubriendo sus zapatos, para no contaminar el quirófano con la suciedad del exterior, supongo.

Es un tipo delgado y serio, de rostro alargado, ojos redondos bastante juntos, que comienza a caminar hacia mí con una expresión impersonal en el semblante.

—Doctor —digo, forzando una sonrisa para que no se note mi nerviosismo—. Menos mal que veo a alguien que…

—¿Cómo te encuentras? —me interrumpe él, destapando levemente la venda de mi costado para echarle un vistazo a la herida—. ¿Te duele?

—Si no me muevo, no.

—Entonces, no te muevas. Los analgésicos que te estamos administrando no hacen milagros.

—¿Podría soltarme los cinturones? Aprietan.

El médico me mira a la cara con la misma expresión indiferente.

—No.

—Es que necesito…

—¡No! —sentencia antes de girarse para comprobar cuánto suero le queda a la bolsa que suministra a la vía intravenosa.

Frunzo el ceño y niego con la cabeza al tiempo que forcejeo con los pies intentando soltar el cinturón.

—¿Qué clase de médico ata a sus pacientes?

—Uno con muy poca paciencia.

—¿En serio? ¡Pues voy a poner una reclamación!

—Me encantaría verlo. —Se ríe entre dientes.

—¡Lo verá! ¡Me duelen los pies de tenerlos sujetos tan fuerte!

—Mira, niña, un dolor de pies es el menor de tus problemas ahora mismo, créeme.

—¡Muy bien, pues me largo de aquí! ¡Llamaré para que vengan a recogerme! ¡Deme mi teléfono!

—¡No estás en un jodido hospital! —explota al fin, logrando que contenga el aliento—. ¡Así que más te vale cerrar la boca de una puta vez, porque si no tuviera órdenes de mantenerte con vida, habría estado encantado de verte morir desangrada en aquel callejón!

Esas últimas palabras se llevan todo el color de mi piel. Me quedo sin habla, pálida, casi sin respiración. El supuesto médico me mira con un odio que me acelera el corazón, porque sé que dice la

verdad. Su cara no miente, le habría encantado haberme dejado morir.

Siento un gran nudo en la garganta que no me permite tragar. No estoy en un hospital y dudo mucho que él sea médico de verdad.

Jadeo, aterrorizada, y otra lágrima resbala por mi mejilla hasta que cae y moja la almohada.

—¿Dónde… Dónde estoy? —pregunto con un hilo de voz.

—No me corresponde a mí contestar esa pregunta.

—¿Qué hago aquí? ¿Quién me ha traído a este sitio? —No responde, se limita a seguir comprobando la medicación de las bolsas e ignorarme deliberadamente—. ¡Diga algo, joder!

—No me pagan para responder preguntas. —Saca del armario una nueva bolsa de medicamento y la cuelga junto a las otras para administrármela también en vena. Anota algo en una libreta y me mira una última vez—. Ellos hablarán contigo después del entierro. Te sugiero que descanses y cojas fuerzas, las vas a necesitar.

Tengo las mejillas mojadas por las lágrimas y me tiemblan las piernas por el terror que me provocan sus palabras. Lo miro suplicante, porque todo lo que ha salido de su boca ha sonado a amenazas. Sin embargo, cuando me armo de valor y me decido a pedirle que me ayude, los ojos comienzan a cerrárseme. No comprendo lo que pasa, pero de repente tengo mucho sueño.

No sé qué es esa última bolsa de medicamento que ha conectado al tubo, pero no tardo ni un minuto en volver a dormirme.

Cuando recobro el conocimiento, el quirófano todavía está iluminado. Abro levemente los ojos y fijo la mirada en el techo, intentando despejarme. Noto el cuerpo muy pesado y mis extremidades no responden a las órdenes de mi cerebro.

Me han drogado. La bolsa que ese tipo conectó al tubo intravenoso llevaba alguna clase de sedante.

La sala está vacía, no hay ni rastro del falso médico de antes. Estoy sola junto a todos esos artilugios que llenan el quirófano. El único objeto que llama mi atención es una silla de ruedas que no estaba allí la última vez. La habría visto.

Intento volver a incorporarme, pero mi cuerpo sigue sin responder. Solo puedo mover los brazos levemente.

Cuando lo intento de nuevo, escucho voces que se acercan y alguien abre la puerta.

Cierro los ojos.

Finjo estar todavía dormida.

Necesito algo de tiempo, pensar la manera de convencer a ese hombre de que me deje marchar.

—Ha sido un día de mierda. La familia está destrozada. —Es el falso médico, quien entra en el quirófano hablando con alguien—. Yannis no se merecía una muerte así.

—El hijo de puta era un cabrón de cuidado, pero todos lo queríamos. —Es la voz de otro hombre que no reconozco. Suena ronca y algo rasgada—. Aunque quien más pena me da es el chico.

—Es el que peor lo va a pasar de todos. Solo tiene quince jodidos años y ha perdido a su padre y a su madre en menos de ocho meses.

—Esto no va a quedarse así, lo sabes, ¿verdad? ¿Has visto la cara de Alekos? Va a cargarse a media Creta hasta que no encuentre al asesino de su hermano.

—La muerte de Yannis va a provocar un maldito baño de sangre —añade el médico tras un largo suspiro—. En fin. Venga, ayúdame con esta. Todavía no se ha despertado y tenemos que sacarla de aquí.

Se refiere a mí, lo sé porque ambos caminan hasta que noto sus piernas rozar las sábanas de la cama. Me obligo a continuar con los ojos cerrados y no delatar que estoy despierta.

—Está buena, ¿verdad? —dice el otro hombre mientras pasa un dedo por mi brazo.

—Tendría que haberse despertado ya. Hace una hora que le quité el sedante.

—¿No estará muerta? Ha perdido mucha sangre.

—No, imbécil, sé lo que hago. A mí no se me muere nadie.

—Podríamos aprovechar que todavía está dormidita y ver si su coño es igual de bonito que su cara.

Al escuchar sus palabras, me tenso, pero sigo obligándome a permanecer impasible.

—Andru, ella no está aquí para que tú folles —lo reprende el médico.

—Uno rápido. Su último polvo. Esta puta no va a llegar con vida a la medianoche. No se va a enterar nadie.

—Me voy a enterar yo, y no me sale de las pelotas. Cuando terminen con ella, quizás os dejen jugar con lo que quede de su cuerpo.

—Quedará un muñón ensangrentado —se carcajea el otro y escucho cómo palmea la espalda del médico.

—Venga, déjate de gilipolleces y ayúdame a sentarla en la silla de ruedas. Ellos bajarán en un rato y tenemos que llevarla a la sala con los otros cuatro hombres.

Me tenso todavía más cuando siento sus manos sobre mi cuerpo. Uno de ellos desata la correa de mi cintura, mientras que al otro parece costarle un poco más soltarme los pies.

De repente, unas manos me tocan los pechos. Alguien empieza a manosearme, a meter sus dedos bajo la blusa y a apartarme el sujetador.

El hormigueo de asco en mi garganta es tal que abro los ojos y le doy un golpe en la cara como buenamente puedo, porque todavía siento que las fuerzas me flaquean.

—¡Aaah, hija de puta! —grita el nuevo, quien, ahora que puedo verlo, me resulta bastante amenazador. Tiene la piel morena, es alto y fuerte como un armario y me mira como si quisiera retorcerme el cuello. Se lleva las manos a la nariz—. ¡Maldita zorra, ¿qué coño has hecho?!

—¡A mí no me toques! —le advierto con la voz temblorosa, porque, a pesar de mi reacción, estoy muerta de miedo.

—Conque sí que estabas despierta, ¿eh? —El falso médico sonríe y continúa desatando mis pies.

—¡Despierta y muerta! —me amenaza el otro, levantando el puño para golpearme. Tiene la nariz enrojecida y llena de sangre.

—¡Andru, quieto!

—¡Me ha roto la jodida nariz, es justo que yo le rompa la suya!

—¡Para de una vez! —grita el médico, mirándolo con advertencia —. ¡Ayúdame a sentarla en la silla y lárgate de aquí!

El tal Andru maldice entre dientes y me observa con una amenaza implícita en sus oscuros ojos, pero se limita a obedecer.

Entre los dos me levantan en peso y me transportan hasta la silla de ruedas, donde me sientan sin mucho cuidado.

—¡Aaah, Dios! —gimo al sentir el intenso dolor en el costado. Me mareo durante unos segundos, por lo que tengo que cerrar fuerte los ojos.

—Esto no se va a quedar así, puta —me susurra Andru al oído con un tono grave y amenazante que me pone los pelos de punta—. Cuando los Mavros terminen contigo, me encargaré de destrozar lo poco que quede de ti.

Me obligo a no llorar hasta que me quedo a solas con el médico. Pero una vez desaparece el otro por la puerta, las lágrimas se agolpan en mis ojos y resbalan por mis mejillas sin ser capaz de contenerlas. Mi cuerpo se convulsiona por el llanto y me abandono a él por el miedo y la incertidumbre.

—Ayúdame, yo no he hecho nada —le pido entre lágrimas.

—Te llevaré a la otra sala —declara sin más, empujando la silla de ruedas.

—Por favor…

No hay palabras de consuelo. Nada. Se limita a guardar silencio, sacarme de ese quirófano y conducirme por un oscuro pasillo hasta llegar a otra estancia todavía más oscura.

Esta sala también es amplia, pero el suelo y las paredes distan mucho de estar tan impolutos. Huele a sudor y orina.

Al fondo hay un gran armario de metal, medio vacío, con las puertas abiertas y repletas de agujeros. Un poco más adelante, una silla de hierro con correas en cada reposabrazos y, a su lado, una mesa de madera llena de objetos afilados expuestos en orden de tamaño: cuchillos, tijeras, hachas, clavos, sierras…

Se me corta la respiración cuando mis ojos se posan en el último de los objetos: una porra con púas.

Estoy en una jodida sala de tortura.

—¡Yo no he hecho nada! —Jadeo y giro la cabeza hacia el médico, con la desesperación reflejada en los ojos—. ¡Por favor, no sé quiénes sois, no conozco al tal Yannis! ¡No lo había visto en mi vida!

—Silencio.

—¡Pero…!

—¡Shhh! Ellos no tardarán en venir.

Me encuentro tan mal, entre la herida y la ansiedad, que no sigo suplicando por una oportunidad, porque las lágrimas no me dejan.

De repente, el médico deja de empujar la silla y me quedo quieta en uno de los laterales de la sala, junto a la pared. Tengo el rostro cubierto por las manos y todo mi cuerpo se zarandea por la fuerza del llanto. El ruido de la puerta al cerrarse me avisa de que se ha ido y me ha dejado en este oscuro lugar.

—Eh, oye, ¿estás bien?

Una cercana voz masculina logra que dé un fuerte respingo y tenga que cerrar nuevamente los ojos por el dolor del costado.

Giro la cabeza a mi derecha y me doy cuenta de que no estoy sola. La oscuridad y las lágrimas me han impedido verlos. Junto a mí hay cuatro hombres sentados, como yo, aunque a ellos los han atado firmemente.

—Sí, yo… estoy herida, pero… —Dejo de hablar al ver sus caras. Esos pobres hombres tienen los rostros tan ensangrentados e hinchados por los golpes que no distingo sus facciones. Aprieto una mano contra los labios para contener una arcada—. Dios mío, ¿qué os han hecho? ¿Quién es esta gente?

Uno de ellos abre la boca para hablar; sin embargo, el estruendo de la puerta al chocar contra la pared nos hace encogernos en las sillas cuando tres personas irrumpen en la sala: dos hombres y una mujer.

Los tres son morenos, altos y visten ropa formal y oscura. Supongo que por el entierro de Yannis Mavros.

Son jóvenes y atractivos. Sin embargo, lo que transmiten sus semblantes no me gusta nada. Emanan ira y deseo de venganza.

Los latidos de mi corazón se aceleran sin control debido al silencio, ya que llevan en la sala casi un minuto y ninguno ha dicho

ni una palabra.

El hombre del medio se cruza de brazos, llevándose con el gesto toda mi atención.

Sus ojos amenazadores están fijos en los hombres que tengo al lado. Su nariz es larga y recta, y sus labios finos están enmarcados a la perfección por una cuidada barbita corta que cubre su mentón, aunque presumo que será ancho y tan orgulloso como lo parece.

Tiene el cabello negro, corto y brillante bajo la tenue luz de la bombilla encendida sobre sus cabezas, la piel aceitunada y un cuello ancho y fuerte, del que pende una cadena de oro con una cruz.

Viste un traje chaqueta negro que se amolda a su cuerpo fibroso, zapatos nuevos e impolutos, y en la mano derecha sostiene una pistola con crispación.

—Buenas noches, pedazos de mierda —nos saluda, curvando cruelmente los labios, y da un paso hacia nosotros. Su voz es grave y profunda. Resuena en mis oídos con musicalidad, aunque tengo tanto miedo que apenas soy consciente de nada—. ¿Quién va a ser el primero en hablar? Tenéis ganas, ¿verdad?

Los hombres que tengo al lado contienen el aliento, tan angustiados como lo estoy yo.

—Qué guapos os han dejado a todos —ronronea la chica, quien aguarda a su lado, curvando sus labios en una sonrisa cruel. Se aparta la melena rizada del rostro y se cruza de brazos con aspecto de leona a punto de atacar. Cuando la miro a los ojos, me doy cuenta de que los tiene enrojecidos, como si hubiera estado todo el día llorando, pero no muestra debilidad—. Gregorio hace un trabajo impecable con los hijos de perra como vosotros. Es el que mejor usa los juguetitos de tortura.

—¡Tú! —exclama de nuevo el hombre del medio, señalando al tipo que está atado en la silla más alejada de mí—. Has tenido suerte. Eres el primero. Dime quién mató a mi hermano.

Durante unos segundos, el silencio regresa a la sala; solo se oyen nuestras respiraciones aceleradas y el tartamudeo del joven con la cara ensangrentada a quien ha preguntado.

—¡Estoy esperando! —lo apremia con impaciencia, golpeando la pistola contra su muslo, poniéndonos a todos más nerviosos.

—Yo, no sé… yo…

—Se acabó el tiempo. —Levanta la mano que lleva el arma y le dispara directamente en la cabeza, matándolo en el acto.

—Un hijo de puta menos —comenta chulesco el único de los tres que todavía no había hablado. El más joven. Parece un clon del otro, pero con el cuello lleno de tatuajes, un descarado pendiente en la nariz y una sonrisa sádica.

Aguanto un grito de terror por puro instinto de supervivencia. No quiero hacer que se alteren más, ni llamar su atención, así que me cubro la boca con una mano y la muerdo con fuerza para ahogar los sollozos.

—¡El siguiente! ¡Tú! ¡Habla! —El del medio de los Mavros señala ahora a otro de los hombres con su pistola.

—¡Yo no sé nada, tienen que creerme! ¡Pasaba por la calle, estaba paseando y escuché un disparo! —exclama con desesperación—. Cuando llegué al callejón, me encontré a un hombre tirado en el suelo. ¡No tengo nada que ver, lo prometo!

—Y una mierda. —Le dispara en el cuello, matándolo en el acto. Estoy tan aterrorizada que me cubro la cabeza con ambos brazos. No puedo dejar de llorar—. No vamos por buen camino, señores. Dos de cuatro. A ver si el próximo se esmera un poco más en su historia.

—¡Tú, imbécil! ¡Es tu turno! —inquiere la chica, señalando al siguiente.

—¡No he sido yo! ¡Piedad! —grita el tercero llorando—. No conozco a vuestra familia, no sabía quién erais hasta anoche, que…

Ni siquiera lo deja terminar de hablar cuando le mete un disparo en el corazón.

—Pues ya nos conoces, hijo de puta —susurra ella con voz suave y después sopla la boca del arma.

El tipo que está a mi lado se remueve nervioso, porque es su turno. Ni siquiera tienen que preguntarle para que empiece a hablar. Lo hace de forma atropellada, desesperado, tembloroso.

—Vi a alguien salir del callejón, eran dos personas.

—¿Qué hacías tú en el callejón? —le interroga el hombre del medio, prestando atención.

—¡Salía del club, había quedado con unos amigos! ¡No tengo nada que ver! ¡Yo no he matado a nadie en mi vida! ¡Podría recono…!

—¡A la mierda! —El más joven de los Mavros saca una pistola de su pantalón y le dispara. Su sangre me salpica la cara.

Me empiezo a marear.

Son unos asesinos.

Han matado a cuatro hombres sin pestañear.

Y ahora es mi turno.

—¡Joder, Christos! —salta de repente el que está en medio, llevándose una mano a la frente y frotándosela como si le doliese la cabeza una barbaridad—. ¡¿Qué coño has hecho?! ¡Se suponía que teníamos que dejar al último con vida para que hablara!

—¡¿Crees que alguno habría dicho la verdad?!

—¡Ese parecía dispuesto, imbécil! —se entromete la chica, poniendo los ojos en blanco.

—¡¿Qué coño vamos a hacer ahora?! ¡Te has cargado al único testigo que nos quedaba!

—¡A mí no me eches el sermón, Alekos, no soy ningún crío! —le advierte con hostilidad—. ¡Han matado a mi jodido hermano mayor! ¡Además, no sé de qué te quejas, ahí queda otra! ¡Pregúntale a ella!

El tal Alekos levanta la mirada una vez más hacia la pared donde me encuentro, como si la oscuridad que me envuelve no le hubiera permitido verme hasta ahora.

Voy a vomitar.

Vomitaré si siguen mirándome así.

Van a matarme.

Se acerca un poco más a donde me encuentro, acompañado por sus hermanos. Su mirada se posa en mi cara. Lo veo quedarse quieto durante unos segundos y fruncir el ceño, pensativo.

—¿Esta quién es? —le pregunta a su hermano en voz baja, aunque no lo suficiente como para que no lo escuche.

El otro le responde brevemente, y Alekos asiente antes de arquear una ceja en mi dirección.

—Así que tú eres una de las putas de Dragoslav —comenta con voz seca, sin apartar la vista de mí. En sus labios percibo un ligero

deje de asco cuando su mirada me recorre de arriba abajo.

Están esperando una respuesta, y todos sabemos qué sucederá si tardo demasiado en darla. Así que abro la boca para hablar, pero me tiemblan tanto los labios que solo soy capaz de soltar aire junto con un débil hilillo de voz.

—¿Qu… Quién?

—¿Eres muda? —Niego convulsivamente con la cabeza y nuevas lágrimas caen por mis mejillas—. Entonces, ¿por qué hablas tan flojo?

—Porque está cagada de miedo, ¿es que no la ves? —responde por mí el tal Christos, con un tono cruel y burlón.

—¿Trabajas para Dragoslav? —insiste.

—No… No sé quién es —respondo, intentando contener el temblor incontrolable de mi cuerpo.

—Se está quedando con nosotros, Alekos —salta la chica, quien me fulmina con sus enormes ojos castaños, como si mi presencia fuera igual de agradable que la de una serpiente venenosa—. Nuestros hombres la cogieron en el callejón.

Él asiente y frunce el ceño.

—Te lo preguntaré una vez más, ¿formas parte del cártel de Dragoslav?

Muevo la cabeza convulsivamente hacia los lados y mi cuerpo se convulsiona por el llanto. Estoy agotada, dolorida, muy asustada.

—¡No sé quién es, joder! —exclamo con gran desesperación—. ¡No tengo nada que ver con todo esto, soy inocente!

—¡Es una puta embustera! ¡Es una de ellos! —Christos aprieta los dientes haciéndolos chirriar.

—No deberías jugar así con tu vida —me dice Alekos, curvando los labios en una sonrisa helada—. Estoy seguro de que Dragoslav y sus hombres echarían de menos no poder follar con una de sus zorras.

—Quizás yo pueda hacerla hablar —añade la chica, clavando la mirada en la suya, pidiéndole permiso.

—Adelante.

Ella sonríe y se remanga el vestido a la altura de los codos, al tiempo que camina hasta donde me encuentro con un semblante

que no presagia nada bueno. Al adivinar sus intenciones, me encojo en la silla y levanto un poco los brazos.

—¡No, no, espera! ¡No, yo…!

No tiene en cuenta mis palabras, porque me pega un puñetazo bestial en la mejilla que me deja medio noqueada. Noto el sabor metálico de la sangre en la boca. Me cuesta varios segundos reponerme y, cuando lo hago, siento que un hilillo de sangre resbala por la comisura de los labios.

—¡Habla, hija de perra! —grita ella, zarandeándome sin cuidado, haciéndome gritar por el dolor que está causándome en el costado —. ¡Esa boca tiene que servir para algo más que para tragar pollas! ¡Dinos de una puta vez qué relación tienes con Dragoslav!

—¡Que no lo conozco, joder! —grito, desesperada, apretando con la mano la herida—. ¡No conozco a ese hombre, no conocía a vuestro hermano, no conozco a esas personas por las que preguntáis!

—¡Ya me has cansado, puta! ¡A tomar por el culo! —exclama la chica, apoyando su pistola en mi sien—. ¡Una mierda menos en el mundo!

—¡Minerva! ¡No!

—¡No me jodas, Alekos! ¡Si no quiere hablar, que se vaya al infierno!

—¡Aparta la pistola y aléjate de ella! —insiste su hermano con voz de mando, acercándose a nosotras—. ¡Es nuestra única testigo!

—¡No va a abrir la boca!

—Hablará —asegura él, clavando de nuevo sus crueles ojos negros en mi cara. Le arrebata la pistola de sus manos—. Ve a descansar.

—¡No estoy cansada!

—Todos estamos cansados, Minerva. Llevamos dos días de mierda sin poder dormir. No hagamos nada de lo que luego podamos arrepentirnos. —Me mira una vez más y estrecha sus ojos sobre mi rostro enrojecido por el golpe—. Seguiremos mañana con esta… *conversación*.

3

Alekos

Acaba de salir el sol, pero esta noche tampoco he conseguido pegar ojo. Y con esta ya van tres.

Estoy exhausto, mi cuerpo está al límite del agotamiento físico y mental, aunque, por más que lo intento, no puedo dormir. Cada vez que me tumbo en la cama, me atormentan las imágenes de Yannis sin vida, con un jodido disparo en la cabeza.

Esto no tendría que haber ocurrido.

No a él.

Mi hermano llevaba ocho meses fuera del negocio, desde que su exmujer murió y tuvo que hacerse cargo de Pavlos.

El crío era su todo; quiso mantenerlo alejado de este mundo, que al menos él tuviese la oportunidad de llevar una vida normal. Pero con su muerte, mi sobrino ha quedado sentenciado. Todo lo que Yannis luchó no ha servido para nada. Ahora yo soy su tutor y no me queda más remedio que tenerlo en mi casa, en la maldita boca del lobo. El último lugar donde debería vivir un chiquillo de quince años furioso con el mundo por haberle arrebatado a sus padres. En un ambiente tan oscuro y viciado, solo es cuestión de tiempo que termine convirtiéndose en uno más de nosotros.

Resoplo y fijo los ojos en la lápida de mármol en la que está tallado el nombre de mi hermano, junto con la fecha de su muerte.

Llevo en el cementerio desde antes del amanecer y, por más que intento hallar una solución a todos nuestros problemas, lo único que encuentro es tormento y más ira.

—Joder, Yannis, ¿qué hacías en territorio de Dragoslav? —susurro con la voz rasgada—. ¿Por qué fuiste allí? ¿Qué coño pretendías?

Él nunca hacía esas cosas, no actuaba por su cuenta, sin avisar. No era un necio, ni tan temerario. No sé qué mierda se le pasó por

la cabeza; lo único que tengo claro es que voy a encontrar a los culpables y les haré confesar, aunque para ello tenga que obligarlos a comerse sus propias tripas. La muerte de mi hermano no será en vano.

—Juro que voy a vengarte. Esos hijos de puta desearán no haber nacido nunca porque tendrán la muerte más cruel e inhumana que existe.

Aprieto los dientes cuando una lágrima resbala por mi mejilla. Nadie se mete con los Mavros y sale indemne.

Miro una vez más la tumba antes de dar media vuelta y abandonar el cementerio en dirección al coche, donde dos de mis hombres esperan apoyados en un lateral de su propio vehículo.

—Vamos —les apremio, haciendo una señal para que monten—. Volvemos a la villa.

Abro la puerta de mi coche, un Porsche Cayenne negro, blindado hasta los dientes, y me coloco las gafas de sol antes de arrancar.

En un par de horas tengo una reunión telefónica con Romeo Mancuso para cerrar un envío de armas desde los Estados Unidos. Mientras tanto, Christos irá al muelle para asegurarse de que los chicos han cargado el petróleo que sale mañana hacia Sicilia, y después iremos a comer con Eros Papageorgiou, quien está interesado en comprarnos un gran alijo de marihuana.

Pero primero…

Primero tengo algo mucho más importante que hacer. Algo relacionado con cierta mujer que todavía sigue atada en mi sótano y que ayer se negó a decirnos la verdad.

Esbozo una sonrisa helada y piso más hondo el acelerador, por lo que el coche derrapa en cada curva.

Tardo veinte minutos en llegar a nuestra villa.

El acceso a la propiedad es privado, ya que está construida en una montaña frente a la remota playa de Kommos, situada al suroeste de Heraclión.

El portón se abre cuando pulso el mando y conduzco hasta el garaje, donde mis otros seis coches de lujo aguardan pacientes a que decida sacarlos a pasear.

—Vasileiou. —Llamo a uno de mis hombres, que permanece en la entrada de la cochera, vigilando—. Tráeme a Keres. Acabo de verlo cerca de la entrada.

Mientras espero, me quito la americana y me remango la camisa por encima de los codos, fijando mi atención en la puerta que va al sótano.

Sé que los cuerpos de los cuatro tipos de ayer ya no están allí. Se los llevaron al crematorio de La Canea, donde se desharán de todo para que nadie pueda inculparnos. Es la ventaja de tener amigos en el Gobierno.

Termino de soltar un par de botones de la camisa, dejando la cadena con la cruz de oro al descubierto, cuando escucho el sonido de pisadas.

Al darme la vuelta, sonrío al ver a Keres, mi dóberman, acercándose junto a Vasileiou, debidamente atado. Le acaricio la cabeza y sonrío cuando me chupa la mano.

—Buen chico —Agarro su correa con fuerza y le hago una señal a Vasileiou para que vuelva a su trabajo. Acaricio una vez más al perro —. ¿Tienes hambre? En el sótano hay carne fresca para desayunar.

Cuando comenzamos a bajar las escaleras, la oscuridad y el fuerte olor a orina me hacen fruncir el ceño.

El sótano de la villa es tan amplio como la casa y está dividido en dos estancias: el quirófano, lugar en el que intervienen a nuestros hombres cuando llegan heridos, y la sala de tortura, donde arrebatamos la vida de los pobres infelices que se atreven a actuar en nuestra contra.

Camino por el oscuro pasillo que me lleva a la sala, con Keres paseando a mi lado. Una vez cruzo la puerta, pulso el interruptor para que la luz ilumine la estancia.

La mujer, que todavía sigue sentada sobre la silla de ruedas, levanta la cabeza y me mira con terror, porque sabe a lo que he venido.

Mis ojos se pierden en ella, en su rostro, en su cuello, en su figura. Aprieto los labios, maldiciendo entre dientes.

Mierda.

¿Cómo coño puede tener esa cara?

Es una jodida preciosidad. Delicada, frágil, no demasiado alta.

Su pelo es castaño, lo lleva recogido en una coleta medio desecha. Tiene el rostro ovalado, grandes ojos marrones que no me quitan la vista de encima, como si ante ella hubiese aparecido el mismísimo diablo; sus pómulos son altos y una de sus mejillas está enrojecida e hinchada por el puñetazo que le propinó ayer Minerva. Nariz recta, labios carnosos pero algo agrietados, y una barbilla fina y orgullosa. Lleva la ropa llena de sangre, manchas de tierra en los pantalones, y su postura es rígida por el temor. Se rodea a sí misma con ambos brazos, como si de esa forma pudiera protegerse de cualquier mal.

Doy un paso en su dirección y la veo encogerse.

—¿Ha dormido bien la princesa en nuestro castillo? —me burlo, esbozando una sonrisa cruel. Puede tener la cara de un puto ángel, pero es una de las sospechosas de la muerte de mi hermano, así que no voy a ablandarme.

—Por favor. —Me mira suplicante—. Yo no he hecho nada.

—A mi hermano lo mataron en el territorio de Dragoslav, y tú perteneces a su cártel.

—¡No sé quién es ese hombre! ¡No pertenezco a ningún cártel!

—Una mentira más y soltaré a Keres. —Sonrío cuando ella mira a mi perro con miedo. Le tiemblan los labios. Mi dóberman es uno de los más altos y fuertes que ha visto nunca, lo sé. Yo mismo me aseguré de comprar el mejor ejemplar de toda la camada. Acaricio su lomo mientras la observo amenazador—. No es la primera vez que come carne humana, ¿sabes?

—¡No, te lo ruego! —De sus ojos comienzan a emanar lágrimas. Está muy asustada; sin embargo, es lo que busco para que hable de una jodida vez.

—Esto no depende de mí, sino de ti. Dime todo lo que sabes y tu muerte no será tan horrible.

—¡Es que no sé nada! —exclama llorando—. ¡No sé nada! ¡Cuando salí al callejón, tu hermano ya estaba muerto! ¡Quise ayudarlo, llamar a la policía! ¡Nunca he matado a nadie!

—¿Ha sido Dragoslav?

—¡Te repito que no sé quién coño es ese hombre!

—¿No sabes quién es y te follas a uno de sus secuaces?

—¿Qué? —Ella frunce el ceño y se limpia las lágrimas, mirándome extrañada.

—Zubin Petrovik. ¿Necesitas que te refresque más la memoria?

—¡¿Zubin?! —Niega con la cabeza—. ¡No, pero él…!

—Es uno de los hombres de Dragoslav.

—¡Está equivocado! ¡Se equivoca de persona, señor Mavros! ¡Zubin trabaja para mi jefe, para Laza, en su club, igual que yo! ¡No tenemos nada que ver con ningún cártel!

—Keres, ¿tienes hambre? —digo, frunciendo el ceño, logrando que el perro le enseñe los dientes con amenaza y comience a tirar de la correa para llegar hasta ella—. Estás agotando mi paciencia, chica. Tu estúpida lealtad va a costarte la vida.

—¡Que no sé quién es, joder! ¡¿Por qué no me cree?!

—¡Porque acabas de admitir que trabajas en el puto club de Laza Dragoslav y que te follas a uno de sus hombres!

Durante unos segundos, veo que ella se queda muda, con los ojos tan abiertos que las comisuras de mis labios se curvan hacia arriba.

—Laza Dragoslav —repite casi en un susurro y baja la vista al suelo, como si estuviera demasiado confusa como para seguir hablando—. No, pero él… Laza solo es el dueño de un club en Elunda.

—Y uno de nuestros aliados. O al menos lo era hasta hace tres días, cuando mi hermano apareció muerto en el callejón trasero de su garito de mala muerte.

—¡Él no lo mató! ¡Laza no es como ustedes! —exclama, horrorizada—. ¡No es un asesino! ¡Es una buena persona! ¡No tiene nada que ver con ningún cártel! ¡Mi amiga no estaría con un hombre así!

Lo defiende con demasiada vehemencia. Está totalmente convencida de que Dragoslav es un jodido santo. Pobre niña crédula. Cuánto le queda por aprender.

No está mintiendo. Lo sé.

Puedo reconocer la confusión en su rostro.

Esta tía no sabe nada.

Es una donnadie.

No tiene ni puta idea de que su *jefe* es uno de los mayores traficantes de éxtasis de toda Creta.

Frunzo el ceño y la miro de arriba abajo. Imaginaba que sería la típica putita que traiciona a su jefe al ver peligrar su vida, pero por una vez reconozco que estaba equivocado y desconcertado, porque no tengo ni idea de a quién cojones hemos secuestrado.

—¿Quién coño eres tú? —pregunto, dando otro paso hacia ella.

—Ly… Lydia. —Me mira a los ojos, con las lágrimas resbalando por sus mejillas—. Por favor, agua. Llevo sin beber nada tres días.

No respondo.

La miro una última vez y me limito a dar media vuelta, dirigiéndome hacia la salida, con Keres caminando a mi lado en actitud dócil.

Escucho el llanto desesperado de la tal Lydia y sus súplicas. No obstante, la ignoro mientras subo las escaleras y abandono al fin el sótano.

Me quedo unos segundos a solas, apoyando la espalda en la puerta, una vez que Vasileiou se lleva de vuelta a Keres al jardín. Sin embargo, la alarma de mi reloj me avisa de que ya son las nueve de la mañana, así que me alejo de allí sin mirar atrás, en dirección a la cocina, desde donde escucho voces.

Una vez cruzo el umbral, veo a Minerva sentada en una de las modernas sillas de cuero y metal mientras mastica una tostada con parsimonia. Todavía lleva puesto el camisón que usa para dormir, pero tiene cara de haber descansado tan poco como yo.

Christos apoya las caderas en el mármol de la encimera, con un café en las manos. Él ya va vestido con sus típicos pantalones vaqueros y su camiseta de tirantes, que deja al descubierto los tatuajes de sus brazos y su cuello.

Habla relajadamente con Stelios, uno de nuestros hombres y un buen amigo. Nos conocemos desde que éramos críos, ya que su padre era la mano derecha del nuestro en el negocio.

Tanto Stelios como el resto de mis hombres no viven en la villa, sino en las casas construidas alrededor, lo suficientemente cerca como para tenerlos disponibles en todo momento.

—¡¿Quién coño es la tía del sótano?! —exclamo con enfado, abriéndome camino hasta la cafetera para servirme un café doble.

—Otro que se ha levantado de mala hostia —resopla Christos, poniendo los ojos en blanco, y le da un trago a su café—. Entre Minerva y tú vais a joderme el desayuno.

—¡Eh, imbécil, a mí ni me nombres! —salta mi hermana, tirándole una magdalena directamente al pecho.

—Haz eso otra vez y haré que te la tragues.

—¿Tú y cuántos gilipollas más?

—¡Eh! —Los interrumpo, levantando las manos para que se callen —. ¡He hecho una pregunta! ¡¿Quién mierda es la tía que hay en el sótano?!

—Un cadáver, si hubieras dejado que me la cargase ayer —responde ella, elevando la comisura de sus labios.

—¿Por qué lo preguntas? —Christos se acerca despacio hacia mí con el interés reflejado en su rostro—. ¿Ha hablado? ¿Qué te ha dicho sobre Yannis?

—Nada. No sabe nada.

—¡Y una mierda! —Miro a Minerva, que aprieta los labios con fuerza—. ¡Esa puta estaba en el callejón! ¡Algo tuvo que ver! ¡Déjamela a mí, Alekos! ¡Yo haré que recupere la memoria!

—¿Estás sugiriendo que no sé hacer mi trabajo, hermana?

—No, pero…

—¡Sé reconocer las mentiras, y esa no sabe nada de lo que ha pasado!

—Entonces, mátala. ¿Para qué tenerla aquí si no nos sirve?

—¿Por qué piensas que no nos sirve? —Sonrío malicioso y dirijo la mirada hacia la única persona que no ha hablado todavía—. Stelios, quiero un informe completo sobre ella. Nombre, edad, relación con Dragoslav… Quiero saberlo todo. Hasta la primera jodida vez que le empastaron una muela.

—¿Cuándo lo necesitas?

—Ayer. Así que date prisa. —Tomo asiento en una silla y le doy el primer trago a mi café—. ¡Ah! Y que alguien le lleve agua y algo para comer.

—¿Ahora alimentamos a nuestros enemigos?

—Ahora te callas la puta boca, Christos, y confías en mi decisión.

—Lo que acabo de decir, un desayuno de mierda —resopla él, dejando su taza vacía en el fregadero—. Me largo de aquí.

—Espera un momento, todavía tenemos que aclarar un tema más. —Cuando mis hermanos centran la atención en mí, apoyo las manos sobre la mesa y suspiro—. ¿Qué vamos a hacer con Pavlos?

—¿A qué te refieres? —Minerva frunce el ceño.

—Yannis no quería que su hijo tuviera nada que ver con el negocio.

—¡Pues que no se hubiera dejado matar! ¡No vamos a mandar a nuestro sobrino a un puto internado!

—¡Eso es lo último que quiero! —exclamo, frotándome la frente con una mano—. Pero respeto el deseo de nuestro hermano. Y todos sabemos que, viviendo aquí, el crío acabará convirtiéndose en un psicópata.

—Yo lo protegeré de todo este mundo.

—¿Proteger? Joder, Minerva, pero si eres la más perturbada de todos nosotros —se burla Christos, consiguiendo que ella le lance otra magdalena.

—¡Me importa una mierda, Pavlos se queda en la villa, así que este tema queda zanjado!

—Espero que sepas lo que haces —le advierto con un suspiro.

—Pues no, no tengo ni puta idea de lo que hago, pero es mi sobrino, lo único que nos queda de Yannis. —Le tiembla la voz al terminar esa última frase—. Somos su familia.

Las obligaciones me mantienen ocupado el resto del día, así que no tengo ocasión de bajar de nuevo al sótano hasta la siguiente mañana.

Stelios me ha dejado sobre la mesa del despacho el informe de la mujer que tenemos capturada. Ni siquiera me molesto en abrirlo

antes de reunirme con ella.

Bajo solo al sótano, esta vez sin Keres ni mis hombres. El eco de mis pisadas se escucha por el pasillo, anunciando mi llegada incluso antes de entrar en la sala donde se encuentra.

Una vez enciendo la luz, veo que sigue en la silla de ruedas, atada y con la cabeza hacia adelante como si estuviese dormida.

Carraspeo con fuerza.

Ella levanta la mirada lentamente, hasta que nuestros ojos coinciden, pero algo me desconcierta. Está muy pálida, diría que incluso tiembla y sus ojos parecen vacíos. Sin embargo, no le doy mayor importancia.

—Te saludaría con un «buenos días», pero ambos sabemos que no son buenos, y tampoco creo que te guste mi falsa cortesía. —Curvo los labios.

—Agua —susurra con voz pastosa.

—Más tarde. Primero hablaremos sobre esto. —Levanto la mano y le enseño la carpeta con su información—. ¿No tienes curiosidad por saber qué hay dentro? Yo, mucha.

—Por favor —suplica sin poder contener un temblor.

—Veamos. —Abro la carpeta y me humedezco los labios antes de empezar a leer en voz alta—: Lydia Gómez. Treinta y un años. Española, de un barrio de Madrid llamado Vallecas. Hija de padres trabajadores, tienes tres hermanos mayores, todos varones. Estudios básicos, trabajos precarios y mal pagados, y… ¡Vaya, joder, fíjate! —La miro con una sonrisa maliciosa—. Adicta a la cocaína desde los quince a los diecisiete años. —Me río—. Mira por dónde, nuestra Lydia es una pequeña viciosilla.

—Estoy limpia. Salí de esa mierda hace mucho tiempo —responde casi sin fuerzas.

—¿En serio? ¿Y no estarás tan débil por el mono? Apenas puedes hablar, tiemblas… —Sonrío—. ¿Si te doy un par de rayas, hablarás conmigo sobre tu amigo Dragoslav?

—No soy una yonki.

—¿Y qué tengo que hacer para que abras la puta boca y me digas todo lo que sabes sobre él? ¿Vas a obligarme a hacerte daño? ¿Alguna vez te han torturado, Lydia?

Un par de lágrimas escapan de sus ojos y niega con la cabeza.

—Por favor… —vuelve a suplicar—. Ni siquiera sabía cuál era su apellido. Solo trabajo en su club.

—Sí, aquí lo pone: camarera y amiga de Calista Georgiou, su mujer y mano derecha en el negocio.

—No sé nada de esos negocios, lo juro. Lo que sí sé es que son unas buenas personas, jamás le harían daño a nadie.

—Conoces a ese serbio desde hace nueve putos meses. Nadie es tan estúpido como para poner la mano en el fuego por alguien que te guarda un secreto de esa magnitud.

Ella se humedece de nuevo los labios y me mira con súplica. Parece débil, muy débil.

—Se lo ruego, señor Mavros, agua. —Cierra los ojos con fuerza y jadea cuando otro estremecimiento la hace zarandearse sobre la silla de ruedas.

—Un par de preguntas más.

—No me encuentro bien.

—¿Entonces aceptas la coca, o no? ¿Eso es lo que quieres?

—Agua —susurra al tiempo que su cuerpo tiembla una vez más, pero esta vez algo cambia. Su cabeza se inclina hacia adelante y se queda inmóvil, como si hubiera perdido el conocimiento.

—¡Déjate de gilipolleces y contesta! —inquiero con voz helada—. ¡Nadie se muere por estar un par de horas sin beber! ¡Ayer te trajeron agua, y también comida! —No se mueve—. ¡No estoy dispuesto a soportar jueguecitos! ¡Lydia! ¡Abre la puta boca y responde!

Sigue sin contestar.

Así que me dirijo hacia ella y la zarandeo un poco, buscando alguna reacción.

Nada.

Agarro su barbilla y le levanto la cabeza para mirarla. Tiene el rostro demasiado pálido, pero su piel arde.

¿Fiebre?

Cuando mis ojos se pasean de nuevo por su cuerpo, me doy cuenta de que en el costado lleva una venda sucia y manchada de sangre; tan manchada como el resto de su ropa.

—¿Qué coño…? —Saco mi móvil del bolsillo con premura. Me lo pongo en la oreja hasta que escucho una voz al otro lado—. Dorian, al sótano, ya.

Nuestro médico no tarda en aparecer por la puerta.

Vive, al igual que el resto de mis hombres, muy cerca de la villa. Nunca se sabe cuándo vamos a necesitarlo, así que tiene órdenes de estar disponible las veinticuatro horas del día.

—Se ha desmayado, ¡¿qué tiene en el costado?!

—Le puse una venda hace varios días —me dice, arrodillándose frente a ella, destapándola y tocando la zona con cuidado—. Tiene la herida infectada.

—¿Qué herida? ¿Cómo se ha hecho eso?

—Recibió un disparo en el callejón donde mataron a Yannis. Tuve que intervenirla en cuanto los chicos la trajeron a la villa, se estaba desangrando.

—¡¿Y por qué nadie me dijo nada?! —exploto, perdiendo la paciencia, sin dejar de mirarla. Sigue inconsciente sobre la silla de ruedas.

—Christos sí lo sabía —responde Dorian con la culpabilidad reflejada en los ojos—. Además, supuse que la matarías igual que al resto de hombres. Ningún rehén ha salido nunca con vida del sótano. Pensé que ella correría la misma suerte que los otros.

—¡Tu trabajo no es pensar, sino informarme de estas mierdas! —grito, dando un fuerte golpe a la pared más cercana—. ¡Cúrala! ¡Ya!

—Lo intentaré.

—¡No lo vas a intentar, lo vas a hacer, te lo ordeno!

—¡Aunque pusiera todo mi empeño, la herida volvería a infectársele, Alekos! ¡Este sótano es un pozo insalubre, su ropa está sucia y estar sentada en la silla de ruedas no ayuda para que los puntos permanezcan cerrados!

—¡La quiero viva! —sentencio una última vez, con ojos fieros—. ¡Tú procura que no se muera y yo me encargaré de buscarle un lugar donde recuperarse!

4

Lydia

Lo primero que veo cuando abro los ojos es la tenue luz del sol colándose a través de una ventana, pero estoy tan adormecida que apenas le doy importancia.

Noto el cuerpo pesado, como si hubieran puesto sobre mí un lastre que no me permite moverme.

No me preocupa en absoluto, me acompaña una gran sensación de paz. Una tranquilidad que en nada se parece al sufrimiento y el dolor de estos días atrás.

¿Estoy muerta?

¿Es esto lo que siente al morir?

Debo de estarlo, porque esta habitación no es ni de lejos la sala de tortura donde me han tenido encerrada desde que me hirieron.

Aquí no hay oscuridad, olor a orina ni a muerte. No hay objetos punzantes con los que matar a nadie, y el suelo, en vez de ser de cemento, está pavimentado con una cálida tarima de madera.

La silla de ruedas ha desaparecido; por el contrario, estoy tumbada en una amplia cama, tan cómoda como ninguna en la que haya estado antes. Cubierta con delicadas sábanas de algodón, muy agradables al tacto.

Los muebles que visten el dormitorio son robustos, de madera oscura; sencillos, pero de buena calidad. Y las paredes están pintadas de un suave color rosado que contrasta con la blancura de las cortinas, por las que se cuela una ligera brisilla que las hace moverse a un ritmo hipnótico.

Además, hay tres puertas. Dos en la pared del fondo y otra cerca de la cama. ¿Cielo, infierno y purgatorio? ¿Tendré que elegir una?

Parpadeo un par de veces, despejándome, y me llevo una mano a la mejilla, donde la hinchazón del golpe que me dio esa mujer ha

bajado por completo. No obstante, algo tira de mi brazo y me impide moverlo con normalidad.

Joder.

Otra vía intravenosa.

No estoy muerta.

Esos psicópatas han vuelto a sedarme.

Intento incorporarme en la cama y, aunque me duele un poco el costado, no me cuesta demasiado hacerlo, porque ya no estoy atada. Ni tampoco llevo mi ropa manchada de sangre. Voy vestida con un delicado camisón blanco, fresco y bastante transparente, que no sé de dónde ha salido.

¿Qué sitio es este?

Por más que miro a mi alrededor, buscando algo que me resulte remotamente familiar, no lo encuentro. Sin embargo, me queda claro que no es un sótano, ya que a través de la ventana distingo el azul del mar y las suaves crestas de las olas al elevarse.

Me humedezco los labios. Todavía los siento resecos y agrietados.

Me fijo en la pequeña mesita auxiliar, que hay pegada a la cama, y descubro un vaso con agua. Por fin. Estoy a punto de estirar el brazo para cogerlo cuando la puerta del fondo se abre.

Me quedo paralizada.

Cuando reconozco a la persona que entra en la habitación, frunzo el ceño y permanezco muy quieta. No me fío.

Es el falso médico, quien, a diferencia de la última vez, no lleva el mono blanco que usó en el quirófano, sino que va vestido con ropa informal, pero de muy buena calidad.

Me mira con su habitual indiferencia, recorriendo mi cuerpo hasta que posa los ojos en la venda limpia que cubre la herida de mi costado. Esta vez la expresión de su rostro se suaviza, no hay signo alguno de amenaza en sus movimientos.

—Veo que ya estás despierta, ¿cómo te encuentras?

—He estado mejor. —Mi voz ha sonado rasposa y demasiado cortante, pero no me importa en absoluto.

—¿Te duele la herida?

—¿Por qué? ¿Vas a volver a sedarme contra mi voluntad?

—Iba a darte unos analgésicos.

—No voy a tomar nada que venga de unos asesinos.

Él eleva una ceja y sonríe levemente.

—Pues sí, parece que ya te encuentras mucho más repuesta. —Revisa las bolsas de medicamento que están conectadas a la vía de mi brazo.

—Estaría mejor si viniese a visitarme un médico de verdad.

—Yo soy médico.

—¿Tengo que creerte?

—Es tu decisión —responde sin más, descolgando una bolsa vacía —. Pero te recuerdo que te salvé la vida.

—Sí, después de que uno de esos monstruos para los que trabajas intentase matarme. —Bajo la mirada hasta la vía que tengo clavada en el antebrazo—. Quítame esto.

—Todavía queda medicación.

—¡Me da igual! ¡Quítame esta mierda, no vais a volver a drogarme!

—Tengo órdenes de…

—Dorian, quítasela. —Al escuchar dicha voz, ambos volvemos la cabeza y descubrimos a Alekos Mavros, quien, apoyado en la pared contigua a la puerta por la que ha entrado el médico, me mira fijamente, con una mezcla de severidad y oscura diversión en su semblante.

Me da la sensación de que es enorme, su presencia ha empequeñecido el dormitorio. Mis ojos solo lo ven a él, todo lo demás ha desaparecido.

Un estremecimiento de miedo me recorre la espalda.

Va vestido demasiado formal, con un traje negro que se adapta a la perfección a su fuerte cuerpo, una camisa oscura y unos zapatos brillantes e impolutos. Sin embargo, no es eso lo que llama mi atención, sino su cara. A plena luz del día, es todavía más atractivo de lo que me lo pareció en el sótano y su mirada es más oscura e inquietante.

—Déjame a solas con ella —despacha al médico sin una mínima cortesía, acostumbrado a que todo el mundo haga lo que él dice sin rechistar. Comienza a acercarse a mí con la elegancia de una pantera, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

El médico termina de quitarme la vía del brazo y sale de la habitación enseguida, cerrando la puerta tras él, dejándome una vez más en las manos de este asesino salvaje.

—Tienes mucha mejor cara —declara, clavando sus ojos en los míos—. Tres días de reposo y medicación hacen milagros.

—¡¿Tres días?! —Trago saliva, atónita, y niego con la cabeza—. ¿Me habéis tenido sedada tres putos días?

—Dorian lo creyó conveniente. Tenías la herida infectada y la fiebre…

—¿Por qué? —lo interrumpo con el ceño fruncido.

—¿Por qué, qué?

—Has ordenado que me curen. ¿Por qué?

—¿Preferías que te dejase morir?

—Vas a matarme de todas formas. —Intento que los latidos de mi corazón no golpeen con tanta fuerza contra mi tórax, pero el miedo es demasiado intenso—. Por eso estaba en esa sala de tortura, ¿no?

—Estabas en mi sótano para que me dieses información sobre Laza Dragoslav, y, sí, después tenía intención de matarte.

—¿Tenías? ¿Ya no? —Enarco las cejas y me paso la lengua por los labios, pues los noto más secos que antes. Su presencia me pone demasiado nerviosa—. ¿No vas a hacerlo?

—No lo sé, depende de ti.

—¿De mí?

—De lo útil que me resulte tu presencia en mi casa.

—¿Yo…? Pero si…

—Estos tres días que has estado sedada, he tenido tiempo de leer con detenimiento tu informe y de investigar algo más por mi cuenta. —Al ver que lo miro con una extraña mezcla de curiosidad y temor, Alekos curva los labios—. No tienes ni puta idea de nada, Lydia. Eres una jodida y simple camarera. No sabías quién era Dragoslav en realidad. Tu único error fue follar en el lugar equivocado.

—No he follado con nadie —respondo con voz tensa.

—Zubin Petrovik.

—No, él… —Me muerdo el labio inferior y bajo la mirada a mi regazo—. Nosotros nunca habíamos…

—No me des explicaciones, me importa una mierda a quién te tiras. Pero resulta que las personas en quien tanto confías son los principales sospechosos del asesinato de mi hermano.

—Ellos no han sido.

—Vuelves a jurar por personas a quienes apenas conoces.

—¡Los conozco lo suficiente!

—¿En serio? —De repente, Alekos apoya las manos sobre el colchón, a cada lado de mi cuerpo, acercando tanto su rostro al mío que siento su tibio aliento sobre mis labios. Dejo de respirar. Estoy tan paralizada que no puedo apartar mis ojos de los suyos—. Puedo darte decenas de nombres, Lydia.

—¿De… nombres?

—Personas asesinadas por Dragoslav.

—No. Eso no es verdad.

—Ajustes de cuentas, negocios fallidos, peleas entre cárteles…

—Laza no haría eso.

—Me parece que conoces a tus amigos mucho menos de lo que crees, y la fe ciega puede resultar mortal. —Me sopla en la cara, haciéndome contener el aliento porque no lo esperaba, y se separa sonriendo, alejándose de la cama y adoptando una postura chulesca frente a mí—. La cuestión es que tú estabas en medio de un fuego cruzado en el que no tienes nada que ver.

Trago saliva y asiento, pues sus palabras me dan un pequeño resquicio de esperanza.

—¿Eso…? ¿Eso quiere decir que vas a dejar que me vaya?

—¿Irte? —Se ríe, alzando las cejas. No se esperaba mi pregunta —. No puedes irte, Lydia.

—¡Acabas de decir que soy inocente! ¡No tengo nada que ver en todo esto! ¿Por qué no me dejas en libertad?

—Porque sabes demasiado —sentencia con voz fría—. Nos conoces, sabes lo que hemos hecho con esos cuatro hombres, tienes información que podrías darle a Dragoslav o, peor aún, a la policía.

—¡No! ¡No diré nada! ¡Lo prometo! —Junto las manos en forma de oración, suplicante—. ¡Señor Mavros, yo no soy ninguna amenaza, juro que mi boca estará sellada!

—¿Incluso con tu querida amiga Calista? —Eleva una de las comisuras de su boca—. Eres demasiado leal a Dragoslav y a los suyos como para fiarme de ti.

—¡Pero…!

—¡No vas a irte, así que deja de insistir de una jodida vez!

Jadeo con desesperación y niego con la cabeza al tiempo que me paso una mano por la mejilla, sin saber qué hacer para convencerlo de lo contrario. No obstante, sé que no va a dar su brazo a torcer.

—¿Y qué vais a hacer entonces conmigo?

—Todavía no lo sé, tengo que pensarlo con detenimiento —admite con serenidad.

—¿Volveré a la sala de tortura?

—¿Es lo que quieres?

Cuando mis ojos van hacia los de él, me doy cuenta de que esta situación le divierte.

Es un jodido psicópata.

Un loco.

Un asesino.

—No quiero volver a ese lugar —acepto, derrotada.

—Entonces, no volverás. Te quedarás aquí.

—¿Aquí? ¿En… esta habitación?

—En mi casa. —Al darse cuenta de mi confusión, Alekos continúa hablando—: De ahora en adelante, eres mi invitada.

—¡Tu rehén!

—Como quieras llamarlo —gruñe—. Puedes moverte por la villa, nadie te hará daño, yo me encargaré de eso.

—Esto es un jodido sinsentido —susurro para mí.

—Lo único que se te exigirá es que respetes a las personas que viven aquí.

—¿Qué personas? ¿Esas que casi me matan? ¿A tu hermana?

—Minerva acatará mis órdenes. Y tú también lo harás mientras decido cuál será tu destino. Eres libre de moverte por donde quieras, disfrutar de las instalaciones. A cambio, te exijo obediencia.

Los siguientes cuatro días los paso encerrada dentro de esta habitación. No pienso salir de aquí ni mezclarme con toda esa gente. Son unos perturbados, unos putos criminales que me matarán en cuanto tengan ocasión.

¿Una invitada en su casa? ¡Ja!

Es lo más ridículo que he escuchado nunca, porque en ningún momento he tenido la opción de elegir no serlo. Me tienen presa, amenazada y obligada a estarles agradecida por no haber acabado con mi vida cuando pudieron hacerlo.

Pero no me fío. No puedo fiarme de ellos. De ninguno. Porque en el momento menos pensado me meterán un balazo entre ceja y ceja y se acabará todo.

Lo más sensato es quedarme aquí, sola, no tener nada que ver con los Mavros, rezar para que la herida de mi costado cure pronto. Solo de esa manera podré intentar huir. Debo recuperar las fuerzas o desfalleceré en mi intento de fuga.

De momento, voy por buen camino. Ya me levanto sola de la cama y ando por la habitación sin ayuda. Los puntos de la herida tiran un poco y molestan. El supuesto médico que me visita dice que es normal, que es parte del proceso de cicatrización, pero como tampoco sé si puedo fiarme de él, voy a ciegas.

Camino lento hasta que llego a la ventana, protegida con fuertes rejas de hierro, y miro a través de ella.

Las pocas esperanzas que tenía de escapar por la ventana se han esfumado nada más asomarme por ella. La villa de los Mavros está construida sobre un acantilado en el que acabaría matándome. Es empinado y con rocas puntiagudas en las que rompe el agua embravecida.

A lo lejos se distingue una bahía de cálidas aguas, pero no tengo ni idea de dónde estamos. Apenas conozco Creta, he pasado la mayor parte del tiempo trabajando en el club de Laza, y al ser una isla y tener tantas playas, las posibilidades son infinitas.

El quinto día encerrada se me hace eterno.

Sentada sobre la cama, masticando la musaka que una trabajadora del servicio ha traído para comer, mi cabeza no deja de darles vueltas a las palabras de Alekos Mavros sobre Laza.

Me niego a creer que esté diciendo la verdad. No es un asesino ni pertenece a ningún cártel. Bueno, a ver, sé que la sala de juego de su club no es legal, el mismo Laza lo admitió nada más empezar a trabajar allí; no obstante, ese pequeño fraude no lo convierte en un criminal. No es como ellos.

Conozco a Calista desde los dieciocho años, siempre hemos confiado la una en la otra, nos lo contamos todo, me lo habría dicho, joder. Es un tema demasiado gordo como para ocultárselo a una de sus mejores amigas, y todavía más cuando fue ella la que me animó a trabajar allí.

No.

Ellos no son como los Mavros. Punto. Están intentando confundirme, ponerme en su contra para que los traicione. Sin embargo, eso nunca sucederá porque no tengo nada que confesar. Les he dicho todo lo que sé.

El sexto día encerrada tengo la sensación de que las paredes se me van a caer encima. No estoy acostumbrada a estar tanto tiempo sola, sin hablar con nadie, en este sepulcral silencio.

Paseo en círculos por la habitación y resoplo al darme cuenta de que solo es mediodía y quedan mil horas para que sea de noche. Aunque, ¿qué diferencia hay si voy a seguir aquí?

Desde el día que Alekos me informó de que me quedaría en su casa en calidad de *invitada,* no ha vuelto a venir nadie. Solo el médico, y seguro que tras mi mejoría dejará pronto de hacerlo. Los puntos se han caído, la herida, aunque sigue estando fresca, apenas duele, puedo realizar casi cualquier movimiento. Y lo mejor de todo, vuelvo a encontrarme fuerte, pues no ha faltado un plato de comida en mi mesilla en todo este tiempo que he pasado recuperándome.

La tarde se me hace eterna.

Las horas no pasan.

No sé qué hacer.

Ni siquiera me alivia la llegada del ocaso.

Tumbada en la cama, con las piernas apoyadas sobre la pared, fijo la mirada en el amplio cuadro que hay en la pared colindante. La hermosa panorámica de la playa que se ve por mi ventana.

Ya no recuerdo las veces que he recorrido la habitación para estirar las piernas en lo que llevamos de día. Gracias a Dios falta una hora para la medianoche y pronto me acostaré a dormir.

Mis ojos van de un lado a otro de la habitación.

Hasta las tres puertas de madera que hay en ella.

Una es la que lleva al aseo, que, por cierto, es el más grande y bonito que he visto nunca. Está recubierto de mármol rosado, tiene una bañera doble y un espejo enorme frente al lavamanos.

Otra de las puertas es la de salida, y solo la cruzan las personas del servicio cuando me traen comida y limpian la habitación.

Y la otra puerta… no sé a dónde lleva. Ha estado cerrada a cal y canto desde siempre. Todas las veces que he intentado abrirla, no lo he conseguido.

Aguanto tumbada en la cama media hora más, pero pasado ese tiempo me agobio y tengo que levantarme.

Son las once de la noche, podría intentar dormir, pero no tengo sueño. Estoy demasiado descansada para intentarlo siquiera, y dar vueltas por la habitación ya no me calma la ansiedad.

No estoy acostumbrada a pasar tanto tiempo encerrada en un mismo lugar.

Mis ojos se fijan en la puerta de salida y me muerdo el labio inferior, porque, por primera vez, dudo. Sé que es más seguro quedarme aquí dentro y no acercarme a esa gente, pero como siga encerrada un puto minuto más, voy a volverme loca.

Paso las manos por el suave camisón que llevo puesto. Es precioso, tengo que reconocerlo. Es de un suave satén blanco con un profundo escote de encaje y tirantes finos. En el armario no hay más ropa que cuatro camisones, cada cual más bonito que el anterior, y varios pares de zapatillas.

No es el mejor atuendo para pasearme por ahí. Lo sé.

Tampoco es una buena idea deambular sola por esta casa repleta de psicópatas, pero mi cabeza parece no hacerle caso al sentido

común, porque, de repente, me veo caminando hacia la puerta y apoyando la mano sobre el suave pomo metálico hasta que este gira y la madera se abre poco a poco.

5

Lydia

Una vez pongo el primer pie fuera de la habitación, descubro un largo pasillo que está completamente sumido en la oscuridad.

El suelo es de la misma tarima de madera que hay en mi dormitorio, cálida al tacto, agradable. Las paredes son lisas, creo que blancas, pues la falta de iluminación no me deja distinguir bien el color. No hay muebles, solo un par de jarrones enormes repletos de hojas secas de papiros, que le confieren un toque rústico y hogareño al lugar, y varios cuadros repartidos con armonía y buen gusto.

Mis pies descalzos avanzan despacio.

No quiero hacer ruido. Por eso he descartado ponerme unas zapatillas.

Necesito pasar totalmente desapercibida, que nadie sepa que he salido de mi habitación; recorrer la villa a mi antojo y estudiar las posibles vías de escape.

Me escaparé de aquí, sé que lo haré.

Quizás no hoy, ni mañana, pero el día llegará.

A lo lejos, escucho risas y conversaciones escandalosas. Vienen desde una de las estancias del fondo; sin embargo, he tomado el camino opuesto.

No voy a ir con esa gente.

Eso lo tengo muy claro.

Conforme me adentro en la profundidad del pasillo, las voces terminan desapareciendo.

Empiezo a relajarme.

Tengo vía libre para explorar la villa.

Sin embargo, de improviso, una puerta se abre y por ella sale alguien. Lleva tanta prisa que chocamos violentamente. Me lanza

contra la pared.

Creo que se me corta la respiración.

Me obligo a ponerme en guardia y hacerle frente.

Noto un gran nudo en la garganta por el miedo. No sé si Alekos Mavros fue sincero cuando dijo que daría órdenes para que nadie me hiciera daño, pero no me queda más remedio que averiguarlo por mí misma.

Cuando fijo los ojos en la persona con la que he chocado, me doy cuenta de que es un adolescente. No supera el metro sesenta de altura, igual que yo.

Es un chiquillo moreno y desgarbado, de facciones cuadradas, ojos oscuros y pelo negro, muy parecido al de los hermanos Mavros. Lleva unos cómodos pantalones de algodón y una camiseta de manga corta a juego.

¿Son cuatro hermanos? ¿Cinco, contando al difunto Yannis?

Las preguntas quedan silenciadas en cuanto me doy cuenta de la forma en que me mira.

El chiquillo frunce el ceño y aprieta los puños a ambos lados del cuerpo, como si ante él hubiera aparecido el demonio.

—Joder —suelta con voz helada, haciendo un mohín de asco. Me mira de arriba abajo—. ¿Cómo se han atrevido?

—¿Qu…? ¿Qué? —No entiendo nada.

—¡Qué hijos de puta! ¡Me cago en su jodida calavera!

—Perdona, pero no…

—Eres otra de ellos, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres.

—Mira, chica, conmigo no te hagas la tonta, ¿vale? ¡Sé muy bien lo que intenta hacer mi tío! —Da un paso hacia mí y me señala con el dedo índice—. ¡No soy un crío estúpido! ¡Comprendo perfectamente las mierdas en las que está metida esta familia por muchas asistentas que contraten para vigilarme y mantenerme alejado!

—Eh, tranquilo, no soy una asistenta.

—Ah, ¿no? —pregunta, burlón.

—¿Eres sobrino de los Mavros?

—¡Como si no lo supieras! —Resopla y me mira con asco—. ¡Estoy harto de putas como tú que piensan que me chupo el dedo! ¡Tengo quince años, no soy un niño! ¡Si mis tíos creen que voy a aceptar que me vigilen las veinticuatro horas, están muy equivocados!

Ni siquiera puedo contestar, porque el chiquillo pasa por mi lado y me da un golpe con el hombro que me hace chocar de nuevo contra la pared, aunque esta vez con menos violencia.

Desaparece por el pasillo a toda velocidad y, cuando me vuelvo a quedar sola, parpadeo varias veces intentando comprender qué acaba de pasar.

—¿Es que aquí no vive nadie normal? —susurro.

Rezo para que los demás no hayan oído sus gritos.

No quiero que me descubran tan lejos de mi dormitorio.

Espero varios minutos sin moverme, pegada a la pared, agudizando el oído por si escucho pisadas acercándose. No obstante, nadie viene, así que continúo avanzando despacio, fijándome en cada puerta cerrada, en cada estancia oscura, en cada cuadro de las paredes…, hasta que una tenue luz frente a mí me hace comprender que el pasillo ha llegado a su fin.

La luz de la luna se cuela tímida por un ventanal abierto de par en par.

Me quedo pensativa, debatiendo conmigo misma si salir o regresar a la seguridad del dormitorio.

No tardo en decidirme.

Esto es por lo que he venido.

Me estoy arriesgando a ser descubierta para hallar una salida, y este sitio tiene posibilidades.

En cuanto pongo un pie fuera, la agradable brisa marina me agita el pelo y la tela del camisón.

Estoy en un balcón curvo bastante grande, desde donde las vistas deben de ser una pasada durante el día, porque ahora solo hay oscuridad. Lo único que distingo es el reflejo de la luna sobre el mar y un lejano faro que parpadea.

Camino hasta la balaustrada de piedra y me asomo por ella, buscando una forma segura de huir. Sin embargo, la bajada es tan

escarpada como la de mi habitación. Las olas rompen contra las rocas con violencia. Nadie podría sobrevivir a una caída semejante; pues, aunque llegase al agua con vida, el fuerte oleaje acabaría haciéndome chocar contra el acantilado.

—Vas a tener que buscarte otro sitio por donde escapar.

Una profunda voz me hace contener el aliento y dar un suave respingo. Cuando fijo la mirada en el único rincón del balcón sumido en sombras, descubro a Alekos, quien apoya los brazos sobre la balaustrada mientras fuma un cigarro con tranquilidad. Cada vez que da una calada, el resplandor anaranjado del capullo se intensifica. Expulsa el humo lentamente, tira la colilla al mar y sale de las sombras, caminando hacia mí con esa elegancia tan característica suya.

La luna lo ilumina por completo y yo me quedo helada; no lleva camisa. Su torso ondulado está al descubierto, ancho, fuerte, con un pirsin plateado que le atraviesa el pezón izquierdo.

Al igual que yo, también va descalzo, y, en vez de sus típicos pantalones de traje, lleva unos tejanos que se ajustan a sus piernas a la perfección.

Me humedezco los labios al notar que los tengo resecos y lo miro con cautela mientras él sigue acercándose.

—¿Estabas… Estabas ya aquí cuando he salido al balcón? —pregunto, cada vez más nerviosa.

—Llevo aquí casi una hora.

¿Por qué tengo la sensación de que soy un ratón intentando escapar de su depredador mientras corre inútilmente dentro de una rueda?

Doy un paso hacia atrás y mi espalda choca contra la piedra de la balaustrada. Ya no puedo alejarme más de él.

—No has venido a cenar con nosotros —dice, deteniéndose apenas a un metro de distancia—. ¿Por qué?

—Porque no me apetece veros.

Sus labios se curvan en una sonrisa helada y se cruza de brazos.

—Eres una pequeña desagradecida, Lydia.

—¡No he pedido estar aquí!

—Pero estás. Y en esta casa comemos todos juntos.

—¡No compartiré mesa con unos asesinos!

—¡Tú harás lo que yo te ordene! ¿Me oyes?

—¿Es otra amenaza?

—Nunca amenazo. Actúo.

—¿Y dónde entro yo en todo esto? ¿Es que no tengo derecho ni a opinar?

—Tienes derecho a obedecer. Creo que te lo dejé muy claro el otro día.

Niego con la cabeza.

—Eres un monstruo.

—¿En serio? ¿Soy un monstruo por querer que mi invitada comparta la mesa con nosotros?

—¡Tu jodida rehén, Alekos!

—¡Lo que sea, pero mañana comerás conmigo y mi familia!

—¡¿Y qué más?! ¡¿Voy a poder elegir cuándo hablar o también me lo ordenarás tú?!

—¡Guárdate el puto sarcasmo!

—¡¿O qué?! —Lo fulmino con la mirada, cada vez más enfadada —. ¿Cambiarás otra vez de parecer y me pegarás un tiro en la sien? ¿Sabes una cosa? Creo que prefiero la muerte a tener que convivir con unos asesinos de vuestra calaña. ¡Debería tirarme por el acantilado y terminar de una vez con esta mierda!

—¡En eso puedo ayudarte! —De repente, Alekos me agarra por el cuello con una mano y aprieta hasta que me cuesta respirar. Me empuja contra la balaustrada, haciendo que la mitad superior de mi cuerpo quede suspendida en el vacío, mientras las furiosas olas golpean contra las rocas. Agarro su brazo con ambas manos, jadeando al sentir cómo se acerca aún más. Aprieta su estómago contra mi cuerpo, hasta inclinarse también sobre el abismo y acercar sus labios a mi oído—. ¿Esto es lo que quieres, Lydia? ¿De verdad quieres morir?

Niego con la cabeza con desesperación y, solo entonces, siento que afloja la presión en mi garganta; sin embargo, no aparta su rostro.

—No más juegos ni más estupideces, porque mi paciencia es limitada, y no me supondría ningún esfuerzo quitarte de en medio.

—Despega lentamente la boca de mi oído y me mira a los ojos, muy cerca. Tanto, que siento su aliento sobre mis labios. Me rodea por la cintura con el brazo libre y me aprieta contra él. Puedo sentir su polla firme en mi estómago. Está erguida y muy dura—. Pero antes de matarte, me follaría esa boquita para quitarte la jodida manía que tienes de desobedecerme.

No puedo hablar.

Sus palabras me han dejado muda. Me limito a mirarlo a los ojos, a los labios, y respiro de forma entrecortada al notar cómo un lento calor nace en mi sexo.

Y todavía lo hace más cuando la mano que sujeta mi cuello comienza a descender lentamente.

Baja por el canalillo del camisón, descarada, ardiente, rozándome los pechos, dejando un rastro sensual, hasta que alcanza mi estómago y posa la palma abierta sobre la fina tela.

Mi respiración se ha vuelto jadeante; estoy completamente perdida en la intensa negrura de sus ojos.

—¿He sido lo bastante claro contigo, Lydia? —habla muy cerca de mi boca, y aguarda en silencio una respuesta. No soy capaz de hablar. No ahora. Así que me limito a asentir, a agitar la cabeza varias veces hasta que en sus labios aparece una sonrisa arrogante —. Buena chica.

Alekos me aparta del borde de la balaustrada y, cuando estoy incorporada, se separa de mí, dejándome temblorosa, con la piel de los brazos erizada y las bragas húmedas.

Sin pretenderlo, mis ojos van hasta su polla, que sigue tan erguida y dura como lo estaba sobre mi estómago. Se aprieta contra los tejanos, buscando una liberación que no va a llegar.

Cuando tengo el valor de volver a mirarlo a los ojos, me doy cuenta de que él también me mira. O más bien, mira mi cuerpo.

—Haré que te lleven más ropa a tu habitación. No creo que te guste ir enseñando las tetas delante de mi familia. —Clava sus pupilas en mis pechos, y me cruzo de brazos de inmediato. El camisón es demasiado fino, se entrevé la piel rosada de mis pezones. Un intenso sonrojo me colorea las mejillas. Alekos se ríe

entre dientes y arquea una ceja antes de hablar por última vez—: La comida se sirve a la una. Sé puntual.

Cuando llego a mi habitación, el corazón me late tan deprisa por lo que acaba de pasar que siento incluso un ligero mareo.

Me llevo una mano al pecho, intentando contener los latidos, pero en mi memoria se repiten sin cesar las palabras de Alekos … y esa sensación punzante y ardiente en mi sexo.

Es una jodida locura.

No puedo ponerme cachonda con las caricias de ese asesino. Es un perturbado, un gilipollas sin corazón que me mataría sin dudar si volviese a desobedecerle. ¿Qué mierda me pasa? ¿Estoy perdiendo la cabeza?

Tomo asiento en la cama y me cubro los ojos con las manos, cerrándolos con fuerza. Me obligo a dejar de pensar en el calor de su mano sobre mi estómago, en su aliento contra mi boca.

De repente, un pequeño chasquido en la pared de enfrente me sobresalta. Cuando miro, todo está como siempre. La puerta que nunca se abre sigue cerrada, y a su lado el cuadro con la panorámica de la playa.

Suspiro una vez más y decido no darle mayor importancia. Me tumbo en la cama y me quedo varias horas con la mirada fija en el techo, porque, aunque lo intento, no consigo dormir.

A la mañana siguiente, me despierto de un sobresalto cuando alguien llama a la puerta.

Miro el reloj que hay en la mesilla de noche. Ya ha pasado el mediodía. Me quedé dormida casi al amanecer.

—Adelante. —Mi voz suena pastosa. Me incorporo, sentándome sobre la cama, justo cuando el picaporte gira y la puerta se abre.

Es Galatea, una de las mujeres que limpia la habitación. Una señora entrada en años, amable y risueña, con la que he hablado en alguna ocasión.

—Buenos días —me saluda al entrar, cargada con varias bolsas que deja sobre la cama.

Frunzo el ceño, confusa.

—¿Qué es esto?

—Ropa. Un repartidor la trajo hace un momento y el señor me ordenó traérsela a usted.

Claro.

La ropa que Alekos dijo que compraría.

Eso me recuerda que hoy tengo que comer con esa gente. No tengo escapatoria. Me lo dejó muy claro en el balcón.

Galatea se marcha tras colocar toda la ropa en el armario, y vuelvo a quedarme sola.

En quince minutos debo reunirme con ellos.

No me queda más remedio que vestirme.

Me planto frente al armario y contemplo todo lo que ha comprado para mí. Dos pares de pantalones vaqueros, mallas elásticas, tres blusas, camisetas de tirantes, algún vestido fresco, sandalias, deportivas y más ropa interior.

¡Es demasiado!

¿Tanto tiempo voy a quedarme en esta casa?

No quiero ni pensarlo, o acabaré saltando por el acantilado.

Elijo uno de los tejanos y una blusa fucsia de tacto suave que me sienta especialmente bien. No sé quién ha elegido la ropa y las tallas, pero ha acertado en todo.

Salgo de la habitación después de recogerme el pelo en una coleta alta y me adentro en ese largo pasillo, esta vez en la dirección contraria, hacia donde se oyen voces.

No quiero pensar.

Me niego a hacerlo, o saldré corriendo.

Estoy obligada a ir, así que es inútil empeñarme en lo contrario.

Cuando llego a la estancia de la que provienen las voces, me encuentro en una cocina de diseño, tan amplia como todo mi apartamento en Elunda.

Es muy luminosa, con muebles que combinan acero y madera negra en un estilo industrial y diáfano. En el centro hay una mesa enorme ya dispuesta con cubiertos y vasos.

El jovencito con el que choqué anoche en el pasillo apoya los codos sobre ella, con actitud desganada, mientras varias personas están de espaldas junto a los fogones.

Dos mujeres y un hombre.

Charlan relajados y se ríen de algo que él acaba de decir, aunque desde mi posición no consigo entender qué.

Entonces él se da la vuelta con un par de ensaladas en las manos, y reconozco a Alekos, quien, para mi sorpresa, lleva unos pantalones de algodón y una camiseta de tirantes que se ciñe a su torso fuerte, dejando sus brazos al descubierto.

Joder, le queda tan bien…

Cuando me ve, enarca las cejas y me sonríe; luego me hace una señal con la cabeza para que pase.

—Siéntate donde quieras.

Las otras tres personas centran su atención en mí al oírle hablar, y me muerdo el labio inferior, nerviosa.

Tomo asiento junto al adolescente. De todos ellos, es el que menos peligro representa.

Una de las mujeres es Minerva, quien eleva la comisura de los labios al verme. Se acerca a la mesa con una fuente de comida en las manos y un sensual movimiento de caderas.

Se coloca detrás de mí, rozándome los hombros, y acerca su boca a mi oído mientras deja la fuente sobre la mesa.

—Hola, futuro cadáver —dice con voz melosa—. Pensaba que ya estarías muerta, pero veo que mi hermano sigue permitiéndote respirar. —Se ríe entre dientes y me da un beso en la mejilla, pillándome desprevenida—. ¿Sabes qué es el beso de la muerte, Lydia?

—Minerva, basta —la reprende Alekos, poniendo los ojos en blanco.

—Eres un aguafiestas. Lo mejor de cazar es divertirse antes con las presas. —Se ríe de nuevo y se separa de mí, dejándome con el cuerpo rígido. Esta tía es muy peligrosa.

Terminan de colocar la comida sobre la mesa y toman asiento. Minerva lo hace a mi lado. Parece encantada de verme tan tensa.

Alekos se sienta enfrente y me acerca la fuente con comida para que me sirva.

Sin embargo, quien de verdad llama mi atención es la otra mujer. Una despampanante rubia de rostro afilado y labios gruesos que se sienta junto a él y me mira con un odio que me desconcierta.

¿Se puede saber qué mierda le he hecho yo a ella?

No la conozco de nada.

—Así que tú eres la rehén. —Se cruza de brazos y me examina de arriba abajo, juzgando lo que ve.

—Eso parece.

—Te imaginaba más alta. Y más interesante. Pero no… Eres jodidamente normal, aburrida y…

—Diana —la interrumpe Alekos con voz cortante—. Comamos en paz.

—Sí, querido —responde ella sin apartar sus furiosos ojos de mí.

De repente, escuchamos un silbido alto y musical que se aproxima a la cocina. Cuando giro la cabeza, veo aparecer a Christos Mavros. Saluda con una sonrisilla divertida y se acerca con andares chulescos. No obstante, no es eso lo que más me impacta, sino que su ropa está salpicada de sangre.

—¿Es que no tienes ducha? —se queja Minerva, quien resopla a mi lado—. ¿Voy a tener que comer viendo la puta sangre de tu camiseta?

El menor de los hermanos Mavros rodea a Minerva por los hombros y la mira sonriente.

—Te he traído un regalo. —Apoya la mano sobre la mesa y algo con sangre rueda sobre el impoluto mantel. Cuando reconozco lo que es, me llevo una mano a la boca para no gritar.

—¡Christos, eres un gilipollas asqueroso! —grita ella, apartándose —. ¡Es un jodido ojo!

—Precioso, ¿verdad? Al del sótano ya no le va a hacer falta.

—¡Christos! ¡Hay comida en la mesa! —lo reprende Alekos tras dar un resoplido—. ¡Quita eso de ahí!

—No apreciáis mis regalos —comenta con diversión. Luego, su atención se posa en mí—. Y tú, morena, ¿lo quieres?

Niego convulsivamente con la cabeza y aparto la mirada para no ver ese ojo ensangrentado.

Voy a vomitar.

Putos locos.

Deberían estar encerrados.

—Pues nada, si no lo quiere nadie, me lo llevo. —Lo recoge y, al quitarlo de la mesa, aprieta el puño hasta aplastarlo—. Es una pena, tendríais que haber estado en el sótano cuando Gregorio se lo ha sacado a nuestro invitado. Es un artista. Lo ha dejado vivo para seguir jugando con él más tarde.

Entonces me acuerdo del chiquillo que tengo al lado. No ha levantado la vista del plato en ningún momento. Me da muchísima pena. Es demasiado joven. No merece tener que crecer entre esta panda de perturbados.

—¿Estás bien? —le pregunto con suavidad, pero no recibo respuesta.

Creo que Alekos acaba de darse cuenta de la situación, porque maldice entre dientes y fulmina a su hermano menor con la mirada.

—¡Christos, haz el puto favor!

—¡Eres un imbécil, hermano! —lo reprende también Minerva.

Su sobrino se levanta como un resorte, tirando la silla al suelo con estrépito. Golpea la mesa con el puño y nos mira a todos con rabia.

—¡Ojalá estuviera muerto, como mis padres! ¡Me largo de aquí, no tengo hambre!

—¡Pavlos, espera! —Cuando se va, Alekos se pasa una mano por la frente—. Ni una puta comida en paz.

—Voy a ducharme —anuncia Christos en voz baja. Está arrepentido, se nota.

—¡Eres un jodido imbécil, ahora puedes irte a la mierda! —lo ataca Minerva.

Y yo…

Yo ni siquiera levanto la mirada del mantel.

Estoy tan nerviosa e incómoda que me como lo que hay en el plato con rapidez y me disculpo para regresar a mi habitación, de la que no salgo durante el resto del día.

6

Alekos

Cierro el ventanal del balcón cuando termino de fumarme el cigarro y regreso a mi habitación, disfrutando del agradable silencio de la villa a estas horas de la noche.

Pasar un rato en soledad, acompañado únicamente por el sonido de las olas, es un placer que llevo repitiendo durante años.

El balcón fue un capricho de mi madre; no pertenece a ninguna habitación. Está al final del largo pasillo y no lleva a ninguna parte; sin embargo, reconozco que es el mejor lugar de la casa, y las vistas a la playa de Kommos son fantásticas.

Una vez en mi dormitorio, cierro la puerta y camino hasta el amplio baño para quitarme la ropa y meterme en la cama.

Estoy agotado.

Llegué ayer por la tarde de mi viaje a Estados Unidos, donde se celebró la boda de mi socio, Romeo Mancuso, con una de las hijas del difunto Rocco Iezzi, el capo de la Cosa Nostra en América.

Mi presencia en esa boda me ha alejado de Creta y de mis propios negocios durante toda una semana. Además, anoche no pude pegar ojo por el *jeg lat.* Y el inesperado encuentro con ella en el balcón tampoco ayudó.

No imaginaba que la mujer que capturé tras el asesinato de Yannis, y en la que llevo pensando toda la puta semana desde que me subí al avión, fuese a aparecer precisamente en mi rincón favorito de la villa y me retase con su sarcasmo y esas jodidas miradas altaneras.

Sus provocaciones y desobediencia, sumadas al cansancio del viaje, me hicieron perder el control.

Quise matarla y follármela al mismo tiempo.

¿Es eso posible? Porque mi polla reaccionó a su contacto con una potencia que incluso a mí me sorprendió.

Me miro en el espejo del cuarto de baño mientras me quito la camiseta y dejo mi torso al aire.

Sé por Minerva que Lydia no apareció ni un solo día en la cocina para comer con los demás hasta que yo la obligué. Y aunque no me extrañó nada, porque nos teme y nos odia, es una actitud que no puedo consentir.

Cuando estoy a punto de salir del cuarto de baño, escucho el sonido de la puerta de mi dormitorio.

Es Diana, quien, vestida con un camisón transparente que no deja nada a la imaginación, pues no lleva ropa interior, me mira junto a la cama con el ceño fruncido y los labios apretados en un aniñado mohín.

Su sedoso pelo rubio le cae deliciosamente por los hombros y mis ojos se pierden durante unos segundos en las curvas de su cuerpo.

—¿Qué haces aquí? —Me quito el reloj de muñeca y lo dejo sobre la mesita de noche—. No te he dicho que vinieras.

—¿Ya te has cansado de mí, Alekos? —Levanta la barbilla con altivez y se cruza de brazos.

—¿Eso a qué viene?

—A que llevas una semana sin buscarme.

—¿Te refieres a la puta semana que he estado de viaje? —Frunzo el ceño y la miro con hostilidad; no me gustan estas mierdas.

—No me llevaste contigo a América. Ni siquiera me buscaste ayer, cuando regresaste a la villa.

—¿Y qué?

—¡Pues que has metido a una tía en la habitación contigua a la tuya! ¡Solo os separa una puerta!

—Esa puerta está cerrada con llave, Diana.

—¿Y cuándo vas a abrirla? ¡Seguro que la puta esa estará encantada!

—¡Lo que haga o no, es cosa mía! —gruño, avanzando hacia ella —. ¡No voy a consentir que me controles, porque tú y yo no somos nada!

—¡Llevamos juntos cuatro meses!

—No te equivoques. Estás aquí para cuando quiero echar un polvo. No actúes como una pobre novia engañada, porque no lo eres. Si no te gusta la situación, eres libre de irte.

Ella se ríe con desapasionamiento y me mira con furia en sus cristalinos ojos azules.

—Te la has follado ya, es eso, ¿verdad? Tu supuesta rehén se ha abierto de piernas y ha dejado que te la tires como a una perra.

—¡Suficiente! —grito, agarrando su brazo y tirando de ella hasta que llegamos a la puerta—. ¡Fuera de aquí! ¡Hoy no quiero tu compañía!

—¿En serio, Alekos? —En sus ojos se lee el dolor por mi rechazo —. ¡Pensaba que eras diferente!

—¡Yo no soy tu jodido príncipe azul! ¡Si no has hecho caso a mis advertencias, no es problema mío! —Me humedezco los labios y suelto su brazo—. Lárgate a tu dormitorio. Te llamaré cuando me apetezca un polvo.

—Quizá ya no esté aquí.

—Haz lo que quieras. Si quieres irte, no te va a retener nadie.

La mañana siguiente me levanto temprano. He dormido bien y tengo fuerzas renovadas para el día tan agobiante que tengo por delante.

Durante mi ausencia, Christos y Minerva han seguido ocupándose de todo, pero hay obligaciones que no puedo delegar de las que tengo que ocuparme de inmediato.

Me reúno en la cocina con todos para desayunar y descubro que Minerva intenta conversar con Pavlos, aunque el chico no pone de su parte. Se limita a comer cereales e ignorarla. Sé que mi hermana lo intenta. Quiere que el crío se sienta a gusto con nosotros.

Sin embargo, su difunta madre, tras el divorcio con Yannis, se encargó de meterle mierda en la cabeza para que nos odiase a muerte.

En fin.

Al menos Pavlos, odiándonos y todo, ha aparecido.

No como cierta mujer que ha vuelto a desobedecerme de forma deliberada.

Lydia no ha venido a desayunar con nosotros.

Su silla vacía me hace desear irrumpir en su dormitorio y traerla a rastras. ¿Eso es lo que quiere? ¿Tan poco valora su vida que se atreve a incumplir mis órdenes?

Doy un sorbo al café en actitud sombría, peleando conmigo mismo para no ir a buscarla, cuando escucho un resoplido a mi lado.

Al volver la cabeza, descubro a Diana con cara de pocos amigos. Pellizca con desgana la magdalena que ha destapado y que no tiene intención de comerse. Quiere llamar mi atención. Pretende que le pida perdón por la forma en que la traté ayer, pero eso no va a ocurrir. Debe aprender cuál es su papel en mi casa.

Después del desayuno me encierro en mi despacho para hacer unas llamadas.

Por el ventanal que da al patio interior de la villa, se cuelan los fuertes rayos del sol, señal de que hoy va a ser un día muy caluroso.

Apoyo la cadera en el escritorio, hecho de fuerte madera de cedro, y me coloco el teléfono en la oreja, mientras espero que la persona a quien llamo conteste.

No tardo en escuchar su voz ronca y rasgada.

—¿Mavros? ¿Eres tú?

—Cicero Angelis —respondo con una leve sonrisa en los labios, nombrando a uno de nuestros antiguos socios—. Me sorprendió cuando Christos me avisó de tu llamada.

—Quería darte personalmente el pésame por la trágica muerte de tu hermano. En casa estamos todos conmocionados. Pensábamos que había abandonado el negocio y que ahora estaba en tus manos.

—Y así fue. —Suspiro—. Yannis se apartó de todo esto hace un tiempo. Todavía no entendemos qué lo llevó a adentrarse en el terreno de Dragoslav.

—Nunca debisteis confiar en ese serbio. No es la primera vez que oigo de sus traiciones.

—No sabemos si fue él quien ordenó matarlo. Teníamos negocios vinculados, no tiene sentido que conspirase contra nosotros.

—Es un perro traidor, Alekos. Por Atenas se escuchan historias feas de ese serbio y su cártel.

—¿Qué has escuchado?

—Mercancía que nunca llega, tratos incumplidos, palizas a aliados… —Cicero hace una pequeña pausa y chasquea la lengua antes de proseguir—. El tipo de persona con la que nadie debería tratar. Es una pena que tu padre, que en la gloria se encuentre, rompiese nuestro trato de favor para dárselo al serbio.

—Cicero…. —Río por lo bajo—. Los precios que manejas son ridículos. Mi padre se cansó de pagar más dinero por la misma mercancía. No vamos a comprar tu puto éxtasis a precio de mercado.

—En esta vida, todo es negociable. Ven a Atenas, eres bienvenido en mi casa. Hablemos de negocios. Seguro que podríamos llegar a un acuerdo satisfactorio para ambos.

Me quedo unos segundos en silencio, calibrando su oferta mientras me paso la mano por el cabello con lentitud.

—Lo pensaré. Pero primero tengo que averiguar qué relación hay entre la muerte de mi hermano y Laza Dragoslav. Esa es mi prioridad: encontrar al asesino de Yannis.

Una vez finaliza la llamada, me quedo pensativo, al tiempo que jugueteo con la cruz de oro que pende de la cadena que llevo en el cuello.

Conozco a Cicero Angelis desde que era un chiquillo. Mi padre nos llevaba a Yannis y a mí a su casa para que nos familiarizásemos con los negocios. Es un buen hombre, aunque implacable en las negociaciones.

La familia Angelis es una de las más poderosas de Atenas, y controla casi toda la producción de éxtasis en esta parte de Europa.

Nosotros éramos sus mayores compradores, y sé que, cuando mi padre rompió el acuerdo entre ambos, la venta de su éxtasis se resintió durante varios años.

Quizás, más adelante, acepte esa reunión. Tengo curiosidad por saber qué quiere proponerme, pues a mí tampoco va a amilanarme. Si mi padre era letal, yo lo soy más. Los Mavros no hacemos tratos sin pelear antes.

Media hora más tarde, sigo hablando por teléfono, pero esta vez con uno de mis hombres, que viajó a Sicilia junto con el barco que transportaba el petróleo.

—El jodido italiano quiso pagarnos menos —me dice Darius con voz seria—, pero lo amenazamos con llevarnos de vuelta el barco a Creta.

—¿Entonces ha cumplido con su parte o no?

—Su parte, más un diez por ciento extra por los inconvenientes —se carcajea.

—Bien hecho. —Paseo por mi oficina con tranquilidad y apoyo la cadera en la pared contigua a la ventana, mirando a través de ella nuestro cuidado jardín interior—. La próxima vez se lo pensará antes de intentar jugárnosla.

—Ya lo creo. Ese cabrón siciliano creía que era más listo que yo, pero no imaginaba que…

Dejo de escuchar lo que dice cuando, ante mis ojos, aparece una mujer paseando por el jardín.

Cabello castaño que le enmarca el rostro, ojos desconfiados, la cara de un jodido ángel y un cuerpo armonioso y curvilíneo, enfundado en un fresco vestido veraniego.

Mis labios se curvan lentamente en una sonrisa mientras la recorro despacio con la mirada.

Ni siquiera se ha dignado a venir a desayunar con nosotros y se atreve a pasear como si nada por mi jardín.

Lydia camina despacio entre los setos, mirando aquí y allá, hacia todos lados. Sé lo que pretende. Está buscando otro modo de escapar. Y esa insistencia, aunque tendría que molestarme, me divierte.

—Darius —interrumpo nuestra conversación telefónica—, hablaremos cuando regreses a Creta. Buen trabajo.

Me guardo el móvil en el bolsillo del pantalón sin dejar de contemplarla. Cada vez que gira la cabeza para fijarse en el muro que separa la villa del exterior, su pelo roza con descuido el tatuaje que lleva en la espalda, y que desde aquí no puedo distinguir con claridad.

Salgo del despacho y voy a su encuentro.

Todavía tengo varias llamadas urgentes que hacer; sin embargo, cierta personita ha llamado mi atención.

Una vez salgo al jardín trasero, Lydia me descubre y frena en seco, quedando clavada en el centro de un seto, donde la sombra de un eucalipto la protege de los fuertes rayos del sol.

Conforme voy acercándome, me fijo en que sus mejillas han tomado un saludable tono carmesí por el calor, y que por su cuello resbala una pequeña gota de sudor.

Sé que no le gusta mi presencia, porque nada más verme su cuerpo se ha quedado rígido, y sus ojos me examinan como a un peligroso depredador.

—Voy a ser un buen anfitrión y te voy a dar lo que quieres. —Cuando llego a su lado, ella retrocede unos pasos, para guardar la distancia.

—No quiero nada.

—¿No? —Elevo una ceja y señalo hacia la ventana de mi despacho—. Te he estado observando.

—Solo estaba dando un paseo.

—Y buscando una salida, ¿verdad? —Ella se humedece los labios y baja la vista hasta sus pies, sin querer darme la razón. Su cabezonería me hace sonreír de nuevo—. Dime, ¿has encontrado algún hueco interesante en el jardín por el que escapar?

—¿Crees que si lo hubiera hecho te lo diría?

—Deberías, porque lo único que conseguirás es fallar una vez más.

—¿Y tú qué sabes?

Una suave carcajada escapa de mis labios.

Tiene agallas. Es luchadora. Y quizás demasiado valiente para su propio bien.

—Mira, hace demasiado calor como para estar en el jardín. Voy a ahorrarte el paseo. —La agarro con contundencia por el brazo y la acerco a mí al tiempo que señalo con la mano libre hacia el frente—. En la zona norte hay apostados tres francotiradores que te matarían nada más poner un pie sobre la valla. —La hago girar con brusquedad, en la dirección opuesta—. Allí está Keres, ¿te acuerdas de él?

—Tu perro.

—Y no tiene ese nombre por capricho. Yo llevaría cuidado con él. —Acerco la boca a su oído—. En la mitología griega, las Keres eran espíritus que te mataban de forma violenta.

—Qué adorable.

—Mmm… Otra vez ese sarcasmo tan poco conveniente.

—¡Déjame en paz! ¡Solo estaba paseando!

—No, espera, todavía me queda advertirte que… —La hago girar de nuevo—. En esa dirección, el perímetro está cubierto con doce cámaras de seguridad. Pero en el supuesto caso de que consiguieras escapar y salir de la villa, tendrías que sortear la caseta donde cuatro de mis hombres vigilan quién entra y sale del terreno. No creo que consiguieses llegar muy lejos por ti misma.

Ella aprieta los labios y tira de su brazo para que la suelte.

—¿Dónde estamos? ¿En qué parte de Creta está tu casa?

—Heraclión

—Heraclión es muy grande. ¡Concreta!

—Cerca del pueblo de Matala. La villa está construida en una montaña con vistas a la playa de Kommos.

—El yacimiento de Kommos… —susurra ella, pensativa.

—¿Lo conoces?

Lydia me mira con horror.

—Esta maldita villa está en medio de ninguna parte.

—Qué pena, ¿verdad? —Sonrío ampliamente—. Aunque lograses escapar, nadie podría ayudarte. Te encontraríamos antes.

—Qué hijo de puta.

—¿De verdad quieres insultar a la única persona que te mantiene segura aquí?

—¡Que te jodan! —Me fulmina con sus grandes ojos castaños y se pasa una mano por el cabello, agobiada. Se acaba de dar cuenta de que sus planes de huida se han ido al traste—. ¡Quiero irme de aquí, Alekos!

—Te irás cuando yo lo considere oportuno.

—¡No puedes retenerme como a un animal!

—Creo que tienes muchas más comodidades que un jodido animal.

—¡Me has arrebatado la libertad!

—Puedes moverte por toda la villa sin que nadie te lo impida.

—¡Quiero regresar a mi vida!

—¡Lo que vas a hacer es no faltar más a las comidas conmigo y con mi familia!

—Sí, claro, para que la perra de tu hermana me dé más besos de la muerte —rumia en voz baja, para sí misma.

—¿Qué has dicho?

—¡He dicho que no voy a aguantar que Minerva vuelva a amenazarme! ¡Además, ayer ya fui a vuestra comida!

—¿Y qué hay del desayuno de esta mañana?

—¡¿También?! ¡¿Voy a tener que soportar también los desayunos contigo y con tu familia de locos?!

—¡Y las cenas! ¡No quiero ver tu silla vacía ni una vez más! ¡Porque si tengo que volver a recordártelo, no seré tan bueno contigo!

—¡¿Esa es otra amenaza?!

—¡Puedes estar segura! —exclamo, perdiendo del todo los nervios. Señalo hacia la villa—. ¡Y ahora, vuelve dentro! ¡Hace demasiado calor para estar al sol, tienes los hombros rojos!

—¡¿No se suponía que puedo pasear libremente por donde yo quiera?!

—¡Deja de joder y obedece, Lydia!

Ella aprieta los labios mientras sus ojos se clavan en los míos. Puedo reconocer la ira en ellos, una furia tan profunda que, por un momento, me quedo sin habla, pero no tardo en devolverle la misma mirada, porque no voy a dar mi brazo a torcer.

—Iré dentro —su voz suena impersonal, tan helada como un témpano de hielo—. Haré todo lo que me ordenes. Pero llegará el día en que pueda elegir. Y ese día te mataré, Alekos Mavros. Juro que lo haré. Apoyaré una puta pistola en tu frente y apretaré el gatillo sin remordimientos, mientras te miro a los ojos y deseo que te pudras en el maldito infierno.

El resto de la mañana no veo a Lydia, y cuando aparece para comer con nosotros, ni siquiera se digna a mirarnos ni una sola vez. Se limita a picotear de lo que hay en las bandejas, a aguantar estoica las bromas pesadas de Minerva, y se marcha en cuanto termina, con la cabeza alta y una actitud de mierda que me cabrea todavía más.

No sé por qué lo aguanto.

Sigo dándole vueltas a la amenaza del jardín. Quiere verme muerto. Y aunque por un lado lo entiendo; su vida ha dado un giro brutal por nuestra culpa, no voy a volver a permitir que me hable así. Mientras esté en mi casa, me respetará.

A media tarde, me reúno con el jefe de la policía de Heraclión. Compro su silencio con una suma importante de dinero para que ignore las dos embarcaciones cargadas de marihuana que saldrán del muelle de la ciudad rumbo al Mediterráneo.

No es la primera vez que acepta un soborno, así que la reunión no se alarga más de lo necesario. Regreso a la villa antes del anochecer.

En casa, me cambio y me dirijo al gimnasio. Lo necesito para descargar tensiones.

Al cruzar el umbral, descubro que Christos también está aquí. Levanta pesas frente al espejo sin camiseta.

El cabrón está como un toro. Lleva tres años entrenando sin descanso.

—¿Está arreglado el tema de la policía? —Da media vuelta para mirarme y sigue levantando las pesas.

—No hay nada que el dinero no compre. —Me siento en la máquina de musculación y dejo la botella de agua en el suelo—. La droga saldrá del puerto sin problemas.

—Ojalá todo fuera tan fácil como sobornar a los gilipollas del Gobierno.

—¿Por qué lo dices? —Miro a mi hermano con atención—. ¿El del sótano no ha hablado?

—O no sabía nada del asesinato de Yannis o era un cabrón de lo más leal a Dragoslav.

—¿Era?

—Está muerto. Gregorio lo mantuvo con vida tanto como pudo, pero cuando le sacamos el segundo ojo, no aguantó.

—¿Y qué hay de Dragoslav? Todavía estoy esperando noticias.

Christos niega con la cabeza. Deja las pesas en el suelo y se limpia el sudor con el dorso de la mano.

—Ni rastro del serbio. Nuestros hombres lo han buscado por toda Elunda, pero no han encontrado nada. Ha cerrado el club, su casa está vacía y ha dejado en el aire todos sus negocios.

—Eso no lo pone en muy buen lugar. —Entrecierro los ojos. La huida lo señala. Nadie inocente se esfuma así por un crimen que no ha cometido—. Que sigan buscándolo. Quiero a ese hijo de puta delante de mí.

—Están en ello. —Christos se acerca a la máquina de musculación donde estoy sentado y apoya el costado en el frío metal, mientras me mira con una sonrisilla canalla en los labios—. ¿Ya has pensado qué vas a hacer con ella?

—¿Con quién?

—Con la morenita a la que disparé la noche del asesinato de Yannis. ¿Lydia? ¿Ese es su nombre? —Sonríe de nuevo—. No parece muy contenta en la villa.

—Ella se queda.

—¿Y de qué nos sirve?

Mis ojos van hacia los de mi hermano.

—La utilizaremos como señuelo.

—¿De verdad crees que Dragoslav vendrá a por ella? —Se ríe.

—Es amiga de su mujer.

—El serbio no es tonto, pero sí un cobarde. Ya has visto que ha desaparecido como el humo. No se arriesgará por una amiga.

—¿Y qué sugieres? ¿Que nos deshagamos de ella igual que con el resto? ¿Que la matemos?

—¿Qué otra opción tenemos? Nos conoce, Alekos.

—No vamos a matarla. —Mi tono de voz no permite réplica—. Es inocente. Su único pecado ha sido estar en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—¿Y si nunca vienen a por ella? ¿Piensas retenerla en la villa hasta que nos hagamos viejos?

—¡No lo sé, joder! ¡No sé qué coño voy a hacer, pero, de momento, Lydia permanecerá con nosotros!

7

Lydia

Durante las dos semanas siguientes a la discusión en el jardín, no permito que Alekos vuelva a acercarse a mí.

Lo evito a toda costa, aunque resulta imposible estando bajo el mismo techo.

Voy a la cocina las tres veces al día que me exige. Como en silencio, ignorándolos a él y a su familia, y regreso a mi habitación en cuanto puedo.

Salgo de vez en cuando para recorrer la villa, buscando un hueco por el que fugarme. Pero tengo que admitir que, de momento, no he logrado nada. Esta jodida casa es infranqueable. Hay vigilancia por todas partes.

Llevo casi un mes encerrada aquí.

Lo único que he recibido han sido amenazas… y mucha ropa que no he pedido.

De escapar, nada. Ni una mísera oportunidad.

Tras un largo suspiro, me separo de la ventana del dormitorio, donde las vistas al mar son impresionantes. Me acerco al armario, repleto de prendas que aún no he estrenado y que esperan a que les preste un poco de atención.

Galatea trae varias bolsas de ropa cada dos días.

Dice que Alekos la compra para mí.

Ropa fresca, colorida, veraniega. Decenas de zapatos y deportivas, camisones de seda, prendas interiores de encaje… Cosas que jamás habría podido comprar con mi sueldo en el club de Laza.

Miro la ropa sin pasión alguna y me cruzo de brazos.

La vieja Lydia se habría muerto de gusto con un armario así; siempre me ha encantado la moda. Pero ahora… Ahora veo el ropero a rebosar y lo único que me apetece es quemarlo todo. Esta ropa significa que voy a quedarme más tiempo en este sitio.

—No soy una puta Barbie —susurro entre dientes, sin despegar la mirada del armario—. ¡No soy tu jodida muñeca, asqueroso asesino!

La rabia me empuja hacia la ropa y empiezo a tirarla al suelo, a rasgar alguno de los delicados camisones, a pisotear lo que cae a mis pies.

—¡Que te jodan, Mavros, que te jodan!

Cuando todo acaba en el suelo, lágrimas de rabia resbalan por mis mejillas. Tengo la respiración alterada y un nudo de agobio en el pecho.

Entonces lo oigo.

Otro chasquido en la pared.

Doy media vuelta con rapidez, pero todo sigue como siempre. La puerta que nunca se abre continúa cerrada y el cuadro con la panorámica de la playa sigue colgado en su sitio.

Durante un momento me quedo quieta, confusa. Agudizo el oído por si vuelve a repetirse el sonido, pero no sucede, y finalmente lo dejo estar.

Sin embargo, cuando mis ojos se posan sobre la montaña de ropa que acabo de tirar al suelo, una sonrisa helada curva mis labios.

—Que te jodan —repito entre dientes mientras le doy una nueva patada a una deportiva, que acaba estampándose contra la pared.

Después de mi estallido de rabia, la bonita habitación ha quedado hecha un vertedero. Pero en lugar de recoger nada, me doy media vuelta y regreso a la ventana.

Sé que la hora de la comida se acerca, y que no me queda más remedio que reunirme una vez más con ellos. No obstante, intentaré acortar al máximo el tiempo a su lado.

A la una en punto del mediodía, hago de tripas corazón y abandono mi dormitorio. Nada más abrir la puerta, oigo las voces de los Mavros retumbar por el pasillo. Ríen y charlan relajados, como si no fueran unos malditos psicópatas; como si fueran una familia normal.

No hace falta reunirme con ellos para saber lo que pasará cuando entre en la cocina.

Minerva soltará alguna de sus amenazas y se sentará a mi lado, como siempre, disfrutando al verme tan incómoda.

Christos me guiñará el ojo y, acto seguido, se limitará a hablar de muertes y tortura con sus hermanos, como si fuera el tema más fascinante del jodido mundo.

Luego esa tal Diana, la amante de Alekos, me insultará y me fundirá con sus miradas de víbora venenosa, hasta que alguien le diga que pare.

Y después está él.

Él nunca me dice nada. Solo me saluda con un asentimiento de cabeza y señala una silla para que tome asiento mientras terminan de prepararlo todo.

Prefiero que sea así, que no me hable, porque cada vez que hemos cruzado palabra estas últimas semanas ha acabado amenazándome.

Si todo marcha como siempre, Alekos se limitará a pasarme el cuenco con la comida, a poner paz entre sus hermanos cuando Christos moleste demasiado a Minerva, y a mirarme de reojo de vez en cuando para asegurarse de que vacío mi plato como una niña buena.

Un planazo, ¿verdad?

Un maldito planazo.

Cuando cierro la puerta del dormitorio y comienzo a andar por el pasillo, me doy cuenta de que, a varios metros, hay alguien apoyado contra la pared.

Freno un poco. No logro reconocerlo, hasta que se gira del todo hacia mí y mi cuerpo se relaja.

Es el hijo de Yannis.

Pavlos. Ese chiquillo que parece estar furioso cada segundo de su vida.

Y hay algo que me desconcierta.

En su cara no veo el habitual hastío, ni la rabia que le dedica a todo el mundo, sino que parece que… ¿me sonríe? ¿A mí?

—Hola, Lydia. —dice. Su voz todavía no es grave como la de un hombre, pero tampoco suena aniñada. Camina hacia mí con las manos metidas en los bolsillos del pantalón de algodón.

Pavlos no puede negar quién es su familia. A pesar de que todavía es un adolescente, y su altura no se acerca al metro noventa de Alekos o Christos, sé que cuando crezca será tan imponente y atractivo como ellos. Los genes de los Mavros están muy presentes en él.

Se detiene a mi lado y frunzo el ceño, extrañada.

Me está sonriendo. No me equivocaba. Lo que no entiendo es por qué.

—Hola —respondo con cautela.

—Te estaba esperando, pero no sabía cuál era tu habitación.

Frunzo el ceño y me cruzo de brazos, mirándolo como si fuera un complicado rompecabezas, porque, en realidad, me lo parece.

—¿Para qué me esperabas?

—Para ir juntos a la cocina.

—¿Por qué?

—Sé lo que asusta estar en una casa llena de desconocidos.

—¿Ahora te da igual que las *putas* vigilen? —repito con voz fría las palabras que me dijo la primera noche que nos vimos, tras chocar en el pasillo.

Pavlos ríe entre dientes y baja la vista al suelo, encogiéndose de hombros. Parece… ¿avergonzado?

—Creía que eras una de las niñeras que han contratado para tenerme controlado. Ahora sé que no. A ti también te vigilan, lo he visto. Te tienen retenida en la villa, igual que a mí.

—No creo que tu situación sea similar a la mía. Son tus tíos. Tu sangre.

—Casi no los conozco. Mi madre me advirtió que no debía acercarme a ellos. Decía que no eran de fiar.

Joder. Pues su madre dio en el clavo. Aunque, claro, ¿de qué me extraño? Estuvo casada con Yannis Mavros. La pobre tuvo que ver barbaridades en esta casa. Es normal que no quisiera que su hijo tuviera ningún tipo de relación con los hermanos de su exmarido.

—Uno no elige en qué familia nace.

—Ya. —Pavlos suspira y apoya un hombro en la pared—. ¿Y tú? ¿Por qué no dejan que te vayas?

—No se fían de mí. Creen que, cuando me suelten, iré a la policía y los delataré.

—¿Cuándo te cogieron?

—La noche en que murió tu padre.

—A mi padre lo mataron.

—Lo sé. Yo estaba ahí.

—¡¿Viste cómo lo mataban?! —exclama conteniendo el aliento.

—Cuando yo llegué, ya estaba muerto. —Niego con la cabeza—. Ni siquiera me dio tiempo a reaccionar. Recibí un disparo y desperté en el sótano de esta villa.

—¿Creen que fuiste tú?

—Si creyeran eso, mi cuerpo estaría a diez metros bajo tierra, Pavlos. —Suspiro—. Sospechan de un buen amigo.

—¿Eres amiga de ese Dragoslav?

—¿Lo conoces?

—No, pero tengo oídos. Mis tíos hablan mucho de él.

—Laza es una buena persona.

Pavlos se encoge de hombros y me mira a los ojos. En los suyos reconozco la duda. Quiere decirme algo:

—De… Deberíamos unir fuerzas. Contra ellos. Tú y yo. Joderlos a base de bien.

—No creo que eso sea prudente. Al menos, para mí, no. No voy a retarlos ni a hacer nada que pueda traerme consecuencias.

—¿Es que no te gustaría escaparte de aquí?

—¡Pues claro! Pero Alekos me dejó muy claro que, si lo intento, es probable que acabe metida en una caja de pino. Y aprecio demasiado mi vida.

El chiquillo resopla y se pasa una mano por el pelo. Sabe que tengo razón. Es joven, pero eso no significa que sea tonto.

—¿Y qué sugieres que hagamos? ¡Yo tampoco quiero estar aquí!

—No vamos a hacer nada —respondo con voz firme.

—¡¿Nada?!

—Por el momento, nada. Además, no deberías arriesgarte a que se enfaden contigo. En unos años serás mayor de edad y podrás

irte. Nadie te retendrá.

—i¿Sugieres que me quede tres putos años aquí, con mis tíos?!

—Ellos te aprecian. Eres el hijo de su hermano. No van a hacerte daño.

—¿Y a ti?

—Mi situación es distinta. No soy bienvenida en esta casa, no me conocen ni les gusto. Mi única salida es esperar, pasar desapercibida y encontrar un modo seguro de escapar cuando se olviden de mi presencia.

—Cuando eso ocurra, me iré contigo, Lydia. Buscaré a la familia de mi madre y me quedaré con ellos.

No intento convencerlo de nuevo. Comprendo la necesidad que tiene Pavlos de largarse, y si el día que encuentre un fallo en la seguridad de los Mavros él quiere venir conmigo, no soy nadie para impedírselo.

—Es tu decisión.

—Sí, y yo decido que formemos una alianza. Tú me apoyas y yo te apoyo.

Sonrío suavemente.

—Muy bien, pues tenemos una alianza. —Veo que tiende el brazo para que le estreche la mano, así que lo hago—. Pero a partir de ahora, no volveremos a hablar de este tema. No es seguro. Alguien podría escucharnos.

—De acuerdo. Actuaremos como si nada —asiente. Poco después se rasca el mentón, pensativo—. ¿Tampoco podré hablarte?

—Hablarme, sí. Todo lo que quieras. —Sonrío—. De hecho, espero que hablemos a menudo. Será agradable conversar con la única persona de esta villa que no quiere retorcerme el pescuezo.

Cuando entramos en la cocina, la comida ya está servida sobre la mesa y todos han tomado asiento alrededor, esperando a que Pavlos y yo lleguemos para empezar a comer.

Nuestra charla en el pasillo nos ha retrasado diez minutos, y en la mirada de Alekos puedo ver que no le gusta que lo hagan esperar.

Está sentado al lado de Diana, como siempre, y tamborilea con dos dedos sobre la mesa mientras me fulmina con sus oscuros ojos.

—Hay tres relojes en tu habitación y, aun así, llegas tarde.

—Lo siento, estaba…

—Ha sido culpa mía —interviene Pavlos, mirándolo con hostilidad —. Ella no ha hecho nada, déjala en paz.

Alekos alza las cejas, sorprendido por la forma en que su sobrino ha salido en mi defensa. Pero no es el único. Minerva también nos observa extrañada, primero a él y luego a mí. Sé que intenta ganarse la simpatía de Pavlos, aunque el chiquillo apenas le presta atención.

Una vez nos sentamos con ellos, Alekos me pasa el cuenco de la ensalada para que me sirva, eso sí, con una seriedad impenetrable que me pone nerviosa.

No estoy acostumbrada a que me mire así.

En estas dos semanas, su actitud hacia mí ha sido casi indiferente.

—Así que tú eres Lydia.

Una nueva voz me hace girar la cabeza la derecha.

Al lado de Christos está sentado otro hombre al que no conozco de nada. De hecho, no recuerdo haberlo visto nunca por aquí. ¿Otro hermano Mavros? ¿Algún familiar de visita?

Es casi tan alto como ellos, de cabello castaño y ojos azules. Viste ropa informal: unos tejanos desgastados y una camiseta sin mangas que deja a la vista sus brazos musculosos.

—¿Nos conocemos? —Entrecierro los ojos y lo observo con más atención, al tiempo que doy un trago a mi vaso de agua.

—Ni lo conoces ni vas a conocerlo, porque el veneno de tu vaso hará efecto enseguida—me susurra Minerva al oído, logrando que me atragante y comience a toser. La miro con horror. Ella se ríe entre dientes y apoya una mano en mi hombro, encantada con mi reacción—. Joder, no sabes lo que voy a disfrutar cuando te mate.

—Minerva —le advierte Alekos.

—Mimi, deja de atormentarla —se entromete el recién llegado. Ríe entre dientes logrando que ella le guiñe un ojo. Después vuelve

a centrar su atención en mí—. No nos conocemos. Soy Stelios, un buen amigo de la familia.

—Un gorrón que últimamente viene a comerse nuestra comida —añade Christos con socarronería.

—Stelios es de los nuestros, no es un gorrón. De ella no podemos decir lo mismo —interviene Diana. Ya me extrañaba que estuviera tan callada. Me mira con hostilidad mientras entrelaza un brazo con el de Alekos—. A ver cuándo os deshacéis de esta zorra.

—¡Tenle un respeto! —se entromete Pavlos, lanzándole la servilleta a la cara—. ¡Lydia no te ha hecho nada!

—¡A ver si el respeto lo tienes tú, mocoso descreído!

—¡Eh, imbécil, a mi sobrino no le grites! —Minerva se levanta, mirando amenazadora a la amante de su hermano—. ¡Si hablamos de gorrones, tú eres la primera en la lista, Dianita!

—¡¿Por qué no podemos comer ni un puto día sin peleas?! —Alekos da un fuerte golpe sobre la mesa, sobresaltándonos a todos.

—¡Entonces, dile a tu puta que respete a Pavlos!

—¡Y a Lydia! —añade el chiquillo con rabia.

Diana baja la vista a su plato y no vuelve a hablar en toda la comida. Que le jodan. No sé qué le pasa conmigo, pero cada vez me cuesta más morderme la lengua. Si lo hago es porque no quiero discusiones ni llamar la atención más de lo necesario. Algún día se cansará. Se olvidarán todos de mí, seré como un mueble para ellos, y tendré más opciones de escapar.

Alekos y Minerva nos miran a Pavlos y a mí con los ojos entornados. Sé que están impresionados y confundidos porque, a pesar de sus intentos, el hijo de Yannis siente más simpatía por una desconocida que por ellos.

Es una pequeña satisfacción que curva mis labios en una leve sonrisa el resto de la comida. Sobre todo, cuando alguno de ellos intenta hablar con el crío y él ni se digna a levantar la vista del plato.

—Alek, esta noche no podré ir al club —dice Christos, limpiándose la boca con una servilleta de tela. El cambio de tema ha logrado que la atención de esos dos no siga sobre nosotros—. He quedado con alguien.

—Uuum, ¿una cita, hermanito? —lo interroga Minerva, alzando las cejas con picardía.

—Un polvo.

—Sí, ve, diviértete. De todas formas, quería pasarme por allí para hablar con los chicos —comenta Alekos, reclinándose en la silla—. Calix me dijo que habían tenido problemas con el dueño del hotel de al lado, por el ruido. Al parecer, llamó a la policía.

—Ese imbécil está buscando que le metamos un tiro entre ceja y ceja. Más le vale dejar de tocarnos los cojones. El club tiene una insonorización de la hostia.

—Lo arreglaré.

—¡Cómo me apetece ir al club y bailar un rato! —exclama Diana, enredándose de nuevo al brazo de Alekos—. Llevamos mucho tiempo sin salir.

En cuanto termino el último bocado del plato, me disculpo con todos, como suelo hacer siempre.

Después de la tensión inicial, la comida se ha desarrollado más o menos en una paz aceptable, y mi cabeza sigue estando firmemente unida a mi cuello, así que puedo darme por satisfecha.

—No tengo más hambre. Regreso a mi habitación.

—¡Oye, Lydia! —Pavlos apoya la mano en mi brazo para llamar mi atención, lo que hace que Alekos vuelva a mirarnos raro—. ¿Te apetece venir mañana por la mañana al gimnasio? Suelo ir sobre las diez.

—Claro, espérame.

—Yo… Yo también puedo ir. Tengo la mañana libre —comenta Minerva, regalándole su mejor sonrisa al chico.

—No. La he invitado a ella.

Aprieto los labios para evitar sonreír por la cara que se le queda a Minerva y me levanto de la silla para abandonar la cocina. Me encantan las pequeñas victorias, sobre todo si son contra esa perra Mavros que se divierte asustándome con sus amenazas.

—Espera un momento. —La voz grave de Alekos me hace frenar en seco. Cuando nuestras miradas coinciden, veo la desconfianza en

sus ojos—. Ve a mi despacho, me reuniré contigo enseguida.

Joder.

¿Y ahora qué quiere?

Mi primer impulso es negarme, mandarlo a la mierda y encerrarme en la habitación hasta la cena, pero sé que hacer eso sería demasiado temerario. Así que me limito a asentir, salir de la cocina con el cuerpo rígido y caminar por el pasillo en dirección a su despacho, mientras repaso mentalmente los posibles motivos de esta indeseada reunión.

No hace falta que nadie me guíe. Sé muy bien dónde está. Gracias a mis paseos por la villa, buscando una salida, conozco cada rincón de la casa, cada habitación.

Así que, cuando aparece ante mí la puerta de la oficina de Alekos, un desagradable malestar se instala en mi estómago.

Paso al interior por obligación y contemplo todo lo que hay en él.

Es una estancia amplia, con una preciosa luz natural que entra desde la ventana que da al patio interior.

Las paredes son blancas, lisas, igual que en el resto de la casa; no obstante, este no es un despacho al uso.

No hay estanterías rebosantes de libros ni el escritorio está repleto de papeles. Sobre él solo hay un móvil, una libreta y varios bolígrafos esparcidos por la madera. Además, en el otro extremo de la sala veo una máquina recreativa arcade y un pequeño mueble bar.

—Siéntate —me dice de pronto una profunda voz a mi espalda que me hace pegar un suave respingo.

Me aparto de Alekos, quien me examina con esa actitud pasivo-agresiva con la que lleva mirándome toda la comida.

—Prefiero quedarme de pie.

—¿Crees que voy a abalanzarme sobre ti? —Eleva una ceja.

—Lo que quiero es que me hables de ese tema tan importante por el que estoy aquí, para poder largarme a mi habitación cuanto antes.

—¿De verdad no te lo imaginas, Lydia?

—¿Qué tengo que imaginar?

—Parecías muy orgullosa de ello hace unos minutos.

—¿Vas a hablar claro o no?

Alekos da un paso hacia mí y se cruza de brazos, logrando que la tela de su camisa se tense contra sus músculos. Va vestido con su habitual traje, aunque no lleva la americana. Luce varios botones del pecho sueltos, mostrando la cruz de oro que siempre lleva colgada al cuello.

Tiene la mandíbula tensa, tan tensa como su mirada fija en mí. Sus ojos me recorren con una oscuridad que me eriza el vello de la espalda, pero no tengo miedo. Es una inquietud diferente, que no me agrada en absoluto.

Quizás me esté volviendo una loca incauta, o esté fallando mi instinto de supervivencia. Sin embargo, Alekos Mavros ya no me produce el temor irremediable de los primeros días.

Es un criminal, lo sé. No le temblaría la mano para meterme en cintura, lo tengo claro. Pero hay algo que me dice que, si no me ha matado ya, no creo que lo haga más adelante. Me alimenta, me compra ropa, me ha metido en una lujosa habitación de la villa… ¿Quién se comportaría así con alguien a quien tiene la intención de asesinar?

Aunque no puedo decir lo mismo de Minerva o del sádico de Christos. Sé que a ellos no les temblaría el pulso si tuvieran que vaciar una pistola en mi cabeza.

Alekos se humedece los labios, logrando que mi atención vuelva a su rostro, y entrecierra los ojos antes de hablar de nuevo.

—¿Quieres que vaya al grano? Pues muy bien, lo haré: ¿qué le has dicho a Pavlos?

—No lo sé, ¿qué se supone que le he dicho a Pavlos?

—¡No te hagas la tonta! —Me señala con el dedo índice, amenazador—. De la noche a la mañana, sois todo sonrisas.

—¡Si en tu familia no sabéis cómo tratar al chiquillo, no es mi problema!

—¡¿Qué le has dicho a mi sobrino para que sea tan simpático contigo?!

—¡Nada! ¡Él me buscó! ¡Yo solo he sido amable!

—¿Por qué?

—¡¿Me estás preguntando por qué soy amable con un crío?! ¡Lo que tendrías que hacer es preguntarte a ti mismo qué habéis hecho

para que Pavlos no quiera tener nada que ver con vosotros!

—¡¿Hacer?! ¡No hemos hecho nada! ¡Y como me entere de que le hablas mal de nosotros, juro que te…!

—Me matas, sí. —Mi voz suena aburrida. Pongo los ojos en blanco—. No sé por qué me extraña. Otra amenaza. Y con esta ya van… ¿mil?

—¡Deja el puto sarcasmo, Lydia, no voy a volver a repetírtelo!

—¿Puedo irme ya? —Sonrío con tensión al tiempo que me cruzo de brazos.

—¡No, no puedes irte ya! ¡Me cago en la puta! ¡No te vas!

—¿Hay algo más que tengas que decirme? ¿Vas a obligarme también a merendar con vosotros?

Alekos enarca las cejas y aprieta los labios. Sé que le ha hecho gracia, pero se esfuerza en aparentar indiferencia. En cambio, adopta una actitud chulesca y hostil que me es demasiado familiar.

—Quiero saber cuál es el problema que tienes con la ropa.

—¿Problema? Yo no tengo…

—¡¿No tienes ningún problema y la tiras por el suelo para pisotearla?!

—¡Lo que yo haga en mi…! —De repente me quedo callada, porque acabo de darme cuenta de algo. Abro la boca con una mezcla entre asombro y rabia, y le doy un contundente golpe en el pecho con la palma de la mano—. ¡Me has estado espiando! ¡¿Has puesto cámaras en mi habitación, cabrón degenerado?!

—¡Respeto! —grita, acercando su cara a la mía. Su agradable perfume herbal penetra en mis fosas nasales.

Cuando nuestras miradas se encuentran, además de enfado, creo reconocer un suave tic en su ojo derecho, fruto de la rabia.

—¡¿Me pides respeto cuando tengo toda la habitación llena de cámaras?!

—¡No hay cámaras, Lydia!

—¡Ja! ¡¿Y cómo sabes lo de la ropa?!

—¡Es mi jodida casa! ¡Sé todo lo que pasa en ella! ¡Tengo trabajadores que se encargan de recoger la mierda que dejas!

Claro. Galatea.

Ella se encarga de mi habitación.

Al imaginar a esa mujer recogiendo el desastre que he provocado, me siento un poco culpable. Sé que sufre de la espalda, no es tan joven como las demás chicas del servicio. Me muerdo el labio inferior y bajo la vista al suelo, porque, a pesar de todo, no voy a disculparme. Que se disculpe él por tenerme secuestrada en su mansión del terror.

—¿Puedo volver ya a mi habitación?

—Una cosa más.

—¿Y ahora qué? —Cuando levanto la mirada, Alekos sigue contemplándome.

—Dragoslav ha huido.

Durante unos segundos, se me para el corazón.

No sé si he escuchado bien.

—¿Qué?

—Que tus queridos amigos del alma te han abandonado a tu suerte. —Curva los labios en una sonrisa cruel—. Mis hombres no han encontrado ni rastro de ellos. Han cerrado el club, han dejado su casa y no han cumplido con sus negocios. Eso no los deja en muy buena posición, ¿no te parece?

—¡Ellos no mataron a tu hermano! —exclamo a pesar de que me siento demasiado confusa. Calista no haría algo así. ¡No me dejaría en la estacada, la conozco!

—¿Por qué sigues defendiéndolos cuando han demostrado que les importa una mierda lo que te pase?

—¡Sí les importo!

—Llevo buscando a Dragoslav un mes, para intentar hablar con él y que me aclare cuál fue su papel en el asesinato de Yannis, pero se han escondido como las ratas que son.

—¡Tiene que haber una explicación! ¡Ellos no son…!

—¡Unos putos traidores asesinos!

—¡No! ¡No! —Me tapo los oídos con ambas manos. No puedo creerlo. No quiero creerlo—. ¡Quiero irme! ¡Deja que me vaya a mi habitación, Alekos!

—¿Duele oír la verdad?

—¡Es que no es la verdad! ¡Tú eres el asesino, no ellos! ¡Son buenos, no como tú y tu familia! ¡No quiero tener nada que ver con

vosotros, no lo soporto! ¡Os aborrezco!

Sé que mis palabras lo han enfadado, porque aprieta los puños a cada lado del cuerpo tan fuerte que los nudillos se le han puesto completamente blancos.

Su respiración está agitada y sus labios se han convertido en una línea fruncida en el rostro.

—Vete —ruge en un susurro, al tiempo que da media vuelta para perderme de vista.

No tardo en obedecer. Me giro a gran velocidad y camino a toda prisa por el despacho para salir de una vez. Estoy nerviosa, desesperada por encontrar una explicación a la desaparición de Calista y Laza. Ellos jamás me dejarían aquí sin intentar salvarme de esta gente.

¿Qué ha pasado? Ha tenido que ocurrirles algo horrible para que hayan desaparecido de Elunda.

Cuando estoy a punto de alcanzar la puerta, un carraspeo de Alekos llama mi atención. Y entonces escucho de nuevo su voz:

—A las once te espero en el salón. Sé puntual.

Sus palabras me hacen arrugar el ceño.

¿Qué?

Sin poder evitarlo, doy media vuelta para encararlo una vez más, con una de las manos apoyada sobre el picaporte de la puerta.

—¿Cómo que a las once? Siempre cenamos a las ocho. En la cocina.

—No te hablo de la cena.

—¿Para qué tengo que estar en el salón a esa hora?

—Porque te vienes conmigo al club.

—Y una mierda.

—No es una petición, Lydia. Es una orden.

—¡No voy a ir a ningún sitio contigo! ¡Es Diana la que va a acompañarte!

—Te lo estoy diciendo a ti, no a ella. —Apoya la cadera en el escritorio—. Esta noche mi acompañante vas a ser tú, así que te quiero puntual en el puto salón. ¿Lo he dejado suficientemente claro?

8

Lydia

A pesar de que mi intención era regresar al dormitorio, cuando alcanzo la puerta ni siquiera intento abrirla, sino que continúo caminando hasta llegar a ese balcón curvo situado al final del pasillo.

Estoy tan agobiada por todo lo que está pasando que necesito respirar un poco de aire marino. La situación me sobrepasa en muchos aspectos, y a veces no sé qué hacer para no perder la cabeza y mantenerme dentro de mis cabales.

Me apoyo en la baranda de piedra y contemplo el imponente mar que se extiende ante mis ojos, de un profundo color azul que va palideciendo conforme se acerca a la costa.

Es una panorámica preciosa. A lo lejos se ve ese pequeño faro que parpadea cada noche, y la playa de Kommos, donde algunos bañistas disfrutan de sus cálidas aguas.

Me encantaría gritar. Pedir auxilio. Sin embargo, no serviría de nada; lo único que conseguiría sería alertar a los Mavros y que volvieran a abalanzarse sobre mí como las aves carroñeras que son.

Sus palabras regresan de nuevo a mi recuerdo.

Me ha ordenado que lo acompañe a un jodido club.

Esta noche.

¿Por qué a mí?

Tiene a su zorra. Diana estaría encantada de ir; lo ha dejado muy claro en la comida. Se la veía incluso ilusionada con la idea.

En cambio, yo… ¿de qué le sirvo? ¿Por qué se ha empeñado en que vaya con él, cuando ni siquiera somos capaces de dedicarnos una palabra amable el uno al otro?

No nos soportamos. Nos aborrecemos.

¿Es que quiere que nos pasemos toda la noche discutiendo? ¿Eso es lo que Alekos considera un buen plan? Porque, joder, yo daría un

pie si a cambio pudiera librarme de su presencia.

Por más que le doy vueltas, no logro encontrar una explicación lógica. Sin embargo, también hallo un pequeño rayo de esperanza.

Voy a salir de la villa después de casi un mes encerrada. Estaré fuera. Por fin. Sin sus hombres vigilando el perímetro ni su perro come almas merodeando por el jardín. Estaré rodeada de más gente a la que pedir ayuda, entre la que esconderme.

Mis posibilidades de escapar se multiplican.

Un pequeño descuido, y seré libre.

No puedo evitar hacerme ilusiones.

Fantaseo con que logro escapar de las garras de los Mavros, hasta que me percato de que el sol empieza a esconderse en el horizonte.

He perdido la cuenta de las horas que llevo aquí fuera, pero una vez emprendo el camino hasta mi dormitorio, me siento mucho mejor. Ni agobio ni ansiedad.

Cuando abro la puerta, en el suelo no hay ni rastro de la ropa que tiré y pisoteé tras mi ataque de ira. Todo está como siempre: impoluto, ordenado.

Me muerdo el labio inferior al imaginar lo que debe de haber pensado Galatea de mí. Creerá que estoy tan loca como toda esta gente. Ella es una de las pocas personas que me tratan bien, y no quiero darle más trabajo del que ya tiene. La próxima vez que la vea, me disculparé con ella.

No he dado ni un par de pasos por la habitación cuando me percato de las bolsas que hay sobre la cama.

—No puede ser.

Más ropa.

Una vez llego hasta el colchón y saco lo que hay dentro, suelto una exclamación al ver el vestido.

Es precioso. De satén negro, con tirantes finos que cruzan por la espalda y un escote bajo, no demasiado insinuante. Sin embargo, lo que más me impresiona es la larga raja que nace en la parte izquierda de la prenda y sube hasta la mitad del muslo.

Pero eso no es todo. En la otra bolsa hay una caja de zapatos: unas sandalias doradas de tacón fino que se ajustan al tobillo

mediante una tira de cuero. Un bolso dorado de mano que parece una joya y un neceser repleto de maquillaje, perfume y productos cosméticos.

—Qué hijo de puta —susurro con una sonrisa traidora en los labios. Por lo visto, el club al que Alekos va a llevarme dista mucho de ser como los antros a los que he ido antes, porque esta ropa no es precisamente barata.

Cuando es la hora de la cena, no me reúno con los Mavros en la cocina.

Si estoy obligada a pasar parte de la noche con él, no pretenderá que también haga acto de presencia ante su querida familia, ¿verdad? Así que me dedico a darme una ducha, a arreglarme con relativa tranquilidad y a mentalizarme por lo extraña que me resulta la situación.

A las once menos cinco de la noche, me coloco frente al espejo del armario y me miro con ojos críticos.

El vestido me queda perfecto. Es el más sexi que he llevado nunca. Elegante, insinuante y delicado. Se pega a mis curvas como un guante, parece que está hecho a medida. Al igual que las sandalias, que se ajustan a mis pies como una segunda piel. Aunque sé que dentro de unas horas voy a odiarlas: son muy altas y el tacón demasiado fino.

Apenas me he maquillado, con el calor no me apetece hacerlo, pero sí me he puesto máscara de pestañas y me he pintado los labios con carmín.

Llevo el cabello suelto, enmarcándome el rostro; sin embargo, he metido en el bolso un coletero, por si acaso. La humedad de Creta va a hacer estragos en mi alisado. Lo sé.

Tras mirarme una vez más en el espejo, abandono la habitación y recorro el pasillo hasta llegar al salón de la villa, donde ya se encuentra Alekos.

Está de espaldas, mirando por la ventana que da al jardín delantero, donde está la piscina, y lo poco que veo de él me pone nerviosa.

Va vestido con un traje completamente negro que se ajusta a la perfección a su cuerpo musculoso, y unos zapatos también negros y brillantes. Impolutos.

Al escuchar el sonido de los tacones, se gira hacia mí. Cuando nuestras miradas coinciden, creo reconocer en sus labios la tensión; una leve crispación en sus facciones. Al mismo tiempo, recorre mi cuerpo y me contempla con mucha intensidad. No dice nada, de su boca no sale ni una mísera palabra, pero sé que le gusta lo que ve.

Noto sus ojos sobre mí como dos ardientes llamas que me queman en cada lugar por donde pasan. Es una sensación rara, contradictoria, porque, aunque no debería gustarme ser contemplada por él, hay algo en mi interior que desea que siga haciéndolo. Igual que aquella noche en el balcón.

Se me acelera el corazón. Lo siento hasta en los oídos, pero me escudo en una mueca indiferente al tiempo que levanto la barbilla y lo miro con ojos vacíos, sin querer aceptar lo atractivo que está vestido de esa forma y lo bien que le queda el cabello repeinado hacia atrás.

—¿Vamos a quedarnos aquí toda la noche? —Enarco una ceja, destruyendo de repente esta inesperada tensión entre ambos.

Se acerca a mí a paso lento, elegante, como un poderoso león.

—¿Ahora tienes prisa por que nos vayamos?

—Estas putas sandalias son demasiado incómodas para estar de pie.

—¿No te gustan?

—¿De verdad se me permite opinar?

Alekos curva los labios en una sonrisa y eleva una ceja.

—¿En qué momento has dejado de hacerlo, Lydia? Que yo recuerde, nunca te has guardado una opinión, por inapropiada que fuera.

—Es que me he malacostumbrado a eso de la libertad de expresión. —Me cruzo de brazos, presionando suavemente la tela del vestido bajo el busto, y me doy cuenta de que los ojos de Alekos se posan en mis pechos. Aprieto los labios y levanto la barbilla, enfadada—. ¡Mi cara está más arriba!

—Ya lo sé. —Sonríe todavía más y camina hacia mí; sin embargo, antes de tocarme, cambia de dirección, pasando tan cerca de mi costado que siento su aliento en mi oído. Su voz suena en un susurro—: Ese vestido te queda jodidamente bien.

—A ti te quedaría de puta madre un cerebro —respondo entre dientes.

—¿Qué has dicho?

—Nada. —Sonrío de forma falsa y arqueo las cejas con chulería.

Sin embargo, de repente, Alekos apoya la mano en mi nuca y me acerca con fuerza hacia él, quedando nuestras caras tan juntas que noto su respiración en mi boca.

—Voy a pasar por alto tu mierda de comentario —susurra amenazador—, y también voy a pasar por alto que esta noche hayas vuelto a desobedecerme.

—Yo no te he desobedecido. —Mi voz suena jadeante. Tengo los ojos fijos en los suyos.

—No te he visto en la cocina a la hora de la cena.

—Ah, eso.

—¡Sí, eso! —Me suelta la nuca con brusquedad y me mira de arriba abajo una última vez antes de dar media vuelta—. Sígueme. Es hora de que nos vayamos.

Alekos cruza el salón y yo lo sigo, controlando el repentino temblor que siento en las piernas.

Lo acompaño en silencio hasta llegar a la cochera.

Nunca he llegado tan lejos en mis paseos por la villa. Esta parte de la casa está vigilada por varios de sus gorilas y no se me permite traspasar la puerta.

Una vez se prende la luz, ante mí aparecen siete coches de lujo, impolutos y relucientes. Parecen nuevos, recién comprados. Y creo que mi cara de asombro es tan evidente que en los labios de Alekos se forma otra sonrisa de satisfacción.

—¿Te gustan?

—¿Son todos tuyos? —Me paseo lentamente alrededor de cada uno de los coches, acariciando con la yema de los dedos su brillante chasis.

—De la familia. El Rolls-Royce era de mi padre.

Levanto la vista y fijo mi atención en él, que acaba de apoyar la cadera en un flamante Porsche negro.

—Por lo que veo, ser un delincuente es muy rentable.

—Bastante. —Sonríe—. El Ferrari que estás tocando lo trajeron ayer desde Bolonia. ¿Alguna vez has montado en uno?

—¿Tengo cara de millonaria?

—Sube. —Camina hasta mi lado y abre la puerta del copiloto para que entre en el deportivo—. Vamos a hacerlo rugir por primera vez.

No puedo evitar que mis labios se curven en una sonrisa. Es un coche espectacular, el sueño de cualquier persona. Así que me acomodo en el asiento del copiloto y, mientras espero a que Alekos dé la vuelta y se ponga al volante, miro todo lo que hay a mi alrededor. Es tan lujoso que me da miedo tocar algo y romperlo.

Una vez se sienta a mi lado y cierra la puerta, oigo el elegante rugido del motor.

—Precioso —susurra mientras acaricia el volante con sus grandes manos. Para él también está siendo la primera vez en este coche—. Motor V12, inyección directa, trescientos setenta y dos kilómetros por hora…

—Es rápido.

—Es una jodida bestia. —Gira la cabeza hacia mí y se aproxima hasta que quedamos bastante cerca. Contengo la respiración cuando sus pupilas se clavan en las mías—. Te dejaría conducirlo. —Me mira los labios y sonríe una vez más antes de alargar la mano por encima de mi hombro. Agarra el cinturón de seguridad y escucho el clic cuando me lo coloca alrededor del cuerpo—. Pero no me fío de ti. Tienes tantas ganas de escapar que probablemente nos matarías a ambos.

—Sabes… Sabes que lo lograré algún día. Escapar, me refiero.

—No esta noche —sentencia con una mueca chulesca y asegura su propio cinturón de seguridad—. Yo que tú, ni lo intentaría. En mi club hay tanta seguridad como en la villa.

Giro la cabeza hacia él y aprieto los labios.

—¿Tu club? ¿El club a donde vamos es tuyo? —Joder. No contaba con eso.

—Y de mis hermanos.

—¿Es así como blanqueáis el dinero?

—Una parte. También tenemos otros métodos. Con el club no nos sería suficiente, ganamos demasiado. —Me mira de reojo al tiempo que salimos de la cochera.

Nada más emprender la marcha, me percato de que detrás de nosotros viene otro coche oscuro. Son sus hombres. Alekos no deja nada al azar.

Suspiro y me cruzo de brazos con la vista puesta en la carretera.

—¿Dónde está ese club?

—En Heraclión.

—¿Y qué negocios turbios lleváis a cabo en él?

—Ninguno. —Le ha hecho gracia porque sonríe—. En Enigma todo es legal.

Enigma.

He escuchado hablar mucho de ese sitio.

Dicen que es el mejor club de toda Creta y que cada cóctel cuesta la tercera parte de mi sueldo. Allí solo van personas de dinero, con un alto poder adquisitivo. Famosos, deportistas, políticos, actores…

—¿Por qué yo?

—¿A qué te refieres? —Alekos frunce el ceño.

—¿Por qué me llevas a mí cuando Diana estaba dispuesta y encantada de acompañarte?

—¿Y por qué no?

—Esa no es una respuesta. Ella es tu pareja.

—No es mi jodida pareja —resopla—, e invito a quien me sale de las pelotas.

Después de esta respuesta, Alekos y yo no hablamos durante el resto del camino.

En el coche se forma un silencio incómodo que no me permite estar del todo tranquila. Aunque la verdad es que con él es imposible que me relaje.

El club Enigma se encuentra en la zona más exclusiva de la ciudad de Heraclión, cerca del puerto deportivo, junto a la fortaleza

Koules.

Alekos conduce directamente hacia un pequeño aparcamiento privado, reservado para los coches de los Mavros y de algunas celebridades que no quieren ser vistas entrando al local.

Nada más bajar del vehículo, me hace una señal para que lo siga por una discreta puerta que nos lleva a las entrañas del club, donde los camareros y trabajadores con los que nos encontramos saludan a su jefe con una gran sonrisa.

Una vez llegamos al final del pasillo, Alekos me guía por una empinada escalera que desemboca en otra puerta que está debidamente cerrada.

Antes de abrirla, se gira hacia mí para advertirme:

—Camina siempre detrás. Mantén la boca cerrada.

Asiento sin más y obedezco.

En cuanto abre la puerta, ante nosotros aparece una amplia sala repleta de sofás, mucho más lujosa y recargada que la propia villa, desde donde se puede ver el club al completo.

El suelo está recubierto con una elegante moqueta de color crema, los sofás de piel y terciopelo oscuro se encuentran dispuestos alrededor de varias pequeñas mesitas de cristal y un amplio mueble bar ocupa toda la pared del fondo. Tiene el frontal acolchado de tela de pedrería blanca, que contrasta con el negro del mármol de la encimera. La sala está tenuemente iluminada por varias lámparas de araña de diseño y, pegadas a las paredes de cristal, hay colocadas unas tiras de led en color morado.

Sin embargo, lo que más llama mi atención no es el lujo que nos rodea, sino los cinco hombres que nos miran desde los sofás mientras beben y fuman despreocupados.

—Stelios está de camino con Karagiannis —le anuncia uno de ellos a Alekos.

Él asiente sin más y me hace una señal para que lo siga hasta la barra, donde comienza a servir *tsikouda* en dos vasos, sin siquiera dignarse a saludar a ninguno de sus hombres.

—Te gusta el licor, ¿verdad?

—Lo tolero. —Me encojo de hombros y tomo asiento en uno de los taburetes de la barra.

Una vez sirve la bebida de ambos, vuelve a prestar atención a ese que le ha hablado.

—¿Ha dado problemas cuando le habéis dicho que quería hablar con él?

—Karagiannis vendrá manso como un corderito. No es estúpido.

—Yo no lo tendría tan claro. —Alekos da un trago a su bebida—. Se atrevió a llamar a la policía quejándose de los ruidos de mi club. Tiene suerte de que sea yo quien esté aquí esta noche y no mi hermano. Christos lo degollaría en cuanto cruzase esa puerta.

—Joder… —Resoplo al tiempo que remuevo sin ganas el contenido de mi vaso.

Sé que Alekos me ha escuchado, porque de repente deja de prestarle atención a sus hombres y se pone a mi lado. Apoya la cadera tan cerca de mi taburete que nuestras piernas se rozan.

—¿Y ahora qué pasa? ¿Tienes algún problema? —pregunta con voz fría pero suave para que nadie nos escuche.

—El problema lo tenéis vosotros si no sabéis aclarar las cosas sin matar a nadie.

—Así funciona mi mundo.

—Pues tu mundo es una puta mierda.

—Karagiannis tiene que entender quiénes somos.

—Si lo matas, ¿cómo va a entenderlo?

—¿Vas a decirme de qué forma hacer mi trabajo?

—Ni se me ocurriría —susurro con desdén y lo miro a los ojos—. Lo único que te pido es que no me obligues a verlo. Tuve suficiente con esos hombres a los que matasteis a sangre fría mientras me teníais secuestrada en vuestro sótano.

Alekos va a responder, pero de repente la puerta que comunica con el club se abre y por ella entran dos tipos más.

Uno de ellos es Stelios, el que comió con nosotros. A diferencia de esta mañana, ahora su semblante es impersonal, no hay una pizca de humanidad en sus facciones; como si el hombre agradable y simpático que se interesó por mi identidad ya no existiera.

Cuando su mirada azul se posa sobre mí, veo el asombro dibujado en sus ojos. Esperaba ver a Diana en el club, lo sé. No obstante, asiente con la cabeza y me saluda cortés.

Apenas le presto atención, porque cuando mis pupilas se posan en el tipo bajito que permanece a su lado, se me forma un desagradable nudo en el estómago. Lleva sangre en la nariz y la boca, y nos mira a todos con miedo. Está aterrorizado. Tiene que ser ese tal Karagiannis.

—La rata está en el nido —anuncia Stelios con aires chulescos.

—Perfecto. —Alekos sonríe sombrío y se dirige directamente hasta el otro—: Karagiannis, me alegra que hayas aceptado mi *invitación*. Me han dicho que tienes algunos problemas con mi club.

—Yo solo… El ruido…

—¿Qué ruido? No oigo nada, ni mis hombres. Y tú tampoco.

—Es que mis clientes…

—Siéntate y hablemos. —Le ordena, señalando un sofá vacío. Acto seguido se gira hacia mí, con una tranquilidad que me pone los pelos de punta—. Sal de aquí, Lydia.

—¿Y dónde se supone que tengo que ir?

—Ve al club a bailar. —Señala hacia las cristaleras, desde donde hay una panorámica inmejorable de la pista de baile. En ella cientos de personas se mueven al ritmo de la música, ajenas a lo que está a punto de suceder en esta sala—. Puedes pasear libre por todo el recinto. Bebe lo que quieras, corre de mi cuenta. En un rato me reuniré contigo.

9

Lydia

Una vez me levanto del taburete, me recoloco el vestido y miro a Alekos con seriedad antes de dirigirme hacia la puerta que conduce al club.

Una sensación agria me revuelve el estómago al posar mis ojos de nuevo sobre el dueño del hotel. Sé que esto no va a terminar bien. Tiembla, la sangre le brota sin cesar de la nariz y sus ojos brillan de puro miedo.

No quiero ni imaginar lo que le ocurrirá cuando yo ya no esté aquí. Las posibilidades son desoladoras, rodeado de todos estos asesinos ansiosos por hacerle pagar su supuesta traición.

Aunque eso no es lo único que me altera. Mientras camino por la sala, creo oír risitas y algún comentario grosero cuando paso cerca de los secuaces de los Mavros. Me hacen sentir incómoda, vulnerable.

Respondo con todo el orgullo que me queda y enderezo la espalda hasta que llego a la puerta y la abro para marcharme de allí.

—¡¿Qué cojones estáis mirando?! —ruge Alekos de pronto. Da un golpe seco sobre la barra que hace sobresaltarse a todos—. ¡Si queréis conservar la vista, apartad vuestros putos ojos de ella! ¡¿Os ha quedado jodidamente claro?!

Sus hombres asienten entre tartamudeos y se disculpan con torpeza. Sin embargo, eso no parece ser suficiente para Alekos, quien clava su amenazante mirada sobre ellos antes de lanzar su vaso contra la pared del fondo, que estalla en mil pedazos, a modo de advertencia.

Durante unos instantes, me quedo paralizada.

Nuestros ojos coinciden una vez más y reconozco la rabia en los suyos.

Sus palabras me han desconcertado. Han sonado posesivas, como si yo fuera de su propiedad y acabase de reclamar su derecho sobre mí.

No sé cómo reaccionar.

Me observa furioso, recorriéndome de arriba abajo, deteniéndose perezoso en las curvas de mis caderas, en mis piernas.

Tengo la sensación de que está replanteándose si es prudente dejarme sola por su club. Sin embargo, al final hace un gesto para que me marche y vuelve a centrarse en el pobre Karagiannis.

Joder. Tengo el corazón en la boca.

Cuando cierro la puerta del reservado, la música me envuelve con tal fuerza que me sobrecoge.

Apoyo la espalda contra la pared y cierro los ojos, intentando que los latidos dejen de retumbarme de ese modo tan brutal dentro del pecho.

—¿Qué acaba de pasar? —susurro entre dientes, llevándome una mano al corazón.

Tras recuperar algo la calma, observo lo que me rodea: lujo, penumbra, luces parpadeantes que giran sobre nuestras cabezas…

El suelo, de mármol negro pulido, brilla como un espejo, señal de que la limpieza allí debe de ser constante. Las paredes y los sofás son similares a los del reservado de Alekos, aunque aquí no hay lámparas de araña, sino focos móviles que cambian de color. El techo está cubierto de vegetación artificial, lo que le da un aire selvático muy original. Tras la barra, los camareros bailan y hacen *shows* mientras preparan los cócteles para los clientes.

El club Enigma es aún más impresionante de lo que imaginaba. El ambiente es exclusivo, sofisticado, muy personal. La gente que lo frecuenta pertenece a una clase muy por encima de la mía. Basta con ver sus trajes, peinados y joyas.

Después de contemplarlo todo durante unos minutos, me separo de la pared y me dirijo a la barra. El camarero que me atiende hace una pequeña exhibición de su habilidad al servirme una copa. Ni siquiera tengo que decirle que corre por cuenta de Alekos. Sabe perfectamente quién soy y con quién he venido.

Con el vaso en la mano, recorro el club mientras mis ojos exploran todas las posibles salidas.

Hay mucha gente. No me costará huir sin ser vista.

Sin embargo, después de reconocer el terreno, me doy cuenta de que solo hay dos puertas que llevan al exterior, y ambas están custodiadas por los gorilas de los Mavros.

¡Mierda, tiene que haber alguna otra opción!

¡Dios, claro! ¡Los baños!

Me muerdo el labio inferior y sonrío.

Rezo para que tengan ventanas lo bastante grandes como para colarme por ellas. Es la mejor vía de escape. En los aseos femeninos no pueden entrar hombres. Nadie se enterará de que me he ido hasta que sea demasiado tarde.

Me dirijo hacia ellos con paso firme, sin levantar sospechas, como lo haría cualquier chica que necesita retocarse el maquillaje. Veo el cartelito a unos metros y mi sonrisa se ensancha.

Pero justo antes de alcanzar la puerta, alguien me agarra con fuerza de la muñeca y, de un tirón, me arrastra por otra entrada que no sé a dónde lleva.

—¡Pero ¿qué coño…?!

Choco contra una pared y aprieto los dientes para aguantar el dolor y no soltar un grito.

La música suena ahora amortiguada. Quien me ha arrastrado ha cerrado la puerta y nos ha encerrado.

Al levantar la vista, descubro que estoy en un almacén lleno de decorado para fiestas, palets de bebida y una decena de sofás cubiertos por plásticos.

—Vaya, vaya… Volvemos a encontrarnos.

Esa voz masculina hace que contenga la respiración; me es increíblemente familiar.

El lugar está en penumbra, y apenas alcanzo a distinguir la silueta de mi captor. Una figura con una prominente barriga que se acerca sin prisa a mí.

—¿Quién…? ¿Quién eres?

—¿No me recuerdas? —El desconocido está muy cerca, tanto que retrocedo hasta topar contra la pared. Siento un gran nudo en el

estómago por el miedo—. Eres una puta con muy mala memoria.

Niego con la cabeza al escuchar ese insulto. A pesar de que sigue avanzando, aún no le veo el rostro, pero esa voz sigue sonándome familiar.

Desesperada, tanteo la pared con ambas manos en busca de algo con lo que defenderme, pero lo único que encuentro es un interruptor.

Lo pulso y una luz intensa inunda el almacén, cegándome por unos segundos.

Cuando mis ojos se adaptan, reconozco al hombre que tengo enfrente… y el miedo se hace más intenso.

—¡¿Tú?!

—Te dije que me lo cobraría —responde Andru. Ese bastardo que ayudó al médico de los Mavros a sentarme en la silla de ruedas. El hijo de puta que quiso violarme creyendo que estaba inconsciente—. Las zorras necesitáis que un hombre os folle hasta dejaros reventadas.

—¡Aléjate de mí! —Alzo los brazos para evitar que siga acercándose—. ¡No voy a dejar que me toques!

—¿Y qué vas a hacer para impedírmelo? ¿Llorar?

—¡A los Mavros no les gustará!

—¡No les importará una mierda! Incluso me lo agradecerán. ¡Les estoy ahorrando trabajo!

—¡Tócame un solo pelo y te arranco las pelotas!

—Mmm… Me encantan las mujeres que se resisten. Y más si gritan.

—¡No te acerques, Andru! —Me tiembla la voz, las piernas, el estómago—. ¡Yo no te he hecho nada!

—Y por eso seré bueno y dejaré que te corras como la puta que eres cuando te meta la polla por cada uno de tus agujeros.

—¡Alekos se enfadará! ¡Es tu jefe!

—¿Tú crees que voy a dejar que se entere? —Se ríe entre dientes —. Cuando acabe contigo, serás un trozo de carne asqueroso y sanguinolento. Destrozaré esa carita tan bonita que tienes. Ni tu madre reconocerá el cadáver de la zorra que parió!

De improviso, se lanza sobre mí.

Me agarra por los brazos y me aprieta contra su orondo cuerpo sin importarle mis gritos ni mis intentos de zafarme.

Siento sus labios en mi cuello. Me muerde. Me hace daño. Sus dedos desgarran el bajo de mi vestido por la raja, rompiéndolo hasta la cintura. Toda mi pierna y mis bragas de encaje negro quedan al descubierto.

—No, suéltame —grito, furiosa, forcejeando con todas mis fuerzas—. ¡Hijo de puta, no me toques!

—No te hagas la estrecha, zorra. Sé que te gusta.

—¡Para, joder! ¡Socorro! ¡Por favor, ayuda!

En una pequeña oportunidad, le doy un fuerte mordisco en el brazo y suelta un alarido.

Aprovecho para escapar y corro hacia la salida.

Pero antes de alcanzarla, vuelve a enredar sus brazos en mi cintura y me levanta en peso, impidiéndome seguir huyendo.

—¡Vas a arrepentirte por haberme atacado, puta!

—¡Cabrón de mierda! ¡Déjame en paz! ¡Jodido asesino, violador de los cojones, hijo de…!

Las palabras se me quedan a medias por el fuerte puñetazo que me da en la mejilla derecha. Me deja noqueada durante unos minutos. Tiempo que aprovecha para tirarme al suelo y colocarse sobre mí, entre mis piernas.

Veo doble. No puedo reaccionar. Todo me da vueltas. Me está manoseando. Tira del vestido subiéndolo hacia arriba para apartar la ropa interior.

Pero entonces, algo cambia.

Andru sale disparado de encima y cae violentamente al suelo, a varios metros de distancia, al tiempo que una exclamación escapa de su boca.

—¡¿Sabes qué significa la palabra «lealtad», maldito hijo de perra?! —Es Alekos. Y por la forma en que le habla, sé que va a destrozarlo. Nunca lo he visto tan furioso.

Joder, Alekos.

Gracias a Dios.

Creo que nunca me he alegrado tanto de verlo.

Golpea a Andru sin piedad: en la cara, en el cuerpo, manchándose los puños con su sangre, manchando su inmaculado traje negro.

Todavía mareada, me incorporo del suelo y quedo sentada a duras penas, mientras él continúa dándole hostias al hombre que ha intentado abusar de mí.

Me llevo la mano a la mejilla y hago una mueca de dolor al rozar el lugar donde me ha golpeado.

Parpadeo varias veces para intentar enfocar. Lo miro a él. Se ensaña con el cuerpo ya desfallecido. Su rostro se ha convertido en una máscara helada de violencia e ira. Y cuando creo que ya ha terminado, porque se aleja unos pasos de mi agresor, mete la mano dentro de su chaqueta y saca una pistola.

Dispara cinco veces a la cabeza de Andru. El sonido atronador retumba por todo el almacén y un río de sangre comienza a desbordarse de su cráneo agujereado.

Me tapo la boca con ambas manos y ahogo un sollozo de terror mientras aparto la vista de la cabeza destrozada de Andru.

No obstante, Alekos todavía respira con una rabia que no es capaz de contener. Grita entre dientes de forma gutural y le da violentas patadas al cadáver.

—¡¿Sabes qué coño significa la lealtad, asqueroso traidor?! ¡Hijo de puta! ¡Púdrete en el jodido infierno!

Se lleva las manos al pelo y cierra los ojos con mucha fuerza, obligándose a tranquilizarse, a controlar esa rabia que lo posee y no lo deja pensar.

Baja la vista a sus pies y respira hondo varias veces con los ojos aún cerrados. Sin embargo, cuando los abre, siento su mirada en mí.

Vuelve a maldecir entre dientes al darse cuenta del estado en que me encuentro y se acerca. Me ayuda a incorporarme del suelo mientras contempla mi vestido desgarrado.

—Toma mi chaqueta, cúbrete.

Me la pongo por inercia. Estoy tan mareada, tan en *shock,* que me siento muy confusa. Tiemblo de miedo, las lágrimas se agolpan en mis ojos y me abrazo a mí misma para intentar mantener las fuerzas.

Alekos saca su teléfono del bolsillo sin dejar de mirarme con seriedad. Creo que piensa que voy a desplomarme de un momento a otro, porque de repente me sujeta del antebrazo con firmeza.

—Stelios —dice con voz sombría cuando su amigo contesta la llamada—. Dile a Calix y a Dimitrios que vengan al almacén y se deshagan de la pedazo de mierda que hay tirada en el suelo. ¡Sí, has oído bien, una mierda! ¡Los quiero aquí ya!

Cuelga sin escuchar siquiera la respuesta del otro y vuelve a centrarse en mí, porque estoy a punto de romper a llorar.

No nos quedamos ni un segundo más en ese almacén.

Alekos, sujetándome con firmeza del codo, me arrastra por la sala de baile. Empuja y aparta bruscamente a las personas que bailan sin percatarse de lo que ha pasado.

Yo me dejo llevar. No tengo energía para resistirme, porque las lágrimas resbalan por mis mejillas y el miedo que se atenaza dentro de mi estómago es demasiado intenso.

Me guía hasta su sala privada. Ni siquiera me quejo por el dolor de pies que tengo gracias a las jodidas sandalias. Me limito a seguirlo y llorar hasta que abre la puerta con un golpe sordo.

—¡Fuera de aquí! —les exige a sus hombres, aún acomodados en los sofás. Su tono es seco, atronador. No deja lugar a réplica.

Tengo los ojos anegados en lágrimas, pero cuando levanto la cabeza, noto que me miran. Mi aspecto debe de ser lamentable.

Despeinada, con la máscara de pestañas corrida, el vestido rasgado y cubriéndome con la americana de Alekos que me queda enorme…

—¡Vamos, largo! ¡Ya!

Los cinco hombres se levantan de los sofás y desfilan delante de nosotros, bajando la mirada al suelo cuando pasan por mi lado, recordando la advertencia previa de Alekos.

El último de ellos cierra la puerta al salir.

Nos dejan a solas.

El silencio en la sala se torna ensordecedor.

Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano y, al alzar la vista, él me contempla fijamente. Lo hace con una seriedad impenetrable, tan cerca que escucho su respiración agitada. Sus ojos recorren cada centímetro de mi rostro. Aprieta los dientes y ensancha las aletas de la nariz antes de maldecir y darse la vuelta.

—Joder…

Se aleja, rígido, pasándose una mano por el cabello. Va directo hacia la barra, donde se sirve licor en un vaso limpio y se lo bebe de un trago.

Después me mira otra vez, desde la distancia, sin decir palabra, con intensidad.

Tras otro profundo suspiro, regresa a mi lado y me levanta la barbilla para examinar el hematoma que empieza a amoratar mi mejilla.

—Estoy bien —digo con voz impersonal mientras le aparto las manos.

Las pupilas de Alekos se pierden sobre las mías, en mis ojos brillantes y aguados.

—No, no estás bien. No digas gilipolleces, Lydia.

—Soy fuerte. Se me pasará.

—¿Qué cojones hacías en el almacén? —Se nota la furia en la pregunta, aunque no haya elevado la voz.

—Estupendo —respondo con una sonrisa tensa—. ¿Crees que he entrado ahí por voluntad propia?

—¿Te ha metido él?

—¡Pues claro!

—¿Qué te ha hecho?

—Nada. Ya no tiene importancia.

—¡No me toques las pelotas, sí que tiene importancia! ¿Qué mierda te ha hecho? ¿Ha abusado de ti?

Enarco las cejas y lo miro con hostilidad, con la misma rabia que él me mira a mí.

—¿De verdad te interesa lo que ha pasado? ¿Por qué?

—¡¿Vas a poner las cosas difíciles incluso ahora?!

—¡¿Me servirá de algo contártelo?! ¡Sois iguales! ¡¿Qué diferencia hay entre Andru y tú?!

—¡Yo no soy un puto violador! —chilla, exasperado.

—¡Pero me tienes retenida en tu casa en contra de mi voluntad!

—¡No es lo mismo!

—¡Lo que tú digas!

Alekos maldice entre dientes y aparta la mirada, intentando hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para mantenerse medianamente sereno.

Cuando vuelve a mirarme, en sus ojos negros se lee la determinación:

—Dime qué te ha hecho.

—Me ha golpeado en la cara.

—Eso ya lo veo —gruñe—. ¿Qué más?

—Me ha roto el vestido.

—¡Basta! —Me agarra de los brazos y me acerca tanto que nuestras narices se tocan—. ¡Quiero que me digas si ha abusado de ti!

—¡No, no le ha dado tiempo! —Lo golpeo en el pecho—. ¡Tu juguetito todavía no ha sido mancillado por ninguno de tus hombres! ¡Puedes seguir amenazándome y volviéndome loca sin remordimientos con tus absurdas exigencias en tu jodida villa del terror! ¡¿Estás contento ya?!

Durante unos segundos reina el silencio. Su respiración rápida sobre mi cara y sus iracundos ojos, que me fulminan rabiosos, crean una tensión entre ambos que nos mantiene rígidos, librando un silencioso combate de orgullo y resistencia.

Pero entonces siento cómo una de sus manos se enreda en mi pelo y tira con fuerza de él para acercarme todavía más, hasta que nuestras bocas quedan a milímetros.

—¡Me estás haciendo daño! —digo entre dientes, y le golpeo de nuevo en el torso para que me suelte. No obstante, lo que logro es lo contrario. Alekos aumenta la presión de su mano y tira más fuerte de mi pelo, hasta que mis pestañas chocan contra las suyas—. ¡Cabrón!

—Jódete.

Y sin darme oportunidad de replicar, su lengua lame mi labio inferior. Despacio, ardiente, consiguiendo que abra los ojos con una

mezcla de sorpresa y… un repentino calor que no sé cómo gestionar.

Siento la humedad de su saliva en mi piel.

Sus dientes tiran de mi labio y un jadeo desesperado escapa de mi boca. Me agarro fuerte a sus brazos; lo miro, confusa.

No sé qué está pasando.

Pero cuando su lengua se abre paso entre mis labios, me lanzo a su boca con una necesidad desconocida para mí. Sin pensar, estrellándome contra él.

Nos besamos con vehemencia mientras sus dedos siguen enredados en mi pelo. Su boca exige más, explora mi interior con una potencia que logra que mis piernas tiemblen. Es despiadada, furiosa, severa. Nunca me habían besado así, con esta rabia y esta pasión desmedida que anula mi capacidad de razonar.

De improviso, Alekos me empuja, logrando que choque contra la pared. Mi respiración está tan alterada que mi pecho sube y baja a un ritmo desenfrenado.

Me contempla con las pupilas dilatadas y una expresión de depredador que me pone todavía más cachonda. Se acerca lentamente hacia mí y, cuando apenas nos separan unos centímetros, vuelve a coger mi barbilla para alzarme el rostro y capturar mi boca en otro beso salvaje, mientras me aprisiona contra la pared para que no pueda escapar. Joder, como si quisiera hacerlo.

Siento su polla en mi estómago. Está dura, erguida y parece enorme. Sus manos se aferran con fuerza a las solapas de su chaqueta, la que todavía llevo puesta, para quitármela y dejar a la vista el vestido rasgado.

Despega la boca de mis labios y baja la vista hasta la delicada tela de mis bragas, a la piel de mi ingle. Se relame, y la visión de su lengua por sus labios es lo más erótico que he visto jamás. Deja que su mano roce esa parte tan sensible de mi cuerpo, haciéndome jadear. La piel se me eriza.

—Joder, Lydia… —susurra, cerrando los ojos—. ¡Joder, joder, joder! —Aprieta la mandíbula. Su mirada vuelve a mi rostro, tan tenso como de costumbre. Y yo… no sé qué está pasando por su mente. No puedo pensar, me es imposible. Así que, cuando se

aparta de mí y golpea con fuerza la pared donde estoy apoyada, me siento muy confusa—. ¡Mierda! ¡Joder!

Toma distancia. Se aleja con los puños apretados y el cuerpo rígido. Utiliza uno de los sofás como barrera entre ambos.

Se gira y contempla mi cuerpo una vez más, con los ojos ardiendo en llamas y la polla erguida y dura dentro del pantalón.

—No te muevas de aquí. —Su voz es oscura y exigente—. Stelios te llevará de vuelta a la villa.

10

Alekos

Hace dos horas que amaneció y todavía sigo frente a la tumba de Yannis como un auténtico gilipollas.

No sé a qué estoy esperando.

Mi hermano no va a salir del ataúd para resolver las mierdas que tengo en la cabeza. Él ya no está. Y a veces me siento tan perdido como un puto perro en medio de la carretera.

Mi hermano mayor era el más sensato de los cuatro, el que más se parecía a mi padre. El mejor de todos.

Evitaba la violencia para solucionar los problemas del negocio. Calmaba al cabrón de Christos cuando le entraban las ansias de torturar a nuestros enemigos. Tranquilizaba a Minerva. A mí.

Bajo la vista al suelo y me llevo una mano a la cruz que tengo colgada al cuello. La cruz que llevaba Yannis la noche que lo asesinaron.

Todavía no hemos encontrado al culpable de su muerte, y eso también me pesa. Mi hermano se merece que lo venguemos, pero ese hijo de puta escurridizo de Dragoslav ha desaparecido de la faz de la Tierra.

Lo encontraré.

Por mis cojones que daré con su paradero y le retorceré el cuello hasta que cante como un jodido pájaro. La muerte de mi hermano no será en vano.

—¡Eh, tío! ¿Dónde mierda te habías metido? Todo el mundo te está buscando.

La voz de Stelios, tras de mí, logra que deje de martirizarme.

Cuando giro la cabeza, veo aparecer a mi amigo con una sonrisa titubeante y unas oscuras gafas de sol sobre los ojos.

Tiene el cabello húmedo, señal de que acaba de darse una ducha, no como yo, que llevo la misma ropa que la pasada noche porque no he regresado a casa desde que me largué del club.

—Minerva está que se sube por las paredes.

—Mi hermana parece una gallina cuidando de sus polluelos. —Resoplo y me incorporo del banco de piedra para encarar a Stelios de pie.

—Dice que lleva llamándote más de cinco horas.

—Mi móvil se quedó sin batería. ¡Y no soy un puto crío!

—Alekos, joder, no la culpes. Después de lo de Yannis, es normal que se preocupe si no regresas a la villa. Te fuiste sin ninguno de tus hombres para cubrirte las espaldas, simplemente desapareciste.

—Me apetecía un poco de soledad. —Y evitar estar bajo el mismo techo que Lydia. Anoche estaba tan fuera de mis cabales que habría acabado yendo a su habitación para follármela como un puto salvaje. El beso que nos dimos me dejó tan cachondo que tuve que tomar distancia. Con ella al lado, mi polla seguiría dura como una piedra.

Pero eso no está bien. Esa tía es la amiguita del alma del principal sospechoso de la muerte de Yannis. Está en mi casa como señuelo. Nada más. No voy a volver a acercarme a ella.

Puedo tener a cualquier mujer, a la que me salga de las pelotas. Diana vive en mi casa, y folla de puta madre. Sin embargo, desde que Lydia duerme en la habitación contigua, ni la he tocado. No se me levanta con ella. Es normal que tenga un cabreo de la hostia, porque a pesar de que fui yo quien le pidió que viniese a vivir a la villa, para tenerla cerca cada vez que quiero echar un polvo, llevo más de un mes sin hacerle ni puñetero caso.

Cuando mis ojos se encuentran de nuevo con los de Stelios, veo que frunce el ceño, extrañado por mi comportamiento:

—¿Por qué te fuiste así del club?

—¿Ahora tú también quieres hacer el papel de padre conmigo?

—¡No me jodas, Alekos! ¡Me pediste que llevara a Lydia de vuelta a tu casa y cuando regresé ya no estabas! —Se pasa una mano por el cabello—. Y luego me entero de que te has cargado a Andru.

—Ese gilipollas merecía cada una de las balas que le incrusté en el cráneo —siseo.

—¿Qué hizo? ¿Qué pudo hacer para enfadarte tanto?

—¡Tocar algo que no le pertenecía!

—¿Algo? —Stelios frunce el ceño aún más—. ¿O a alguien?

—¡Lo que sea!

—¿No te referirás a ella? —Joder, el cabrón es la hostia de inteligente—. Lydia parecía… muy alterada cuando la llevé a la villa.

A tomar por culo.

—¡Andru intentó abusar de ella! ¡Traicionó mi confianza y demostró que no me era leal! —La rabia por lo que estuvo a punto de suceder en el almacén se retuerce en mi estómago—. ¡Dejé bien claro que esa mujer está bajo mi protección, que nadie debe hacerle daño! ¡Mis órdenes fueron claras y concisas!

—Es cierto.

—¡Y ese hijo de perra la atacó, la amenazó y la golpeó! ¡Tiene suerte de que le metiera cinco balas en el cerebro y no lo dejase en manos de Gregorio y Christos! ¡Nadie toca lo que es mío!

—Joder. —Sus ojos se abren por la sorpresa y la sonrisa se le ensancha. Solo entonces soy consciente de lo que acabo de decir—. Conque lo que es tuyo, ¿eh?

—¡Cierra el pico, imbécil! —Frunzo el ceño; después maldigo entre dientes—. Volvamos a la villa. ¡Y deja de sonreír así! ¡Pareces gilipollas!

Durante la siguiente semana, la gestión de otro cargamento de petróleo en los muelles me mantiene alejado de casa la mayor parte del día.

La policía ronda mucho por la zona. Hay un nuevo inspector en las dependencias y no me queda más remedio que hacerle una visita para convencerlo de que su cooperación es lo más seguro y beneficioso para ambos.

El cabrón es joven, todavía conserva la pasión por detener a criminales como yo; no obstante, un buen soborno y un par de amenazas directas a su familia, y a ese precioso bebé que acaba de

tener, logran hacerlo entrar en razón. No hay nada que un poco de miedo no arregle, y los Mavros somos expertos en eso.

Una vez el barco zarpa del puerto de Heraclión, regreso a la villa para ocuparme desde allí de nuestros demás negocios. Este puto envío me ha tenido ocupado mucho más tiempo del que imaginaba y tengo algunos clientes desesperados porque sus armas se están retrasando.

Cuando aparco en coche en el garaje, percibo un leve olor a comida. Todavía queda un rato para que nos sentemos a la mesa, pero Minerva y Diana ya deben de estar preparándolo todo.

Siempre cocinamos nosotros. Era una de las reglas de mi madre: no dejar que el servicio toque la comida que vamos a ingerir. Nunca se sabe si esas personas son realmente de fiar.

Dejo la americana sobre uno de los sofás del salón, me remango la camisa y voy con ellas. Encuentro a Minerva removiendo el contenido de una cazuela al fuego mientras Diana pela patatas sentada a la mesa.

—¿Qué falta por hacer? —Me desabrocho los primeros botones de la camisa.

Mi hermana me mira de reojo y veo una fugaz sonrisa en sus labios.

—Pela patatas con Diana. Lleva tres horas con las mismas. A este paso comeremos mañana. —Apoya la cadera en la encimera de mármol, sonriendo burlona al darse cuenta de que la otra resopla—. Espero que tu puta tenga más sangre en la cama, porque en la cocina es penosa.

—Minerva. —La reprendo, pero no puedo evitar que una sonrisa traidora se dibuje en mi boca. La cabrona tiene balas para todos. Es una de las cosas que más me gustan de ella. Dice lo que se le pasa por la cabeza, le importa una mierda ser incorrecta y demasiado impulsiva.

Aunque esa impulsividad es lo que la mantiene alejada del negocio. La primera vez que Christos y yo la llevamos a una negociación, acabó degollando a uno de los hombres de Apolo Theodorou porque, según ella, le estaba mirando las tetas.

Tomo asiento al lado de Diana y esta me sonríe coqueta al pasarme un cuchillo. Las palabras de Minerva apenas la afectan. Está acostumbrada a sus salidas de tono.

Lleva el cabello recogido en un moño perfecto, el rostro maquillado y un vestido rojo muy ajustado. Parece una modelo sacada de un catálogo. Su ropa no tiene una sola arruga. Ni un pelo fuera de lugar.

Cuando la conocí, me encantó ese aspecto de muñequita perfecta, sumisa y dispuesta.

Ahora… me resulta descafeinada. Sin chispa. No siento ese impulso de enredar los dedos en su cuerpo ni de metérsela tan adentro que acabe afónica de tanto gritar.

—Te echo de menos —susurra, apoyando una mano sobre la mía. Me mira con esa carita de lástima que tanto le gusta poner últimamente, buscando atención—. ¿Podemos hablar luego a solas?

—Claro —asiento sin más. Cojo una patata y empiezo a pelarla.

—Eh, ¿ya salió el barco? —Mi hermana me mira de nuevo.

—Hace una hora. Llegará a Malta a media tarde.

—¿Quién llegará a Malta esta tarde? —En la cocina aparecen Christos y Stelios, vestidos con ropa informal como de costumbre, con tejanos gastados y camisetas ajustadas. Mi hermano menor se acerca a Minerva y mete las zarpas en un plato lleno de carne.

—¡Quita, gilipollas! ¡Ni te has lavado las manos!

—Más vitaminas. —Christos la rodea por los hombros y le da tres besos en la mejilla mientras mastica con la boca abierta. Ella grita y le pega, poniendo cara de asco.

—¡Cualquier día te voy a cortar la polla para que no te multipliques!

—Mis amiguitas se enfadarían mucho contigo.

—Ah, ¿pero las dejas vivas después de follártelas? Yo pensaba que las torturabas y coleccionabas sus coños en formol.

—No me des ideas. —Le guiña un ojo.

Minerva y yo nos miramos y rompemos a reír, pero mi hermana aún no ha terminado con ellos.

—Venga, deja de hacer el gilipollas y coloca todo en la mesa.

—Eso es cosa de mujeres.

—Christos, te juro por Dios que no quieres verme enfadada.

—Vamos, hazle caso —se entromete Stelios, que se dirige obediente al cajón de los cubiertos.

A la una en punto del mediodía, cuando la comida está lista, las dos personas que faltan se unen a nosotros.

Lydia y Pavlos llegan conversando amigablemente, hasta que nos ven. Entonces ambos callan y adoptan esa actitud rígida e impenetrable con la que pretenden castigarnos.

Cuando mis ojos coinciden con los de ella, me mira con ese rechazo al que ya estoy más que acostumbrado.

Frunzo el ceño al notar un puto burbujeo en el pecho.

Llevo más de una semana ignorándola. Evitando todo contacto con ella después de lo que pasó en el club.

La contemplo perezosamente antes de que tome asiento en la silla que siempre ocupa. Lleva unos tejanos cortos desgastados, que dejan a la vista sus largas piernas, camiseta sencilla de tirantes, deportivas con manchas de hierba; el cabello recogido en una coleta deshecha y el rostro sin una pizca de maquillaje.

Sencilla, imperfecta, hostil.

Todo lo contrario a Diana.

Pero mi polla empieza a endurecerse y me obligo a sentarme mientras la rabia me hace apretar los dientes. Esto no debería estar pasándome a mí.

Como de costumbre, es a ella a quien le paso primero el bol de ensalada. Lydia lo acepta sin ni siquiera mirarme y se sirve un poco.

—Pavlos, cariño, ¿qué tal tu nueva profesora de matemáticas? —Minerva es toda sonrisas con nuestro sobrino.

—La odio.

—Pues a la mierda, llamaremos a otra.

—¡Lo que estaría de puta madre es que me dejaseis volver al instituto! ¡Parezco un apestado! ¡Antes tenía amigos!

—Es que… por tu seguridad…

—¿Mi seguridad? ¡Si no fuerais unos jodidos criminales…!

—Pavlos. —Lydia le toca el brazo y le sonríe para que no termine la frase. De inmediato, él cambia el semblante, asiente y le devuelve la sonrisa.

Minerva aprieta los labios al ver la conexión que hay entre el hijo de Yannis y ella y resopla mientras baja la mirada a su plato. Por más que intenta que nuestro sobrino se suavice con nosotros, no lo consigue.

—Puto cadáver…

—Mimi, paciencia —le susurra Stelios al oído.

—Por cierto, Alek. —Giro la cabeza hacia Christos, quien mastica con gusto la carne del guiso—. ¿Por qué no me dijiste que te cargaste a Andru?

—¡¿Has matado a Andru?! —repite Minerva.

—Sí.

—¿Qué hizo? ¡Llevaba a nuestro lado desde antes de que muriese papá!

—Me fue desleal. —Mis ojos van por voluntad propia hasta Lydia, que no levanta la mirada de su plato—. No cumplió con mis órdenes.

—Sí, ya me lo han contado. —Mi hermano sonríe y agita las cejas al tiempo que posa sus oscuros ojos en Lydia—. Se atrevió a tocar algo de tu propiedad.

—¡Pero ¿quién coño te ha dicho…?! ¡Stelios, joder!

—Se me escapó. —Mi amigo sonríe, avergonzado.

—¿Cómo que de tu propiedad? —me interroga Minerva. No contesto; mi atención vuelve a la mujer que come junto a Pavlos. Esta vez, Lydia también me mira. Y lo hace con una mezcla de asombro y furia que no deja lugar a dudas sobre lo que piensa—. ¡¿Ella?! —De puta madre. Minerva también se ha dado cuenta—. ¡No me jodas, Alekos! ¡¿Has matado a Andru por este cadáver?! ¡¿En serio?!

—No sabéis lo que ocurrió. —Aprieto los labios y observo a todos con amenaza—. ¡No tenéis ni puta idea, así que vamos a dejar el jodido tema y a comer en silencio como una familia normal!

La brisa marina hace muy agradable mi corta estancia en el balcón. Después de un día bochornoso, donde el sol no ha dado ni un respiro, la fresca humedad es justo lo que necesito antes de darme una ducha y meterme en la cama.

Me apoyo despreocupado sobre la balaustrada, expulso lentamente el humo por la boca, tras apurar la última calada del cigarro, y lo arrojo al mar.

Esta noche es bastante oscura. El cielo está nublado y los débiles rayos de la luna asoman muy de vez en cuando, logrando que la oscuridad a mi alrededor sea casi total, pese a ese lejano faro que parpadea con regularidad.

Me paso una mano por el pecho desnudo y suspiro antes de dar media vuelta y regresar al interior de la casa.

A estas horas de la madrugada, la villa está en completo silencio. Lo único que se oye levemente es la música que sale de la habitación de Christos. Y eso significa que tiene compañía. Mi hermano cree que la jodida música va a silenciar los gritos de las zorras a las que trae para follar.

Camino por el pasillo a paso lento, disfrutando de la agradable sensación de la madera bajo mis pies descalzos.

Mis ojos van hacia la puerta del dormitorio de Diana, quien, a pesar de que me pidió que hablásemos, se marchó de la cocina muy enfadada al enterarse de lo ocurrido con Lydia en el club. Sin embargo, me alegra no haber tenido que soportar de nuevo sus intentos de seducción. Estoy sopesando la idea de sacarla de mi casa. ¿Por qué aguantar los berrinches de una mujer que ya no me aporta nada?

Sigo recorriendo la distancia que me separa de mi dormitorio, cuando escucho unos suaves pasos provenientes de la cocina que se acercan.

Entonces la veo.

Ella.

Lydia y yo nos encontramos a mitad de camino y frenamos de golpe, porque ninguno de los dos esperaba compañía.

Va vestida únicamente con un top rosa chicle, que deja su ombligo al aire, y unas bragas blancas, que contrastan deliciosamente con su piel aceitunada. Está jodidamente sexi y mi polla pega un tirón dentro del pantalón.

Lleva el pelo suelto, va descalza y, bajo el brazo derecho, sujeta una botella de agua. No ha querido despertar al servicio para que se

la lleven a su dormitorio.

Me mira seria, orgullosa, intentando ocultar la sorpresa que le ha supuesto encontrarse conmigo a estas horas. En cambio, yo sonrío entre dientes y la recorro de arriba abajo. Sé que le molesta y la hace sentirse incómoda.

—¿Vas a quedarte aquí toda la noche? —pregunta con voz tensa.

—¿Y qué si lo hago?

—Como si quieres sentarte sobre una bomba, pero antes hazte a un lado para que pueda pasar.

Estrecho la mirada en su cara y doy un paso hacia atrás, dejando el hueco justo para que pase y siga su camino.

Una vez comienza a andar, yo también lo hago. Tras ella, muy cerca, con una panorámica cojonuda de su culo y sus largas piernas.

—¿Por qué coño me sigues? —dice entre dientes, sin molestarse en girar la cabeza para mirarme.

—¿Por qué me sigues tú?

—Eres tú el que va detrás, y yo vuelvo a mi habitación.

—Gracias por darme una información que no te he pedido.

—Que te jodan —sisea entre dientes.

Aprieto los labios para no sonreír y continúo tras ella mientras mis ojos se pierden en las curvas de sus caderas, en su espalda. Aún recuerdo lo suave que es y lo delicada que la sentí contra mi cuerpo mientras nos comíamos la boca en el club.

Una vez llegamos a nuestras habitaciones, apoyo un hombro en la puerta. Sigo mirándola. Lydia abre la suya y gira la cabeza extrañada al verme quieto. ¿Aún no sabe que nuestras habitaciones están pegadas?

—¿Pasa algo? —Me cruzo de brazos, divertido.

—¿Ese es tu…? ¿Es tu…?

—Mi dormitorio. ¿Quieres entrar? —Agito la cabeza hacia la puerta y, ahora sí, sonrío abiertamente, con la burla dibujada en el rostro—. Puedes comprobarlo por ti misma.

—Vete a la mierda.

—No soy yo quien tiene curiosidad.

Abre la boca para volver a responder, pero finalmente no lo hace. Resopla con fuerza y pone los ojos en blanco antes de entrar en su

habitación y cerrar de un portazo.

Cuando me quedo a solas en el pasillo, mi sonrisa se torna todavía más grande en los labios. Entro también en la habitación y, cuando cierro la puerta, apoyo la cabeza en la tibia madera, dándome cuenta de que no he pasado con ella ni cinco minutos y ya tengo la polla más dura que el granito.

Joder, soy un puto depravado de mierda.

Me estoy encoñando de la amiga de Dragoslav.

Hay millones de mujeres en el mundo con las que follar, pero mi polla se empeña en reaccionar solo con una. Con la única que debería estar prohibida.

Cierro los ojos con fuerza y revivo las imágenes de su culo redondito enfundado en esas bragas blancas. Ese trasero que se balanceaba delante de mí hace unos minutos. De su ombligo, de sus piernas perfectas. De esa jodida cara de ángel y esos ojos que me miran como si quisiera arrancarme la cabeza. De sus labios.

Movido por un impulso que no soy capaz de reprimir, camino por la habitación y me planto frente a la pared que colinda con el dormitorio de Lydia.

Descuelgo uno de los tres pequeños espejos que adornan el tabique y abro la compuerta por donde suelo espiarla. Ante mí aparecen los dos diminutos orificios que atraviesan el cuadro de su habitación.

Pego los ojos a los agujeros y la veo frente al espejo del armario. Relajada, descalza, sin imaginar que vigilo cada uno de sus movimientos como un puto psicópata.

Examina la cicatriz de su costado. Aunque ya está del todo curada, aún queda una fina línea rojiza.

Me humedezco los labios cuando sus dedos acarician la herida. Lo hace con cuidado, recorriendo la zona abultada para luego ascender lentamente por su estómago. Un suave jadeo se me escapa al comprender lo que se propone. Va a quitarse el top.

Lydia agarra el elástico con despreocupación y lo desliza por su cabeza. Entonces sus pechos aparecen ante mis ojos. Perfectos.

Pequeños, erguidos y tersos como dos jugosos melocotones. Sus pezones rosados lucen delicados y orgullosos. Se me vuelven a secar

los labios. No hay nada que desee más que meterme esas tetas en la boca y devorarlas.

—Joder… —murmuro, mordiéndome el labio inferior mientras mi mano se interna dentro del pantalón, acariciando la fina piel de mi polla al tiempo que sigo perdido en su cuerpo, en su cara, en esas bragas de encaje, en cómo sería follarme ese coño jugoso.

Lydia se mueve por la habitación vestida únicamente con la prenda interior. Parece que busca algo. Mira debajo del almohadón, pero al no encontrar nada vuelve al armario y saca un camisón azul.

—No te lo pongas todavía…, aguanta un poco más —susurro entre dientes.

Mis ojos siguen contemplándola con un deseo que me sobrepasa, al tiempo que me masturbo con fuerza. Me aprieto la polla entre los dedos e imagino que es ella quien me la machaca, quien va a hacer que me corra en menos de tres minutos.

Entrecierro los ojos y apoyo la frente contra la pared sin apartar la vista. Se ha pasado el camisón por la cabeza y la tela se desliza por su cuerpo hasta cubrirla entera. Pero justo entonces, al moverme, rozo sin querer la pequeña compuerta de la mirilla y esta emite un fuerte chasquido. Lydia gira la cabeza, sobresaltada.

Me quedo muy quieto, sin mover un solo músculo. Siempre se me olvida engrasar la bisagra de la mirilla.

Ella sigue mirando la pared y el cuadro, intentando averiguar de dónde ha venido el ruido. Pero enseguida pierde el interés. Tras un sonoro suspiro, desaparece de mi vista cuando entra al baño.

No me retiro.

Sigo con los ojos pegados a los agujeros.

Solo quiero verla un poco más.

Escucho ruidos apagados provenientes de su cuarto de baño. Abre un grifo. Ya no hay nada más. Solo el sonido del agua.

Hasta que, de la nada, aparecen un par de ojos pegados a los agujeros. Frente a los míos.

Ella.

Mierda.

Durante unos segundos nos quedamos mirando fijamente. Entonces Lydia introduce algo punzante por los agujeros. Horquillas.

No me las clava en los ojos de milagro; tengo buenos reflejos y me aparto justo a tiempo.

—¡Hijo de puta! —grita, furiosa—. ¡Eres un jodido enfermo, Alekos Mavros!

Ni siquiera han pasado dos segundos cuando escucho golpes en la puerta de mi habitación. Ella está en el pasillo, chillando como una desquiciada.

Me paso la mano por el pelo y voy a abrir.

En cuanto la puerta ya no se encuentra entre nosotros, Lydia se me lanza encima, atacándome con un peine. Intenta golpearme con él, me araña, me insulta, grita:

—¡Eres un maldito demente! ¡¿Qué clase de perturbado espía a una mujer por el agujero de un cuadro?! ¡Qué hijo de puta!

Le arrebato el peine de las manos y la inmovilizo contra mi cuerpo mientras sigue retorciéndose e intentando pegarme.

—No grites —le advierto en un susurro.

—¡¿Que no grite, cabrón asqueroso?! ¡¿Que no grite?! ¡Me estabas espiando! ¡¿Con qué puto derecho te crees para mirarme sin permiso?!

—Con el derecho de que estás en mi casa.

—¡Me juraste que no lo hacías!

—Lo que te dije es que no hay cámaras en tu habitación, y eso es cierto.

—¡Claro! —Se retuerce entre mis brazos para que la suelte—. ¡¿Para qué cámaras, si hay un agujero en la pared?!

—¡He dicho que no grites! ¡Vas a despertar a todo el mundo!

—¡Pues que se jodan! ¡Que se enteren de la clase de degenerado que eres!

—¡Silencio! —Ejerzo más presión sobre sus muñecas y Lydia jadea de dolor. Siento su respiración acelerada contra mi pecho, sus senos suben y bajan a un ritmo demencial debido a la cólera. Su aliento cerca de mi boca empieza a despertar de nuevo a mi polla. Paseo la mirada desde sus pupilas hasta sus labios—. Voy a pasar por alto que casi me sacas los ojos.

—Es una pena no haberlo hecho.

—Y también voy a pasar por alto que hayas venido a mi habitación sin ser invitada.

—La próxima vez pediré una cita.

—El sarcasmo —le advierto.

—¡Que te follen!

Le agarro la barbilla para que me mire a los ojos. Acerco tanto mi rostro al suyo que nuestros labios se rozan.

—Si eso es lo que quieres…, la próxima vez te follaré.

—Lo… Lo que quiero es que dejes de espiarme. —Su voz suena jadeante.

—¿Algo más?

—Pues sí. —Aprieta los labios al ver mi sonrisa burlona—. ¡No soy de tu propiedad!

La miro, confuso.

—¿De qué hablas?

—¡De la otra noche en el club! ¡De las palabras de Christos en la comida! ¡Yo no soy una de tus posesiones, Alekos! ¡Nada tuyo! ¡Así que no hables de mí como si te perteneciera!

Estrecho la mirada en sus pupilas.

Ambos estamos coléricos.

Me encantaría contradecirla, asegurarle que será lo que yo quiera que sea. Pero si sigo provocándola, solo lograré despertar a toda la casa. Así que la suelto con brusquedad. Tiene que apoyarse en la pared para no perder el equilibrio.

Una vez se recompone, Lydia me mira con una rabia que la desborda y se larga de mi habitación con un portazo.

Se ha ido.

Estoy solo otra vez.

El silencio regresa y lo único que queda de ella es el olor de su perfume.

Debería estar enfadado, furioso por su estallido de ira. Ha intentado sacarme los ojos con unas horquillas. Pero no. Lo único que logro hacer es pensar que Lydia Gómez es la mujer más jodidamente increíble que he conocido en mi vida.

Quiero follármela como nunca la hayan follado.

Marcarla a fuego.

La quiero para mí.
Solo para mí.
Y voy a tenerla, cueste lo que cueste.

11

Lydia

Han pasado cuatro días desde que descubrí que Alekos me espiaba a través del cuadro de mi habitación, pero ya no puede hacerlo. Ahora está tapado con una toalla.

Por las tardes, cuando Galatea viene a limpiar, la quita y la guarda en el armario del aseo; sin embargo, la vuelvo a colocar sobre el lienzo en cuanto abandona el dormitorio.

Ese cabrón no va a volver a mirarme como si fuera un mono de feria. Ni siquiera tuvo la decencia de disculparse conmigo por ser tan imbécil. Cuando fui a su habitación hecha una furia, se comportó como si tuviese todo el derecho del mundo, como si espiar a mujeres a través de unos agujeros fuera algo supernormal.

Qué puto loco, joder.

Todas las veces que escuché ese chasquido en la pared, era él. Mirándome.

¡¿Por qué?!

¿Por qué lo hace?

Estoy retenida en su casa, no tengo la mínima posibilidad de escapar. Lo sé. Lo he intentado. Llevo casi dos malditos meses buscando un hueco en su sistema de seguridad, y no lo hay.

Entonces, ¿para qué espiarme incluso en mi dormitorio? Lo único que va a conseguir es verme dormir, mirar por la ventana y morirme de aburrimiento.

Aunque también…

También puede verme desnuda. Es lo que hizo la otra noche. Se quedó mirando mientras me cambiaba.

Maldita sea.

¿Eso es lo que quiere?

¿A Alekos Mavros le gusta mirarme cuando estoy sin ropa?

Al sopesar esa última posibilidad, giro de nuevo la cabeza hacia el cuadro cubierto con la toalla y me muerdo el labio inferior.

Imagino sus ojos sobre mi piel y un suave calor se interna en mi sexo. Apoyo la espalda en la pared mientras fantaseo con que se masturba en silencio, con los ojos puestos en mi desnudez. Un jadeo escapa de mis labios por el intenso calor que comienza a poseerme.

Un calor similar al de cuando me besó en el club.

Sus manos sobre mi cuerpo. Su lengua salvaje exigiendo una respuesta. Esa sensación de pertenencia que sentí cuando me acorraló contra la pared. La pasión brutal de su boca.

Nunca nadie me había besado así.

Es la primera vez que un simple beso me ha llevado tan alto. Si Alekos no se hubiese detenido, me habría rendido a él. Y eso hubiese sido imperdonable, porque en esta historia yo soy la presa y él mi carcelero.

No sé qué me llevó a responder a su boca de la forma en que lo hice, pero no puede volver a repetirse.

Me humedezco los labios y miro una última vez la toalla que cubre el cuadro.

—No tiene sentido —susurro.

No. No lo tiene.

Su amante vive en la villa. Alekos tiene a Diana, quien está encantada y más que dispuesta a ser la zorra de un gánster. En cambio, yo… Yo solo quiero volver a casa y recuperar mi vida.

Una vez me deshago de los pensamientos intrusivos, termino de vestirme y me recojo el cabello en una coleta alta.

He quedado con Pavlos en la zona de la piscina y no quiero hacerle esperar. Así que, doy un tirón a la toalla que cubre el cuadro y me la llevo conmigo.

Ya en el pasillo, mis ojos van por sí solos hasta la puerta de la habitación de Alekos, aunque sé que él no está ahí. Lo escuché salir al amanecer y no apareció en la cocina a la hora del desayuno.

Camino a través del corredor en dirección al patio delantero, engullida por el inmenso silencio que hay a esta hora de la mañana en la villa. Sin embargo, cuando paso por delante de uno de los dormitorios, escucho algo que me obliga a frenar en seco.

Gemidos.

Una mujer gime en voz alta y anima a su acompañante a que continúe, a que se lo haga más fuerte. Por el tono de su voz, se nota que está muy cachonda, y que lo está disfrutando, porque, además, se oyen golpes. Como si estuvieran haciéndolo a lo bestia contra la puerta.

¿Será el dormitorio de Diana?

¿Es Alekos el que se la está follando de esa forma?

Aprieto los labios al notar un indeseado nudo en el estómago y doy varios pasos hacia atrás, con la intención de marcharme. Sin embargo, antes de poder hacerlo, la puerta se abre y aparece la mujer de dentro; quien segundos atrás estaba echando el polvo del siglo.

Cuando mis ojos coinciden con los de Minerva, su expresión se torna hostil y en sus labios aparece una mueca chulesca que me es demasiado familiar.

Está despeinada, con los pantalones a medio abotonar y la camiseta girada.

—¿Qué coño haces tú aquí?

—Yo iba…

—¿Estabas espiándome?

—¡No! ¡Solo pasaba de camino!

—Toma, Mimi, te has dejado las bragas. —Es Stelios, que sale de la habitación tan despeinado como Minerva. Luce su musculoso pecho al aire, una enorme sonrisa de recién follado en los labios y un tanga rojo entre los dedos. Cuando me descubre, se queda quieto unos segundos y arquea una ceja—. Hola.

—Hola —respondo muy incómoda. No sabía que estos dos fueran pareja. La actitud entre ellos siempre ha sido bastante cercana, pero nunca se han mostrado cariñosos delante de los demás.

Stelios se acerca a Minerva para devolverle el tanga y le da un suave beso en la mejilla antes de marcharse.

Yo también me largo.

Joder, que si me voy.

Doy media vuelta y camino hacia el patio exterior tratando de pasar desapercibida. Pero entonces…

—¡Eh, tú, cadáver! ¡Espera un momento! —Mierda. ¿Y ahora qué quiere? Minerva se acerca a mí con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos entrecerrados, en actitud desafiante—. ¿A dónde crees que vas? Tienes que ayudarme con algo.

—Tengo nombre. —Yo también me cruzo de brazos, aguantando el nerviosismo, y la miro de frente—. Me llamo Lydia.

—Me gusta más el otro. Es lo que serás cuando te mate: un cadáver.

—¡Lydia! —Al escuchar la firmeza en mi voz, Minerva sonríe burlona.

—Como sea.

—¿Qué quieres?

—Que me ayudes con mi sobrino. Tú eres su amiguita del alma, ¿no?

—¿Por qué voy a ayudarte después de la forma en la que me tratas?

—Porque si no lo haces, te meteré un disparo entre ceja y ceja. —Se acerca más, intimidante—. Habla con Pavlos.

—¿Y qué quieres que le diga? Os odia.

—Haz que no nos odie.

—Yo también os odio, así que eso está complicado.

—¡Mira, cadáver…!

—¡Lydia! ¡Y si no estás dispuesta a hablarme con un mínimo de respeto, olvídate de mi ayuda!

—¡No tienes alternativa!

—Yo creo que sí. —Sonrío, tensa—. ¿Vas a volver a amenazarme? Está bien, hazlo. O mátame si quieres. Estoy desarmada, soy un blanco fácil, y tú lo estás deseando. —Aprieto la mandíbula y fijo mis ojos en los suyos. Es la primera vez que veo el desconcierto en Minerva. No imaginaba que podría plantarle cara—. Pero si de verdad quieres que hable con Pavlos, vas a cambiar la actitud de mierda que tienes conmigo, porque jamás te he hecho nada para que me trates así. Hasta entonces, tú y yo no tenemos más que hablar.

—¡Ni lo sueñes! ¡Vas a hacer lo que yo diga! ¡Cierra la puta boca y…!

—Adiós, Minerva. —Le doy la espalda y la dejo en medio del pasillo hablando sola, sin importarme sus órdenes ni sus gritos. Sigo mi camino hacia la piscina, y lo hago con un punzante nerviosismo en el estómago.

Minerva Mavros es una mujer peligrosa. Puede atacarme a traición ahora que no la veo y hacerme pagar lo que acabo de hacer.

No obstante, aunque la escucho maldecir y amenazarme a voz en grito, la hermana de Alekos se queda plantada, viendo cómo me alejo sin hacer nada para impedirlo.

Cuando llego a la zona de la piscina y dejo atrás al monstruo del pasillo, descubro que Pavlos ya está recostado en una de las tumbonas, luciendo unas bermudas hawaianas y unas gafas de sol negras sobre los ojos.

Todavía noto la ansiedad después del enfrentamiento, pero trato de parecer tranquila, como si nada hubiera pasado. Si vivir con esta gente y con sus constantes amenazas no me mata, me convertiré en Superwoman. Jurado.

Al llegar junto a Pavlos, tomo asiento en la tumbona vacía y lo saludo con una leve sonrisa.

Esta parte del jardín es la más bonita de toda la villa, la más verde y ajardinada. Tiene unas vistas increíbles al mar, sobre todo desde la piscina, que es enorme e infinita y parece fundirse con el horizonte. El suelo a su alrededor está pavimentado con lamas de imitación a la madera que llegan hasta la enorme barbacoa con horno, que luce impoluta. Junto a ella, hay una pequeña construcción, que presumiblemente será un cuarto de baño. Y cerca de nosotros hay dos enormes buganvillas que dan sombra a otras dos tumbonas y dejan caer a su alrededor algunas de sus flores rosadas.

Apoyo mi ropa en el suelo y me recoloco el bikini, aunque me queda perfecto, como el resto de la ropa que Alekos ha comprado para mí.

Es de un precioso color fucsia que contrasta con el tono de mi piel. Sencillo, cómodo y con la parte de arriba en forma de triángulo.

Debo reconocer que me siento a gusto con él, a pesar de que la braga enseña más nalga de la que me gustaría, porque es tipo brasileña.

Me recuesto en la tumbona y giro la cabeza hacia Pavlos, quien se coloca las gafas de sol sobre la cabeza al tiempo que gira su cuerpo hacia mí.

—Aquí nunca viene nadie. Mis tíos desperdician el mejor sitio de toda la villa.

—Es un jardín increíble para hacer fiestas, ¿verdad?

—Si tuviera amigos, las haría. —Baja la vista a su regazo—. Pero esos hijos de puta ni siquiera me permitieron conservar mi móvil.

—¿Por qué? Todos los chicos de tu edad tienen uno.

—Según mi tío Alekos, lo hacen por mi seguridad. —Resopla—. Los criminales son ellos y yo tengo que pagar las consecuencias.

—Se ablandarán con el tiempo. —Pongo una mano sobre la suya —. La muerte de tu padre está demasiado reciente, Pavlos, y todavía no han encontrado al asesino.

—¡Es que, joder! ¡Ni siquiera puedo hablar con Fedra!

—¿Quién es Fedra?

—Ella es… Estábamos saliendo en el instituto. —Tuerce el gesto y aprieta los labios—. ¡Con mi madre esto nunca hubiese pasado, no me habría apartado del mundo como un apestado! ¡Con ella mi vida era normal! ¡No tenía que dar clases solo, encerrado en esta puta villa, sin mis amigos, sin nadie!

Lo comprendo. Comprendo perfectamente que se sienta así. Pavlos está en una edad complicada. Los chiquillos de quince años no se pasan los días rodeados de adultos.

—¿Qué…? ¿Qué le pasó a tu madre?

—Era alcohólica. —Joder—. Llevaba muchos años luchando contra la adicción. Desde antes de que yo naciera.

—Lo siento.

—Ya, es una mierda.

—¿Y tu padre, no…?

—Mi padre pensaba que estaba limpia. Fue la única condición que le puso cuando le concedió la custodia. No lo sabía nadie, solo yo y las personas del servicio que trabajaban en casa. Le prometí

que nunca se lo diría a los Mavros y ella me prometió que se pondría bien por mí. Pero nunca lo hizo.

—¿Fue una buena madre a pesar de su… adicción?

—A veces, sí. Cuando no bebía, era cariñosa y muy divertida.

—¿Por qué no le pediste ayuda a alguien? Eres muy joven para haber vivido algo así, Pavlos.

—Yo era lo único que le quedaba. Nos habrían separado.

—¿Y su familia? El otro día me hablaste de ellos. Me dijiste que querías irte con tus familiares maternos.

—Ya, bueno. —Se humedece los labios—. En realidad, no los conozco. Mi madre discutió con mis abuelos cuando se casó con mi padre.

Asiento y me rodeo las piernas con ambos brazos, sin dejar de mirar a ese chico con una mezcla de pena y asombro por su fortaleza. Ahora entiendo por qué sus ojos reflejan esa madurez y un dolor que no son propios de cualquier chiquillo de su edad.

—¿Y qué hay de Yannis? ¿Te llevabas bien con él?

—Sí. —Sonríe con añoranza—. Era un cabrón y un puto delincuente, pero me quería. Dejó el negocio cuando murió mamá, para ocuparse de mí. El poco tiempo que viví con él, no me tuvo encerrado como un preso.

Antes de que me dé tiempo a responder, un movimiento a nuestra derecha llama mi atención. Cuando giramos la cabeza, descubrimos a Alekos caminando por el jardín, acompañado de ese perro gigante con nombre de diablo del inframundo.

Va vestido con unos tejanos oscuros y una camiseta sin mangas que deja en evidencia los músculos de sus brazos.

Me resulta raro que lleve ropa tan informal. Siempre viste como un empresario. Además, está descalzo y su pelo luce desenfadado, con un toque rebelde que le queda muy sexi.

—¡Vamos, Keres, tráela! —grita, lanzando una pelota de goma. La bestia sale corriendo tras ella, ansiosa por destrozarla en cuanto la tenga entre sus fauces.

Mientras espera que el animal le devuelva la pelota, Alekos gira la cabeza hacia nosotros, y sus ojos se posan en mí. Una sonrisa perezosa se dibuja en sus labios.

Siento calor.

Es como si la piel me ardiera de repente; como si mi cuerpo despertara de un largo letargo. Mi estómago burbujea y los latidos de mi corazón se aceleran tanto que temo que los golpes contra mis costillas sean demasiado evidentes. Y todo por una jodida sonrisa.

Aparto la mirada y me cruzo de brazos, adoptando una actitud chulesca y orgullosa con la que quiero demostrarle que me importa una mierda su presencia.

—Qué calor —se queja Pavlos abanicándose la cara—. ¿Nos damos un baño? Ya no aguanto más el sol.

Pues sí. Un baño es justo lo que necesito para seguir ignorando a ese gilipollas de ojos negros que se cree el rey del universo. Me levanto de la hamaca, al lado de su sobrino, y nos dirigimos a la enorme piscina de aguas cristalinas para aliviarnos de este bochorno sofocante.

Cuando sumerjo el cuerpo en ella, la frescura del agua me arranca un suspiro. Desde que llegué a Creta, puedo contar con los dedos de una mano las veces que me he bañado en el mar o en alguna piscina. El trabajo nocturno en el club de Laza me obligaba a dormir durante el día.

Así que, mientras Pavlos nada de un lado a otro, y lanza algún comentario ocasional, yo me limito a relajarme y a dejarme flotar en el agua.

—¡No, mierda! —su voz disgustada llama de nuevo mi atención. Estamos solos en el jardín. Alekos y su bestia ya no juegan a la pelota. Se han ido.

—¿Qué pasa?

—Dime que no son las doce. —Me muestra su reloj.

—Eso pone ahí.

—Tengo que irme.

—¿Adónde?

—A dar clase —resopla—. La profesora que contrató mi tía Minerva estará a punto de llegar y todavía tengo que ducharme.

Pavlos sale del agua refunfuñando, coge su toalla para secarse y entra en la casa. Yo me quedo un rato más, nadando en soledad, hasta que noto los dedos de las manos arrugados.

Me apoyo en el borde de la piscina y me impulso, hasta sentarme sobre la piedra tibia, con las piernas aún dentro del agua. Estoy relajada, con una sonrisa suave en los labios.

Sin embargo, la sonrisa se me borra de golpe cuando la puerta del baño de la piscina se abre y aparece Alekos, vestido únicamente con un slip negro.

Camina directo hacia el borde, mostrando su cuerpo moreno y musculoso, digno de un maldito dios. Piernas fuertes, caderas estrechas, torso ancho y ondulado, en el que destella el pirsin de su pezón. Y ese bulto entre las piernas que promete ser enorme.

No quiero mirarlo, pero mis ojos lo siguen por más que me reprendo mentalmente. Debería estar prohibido estar tan tremendo y, al mismo tiempo, ser un puto mafioso griego. No es justo para los demás mortales.

Alekos deja su toalla sobre la hamaca donde yo estaba sentada hace un rato, y, al llegar al borde de la piscina, me mira de reojo antes de lanzarse de cabeza al agua.

Desde mi posición, lo veo bucear por el fondo. Tiene un tatuaje enorme que le cubre toda la espalda, pero la profundidad y las ondas del agua no me dejan distinguir qué es. Cruza de un lado a otro, para, después, cambiar el sentido y dirigirse hacia donde estoy yo.

Cuando emerge, apoya los brazos a cada lado de mis piernas y levanta la mirada. Una sonrisa burlona empieza a curvar sus labios.

—Te han dejado sola.

—Y preferiría seguir estándolo, gracias.

—¿Sigues enfadada? —El cabrón no deja de sonreír.

—¿Enfadada? ¡Vaya! ¿Por qué lo dices? ¿Acaso lo sabes porque me has espiado por algún otro agujero en la pared?

—Los únicos dos agujeros que hay entre nuestras habitaciones los has tapado tú con una toalla.

—¿Cómo lo…? ¡Maldito cabrón! ¡¿Has vuelto a intentar espiarme?!

—Todos los días.

—¡¿Por qué?!

—Porque me gusta hacerlo.

—¡Eres un enfermo! —Frunzo los labios y le doy una patada al agua, mojándole la cara. Apoyo los brazos sobre el borde de la piscina, para levantarme y marcharme de allí; pero antes de lograrlo, siento las manos de Alekos sujetándome con firmeza por detrás de las rodillas—. ¡Suéltame!

No lo hace. Sus manos siguen ancladas a mí mientras su sonrisa se ensancha y sus ojos se oscurecen.

De repente, tira de mis piernas con suavidad, acercándome y logrando que, poco a poco, acabe otra vez dentro del agua, acorralada entre su cuerpo y la pared.

—¡Pero ¿qué demonios haces?! —Intento golpearlo para que me suelte, pero me atrapa las manos sin decir ni una palabra—. ¡Quiero salir! ¡Déjame! —Sus ojos recorren mi cara, desde el nacimiento del cabello, pasando por la nariz, deteniéndose varios segundos en mis labios, en mi barbilla. Bajan por mi cuello, por mi clavícula y, cuando encuentra mis senos dentro del bikini fucsia, se humedece los labios.

Se me acelera la respiración, y ese calor tan poco apropiado vuelve a instalarse en mi bajo vientre mientras me contempla como un león mira un filete.

—Eres un maldito pecado, Lydia.

Y entonces, se lanza a mis labios.

Los posee con una fuerza que me deja sin aliento. Su lengua invade mi boca y, de golpe, dejo de pensar.

Joder, ¿cómo puede lograr eso con un simple beso?

Le respondo con la misma desesperación, mientras sus brazos me rodean posesivos y su polla se clava contra mi estómago.

Siento que llevamos siglos besándonos porque, cuando por fin nuestras bocas se separan, estoy tan cachonda que apenas puedo pensar. Me limito a mirarlo fijamente, intentando entender qué acaba de pasar.

—¿Por qué?

—¿Tú qué crees?

—No lo sé. Nos odiamos.

Él vuelve a sonreír de forma ladeada.

—¿Te hago un *spoiler*? —susurra cerca de mi oído—. Al final follamos.

Menudo cabrón.

—¿Quieres que te haga yo un espóiler? —Le clavo la mirada, recuperando un poco de sentido común—. ¡Vete a la mierda!

—Eso no es un *spoiler*, Lydia —ríe.

—¡Pues lo que sea!

—No. —Me roza los labios con los suyos—. Esto es inevitable. Va a pasar. Porque cada vez que te veo, quiero joderte como un animal contra cualquier mueble, pared o alfombra de mi casa.

—Entonces, vas a obligarme. —Lo miro con desprecio.

—Te repito que no soy un puto violador. Serás tú quien me suplique que te folle. Vas a desearlo tanto que me ofrecerás tu coñito en bandeja de plata.

—¿De verdad crees que voy a caer tan bajo con un criminal como tú?

—¿Quieres apostar? —Alekos sonríe.

—Ganaría.

—Apostemos entonces.

Lo veo tan seguro que, por un instante, dudo de mi propio autocontrol. Así que lo empujo, intentando zafarme.

—¡Suéltame! ¡Quiero salir de la piscina!

—Si ganas, te dejo salir.

—¿Y si ganas tú?

—Entonces, vendrás a mi habitación como una niña obediente y te follaré hasta que no quepa ni una gota de mi semen en ninguno de tus agujeros.

Las palabras no me salen de los labios después de lo que acaba de decir. Mi respiración se ha vuelto jadeante y ese calor traicionero vuelve a instalarse en mi vagina. No puedo evitar imaginarme desnuda sobre su cama, sometida a todo lo que quiera hacerme. Tengo la piel erizada y los latidos enloquecidos. Pero Alekos guarda silencio esperando mi respuesta. Así que trago saliva y me muerdo el labio inferior antes de preguntar:

—¿Y… en qué consiste la apuesta?

Sonríe de nuevo.

—Es muy fácil. Tú no tienes que hacer nada. Todo el trabajo es cosa mía. —De pronto, siento cómo una de sus manos se introduce

lenta por dentro de la braga del bikini hasta alcanzar el delicado botón entre mis pliegues. Alekos acerca su boca a mi oído—. Tu única misión es mantener la boquita cerrada y no suplicarme que te folle. Es sencillo, ¿verdad?

Sus dedos comienzan a moverse alrededor de mi clítoris y una increíble oleada de placer me recorre la espalda. Asiento, luchando por mantener los ojos abiertos y que mi voz suene firme.

—Sencillísimo. No me supone ningún reto. Ni… Ni siquiera noto nada.

—Bien por ti —ríe y me mordisquea el lóbulo de la oreja mientras sus dedos masajean plenamente la tierna piel de mi coño—. Tendré que esmerarme un poco más.

Su otra mano se une a la fiesta, apartando del todo la tela de mis bragas y deslizándose más abajo, hacia el perineo. Traza círculos lentos sobre mi agujero al tiempo que sigue masturbándome con precisión.

—¿Qué tal así? —Lame mi cuello—. ¿Ahora mejor? —Echo la cabeza hacia atrás y me obligo a negar convulsivamente. Sabe exactamente qué hacer, dónde tocar, cómo acariciar. Empiezo a pensar que quizá no sería tan mala idea acostarme con él. Qué putada, joder—. Responde, Lyd. ¿Te gusta?

—No. No… —No quiero gemir, pero tampoco puedo evitarlo—. Oooh… Dios…

—Mmm… Entendido. —Ríe entre dientes y arrasa mi boca con un beso salvaje, al que respondo con todas mis ganas—. Si me dejases, te la metería tan hondo y tan fuerte que te olvidarías de todos los gilipollas que te han tocado antes que yo. —Lame mis labios—. Pero hemos hecho un trato, ¿verdad?

—S… Sí…

—No puedo follarte a menos que me lo pidas. A no ser que hayas cambiado de opinión.

Mis ojos brumosos se posan en los suyos. Lo está disfrutando. Disfruta viéndome al límite.

Ambos sabemos que voy a caer. Soy realista. El cabrón sabe exactamente cómo tocar, dónde acariciar, de qué forma pellizcar para hacerme perder el control.

Y cuando tres de sus dedos penetran mi vagina, un gemido ahogado escapa de mis labios. Me aferro a su brazo porque siento que me voy a hundir bajo el agua.

—Oooh, joder…, Alekos.

—Dímelo —insiste contra mi boca—. Solo una palabra. Una. Sola. Palabra.

Me está llevando tan alto que apenas soy capaz de razonar. Solo siento. Sus dedos frotan mi clítoris a un ritmo demencial. Su otra mano más abajo me penetra con firmeza. No me quedan fuerzas para seguir fingiendo. Quiero que me folle.

—Alekos…

—Dilo, Lyd.

—Yo… quiero… quiero que…

—¡Alek, joder! ¡¿Dónde coño te metes?! —Los gritos de Christos desde el jardín logran que ambos nos pongamos rígidos.

—Ahora no, mierda —susurra cerca de mi oído, apoyando la frente en mi hombro. No necesita decir más para saber que él, aunque no lo he tocado, está casi tan cachondo como yo. Se le nota en cada uno de sus movimientos, en cómo su polla, completamente erguida, no deja de rozarme el estómago.

—¡Alek! ¡¿Ahora has desaparecido del jodido mundo?! —insiste su hermano, cada vez más cerca—. ¡Tienes una llamada de Cicero Angelis!

—Estoy aquí, en la piscina —responde Alekos, al tiempo que retira sus manos de mi cuerpo y me recoloca las bragas. Cuando nuestros ojos coinciden de nuevo, puedo ver su deseo latente, pero, como siempre, adopta su típica actitud altiva e indiferente antes de robarme un último beso—. Salvada por la campana. Seguiremos en otro momento.

En cuanto Christos llega a la piscina y me descubre junto a su hermano, una lenta sonrisilla maliciosa se dibuja en su boca. No es imbécil, sabe lo que estaba pasando. La polla dura y erguida de Alekos dentro del bañador, cuando sale del agua, no deja lugar a dudas.

—Joder, Alek. Ya me extrañaba a mí que te hubieras metido en la piscina. —Después me mira divertido—. Mi hermano es más de

playa, ¿sabes? Dice que las piscinas son un banco de gérmenes e infecciones. De hecho, es la primera vez que lo veo bañarse en esta.

—Cierra el pico, gilipollas. —Alekos coge su toalla y se la enrolla alrededor de las caderas—. ¿Qué quiere Angelis?

—Ha mencionado algo sobre una visita a Atenas y una negociación.

—Ese cabrón no va a parar hasta que me reúna con él.

Alekos me mira una vez más y da media vuelta para entrar en la casa. No se despide, no me dice ni una palabra, y lo agradezco. Estoy tan nerviosa y tan confundida que no habría sabido qué responder.

El que sí lo hace es Christos, quien camina despreocupado tras su hermano.

—Nos vemos a la hora de la comida, Lydia. —Me guiña un ojo y me sonríe cómplice—. Mi hermano nunca deja de sorprenderme.

12

Lydia

Estoy enfadada con el mundo. Ya está, lo admito.

No sé qué he hecho para merecer esta suerte, pero si alguna vez salgo de esta villa y recupero mi vida, voy a buscar a quien sea que maneje mi muñeco de vudú y me voy a cagar en su puñetera madre, porque se ha pasado el juego. Es imposible que me pasen más cosas.

Lo de la piscina fue demasiado.

Estuve a punto de suplicarle que me follara.

Si Christos no llega a aparecer, habríamos terminado en su cama, revolcándonos como dos desesperados. Lo sé. La forma en que me miraba dejaba clarísimas sus intenciones. Y yo, tan excitada por todo lo que me hacía y por lo que me susurraba al oído, habría recorrido ese camino por mi propio pie y tan feliz.

Han pasado dos días desde entonces y todavía no soy capaz de mirarlo a la cara. Me avergüenza mi falta de fuerza de voluntad. Tener sexo con mi captor es lo último que me habría imaginado la noche en que me trajeron aquí.

Debería aborrecerlo, escupir cada vez que pasa a mi lado. Pero no. Mi cuerpo ha decidido que lo más lógico es que me sienta atraída por él.

¡Todo mal!

Y lo peor es que cuanto más lo pienso, más me mortifico. Siento que estoy llegando a mi límite. Una situación más como esa y acabaré explotando. Lo mandaré todo a la mierda y olvidaré el sentido común en un rincón. Pero en esta villa, no andar con pies de plomo es como pintarse una diana en la frente y suplicar que te disparen en el centro.

La noche del tercer día tras lo ocurrido en la piscina, apenas puedo dormir. Me paso horas dando vueltas en la cama, mirando el cuadro de la habitación, aún cubierto con una toalla.

Decido levantarme cuando aún no ha amanecido, total, seguir acostada solo me va a producir más ansiedad por no poder conciliar el sueño.

Así que me visto con un peto vaquero y unas deportivas y salgo de la habitación rumbo a la cocina para desayunar.

Mientras camino por el pasillo, lo único que llega a mis oídos es silencio. Todavía es temprano y no debe de haber nadie allí. Mejor. Me apetece desayunar sola, pensar en mis cosas y largarme antes de que los Mavros se sienten en la mesa.

Pero al cruzar la puerta, me doy cuenta de que, en realidad, sí que voy a tener compañía.

Christos está sentado en su lugar habitual, tomando café y mirando con desgana su móvil. Es raro que el hermano de Alekos madrugue tanto, siempre es el último en aparecer.

Cuando se percata de que no está solo, sus labios se curvan en una sonrisilla cabrona al verme.

—Y yo que pensaba que iba a desayunar solo.

—Eso pensaba yo también —declaro con frialdad. Me dirijo a la encimera para servirme café, coger una pieza de fruta y un cuchillo para pelarla—. ¿Te has caído de la cama?

—Me he caído de una cama, pero no de la mía. —Me guiña un ojo cuando tomo asiento—. No he dormido aquí.

—Ya me extrañaba que madrugaras tanto.

—Ayer me pasé por el club y una tía me secuestró.

—Pobrecito, lo habrás pasado fatal.

—La que va a pasarlo fatal es ella. No va a poder andar en una semana.

—Eso es lo que te gustaría a ti. —Pongo los ojos en blanco y resoplo.

Christos se echa a reír y se recuesta en la silla con una sonrisa relajada en los labios.

—Eres una jodida contestona, Lydia. —Se pasa una mano por el mentón—. Al principio no entendía por qué Alekos se había fijado en

ti.

—Pues ilumíname, porque yo todavía no lo entiendo.

—No me malinterpretes, estás buenísima, pero mi hermano no suele liarse con tías que no tienen nada que ver con el negocio. Sois demasiado impresionables y asustadizas. Y él no es de los que soportan berrinches femeninos, ¿sabes? Está acostumbrado a mandar y a que todos le obedezcan, incluso las mujeres a las que se folla.

—¿Y cómo encajo yo en todo esto? Hasta donde sé, no pertenezco a vuestro mundo ni me interesa hacerlo.

—Pero eres un puto torbellino. Lo retas, lo contradices, lo desobedeces…

—¿Eso significa que, si me convierto en un mueble y digo a todo que sí, me dejará en paz?

—Aunque te transformases en una palmera, no te librarías de él. Has llamado su atención. —Apoya los codos en la mesa—. Quizás…, cuando consiga llevarte a la cama, pierda el interés. Conociéndolo, es lo más probable.

—No voy a acostarme con tu hermano.

—¿No? —Se ríe de nuevo—. Buena suerte entonces, porque Alekos no es de los que se rinde.

—Perfecto, porque yo tampoco.

—Va a ser divertido. Lo vas a volver completamente loco.

—Ojalá, y tengáis que meterlo en un manicomio.

—¿Sabes qué? Me caes bien. —Aprieta los labios para contener otra sonrisa—. Ahora que te conozco mejor, incluso me arrepiento de haberte disparado en aquel callejón.

¿Qué?

¿Qué acaba de…?

Cuando sus palabras toman forma en mi cabeza, abro la boca por la rabia y agarro con fuerza la taza entre los dedos para resistir las ganas de lanzársela a la cabeza.

—Repite eso, Christos. ¡Dime que no fuiste tú quien casi me mata!

—No fue nada personal. Acababan de matar a Yannis.

—¡Y casi me asesinas a mí, hijo de puta! ¡Yo no hice nada! ¡Mi único pecado fue salir a un puto callejón a enrollarme con un tío!

—Con un socio de Dragoslav, Lydia.

—¡Maldito sádico demente! ¡Por poco me revientas las tripas y muero desangrada!

—¿A quién le han sacado las tripas? —La voz de Minerva se une a la conversación.

La hermana de Alekos entra en la cocina vestida con un provocativo camisón rojo y el cabello rizado revuelto. Nos observa a ambos con curiosidad.

—Lydia se ha enfadado porque acaba de enterarse de que fui yo quien le disparó.

—Ah, eso. —Se ríe y se acerca a la encimera para servirse café—. Bueno, tampoco es para tanto.

—Putos locos —murmuro entre dientes y fijo los ojos en el cuchillo y la manzana que tengo en las manos. Ya se me han quitado las ganas de comérmela.

Minerva se sienta a mi lado y abre una magdalena con total despreocupación, mientras Christos apura su desayuno.

Ninguno de los tres vuelve a hablar hasta que aparece Diana, vestida, como de costumbre, con ropa sexi y llamativa. Detrás de ella, Pavlos, que me saluda con una sonrisa antes de acercarse para servirse un poco de leche. Sin embargo, cuando está a punto de sentarse a mi lado, su silla la ocupa otra persona.

Diana.

La amante de Alekos se sienta demasiado cerca y apoya la barbilla en una mano, sin dejar de mirarme con esa sonrisilla de cabrona que anuncia que se ha levantado con ganas de joder.

—Buenos días, Lydia. —Su voz es oscura y melosa.

—Hola. —Ni siquiera la miro.

—Qué temprano has venido hoy.

—Pues sí.

—Las putas como tú suelen despertarse al mediodía.

—No empieces —le advierto con frialdad. Estoy agotada y muy enfadada con toda esta gente.

—¡Eh, Diana, ese es mi sitio! —se queja Pavlos al darse cuenta de que le ha quitado su silla—. ¡Vuelve al tuyo!

—Hoy quiero estar yo con Lydia. —Sonríe.

—¡Pero es que…!

—Pavlos, tienes quince años. ¿Puedes sentarte en otra silla sin armar un berrinche? —insiste Diana, jugando con su orgullo adolescente.

—¡Que te jodan!

—¿Qué pretendes? —La encaro con el ceño fruncido, posando en ella toda mi atención.

—Nada. ¿Es que una chica no puede sentarse junto a la zorra que quiere quitarle a su novio?

—No quiero quitarte nada.

—Claro, por eso el otro día casi folláis en la piscina.

Cierro los ojos y suspiro, buscando paciencia.

—Quédate con él. No me interesa. No quiero tener nada que ver con Alekos Mavros ni con ninguno de vosotros.

—Eres una cerda. ¡Una puerca con cara de mosquita muerta!

—Cierra la puta boca —le advierto entre dientes.

—¿O qué? ¿Eh? ¿Qué vas a hacerme? ¿Vas a llorar? ¿Contárselo a Alekos? ¿Vas a chupársela para convencerlo de que soy muy mala?

—¡Diana, basta! —La fulmino con la mirada y cojo la manzana para pelarla. Necesito entretenerme con algo, porque está poniéndome histérica.

Ella se echa a reír y enreda una mano en mi pelo, dando un pequeño tirón.

—¡Mírame cuando te hablo, puta! ¡Deja a Alekos en paz!

—¡Suéltame el pelo!

—¡Tendrías que haberte muerto cuando te disparó Christos! ¡Las hijas de puta como tú, que consiguen lo que quieren comiendo pollas, merecen…!

—¡A tomar por culo! —La rabia que me posee es tan intensa que, con el cuchillo que estoy pelando la manzana, le apuñalo la mano hasta clavar la hoja en la mesa. Ella chilla de dolor.

Se lo he advertido. Lo he hecho muchas veces. Llevo más de dos meses aguantando sus mierdas, sus pataletas de amante

despechada. Pero ya no puedo más. Sus insultos han colmado el vaso. Lo ha desbordado.

Todos se quedan mudos a mi alrededor, incluso la propia Diana, quien observa acongojada su mano atravesada por el cuchillo.

—Me… ¡Me ha apuñalado! —grita, asustada, mientras la sangre se derrama sobre la mesa.

—¡Que te jodan! —grito con una ira helada que aún no ha abandonado mi cuerpo. Arranco el cuchillo de su mano y lo alzo de nuevo, apuntándole al cuello—. ¡En tu puta vida vas a volver a atacarme, asquerosa víbora, porque juro que te mato!

De repente, alguien me inmoviliza por detrás y me arrebata el cuchillo.

—¡Que alguien haga algo, esta zorra me ha apuñalado! ¡Me estoy desangrando! —Diana se cubre la mano con una servilleta y de sus ojos comienzan a salir lágrimas de terror.

—¡Y más que voy a hacerte cuando me suelten! —Me zarandeo, intentando liberarme—. ¡Te voy a reventar! ¡Vas a aprender a respetarme, puta! ¡Ya estoy harta de ti! ¡Tú o yo, pero las dos no podemos estar en esta casa porque acabaré retorciéndote el cuello!

—Lydia, tranquila —escucho la voz de Minerva en mi oído. Es ella quien me sujeta para que no vuelva a atacar a la amante de su hermano.

—¡Estoy muy tranquila! ¡La que no debería estarlo es ella!

—¡Me está amenazando! ¡Christos, haz algo! ¡Estoy perdiendo mucha sangre!

—¡La próxima vez te rajaré la boca para que dejes de hablar mierdas!

—¡¿Qué coño pasa aquí?! ¡¿Qué son estos gritos?!

Es Alekos. Acaba de entrar en la cocina y nos observa a todos con hostilidad, estrechando sus ojos sobre nosotras.

—¡Alekos, esta desgraciada me ha atacado! —Diana corre hasta su lado y se abraza a él sin dejar de llorar, señalándome acusadora —. ¡Se ha abalanzado sobre mí y me ha apuñalado con un cuchillo! ¡Estoy sangrando mucho! ¡Necesito un médico!

Siento la mirada hostil de Alekos clavada en mí, pero mi única reacción es levantar la barbilla, orgullosa.

—¿Es eso verdad, Lydia?

—¡Puedes estar seguro!

—¡¿Lo ves?! ¡Es una asesina, es una loca! ¡Debería estar encerrada en el sótano para que Gregorio la descuartice!

—No te hagas la víctima, Diana. Has empezado tú —interviene Minerva, quien todavía me sujeta por detrás—. Estabas tocándole demasiado los huevos y se ha cansado.

Alekos guarda silencio, con un gesto impenetrable, aunque el enfado se percibe en cada línea de su cuerpo. Está rígido, con los puños apretados y la respiración rápida e irregular.

—Diana, corre a la enfermería para que Dorian te cosa la herida. En cuanto a ti… —Su atención vuelve a centrarse en mi rostro—. Hablaremos en el salón. ¡Ahora!

Me zarandeo con fuerza para que Minerva me suelte y paso por delante de Alekos sin dignarme a mirarlo. De hecho, no los miro a ninguno, ni siquiera a Pavlos, quien se ha quedado congelado por lo que acaba de suceder.

Camino con paso rápido por el pasillo de la villa y entro en el salón, tal como él me ha ordenado. Estoy tan furiosa que ni siquiera sé si ha venido detrás de mí o sigue en la cocina consolando a la zorra de Diana.

No obstante, cuando me doy la vuelta, lo veo a pocos metros, con el mismo semblante fiero y oscuro que el mío.

Alekos cierra la puerta del salón, dejándonos incomunicados del resto de la casa, y se acerca lentamente, estrechando sus ojos en mi cara.

Ahora que estamos a solas, su presencia se vuelve abrumadora. Su cuerpo alto y musculoso bloquea casi por completo mi visión.

Hoy tampoco lleva su traje formal, sino unos pantalones de algodón y una camiseta blanca de tirantes.

—¿Qué demonios has hecho? —Su voz suena suave, pero cargada de rabia.

Levanto más la barbilla y sonrío con altivez.

—Defenderme.

—Defenderte. —Da otro paso hacia mí—. Te lo voy a repetir. ¿Qué. Has. Hecho?

—Lo que tendría que haber hecho hace mucho tiempo.

—¡Contesta a mi puta pregunta, Lydia! ¡¿Qué cojones acabas de hacer?!

—¡Apuñalar a tu zorra! —grito igual que él.

—¡¿Has perdido la puta cabeza?!

—¡Lo que he perdido es la paciencia, Alekos! ¡Esa no va a volver a reírse de mí, ni a insultarme!

—¡Si tenías algún problema con Diana, solo debías decírmelo!

—¡¿Para qué?! ¡¿Es que habrías intercedido?!

—¡Joder, por supuesto!

—Y una mierda —respondo entre dientes, apartando la mirada y cruzándome de brazos.

—¡No voy a consentir las agresiones en mi casa!

—Sí, ¿cómo se me ocurre? —mi tono es burlón—. ¡Desde el primer día me quedó clarísimo que todos los que vivís aquí sois unos santos!

—¡Somos una familia! ¡En las familias los problemas se solucionan hablando, no a cuchilladas!

—¡Tu amante no es de mi familia! ¡Ni tampoco lo sois vosotros!

—¡Vives en mi casa, y estas son las reglas!

—¡Puntualiza, Alekos! ¡Vivo en tu casa porque no me dejas irme!

—Ya hemos hablado de eso.

—¡Tu familia no es la única en este jodido mundo! ¡Yo también tengo una! —Lo miro a los ojos y me tiemblan los labios—. ¡Tengo una madre con la que llevo más de dos putos meses sin hablar! ¡Tengo un padre, hermanos! ¡Estarán muy preocupados por mí! ¡Pero claro, a ti lo único que te importa es que tu puta tenga las manos perfectas para hacerte buenas pajas!

—¡Basta!

—¡Vete a la mierda! —Le doy un fuerte empujón y paso por su lado para salir del salón.

—¡Todavía no hemos terminado, Lydia! ¡Vuelve aquí!

—¡Déjame en paz! —Lo escucho andar detrás de mí, mientras me apresuro a regresar a mi dormitorio. La rabia me bulle en el

estómago con una fuerza descontrolada—. ¡No me sigas más! ¡Olvídate de que existo!

—¡Entonces, deja de huir y habla conmigo!

Una vez llego a la puerta de mi habitación, me giro y lo encaro. Apenas nos separan unos metros. En sus ojos refulge el fuego de la ira, pero no pienso acobardarme. He llegado al límite y ya me da igual todo.

—Si quieres hablar, llama a Diana. Seguro que estará encantadísima de hacerlo, al contrario que yo. —Y tras esa última frase, entro en mi dormitorio y cierro con un portazo que retumba en toda la habitación y el pasillo.

—¡Lydia, sal ahora mismo! —lo escucho gritar desde fuera mientras golpea varias veces la madera. Aun así, no intenta abrir. Ni siquiera lo hace cuando no recibe respuesta.

Alekos se limita a dar un fuerte puñetazo en la pared del pasillo y meterse en su habitación hecho una furia.

Cuando por fin me quedo sola, me tapo los ojos con ambas manos y grito a pleno pulmón mientras me dejo caer de rodillas al suelo. Siento cómo la ansiedad me estruja el pecho y las ganas de echarme a llorar se intensifican.

Miro a mi alrededor, a esa habitación digna de una reina, con todos los lujos y comodidades posibles. Sin embargo, no deja de ser una prisión. Una cárcel preciosa, sí, pero cárcel al fin y al cabo.

—Que os jodan a todos —susurro entre dientes, al tiempo que me pongo en pie y camino hacia la ventana—. ¡Que os jodan a todos!

Arranco la cortina de un arrebato y la lanzo al suelo, a mis pies, para pisotearla y destrozarla en un intento de calmar mi rabia. Y no me quedo ahí. Tiro todo lo que hay sobre la delicada mesita de noche: el reloj despertador, la lamparilla de cristal y acero, que acaba hecha añicos al lado de la cama. Arrojo los cojines, deshago las sábanas, le doy una patada al colchón, aunque lo único que consigo es hacerme daño en el pie y tener que sentarme para frotármelo.

Entonces lo oigo.

Ese chasquido otra vez.

El chasquido que proviene del agujero en el cuadro, el que comunica con la habitación de Alekos.

Toda mi atención va hacia allí. La toalla ya no está sobre el lienzo. Galatea ha debido de venir a limpiar y, como siempre, la ha guardado en el baño.

Otro potente estallido de rabia se retuerce en mi estómago mientras clavo la vista en el agujero.

—¡¿Te gusta espiarme, cabrón degenerado?! —Me levanto de la cama y camino hasta el cuadro. Aunque él no dice nada, sé que está ahí. Puedo ver un pequeño haz de luz a través del agujero—. ¡¿Te pone cachondo mirarme?! ¡¿Eso es lo que quieres?!

De repente, llevo las manos a los tirantes del peto vaquero y los suelto, dejando que estos cuelguen a cada lado de mi cuerpo.

Doy un paso más hacia la pared.

—¡¿Esto es lo que buscas, Alekos?! —Me desabrocho los botones que sujetan el peto a la cintura y lo deslizo lentamente hasta que cae al suelo, a mis pies, quedando en bragas ante él—. ¡¿Te pone cachondo ver cómo me desnudo?!

Agarro el bajo del top que me cubre el pecho y me lo saco por la cabeza. Mis tetas quedan al aire, orgullosas, pálidas, con los pezones duros por la certeza de que él me mira. Siento una mezcla explosiva: me encantaría sacarle los ojos, pero también noto una humedad creciente en mi vagina por la excitación.

—Detente —su voz llega amortiguada a través de la pared. Se nota que respira rápido porque parece entrecortada.

—¿Quieres que pare, puto pervertido? Entonces, ¿por qué sigues mirando? —Me llevo las manos a las tetas y las masajeo despacio, con los ojos fijos en los agujeros, en él.

—¡Lydia…!

—¿Te gustaría lamerlas? ¿Quieres comértelas? —Pellizco mis pezones y me muerdo el labio inferior—. Qué pena que seas un vicioso cobarde que se esconde tras un maldito cuadro y no un hombre de verdad, porque yo…

Ni logro terminar la frase porque esa puerta, siempre cerrada y que comunica ambas habitaciones, se abre de golpe contra la pared. Por ella aparece Alekos, con la mandíbula tensa y los ojos en llamas.

13

Lydia

Es la primera vez que veo esa expresión en su rostro. Alekos me mira con una oscuridad y un deseo que me hacen estremecer, pero he sido yo quien lo ha provocado al desnudarme para él. Se acerca con paso lento hasta donde me encuentro, y cada pisada acelera los latidos de mi corazón.

Va descalzo, sin camiseta, y la gruesa erección empuja los pantalones con descaro. Mis ojos se pasean desde sus pupilas hasta su polla, arrastrados por la lujuria.

Sí, estoy furiosa, incluso podría jurar que lo odio, pero el deseo que este hombre despierta en mí es el más brutal que he sentido en mi vida.

Cuando llega a mi lado, su mirada impenetrable recorre mi cuerpo desnudo y gruñe de un modo gutural, como un feroz animal al que llevan negándole su presa demasiado tiempo. Se detiene en mis pechos, en mis pezones, y logra que mis bragas se empapen sin tocarme siquiera.

No obstante, cuando se encuentra a escasos centímetros, pega su frente contra la mía y me empuja tan fuerte que caigo sobre el colchón.

—Alekos… —Contengo la respiración al verlo subir a la cama y gatear entre mis piernas. Se humedece los labios mientras contempla mis senos una vez más, pero la diferencia es que, esta vez, se lanza sobre ellos con un hambre voraz.

Los lame, los succiona, los muerde. Sus dientes en mi piel me hacen jadear de dolor y placer, porque lo hace con una fiereza salvaje que me pone muy cachonda.

Le enredo los dedos en el pelo y lo animo a seguir. Quiero su lengua en cada parte de mi cuerpo, en cada rincón.

Sin embargo, cuando nota el tacto en su cuero cabelludo, me aparta las manos y las inmoviliza sobre la cama, por encima de mi cabeza. Escala por mi pecho hasta que nuestros ojos quedan frente a frente. Esta intensidad, me acelera la respiración.

—Mañana… —habla con voz oscura—… ordenaré a uno de mis hombres que te proporcione una línea segura para que puedas llamar a tu madre.

Me quedo atónita tras su afirmación. No sé cómo reaccionar; es lo último que esperaba de él.

—¿De…? ¿De verdad? ¿Estás hablando en serio?

—La familia es importante. —Su semblante se oscurece y sus ojos se tornan más severos—. No me la juegues, Lydia. Nada de trampas.

Niego convulsivamente con la cabeza, mientras lo miro y me pierdo en su rostro, en este calor que crece en mí. Cada vez es más intenso.

Entonces soy yo quien se lanza a su boca con una gran necesidad, como si llevase siglos esperando este momento. Su lengua se cuela entre mis labios, paladeo su sabor y respondo con unas ganas desmesuradas.

Paso las manos por su torso ondulado. Es tan fuerte y ancho que me siento muy pequeña. Rozo el tibio pirsin de su pezón, tiro un poco de él y lo oigo gemir. Alekos se retuerce, restriega la polla, todavía dentro de sus pantalones, contra mi pelvis a un ritmo cadencioso.

Sus dedos en mis caderas acarician la delicada goma de las bragas, los enreda en torno a ellas y, con un fuerte tirón las desgarra; las lanza después al suelo. Caen destrozadas sobre los cristales de la lámpara que acabo de romper tras nuestra pelea.

Sin embargo, de repente, su mano sobre los pliegues de mi vagina me obliga a dejar de pensar. Un intenso temblor me recorre la espalda. Sé todo lo que puede hacerme sentir con ella, ya me lo demostró en la piscina.

Quizás estoy demasiado excitada por la tensión acumulada entre ambos, porque esta vez es diferente. Solo tiene que pellizcarme el clítoris y penetrarme con dos dedos para provocarme un orgasmo

instantáneo. Hace que me corra a lo bestia. Levanto las caderas, buscando que no pare de follarme con los dedos, de bombear con ellos en mi profundidad. Grito contra sus labios, presa de un placer sorprendente y fuera de control. Incluso creo notar el sabor metálico de su sangre en mi boca, porque acabo de clavarle los dientes.

—Dímelo, Lydia —susurra con voz ronca, acariciándose la erección con la mano libre, mientras con la otra continúa tocándome a pesar del orgasmo que acaba de asolarme. Sus dedos frotan perezosos el delicado botón de mi centro, volviendo a calentarme en cuestión de segundos. ¿Es normal que acabe de correrme y ya esté ardiendo de nuevo?—. Dímelo, quiero oírlo.

—¿El qué?

—Suplícame que te folle.

—Suplícamelo tú.

Él sonríe con una chulería innata y aumenta el ritmo, haciéndome cerrar los ojos y contener el aliento.

—Has visto lo que puedo conseguir en apenas unos segundos. Te aseguro que con mi polla será mil veces mejor. —Me lame el cuello y mordisquea el lóbulo de mi oreja—. Solo quiero escuchar las palabras mágicas.

—Jamás suplicaré por sexo.

—Ese era nuestro trato, Lyd.

—Incluso los contratos más importantes pueden modificarse —digo mientras introduzco mi propia mano dentro de sus pantalones y aprieto su falo entre mis dedos. Es enorme, está muy duro y me encantaría metérmelo en la boca. Escucho a Alekos jadear cuando lo masturbo despacio—. Yo también sé jugar a esto.

Cierra los ojos y apoya su frente contra la mía.

—No te follaré si no me lo pides.

—Quizás nuestro destino sea este y nunca terminemos lo que hemos empezado.

—No me jodas, Lydia —responde entre dientes intentando conservar la poca fuerza de voluntad que le queda—. ¿Es que no puedes ser obediente ni una maldita vez?

—Puedo, pero no sé si quiero —digo y dejo de masturbarlo, empujándolo con ambas manos para que se quite de encima.

—¿Qué haces?

—Shhh… —Un impulso más y su espalda queda apoyada sobre el colchón. Me coloco sobre él a horcajadas, haciendo que su erección roce mi culo cada vez que me muevo. Alekos se humedece los labios al verme desnuda sobre su cuerpo. Me contempla de arriba abajo con fuego en las pupilas—. Ahora no necesito pedirte nada. Puedo coger lo que me apetezca. Podría follarte yo a ti.

Una sonrisa ladeada curva sus labios. Apoya las manos en mis caderas y levanta la pelvis, consiguiendo que mi vagina se frote con su bajo vientre.

—Estás sobre mí, pero yo tengo más fuerza.

—¿Y?

—Que no me supondría ningún esfuerzo quitarte de encima.

—¿Vas a hacerlo? —Me lamo varios dedos y los llevo hasta mi centro, acariciándome el clítoris para él—. Mírame, Alekos.

—¡Pídemelo! —Me coge por los brazos y acerca mi boca a sus labios—. ¡Di la puta frase!

Su mirada se oscurece por el deseo y su respiración se vuelve irregular y desesperada, tanto como la mía. Así que, finalmente, doy mi brazo a torcer:

—Quiero que me folles —susurro—. Que me lo hagas fuerte y duro.

—Eso es. Buena chica. —Apoya sus grandes manos sobre mis nalgas y las pellizca, haciéndome gemir—. Pero te falta una parte.

—Ya he hecho lo que querías.

—No, te falta algo más. —Sonríe.

—Hijo de puta. —Resoplo. Vuelvo a morderle el labio—. ¿Quieres una súplica? ¡Pues te lo suplico, cabrón de mierda! ¡Fóllame ya!

No ha transcurrido ni un segundo cuando siento sus manos enredarse en mi cintura y me gira en la cama, quedando de nuevo mi espalda sobre el colchón, con él entre mis piernas.

Ni siquiera me da tiempo a reaccionar, pues se lanza a mi boca y me besa desesperado, demostrándome que no va a volver a contenerse conmigo. No después de que haya dicho las putas palabras mágicas.

—¿Tanto te costaba pronunciar esa jodida frase?

—Me divierte hacerme de rogar. Y a ti te gusta que lo haga.

Él suelta una suave carcajada, me mira con intensidad y, sin darme una tregua, me penetra de un fuerte empellón, haciéndome gritar cuando su polla se abre paso por mi conducto.

¡Joder, qué bueno! Estoy tan llena de él que el mínimo movimiento entre nosotros me resulta placentero.

Alekos se mece contra mí y bombea rápido. Es intenso y salvaje, como siempre supe que sería. Con él no hay medias tintas ni romanticismo, aunque yo tampoco lo quiero. Es lo que es.

Me mete la lengua en la boca tan hondo como su polla en mi interior. Mis ojos se cierran por el gozo. El sonido de nuestra carne al chocar se escucha por toda la habitación. Es una puta locura. No puedo hacer nada más que gemir, levantar las caderas para ir a su encuentro en cada nueva acometida y disfrutar plenamente de lo que está ocurriendo entre nosotros.

Entonces me mira a los ojos, sin dejar de hacérmelo con todas sus fuerzas, y susurra entre jadeos:

—Tendría que haberte llevado a mi cama a rastras y haberte follado la primera vez que tuve ganas de hacerlo.

—Te habrías quedado sin huevos.

—Eres un puto incordio, Lydia Gómez.

—Y tú, un cabrón vicioso. —Nos miramos fijamente en silencio y nos sonreímos.

Apoya la frente contra la mía y acelera aún más el ritmo.

—Después de esto, no voy a permitir que nadie más te toque. —Agarra mis piernas y se las coloca sobre los hombros para penetrarme todavía más profundo—. Te follaría cada segundo del día. Esto es demasiado bueno. ¡Oh, coño!

Apenas oigo lo que dice; estoy tan a punto de correrme que mis oídos han dejado de funcionar.

Solo puedo sentir. Lo toco, lo araño, me retuerzo contra él.

Alekos me mira fijamente, empuja desesperado contra mi pelvis. Presiona su boca sobre mis labios, y luego me muerde el cuello.

Apenas un minuto después, todo estalla. Caemos juntos en el puto mejor orgasmo que he experimentado en mi vida. Las oleadas

que contraen mi sexo me hacen gritar tan fuerte y son tan intensas que, por un momento, todo se vuelve negro a mi alrededor.

Cuando abro los ojos, Alekos ya no está a mi lado.

Debo de haberme quedado dormida profundamente, porque ni siquiera me he dado cuenta de cuándo se ha ido. Esta noche he dormido una mierda, así que no me extraña que haber acabado medio muerta después del sexo.

Miro a mi alrededor y frunzo los labios al ver el desastre que hay en la habitación, del que yo misma soy responsable. Las cortinas tiradas en el suelo junto a la ventana, el despertador hecho trizas, los cristales de la lamparilla de noche esparcidos junto a la cama, sobre los que descansan mis bragas desgarradas.

Intento peinarme un poco con los dedos mientras me incorporo en el colchón hasta quedar sentada. Pero, nada más hacerlo, noto cómo un liquidillo sale de mi vagina y moja las sábanas. Su semen. El cabrón ni siquiera se ha preocupado de correrse fuera.

Resoplo y me tapo la cara con ambas manos. No quiero pensar en lo que he hecho con él. Juré que no caería; sin embargo, hemos acabado follando como unos jodidos posesos.

Mi piel huele a él. Con cada mínimo movimiento, siento su olor en mí, y no sé cómo tomármelo, cómo reaccionar a esta sensación.

Me ha lamido entera, me ha follado con una intensidad acojonante, ha hecho que me corra dos veces sin apenas esfuerzo. Y lo peor de todo es que han sido los dos putos mejores orgasmos de mi vida.

Decidida a no pensar, me levanto de la cama con cuidado de no clavarme los cristales y recojo la ropa del suelo para volver a vestirme.

Ya ha pasado la hora de la comida y no me he presentado en la cocina. Así que mi estómago ruge de hambre; son casi las cuatro de la tarde y no he ingerido nada desde el desayuno.

Una vez frente al espejo del armario, al contemplar mi reflejo, me doy cuenta de que la piel de mis senos está enrojecida. Luce varios chupetones púrpuras y la marca de sus dientes. Durante unos

segundos, me quedo muda, observándolos. Toco con suavidad la rojez que me ha dejado tras morderme y noto una sensibilidad extrema en la zona.

—Cabrón…

Completamente vestida y peinada, abandono el dormitorio.

Al llegar a la cocina, la encuentro vacía e impoluta. El servicio ya ha recogido todo lo que han ensuciado los Mavros. Sin embargo, sobre la mesa hay un plato tapado con *film* transparente junto a una servilleta, cubiertos y un vaso limpio.

Lo han dejado para mí.

Al destaparlo, descubro que es *fasolada*, una típica sopa griega de frijoles blancos, verduras y hierbas, acompañada de pan pita.

Está fría, pero tengo tanta hambre que ni me molesto en calentarla; la devoro.

—Soy una cocinera de putísima madre, ¿verdad?

La voz de Minerva me hace levantar la vista.

La hermana de Alekos va vestida con un pareo playero que se pega a sus sensuales curvas y un bikini minúsculo negro que apenas la cubre.

Lleva el pelo recogido en una coleta rizada, con dos delicadas mechas onduladas rozando su rostro, unas gafas de sol sobre la cabeza y, en las manos, crema solar y su móvil.

Minerva Mavros es una jodida muñeca. Tiene cuerpo de modelo, cara de actriz porno y la sonrisa traicionera de una viuda negra.

—Está buena —respondo sin más, después de tragar una cucharada de la sopa.

—Cada vez se me da mejor. Ni se nota el arsénico que he puesto en tu plato, ¿a qué no?

Estoy a punto de escupir lo que me llevado a la boca cuando la oigo reír. Siempre caigo, joder.

—Vete a la mierda.

—Me encantan tus reacciones. —Toma asiento a mi lado y apoya la barbilla en una mano, mirándome con esa mezcla de diversión e intimidación que le sale tan natural—. Eres tan inocente y crédula…

—Puedes llamarme loca, pero no estoy acostumbrada a que me amenacen.

—No, claro. —Curva los labios en una sonrisa ladeada—. Pero todo se pega.

—¿A qué te refieres?

—A lo que le has hecho a Diana. No sé si asustarme o estar muy orgullosa de ti. Pensé que nunca le plantarías cara.

—Yo también tengo límites.

—Y vaya si lo has demostrado. Antes de irse, Dorian ha tenido que darle veinte puntos en la mano. Una temporadita más con nosotros y serás la mejor amiga de Christos. Mi hermano ha alucinado contigo.

Frunzo el ceño por sus palabras. No tanto por lo que acaba de decirme, sino por algo que no me ha pasado desapercibido.

—¿Diana se ha ido de la villa?

—Ajá, y no va a volver.

—¿Por… mi ataque?

Minerva se ríe, apoya una mano sobre la mía y la palmea, mostrando sus uñas rojas y perfectas, como si yo fuera la niñita más ingenua del mundo.

—No, cosita, no ha sido para tanto. Lo siento. Al ser tu primer apuñalamiento, seguro que te habrás creído la hostia, la tía más mala malísima de Grecia, pero para nosotros es el pan de cada día. —Me guiña un ojo y ladea la cara—. Diana se ha ido porque Alekos la ha echado.

¡¿Qué?!

¡Espera, ¿la ha echado?! ¡¿He escuchado bien?!

¡¿Alekos ha echado a su amante?! ¡Pero si la que la ha atacado con un cuchillo he sido yo! ¡No tiene ningún sentido!

Vale, a tomar por el culo, ya no tengo hambre.

Dejo la cuchara dentro del plato y niego con la cabeza, sin dejar de mirar a Minerva a los ojos, en busca de una explicación. Aunque, claro, conociéndola, no va a dármela. Se limita a levantarse de la silla y coger de nuevo la crema solar y el móvil.

—Se te van a salir los ojos, Lydia —se burla.

—¿Por qué la ha echado?

—¿Que por qué? Joder, deberías pensarlo durante un momento, darle alguna vuelta, a ver si se te ocurre algo. —Ríe y mira su reloj

de muñeca—. Yo me largo a la piscina. Con un poco de suerte, Pavlos estará allí.

La veo dar media vuelta y caminar hasta la salida de la cocina con ese andar chulesco y un exagerado movimiento de cadera. Pero, entonces…

—¡Minerva! —Ella gira de inmediato al escuchar mi voz, pero esta vez frunce el ceño. Y yo… no sé si estoy haciendo bien o si estoy metiendo la pata hasta el fondo; sin embargo, tengo que hacerlo. Me comprometí, y es lo correcto—. Busca a Fedra.

—¿Quién coño es Fedra?

—La novia de Pavlos. —Ahora la sorprendida es ella—. Perdieron el contacto cuando asesinaron a Yannis. La echa de menos.

—¿Cómo la encuentro?

—No lo sé. Vosotros sois los expertos en esto. —Me muerdo el labio inferior—. Iban juntos al instituto.

—El instituto. Perfecto. Me sobra información.

—Y no estaría mal que pudiera ver también a sus amigos. Es un adolescente. Le quitasteis el teléfono, lo habéis encerrado.

—Alekos lo hizo por su seguridad.

—Me parece que estáis exagerando.

—¡No conoces este puto mundo! ¡Te puedo asegurar que no hay nada de exagerado en intentar proteger a nuestro sobrino!

—Entonces, seguirá odiándoos. Pavlos ha vivido libre desde siempre.

Minerva regresa hacia mí con semblante hostil y las manos en la cintura.

—¡¿Y esto a qué viene ahora?! ¡¿Por qué me ayudas con Pavlos cuando dijiste que no lo harías?!

—Me llamas por mi nombre. Me defendiste cuando Diana me acusó ante tu hermano.

—Esa zorra ya me tenía harta con sus gilipolleces. No creas que lo hice por ti.

—Da igual por qué lo hicieras. Te puse unas condiciones y las estás cumpliendo. Para mí, eso es suficiente.

Minerva apoya las manos en la mesa, frente a mí, y se queda en silencio unos segundos, sopesando mis palabras.

—Si es verdad eso de que Pavlos se siente atrapado en la villa, hablaré con ellos.

—Te lo agradecerá.

—Aunque tú también podrías hacerlo.

—¿Qué pinto yo en un tema de vuestra familia?

—Te follas a Alekos. Seguro que te escuchará más a ti que a mí.

—¡Yo no me follo a…! —Mierda. ¿Quién coño se lo ha dicho?—. ¡Yo no…!

—En esta casa, las paredes son de papel, Lydia. —Sonríe y arquea una ceja—. ¿No eras tú la que gemía como una perra esta mañana mientras mi hermano te echaba un señor polvo? Porque parecía tu voz y… salía de tu habitación. —Al verme tan impresionada por su descubrimiento, me guiña un ojo—. Deberíais hacer como Christos. Es gilipollas, sí, pero la idea de poner música cuando se trae a alguna de sus putas es, cuando menos, eficaz.

—Alekos y yo no vamos a volver a… —Mi voz suena insegura y culpable—. No nos acostaremos más. Esto ha sido solo…

—Te estás poniendo roja como un tomate. Respira. —Oigo su risa —. No pasa nada. Es sexo, todos lo practicamos. Y los Mavros lo hacemos muy muy bien, como ya has comprobado.

Trago saliva y remuevo sin ganas la sopa helada que aún queda en el plato, y que no tengo la mínima intención de comerme.

—No sabía que Stelios y tú estabais juntos.

—No estamos juntos —apunta con seriedad.

—Sí, bueno, pues lo que sea que tengáis. Delante de todos parecéis… solo amigos.

—Es lo que somos, ¿vale? ¡Ni se te ocurra abrir la boca con mis hermanos! ¡Tú no has visto nada!

—¿No acabas de decir que el sexo es algo bueno y que no pasa nada? —Ahora la que sonríe soy yo. Está incómoda—. ¿Por qué te molesta tanto?

—¡Porque Stelios está casado y tiene tres críos!

El resto del día lo paso deambulando por el jardín de la villa, alejada de mi habitación. Es lo más sencillo para evitar que me

bombardeen los recuerdos de nuestros cuerpos frotándose desnudos mientras nos besamos, nos tocamos y nos lamemos a lo bestia. Hace un calor de narices, y en mi dormitorio estaría mucho más fresca, pero me da igual.

No obstante, al menos hay una parte buena: no me he vuelto a cruzar con Alekos desde que abandonó mi cama tras el sexo. Según Christos, ha tenido que salir urgentemente para arreglar un problema con el envío de un alijo de marihuana.

A la hora de la cena, tampoco aparece, y mis ojos van y vienen de su asiento vacío a mi plato, a pesar de que me empeño en concentrarme en la comida.

Una vez terminamos, me despido de Pavlos con una sonrisa y regreso por fin a mi dormitorio, donde todo vuelve a estar impoluto. La cortina ha sido recolocada en la barra de la ventana, no hay ni rastro de cristales por el suelo y en la mesilla han puesto una nueva lámpara y otro despertador.

No tengo ninguna duda: la pobre Galatea pensará que estoy jodidamente loca. Es la segunda vez que la armo.

Cierro la puerta tras de mí y, cuando mis ojos van de nuevo hasta el cuadro de la pared, corro hasta el aseo y cojo la toalla para cubrirlo otra vez.

Sí, vale, me he acostado con Alekos Mavros y ha sido una puta pasada, pero eso no cambia nada, porque no va a volver a repetirse. Tengo mis principios, y liarme con un criminal griego no va con ellos, aunque sea guapísimo, esté tremendo y folle increíble.

Me quito las sandalias y camino despacio hasta la ventana, desde donde entra una deliciosa brisa con olor a salitre. Es completamente de noche y en la playa de Kommos ya no quedan turistas.

Paso una mano por mi cuello y resoplo porque me siento acalorada y pegajosa después de toda la tarde en el jardín. Así que voy al baño para darme una ducha.

Una vez me desnudo y abro el grifo, dejo que el agua fresca caiga sobre mi cabeza y mi cuerpo. Cierro los ojos, relajada, antes de enjabonarme.

Sin embargo, el ruido de una puerta al cerrarse hace que contenga la respiración y mire hacia atrás.

Entonces lo veo.

Alekos aparece en mi cuarto de baño y se apoya en el quicio con su habitual sonrisa oscura y los brazos cruzados sobre el pecho.

Va vestido con elegancia. Lleva americana, camisa y pantalones de pinza negros que se amoldan perfectos a su cuerpo. Y me mira. Lo hace con intensidad y deseo, disfrutando de mi desnudez, como si tuviera todo el derecho de estar aquí y ver cómo me ducho.

Mi primera reacción es taparme el pecho con los brazos, enfrentándolo con furia en los ojos.

—¡¿Se puede saber qué demonios haces?! ¡No puedes estar aquí!

—Ah, ¿no? —Se quita la americana y la arroja al suelo, junto con mi ropa, con despreocupación.

—¡Estoy en un momento íntimo! ¡No te he invitado!

—Esta es mi casa. No necesito invitación.

—¡Sí la necesitas! ¡No permitiré que te cueles en mi dormitorio cada vez que te dé la gana!

—¿Por qué no? —Sonríe y empieza a desabotonar su camisa. Tengo que tragar saliva al ver de nuevo su pecho musculoso.

—¡¿Qué haces?! ¡No te desnudes!

—Yo también necesito una ducha.

—¡Pues ve a tu propio aseo!

—Me gusta más este. Tengo mejores vistas.

—¡Deja de quitarte la ropa, Alekos! —Se desabrocha los botones del pantalón y se lo saca por las piernas—. ¡Basta!

—Llevo pensando en ti desde que me fui de la villa. Pensando en lo que hemos dejado a medias.

—Hemos follado, nos hemos corrido. No hemos dejado nada a medias.

Cuando se quita los bóxers y veo su polla erguida, se me seca la boca. No me queda más remedio que tragar saliva y jadear al recordar lo que he disfrutado con ella en mi interior. Lo que he gozado mientras me follaba como un salvaje.

Una vez desnudo, Alekos se quita el reloj de muñeca y se gira para dejarlo sobre el lavamanos. Es entonces cuando veo con toda claridad el tatuaje de su espalda. Es un dragón. Un monstruo temible, furioso, que le ocupa toda la espalda. Junto a él, cuatro

flores. Parecen camelias. Es más, da la impresión de que el dragón las protege con su cuerpo.

No obstante, su tatuaje deja de tener importancia cuando Alekos empieza a recorrer la distancia que nos separa y se mete en la ducha. Está tan cerca que doy un paso hacia atrás y choco contra la pared.

—¿Por qué te tapas? —Su voz suena grave y sensual. Logra que se me erice la piel de los brazos—. No hay nada de ti que no haya visto ya.

—Vete.

—No. —Alza la mano y me levanta la barbilla para clavar sus ojos en mi rostro. No opongo resistencia. Lo miro fijamente. Mi respiración se torna irregular por la excitación. Joder, por más que intento mantenerme fría y dura, Alekos tiene algo que me obliga a ceder. Su mano baja lentamente desde mi mandíbula, acaricia mi cuello, pasa por mi clavícula, y cuando llega a mi pecho, cubierto aún por mis brazos, tira de ellos y mis tetas quedan descubiertas ante sus ojos. Vuelvo a ver esa llama arder en sus pupilas, la misma llama que empieza a quemarme en el bajo vientre—. ¿Esto te lo he hecho yo?

Se refiere a los chupetones en mis senos y a la marca de sus dientes.

—No lo sé. Como hoy me he acostado con tanta gente…

—Una más de tus ironías y te pongo de rodillas para follarte la boca el resto de la noche. —Pasa la mano por mis pezones y se erizan de inmediato—. Contéstame.

—Has… Has sido tú. —¿Por qué tengo ganas de volver a decir cualquier gilipollez para que me obligue a mamársela?

Alekos sonríe y contempla mis tetas con mucho interés, admirando su obra.

—Precioso, ¿verdad?

—Lo que me parecería precioso es no estar marcada como un caballo. Y también que hubieses tenido la delicadeza de, al menos, no correrte dentro.

Enarca una ceja y se queda en silencio varios segundos antes de responder.

—Si lo que te preocupa es un embarazo, mañana llamaré al médico para que te recete la pastilla del día después.

—No voy a quedarme preñada, Alekos, llevo puesto un DIU. Lo que me preocupa es pillar algo.

—Estoy sano.

—¿Me fío de tu palabra?

—Te lo puedo demostrar. Le diré a Dorian que me haga unas pruebas.

—¿Y por qué has echado a Diana?

—¿A qué vienen tantas preguntas?

—¡No voy a ser tu amante! ¡Así que, si le has dicho que se vaya con la intención de que yo ocupe su lugar, estás muy equivocado!

Me doy cuenta de que su boca se curva lentamente al escuchar mi advertencia. Alekos apoya los brazos a cada lado de mi cabeza y acerca sus labios a los míos antes de contestar:

—Tú nunca serás mi amante, Lyd. Contigo no quiero esa mierda.

—Vale, en… entonces, ¿qué quieres?

Me roza la boca y me tiemblan las piernas.

—Lo que quiero es que dejes de pensar tanto.

—Pues lo siento, has elegido a la tía equivocada. Si querías a una zorra descerebrada tendrías que haberte quedado con tu querida Diana.

—Mmm…, lo has vuelto a hacer. —Se acerca tanto que ya noto su polla erecta contra mi estómago—. Has contestado con esa ironía que tan poco me gusta, ¿y sabes lo que significa?

—¿Que vas a obligarme a chupártela?

—¿De verdad sería una obligación para ti?

No. Ni de coña. Se me hace la boca agua solo de pensar en comerme su enorme polla, pero necesito que no se dé cuenta.

—Si quieres comprobarlo, puedo empezar ahora mismo. Pero luego no te quejes cuando te arranque los cojones de un bocado.

Enreda su mano en mi pelo mojado y me acerca tanto a él que siento su respiración en mi rostro.

—Me encanta el riesgo. —Devora mi boca con un ansia demoledora. Mete la lengua en ella, exigiendo una respuesta que no

tardo en darle. Este tira y afloja me tiene ardiendo—. Aunque de momento, tu castigo será otro muy diferente.

Ni siquiera me da tiempo a responder cuando se zambulle de nuevo en mis labios y los arrasa con un beso fuerte y salvaje al que me abandono de pleno.

Apoyo la mano en su pecho y cierro los ojos, engullida por un deseo animal tan intenso que me sobrecoge.

Abandona mi boca de repente y, sin apartar sus pupilas de las mías, se deja caer de rodillas en el suelo de la ducha y enreda una de mis piernas sobre sus hombros.

Pega la nariz en mi sexo y lo huele a placer justo antes de atrapar mi clítoris entre sus labios y succionar con fuerza.

—¡Oooh, joder…! —Doy gracias a que puedo apoyarme en su cabeza, porque las piernas están a punto de fallarme y hacerme caer al suelo de bruces.

Su lengua lame mi centro, se adentra en mi profundidad junto con dos de sus dedos para luego volver a succionar y llevarme cada vez más alto.

¿Quién le ha enseñado a comer coños así?

Merece que le den un premio porque como siga haciéndolo un par de minutos más voy a correrme en su boca.

Ejerzo presión con la pierna que tengo sobre su hombro para acercar todavía más su cabeza, si es que eso es posible.

Cuando bajo la mirada, me muerdo los labios al darme cuenta de que Alekos también me mira. No deja de mirarme mientras me devora. Es la visión más erótica que he contemplado nunca. Tengo que cerrar los ojos. Siento que voy a explotar. Sin embargo, él se da cuenta, porque, de repente, despega su boca de mi vagina y se levanta del suelo, relamiéndose.

Una vez su rostro regresa junto al mío, me da un beso tan desesperado que me hace gemir de gusto. Noto mi propio sabor.

—¿Me detengo ahora, Lyd?

Niego convulsivamente con la cabeza.

¿Está hablando en serio?

—No puedes parar.

—¿Quieres que vuelva a follarte? ¿Eso es lo que deseas?

—Por favor. —Esa oscura sonrisa hace que me derrita un poco más.

Muerde mis los labios hasta que jadeo de dolor y me hace dar media vuelta, quedando de espaldas a él. Me empuja hasta que una de mis mejillas queda apoyada contra la pared. Estoy inmovilizada. Tiene mis brazos sujetos y apenas tengo margen de movimiento.

—Eres preciosa, un jodido sueño —susurra en mi oído al tiempo que pasa una mano por mi espalda hasta que llega a mi trasero y le da una palmada—. Cómo voy a disfrutar follándote toda la noche. Voy a hacértelo tantas veces y te vas a correr tan fuerte que el puto Kamasutra será un juego de niños en comparación.

14

Alekos

Lo primero que veo al despertar es su cara.

Lydia duerme profundamente a mi lado, desnuda, ajena a que las luces del alba ya se cuelan por la ventana de su habitación.

Debe de estar bastante cansada.

Yo también lo estoy.

Apenas hemos dormido. Pasamos toda la noche follando como dos energúmenos, hasta que caímos muertos sobre el colchón.

No recuerdo haberme dado nunca semejantes maratones de sexo, pero con ella mi cuerpo se revoluciona de un modo bestial. Es tenerla al lado y se me endurece la polla como si fuera de granito. Todo en Lydia me resulta apetecible. Incluso sus intentos de echarme cada vez que me cuelo en su dormitorio.

Es la quinta vez que amanezco en su cama, y no ha habido una sola en la que no me haya insultado nada más cruzar la puerta que comunica ambas habitaciones.

Siempre es igual.

Pelea conmigo, intenta que me vaya, me amenaza… Pero cuando admite su derrota… Joder, cuando la admite, se da entera. Se abandona a mis caricias por completo, volviéndome loco con su intensa respuesta, porque Lydia no se limita a quedarse pasiva bajo mi cuerpo. Ella toca, explora cada una de mis zonas erógenas, me hace arder con cada movimiento de su pelvis, cuando veo sus tetas botar ante mis ojos.

Nunca me había corrido tanto ni tan fuerte como con ella. Y no estoy dispuesto a dejarla ir, por mucho que grite, se queje o me insulte.

Lydia Gómez tiene algo muy especial, y voy a seguir reteniéndola a mi lado, porque es lo que quiero.

Aparto un fino mechón de pelo de su rostro y se lo coloco tras la oreja. La contemplo durante unos segundos en silencio. Su carita fina, sus largas pestañas apoyadas en las mejillas, sus labios entreabiertos, el chupetón púrpura que luce en el cuello y que yo mismo le hice anoche…

Paso los dedos sobre la huella que dejó mi boca y sonrío por lo sexi que se ve con ella. Si por mí fuera, la marcaría de pies a cabeza para que todo el mundo supiera a quién pertenece.

Cuando mis ojos siguen bajando por su cuerpo desnudo, me humedezco los labios y resoplo porque, aunque ya tengo ganas de volver a enterrarme entre sus piernas, no voy a hacerlo.

No la he dejado dormir en toda la noche. No quiero que piense que, además de un obsceno vicioso, soy también gilipollas por despertarla ahora que duerme tan profundamente. Aunque ganas no me faltan. Ese coñito me gusta demasiado.

Además, tengo que darme una ducha y llamar a nuestro contacto de Estambul para asegurarme de que la mercancía ha llegado sin inconvenientes. Ese nuevo inspector de policía está tocándome los cojones más de lo que debería. ¿Acaso busca que le meta un tiro en la sien?

Antes de levantarme de la cama, acerco la nariz a su cuello y voy bajando hasta sus senos. Disfruto una vez más de su aroma, de su tacto suave y delicado. Le doy un beso cerca del pezón.

Lydia huele a sexo. A mí.

Una vez regreso a mi dormitorio, cierro la puerta que comunica ambas estancias y me dirijo al armario para coger ropa de deporte. Me ducharé cuando vuelva del gimnasio. Christos ya debe de estar allí, y quiero que me ponga al día de cómo van los asuntos del club.

Desde la última vez que fui, y tuve aquella *agradable* conversación con Karagiannis por haber llamado a la policía, no he sabido nada al respecto.

Cuando pongo el primer pie en el gimnasio, descubro a mi hermano en el suelo haciendo flexiones, con los dientes apretados y el rostro repleto de sudor.

Lo saludo con un leve asentimiento, al tiempo que dejo mi botella junto a la cinta de correr. Sin embargo, cuando estoy sobre ella,

programando la velocidad, mi móvil vibra dentro del bolsillo del pantalón.

—Mavros. —Mi voz suena seria e impersonal. Al otro lado de la línea habla mi contacto en Estambul, el encargado de informarme sobre la recepción del envío de marihuana—. Está bien, hablaremos cuando vuelvas.

Nada más guardar de nuevo el aparato, mi hermano se levanta del suelo y camina hacia mí, secándose el sudor de la cara con una pequeña toalla.

—¿Qué ha dicho Lazaridis? ¿Todo bien en Turquía?

—Berat Öztürk ya tiene su mercancía.

—De puta madre. —Se apoya en la cinta de correr—. Últimamente tenemos demasiados problemas en el puerto por culpa del cabrón del nuevo inspector de policía.

—Hace unas semanas le advertí que meter las narices en mis asuntos tendría consecuencias, y me subestimó. —Sonrío—. Pero después de ir a verlo de nuevo con los pulgares de su esposa enrollados en una servilleta, creo que ha captado el mensaje.

—La próxima vez seremos Gregorio y yo quienes le hagamos una visita —comenta Christos con una sonrisilla ladeada—. Va a gustarme diseccionar el corazón de un poli.

Me río entre dientes y programo la cinta de correr en la que estoy subido para que comience a girar. La he puesto a una velocidad bastante alta, estoy acostumbrado.

—¿Qué tal todo por el club? ¿El del hotel ha seguido dando problemas?

—Karagiannis tiembla cada vez que nos ve. Parece un perro apaleado.

—Nadie jode a los Mavros.

—¡Oh, coño, Alek! ¡Se me olvidaba! —Christos apoya las manos en el metal de la cinta—. Ayer, Calix creyó ver por la zona del muelle a uno de los hombres de Dragoslav.

Pulso un botón para que la máquina se detenga y me quedo mirando a mi hermano con un desagradable nudo en el estómago.

—¿Está seguro de que era uno de ellos?

—Calix jura que sí. Dice que era ese serbio rubio con cara de cerdo, el que tiene la cicatriz en la boca.

—¿Fue tras él?

—Se le escurrió. No pudo atraparlo. —Christos se muerde el labio inferior—. El hijo de puta de Dragoslav se ha escondido como la asquerosa cucaracha que es.

—Al menos sabemos que sus hombres siguen en Creta. Y vamos a pillarlos. Cuando cojamos a uno de los serbios, lo haremos cantar y nos dirá dónde está ese cabrón de Laza.

—Daré la orden de que continúen buscando.

Asiento y vuelvo a programar la cinta para seguir corriendo.

—Si ocurre algo importante durante mi viaje a Atenas, llámame y regresaré enseguida.

—¿Cuándo te vas? —Christos se pasa una mano por el pelo.

—Salgo antes del mediodía. Cicero Angelis me ha invitado a quedarme en su casa hasta que lleguemos a un acuerdo. Espero no estar más de dos días fuera.

—No ha parado hasta que ha conseguido que negocies con él. El cabrón es insistente.

—Si piensa que por haber perdido el éxtasis de Dragoslav va a poder mangonearme, está muy equivocado. O nos vende la droga por un precio inferior al del serbio, o no hay trato.

—Va a ser una negociación corta. —Se ríe y me mira con diversión—. En Atenas no vas a tener a tu nuevo juguetito para calentarte la cama. Por los ruidos que salen de su dormitorio cada noche, parece que nuestra Lydia sabe cómo tenerte contento.

Resoplo y pongo los ojos en blanco.

—Cierra la puta boca.

—Es la primera vez que una mujer te deja una marca.

—¿Cómo que una marca? —Frunzo el ceño y, cuando los ojos de mi hermano se dirigen a mi hombro, yo también lo hago. Entonces veo el largo arañazo que baja por mi brazo y del que se percibe una gotita seca de sangre. No puedo reprimir una sonrisilla—. Vaya hija de…

—¿Qué tipo de relación tenéis? Porque da la sensación de que Lydia te aborrece, no te soporta, pero luego os folláis cada noche y

os dejáis regalitos por el cuerpo. ¿De qué va todo esto? ¿Os dedicáis a competir para ver quién jode más al otro?

—¿Y tú te dedicas a tocarme los cojones?

Christos se cruza de brazos y sonríe de nuevo.

—Me gusta, Alek. Es la única mujer con la que te he visto perder los nervios, la paciencia, la compostura… y, en vez de pegarle un tiro entre ceja y ceja, la metes en tu cama y echas a tu amante de la villa.

Voy a responder con algún comentario mordaz, para que se calle la jodida boca de una vez, pero, de repente, escuchamos pasos por el gimnasio. Cuando giramos la cabeza descubrimos a Pavlos, quien se queda quieto nada más vernos y frunce el ceño con hostilidad.

—De puta madre. —Resopla y da media vuelta para sentarse en la máquina de musculación, ignorándonos a conciencia.

—Buenos días a ti también, sobrino —lo saluda Christos con un deje burlón, sabiendo que no va a contestar.

Pavlos nunca viene a esta hora porque no quiere coincidir con nosotros, pero hoy su profesora particular ha cambiado el horario de las clases y no le queda más remedio que madrugar si quiere hacer algo de deporte.

Mi hermano y yo nos miramos con una sonrisa y volvemos a fijar la vista en él, quien acaba de tomar asiento y levanta unas pesas.

—Eso no se hace así.

—¿Y qué? —me responde con frialdad.

—Vas a hacerte daño en la espalda.

—¿Qué te importa?

—A mí no me importa una mierda. —Bajo de la cinta de correr y camino hasta mi sobrino con tranquilidad, a pesar de que su mirada me advierte de que no lo haga—. Pero resulta que soy responsable de ti hasta que seas mayor de edad.

—No veo la hora de cumplir los dieciocho, daros una paliza y largarme de esta puta casa.

—Para darme una paliza, primero tienes que ganar músculo. Y eso implica saber usar bien la máquina de musculación. —Sonrío y le quito algunas pesas—. Empieza con menos y sube poco a poco.

—Así no hago una mierda. Es como levantar una pluma.

—¿Ves a Christos? Él empezó con menos peso que tú y ahora está como un toro.

Pavlos me mira enfadado y niega con la cabeza antes de responder:

—¿Por qué coño me ayudas si acabo de decirte que quiero reventarte la cara?

—Porque es lo que querría tu padre. —Me echo la toalla sobre los hombros y le hago una señal con la mano para que empiece a subir de nuevo las pesas—. Así que, si de verdad tienes intención de pegarme y no quieres que me ría de ti cuando lo intentes, tendrás que practicar mucho. —Le guiño un ojo—. Christos y yo venimos a entrenar siempre a esta hora. No digo que nos acompañes, porque sé que nos odias y todo eso, pero si algún día quieres indicaciones para hacer las cosas bien, ya sabes dónde encontrarnos.

Me quedo en el gimnasio una hora más y después regreso a mi dormitorio para darme una ducha.

Tengo el tiempo justo de preparar la maleta, cerrar un par de tratos pendientes y salir hacia el muelle para viajar hasta la casa de Cicero Angelis.

Este viaje no me apetece una mierda, pero, como cabeza de familia, no me queda más remedio que dar la cara ante el antiguo socio de mi padre y escuchar lo que tenga que decir. Sin embargo, estos días lejos de Creta suponen un retraso en todos los demás negocios.

Y también significan tener a esa fierecilla desobediente fuera de mi cama. Mis manos lejos de su cuerpo, mi boca lejos de su piel. Eso sí que es una putada, porque se ha convertido en mi entretenimiento favorito.

Una sonrisa perezosa curva mis labios cuando se me ocurre algo.

¿Por qué no llevarla conmigo?

Negocios y placer en Atenas.

No suena nada mal.

—Galatea. —El eco de mi voz retumba por todo el pasillo cuando me cruzo con ella. Va cargada con varias sábanas limpias; se ocupa de adecentar esta parte de la casa, y de asegurarse de que nunca falte de nada en los dormitorios.

—¿Sí, señor? —Frena en seco y se gira hacia mí, solícita. Era la sirvienta preferida de mi madre. Lleva viviendo en la villa desde antes de que naciese Christos—. ¿Necesita algo?

—Lleva una maleta a la habitación de Lydia.

—Ahora mismo. ¿Ella irá de viaje con usted?

Asiento con la cabeza, sin titubeos.

—Asegúrate de que mete todo lo necesario para pasar unos días fuera. Ah, y que lleve también un vestido de noche para la cena con el señor Angelis.

—¿Algo más?

—Dile que la espero en el salón a las doce. Que sea puntual.

El reloj acaba de dar la hora en punto cuando oigo unos pasos tras de mí. Ni siquiera tengo que darme la vuelta para saber que es ella. Su olor a flores acaba de inundar todo el salón.

Aprieto los labios para no sonreír y remoloneo unos segundos con la vista puesta en el jardín delantero y en la piscina, que permanece completamente vacía a pesar del calor que hace.

Cuando por fin me giro, Lydia aguarda con su maleta apoyada en el suelo y los brazos cruzados sobre el pecho.

Lleva unos sencillos tejanos y una camiseta de licra amarilla, que se ajusta a la perfección a sus delicadas formas; el cabello recogido en una coleta alta, ni rastro de maquillaje, y una expresión de hastío en la cara. De enfado y aburrimiento.

—¿Por qué yo?

—Por qué tú, ¿qué? —Cojo mi maleta del suelo.

—¿Por qué tengo que ir contigo?

Al llegar a su lado, levanto también su maleta para que no tenga que cargar peso y frunzo el ceño. No tengo la mínima intención de contestar a su pregunta.

—Camina, todavía tenemos que llegar al muelle.

—¿Adónde vamos?

—A Atenas. —Va a mi lado sin relajar la expresión, con el cuerpo rígido y la respiración agitada. No parece la misma mujer que se derrite entre mis brazos cada noche, cuando me cuelo en su

dormitorio y nos follamos con unas ansias desbordantes. Por las mañanas, regresa la Lydia furiosa. La que no quiere tener nada que ver conmigo.

—¿Qué vamos a hacer en Atenas?

—Tengo una reunión con uno de nuestros antiguos socios.

—¿Y yo qué pinto allí?

—Tú eres mi acompañante.

—Genial, el sueño de cualquier chica —responde entre dientes—. Meterse en otra casa llena de criminales para negociar sobre asuntos turbios.

—No quiero discutir.

—Pues qué pena, porque yo me levanto con unas ganas de la hostia de darles por el culo a los gánsteres como tú.

—¡No me toques los cojones! —La sujeto del brazo y la acerco tanto a mí que noto su respiración agitada en mi cara—. ¡Limítate a ser mi jodida acompañante y a mantener la boca cerrada!

Me obligo a recuperar la compostura y a mantener la calma. Sigo caminando por la villa, con ella a mi lado, hasta que llegamos al garaje. Montamos en uno de mis coches y abandonamos la propiedad en dirección al muelle.

El viaje es corto, pero tenso. Ninguno de los dos hablamos ni hacemos el mínimo esfuerzo por suavizar la situación.

Cuando llegamos, uno de mis hombres se hace cargo del vehículo. Vuelvo a cargar con las maletas y guío a Lydia por el espigón hasta el yate que nos llevará a Atenas. El más grande y cómodo que tenemos. Nuestra última adquisición.

Contengo una sonrisa al ver su rostro impresionado cuando se da cuenta de que vamos a viajar en esta bestia.

Sesenta metros de eslora, cuatro cubiertas, siete camarotes y tres *suites*, un amplio salón con cocina, gimnasio, piscina en la popa, decoración de vanguardia…

—¿Te gusta?

Ella traga saliva y se encoge de hombros, sin poder apartar la vista del monstruo.

—¿Es vuestro?

—Fue un capricho de Christos. Pero tenemos otros dos yates y un catamarán algo más pequeños amarrados en el muelle. —La sujeto por la cintura al subir a la pasarela y, ya a bordo, apoyo las maletas en el suelo. Uno de los trabajadores las lleva a mi *suite*—. Tardaremos al menos seis horas en llegar a puerto. Te aconsejo que aproveches el viaje para descansar un poco.

Pasamos el camino hasta Atenas separados, porque Lydia hace todo lo posible por no coincidir conmigo en ninguna estancia del jodido yate.

Así que me limito a quitarme la camisa y sentarme a la sombra, cerca de la piscina de popa, mientras trato de reorganizar mi tiempo en la agenda del teléfono, para cuando regresemos a Creta.

Desde mi posición, veo que empezamos a internarnos en la bahía de Zea, uno de los puertos de Atenas, por lo que atracar no nos llevará más de veinte minutos.

Doy una nueva calada al cigarro y mis ojos se pierden en la panorámica que tengo delante. En las cientos de embarcaciones amarradas en el muelle, en los modernos edificios situados frente al puerto, en las personas que pasean contemplando el mar.

Pero entonces alguien se cruza en mi campo de visión.

Ella.

Lydia pasea por la popa, relajada, sin darse cuenta de que la estoy observando desde bastante cerca.

Al igual que yo, mira hacia el puerto y apoya los brazos en la barandilla, mientras la ligera brisa agita su pelo. Mis ojos se pierden en su silueta. En la bonita curva de su cintura. En el colorido tatuaje de las mariposas que lleva en el hombro derecho.

Apuro el cigarro y aplasto la colilla en el cenicero antes de levantarme del asiento. Voy hacia ella.

Sé que no le va a gustar mi compañía, porque lleva ignorándome desde que salimos de Creta, pero también sé que me importa una mierda, porque yo sí que quiero pasar un rato a solas antes de reunirnos con Cicero Angelis en su casa.

Recorro la distancia que nos separa. Apoyo las manos en la barandilla, encajonándola entre el hierro y mi torso, y contiene la respiración al darse cuenta de que tiene compañía.

—¿Has descansado algo?

—He paseado por tu yate.

Apoyo el mentón en uno de sus hombros y sonrío al notar que respira a trompicones.

—¿Y qué te ha parecido? ¿Te gusta?

—Me gustaba más cuando no estabas restregándome la polla en el culo.

—Mmm… qué raro, a mí me pasa justo lo contrario. Entrar en ese culito tiene que ser una delicia.

—Puedes seguir soñando.

—Lo haré. —Rozo la nariz por su cuello y tiembla contra mí. Sé que mi cercanía le gusta, que la excita, porque se ha apoyado un poco buscando fricción. Lamo la delicada piel de su yugular, subo hasta la mandíbula y le doy suaves mordisquitos hasta alcanzar su oreja—. Me apetece pasar un rato contigo y disfrutar juntos de las vistas de la bahía.

—¿Alekos Mavros siendo romántico?

Suelto una carcajada y enredo las manos en su cintura, apretándola contra mí.

—No creo que puedas llamarle «romántico» a lo que estoy deseando hacerte contra esta barandilla.

—Entonces, lo que te pasa es que piensas con la polla.

—Es culpa tuya.

—Claro. Ahora resulta que es culpa mía estar secuestrada por un vicioso que entra en mi habitación cada noche aunque yo no quiera.

—Sí que quieres, pero te haces la dura. —Mordisqueo el lóbulo de su oreja y escucho un suave jadeo escapar de sus labios—. Lo disfrutas tanto como yo. Te encanta que te folle.

—¿Has venido a recordarme que me contradigo sin parar?

—Incluso tú lo estás admitiendo, Lyd. —Resopla y ladea el cuello para evitar que siga besándola.

—No soy gilipollas. Sé muy bien lo que pasa cuando estamos juntos. Y lo que siento cuando todo termina.

—¿Qué sientes?

—Eso es cosa mía. No te incumbe. —Se humedece los labios y gira entre mis brazos, encarándome—. Acepto que soy débil cuando me tocas. Es algo que no puedo evitar. Pero mis sentimientos no vas a controlarlos por mucho que te empeñes.

—¿Es un reto? —Sonrío—. Tendré que poner más empeño entonces, ¿no?

Lydia frunce el ceño. Se nota la confusión en sus pupilas. En cómo abre la boca para hablar y luego la cierra sin decir nada.

—¿Por qué querrías controlar mis sentimientos? Ya tienes lo que buscabas: mi cuerpo.

—¿Quién te ha dicho que es lo único que quiero?

—Entonces, ¿pretendes someterme en todos los sentidos? ¿Eso es lo que buscas? ¿Quieres que me arrastre por ti? ¿Tenerme en la palma de tu mano para aplastarme cuando te apetezca?

—Siempre piensas lo peor.

—Hasta la fecha, es lo único que me has mostrado, Alekos. Imposiciones, amenazas, intimidación…

—¿Todavía crees que sería capaz de hacerte daño?

—No lo sé. Lo peor de todo es que ya no sé ni lo que creo. —Baja la vista hasta el colgante de la cruz que llevo en el cuello—. Dime la verdad, ¿qué hago aquí? ¿Para qué me has traído a este viaje? ¿Cuál es mi papel en la cena con ese tal Angelis?

Le tomo el rostro con ambas manos y la obligo a levantar la cabeza para poder mirarla de frente. En sus ojos se refleja la desconfianza … y un pequeño atisbo de miedo.

—Vienes en calidad de acompañante. No tienes que interpretar ningún papel. Si tuviera la mínima duda sobre tu seguridad, te habrías quedado en la villa con mi familia. Cicero Angelis es un viejo conocido. Estás aquí porque me apetece estar contigo.

Se remueve, nerviosa, y me mira sin comprender.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—¿Quieres pasar tiempo conmigo?

—¿Tan raro te parece después de lo que ha ocurrido entre nosotros estas últimas noches?

—Supongo que no. —Se muerde el labio inferior—. Entonces… ¿no tengo que hacer nada en esa reunión?

—Solo relajarte, cenar en una mansión preciosa y escuchar una aburrida negociación sobre droga.

Ella asiente lentamente y su mirada regresa a la mía.

—De acuerdo. Lo haré.

—Así me gusta. —Acaricio su mejilla, complacido, y acerco mi boca a la suya para darle un beso intenso y ardiente, al que ella responde de buena gana—. Ahora tenemos que arreglarnos para la cena. Nuestro anfitrión no tolera que sus invitados se retrasen.

15

Alekos

No sé en qué jodido momento ha creído la tripulación del yate que Lydia y yo ocuparíamos camarotes separados, porque cuando hemos llegado a la *suite* su maleta no estaba aquí, sino acomodada en otra de las estancias. Y, claro, ha tenido la excusa perfecta para encerrarse en el puto camarote y dejarme plantado en la puerta como un gilipollas.

Si no he tirado la puerta abajo y me la he llevado a rastras, ha sido porque no tenemos tiempo de enzarzarnos en otra discusión. La hora de la reunión con Angelis se acerca, y los Mavros nunca llegamos tarde.

Una vez termino de colocarme la americana, me miro en el amplio espejo del baño y me paso la mano por el cabello antes de abandonar mi dormitorio.

Estoy intrigado por la negociación de esta noche. Cicero ha insistido mucho en que nos veamos, y eso puede significar que está desesperado por hacer un trato, y que el precio de su éxtasis será, cuando menos interesante.

Al llegar al salón, voy directamente al mueble bar y me sirvo licor en un vaso. Tomo asiento en uno de los sofás y bebo un sorbo mientras espero a que Lydia termine de vestirse. Sin embargo, la espera es mucho más corta de lo que pensaba, porque, de repente, escucho el sonido de unos tacones acercándose.

Cuando levanto la cabeza y la descubro, noto como si alguien me apuñalase en el pecho. Se me olvida respirar.

Lleva un vestido rojo ajustado de mangas caídas sobre los hombros, escote corazón y corto hasta la mitad de los muslos. Se ha dejado el cabello suelto, peinado en suaves ondas. Carmín en los

labios, sin apenas maquillaje, y unos zapatos negros con un tacón kilométrico.

Unos pocos segundos mirándola y mi polla va a hacer que explote la cremallera del pantalón. Es perfecta, es delicada, es preciosa. Y es mía, aunque ella todavía no lo acepte.

—No he tardado mucho, ¿verdad?

En su voz percibo el nerviosismo. Se ha dado cuenta de la forma en que la miro. Hasta un ciego se percataría de las ganas que tengo de echármela al hombro y encerrarnos en la *suite* para arrancarle la ropa con los dientes. No obstante, me obligo a levantarme del sofá como si nada. Como si no tuviera entre las piernas una puta erección de caballo.

—El coche nos espera cerca del muelle. —Dejo el vaso con el licor sobre una mesa—. Con un poco de suerte, no encontraremos mucho tráfico.

—¿Ese hombre vive en el centro de la ciudad?

—Uno de sus balcones tiene vistas privilegiadas a la Acrópolis.

—Qué cabrón.

Sonrío sin pretenderlo.

—Sí, es un puto cabrón. Pero, personalmente, prefiero la tranquilidad de la villa y las vistas al mar. Atenas es un jodido hervidero de turistas.

—Es mucho más fácil ser el rey de la mafia en un lugar donde poder pasar desapercibido, ¿no?

—Aquí no hay reyes, Lydia. Mi familia no es más importante que ninguna otra del país. —Salimos a la cubierta del yate y la guío hasta la pasarela—. En Grecia no funciona así.

—¿Y cómo funciona?

—Colaboramos los unos con los otros. Es una especie de red de seguridad. No somos como los italianos o la Bratva. No trabajamos por nuestra cuenta. Sin el apoyo de las otras familias, el negocio no prosperaría.

—Entonces sois algo parecido a los cárteles.

—Más o menos. Nos respaldamos y nos cubrimos frente a la ley. Aunque siempre hay traidores que abusan de nuestra confianza. Como tu querido amigo Dragoslav.

Ella frunce los labios.

—Después de toda esta mierda, ya no sé si tengo amigos.

Bajamos por la pasarela, Lydia delante de mí. Le sujeto la cintura para que no pierda el equilibrio y mis ojos se pierden en su culo redondito, enfundado en el vestido rojo, en la porción de espalda al descubierto, en la piel suave de la columna. Con cada paso, su cabello roza las mariposas de su hombro, llevándose toda mi atención. El color vibrante de sus alas me empuja a tocarlas. Sin embargo, en cuanto siente mi mano, se aparta y me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué haces?

—Tu tatuaje.

—¿Qué le pasa?

—Me gusta. ¿Qué significa?

Estrecha su mirada en mis ojos.

—Es algo personal.

—Quiero saberlo.

—¿Acaso te pregunto yo por el dragón que llevas en la espalda?

—Pregúntame y te responderé.

—No me hace falta. —Sonríe con tirantez—. Empiezo a conocerte y me hago una ligera idea.

—Ah, ¿sí? Pues cuéntame, ¿qué significa?

—El dragón eres tú. Un monstruo fiero y temible que quema con su ira a todos sus enemigos.

—¿Y qué más?

—¿Más? —Lydia se queda muda durante unos segundos, hasta que, de repente—: ¡Las flores! ¡Son las personas a las que has matado! ¡Las llevas tatuadas a modo de trofeo!

—Joder. —Me echo a reír a carcajadas—. Como pitonisa serías la hostia.

—¿He acertado?

—Prácticamente en nada. —He picado su curiosidad, porque cuando pisamos el suelo del muelle se queda quieta, esperando a que la saque de dudas—. Los dragones simbolizan fuerza, protección y poder. Yo soy el dragón, estabas en lo cierto, pero te has equivocado en lo demás.

—¿Qué significan las camelias?

—Eran las flores favoritas de mi madre. Y estas cuatro que llevo en la piel, las que el dragón protege con su cuerpo, son las personas por las que daría la vida: mis hermanos y Pavlos.

Lydia me mira en silencio, sorprendida por la revelación. No se lo esperaba, lo sé.

—Es… bonito.

—¿De verdad pensabas que eran todas las personas a las que había matado?

—No lo sé. Contigo nunca sé lo que pensar.

—Si las flores fueran muertos, tendría tatuado hasta el blanco de los ojos, Lyd.

Resopla por mi respuesta y me da una palmada en el hombro.

—¿Sabes que acabas de joder el momento?

—Prometí que te diría la verdad. —Le guiño un ojo y apoyo la mano en su cintura para seguir andando hasta el coche, que nos espera justo en la salida del puerto.

Dos de mis hombres nos esperan apoyados en el elegante Porsche negro que nuestro anfitrión ha puesto a nuestra disposición para llegar a su casa. Sé cómo se las gasta Cicero Angelis, así que esta bestia de cuatro ruedas debe de ser una fiera en la carretera, además de estar blindada de arriba abajo.

Abro una puerta trasera y le hago una señal a Lydia para que entre. Después tomo asiento a su lado y espero a que mis hombres emprendan la marcha hasta el centro de Atenas.

Tardamos algo más de lo esperado. A esta hora de la noche, el tráfico es denso en las principales avenidas de la ciudad. A mi lado, Lydia mira por la ventana, contemplando en silencio cada lugar por el que pasamos.

—¿Es la primera vez que vienes? —Ella asiente, sin ni siquiera girar la cabeza hacia mí—. ¿Qué has visto de Grecia, aparte de Elunda y las vistas desde tu habitación a la playa de Kommos?

—Nada.

—¡¿Nada?!

—Encerrada en tu casa no puedo hacer mucho turismo, que digamos. —Ahora sí me mira.

—Llevas un año en el país.

—Vine a Creta para trabajar, y eso he hecho. No he tenido tiempo de nada más, ni tampoco dinero con el que permitírmelo.

Frunzo el ceño tras escuchar su respuesta y, cuando abro la boca para replicar, unos pequeños golpes en el cristal, que nos separa de la parte delantera, llaman mi atención.

—Alekos, hemos llegado a la casa de Angelis —me informa uno de mis hombres.

—Bien. Salid del coche y dejadnos a solas.

Lydia clava sus ojos en mí, sorprendida por la orden. No sabe qué me propongo.

Una vez se han marchado, los cristales tintados del Porsche nos brindan cierta intimidad. Giro el cuerpo hacia ella y la contemplo en silencio, perdiéndome una vez más en las suaves curvas de su cuerpo y en su preciosa cara de ángel.

—Va a ser una reunión bastante aburrida.

—Ya me lo habías dicho.

—No creo que pueda prestarte demasiada atención durante toda la noche.

—También lo sé.

—Así que… —Sonrío mientras me acaricio el mentón—, he pensado que quizás querrías que jugásemos a algo.

—¿Jugar?

—Ajá.

—Es la reunión con ese hombre tan importante. —Su voz suena fría, lejana.

—Será divertido.

—Te contradices. Acabas de asegurarme que no vas a prestarme atención y ahora quieres jugar a un puto juego.

—¿Aceptas?

Se queda en silencio varios segundos, sin apartar los ojos de mi cara.

—¿Qué juego?

—No. Primero tienes que aceptar.

—¿Por qué?

—Es parte del juego. —Elevo una comisura de la boca y sonrío con misterio—. ¿Te atreves?

—¿Voy a tener que matar a alguien o…?

—¡Joder, no! —Me echo a reír—. Nadie va a morir esta noche. Espero.

—No sé.

—Prometo que va a gustarte. Pero una vez aceptes, no habrá marcha atrás: jugaremos hasta el final.

—¿Por qué debería aceptar?

—Porque vas a disfrutarlo. —Acerco los labios a su oído—. Pero quiero una respuesta. Ahora.

Ella se estremece por mi cercanía.

—Sé que estoy cometiendo una jodida locura, pero vale. Juguemos. —Gira el rostro y me mira de frente—. Ahora dime en qué consiste.

Enredo una mano en su cabello y acerco su cara hasta que nuestros labios se funden. La beso con fuerza, con un hambre salvaje. Invado su boca con mi lengua y ella responde con muchas ganas.

—Quiero tu sumisión —susurro—. Quiero que hagas todo lo que yo te diga, que hables solo cuando te lo ordene, que comas lo que yo quiera. Te quiero dócil y obediente toda la jodida cena, Lydia. Que vengas a mí cada vez que me apetezca, que me trates como si fuera tu dios. Esta noche, seré yo quien piense por ti.

—¿Y qué gano con todo esto? ¿Dónde está la parte divertida?

Una sonrisa remolona curva mis labios. Apoyo una mano en su muslo y la deslizo hacia arriba hasta rozar el suave encaje de sus bragas.

Las hago a un lado para acariciar su centro, y cuando lo toco, contengo el aliento al notar lo mojada que está. Mierda, me la follaría aquí y ahora, pero esa puta reunión con Cicero Angelis me tiene atado.

Quiero llevármela de vuelta al yate, encerrarla en mi *suite* y demostrarle que, por mucho que pelee contra mí o intente resistirse a lo que siente, es jodidamente mía. De nadie más.

Sin embargo, como es imposible cancelar la cena, me conformo con besarla con unas ansias desesperadas mientras la masturbo con los dedos. Froto su delicado botón entre las piernas y la oigo gemir sin control. Quiero un puto tono de llamada con sus gemidos.

Sin dejar de acariciarla, deslizo dos dedos en su interior. La masajeo justo antes de penetrarla, haciéndola gritar de placer.

—Así, eso es. —Lamo sus labios y bombeo en su interior al tiempo que ella mueve las caderas en busca de más—. Buena chica. Me pone muy cachondo verte disfrutar. Y estás preciosa con ese vestido.

—Alekos… necesito que tú… —gime, desesperada—. Alekos, fóllame. Házmelo ya.

Una leve sonrisa aparece en mis labios.

—¿Ya no recuerdas que esta noche decido yo?

—¡No!

—Ahora estoy al mando.

—¡Que te jodan!

—Shhh… Controla esa lengua. —Le muerdo el labio inferior y ella jadea con una mezcla de placer y dolor—. La usarás más tarde, cuando te ordene que me la comas.

Entonces, de pronto, mis dedos dentro de su coño son reemplazados por algo más grueso que la hace abrir los ojos de par en par.

Me lamo los dedos, brillantes y húmedos por sus jugos, y saboreo su esencia.

—¿Qué has hecho? —Su voz tiembla por el deseo. Sé que nota ese objeto que acabo de introducirle—. ¿Qué me has metido?

—Una cosita para castigarte si me desobedeces. Porque sé que lo harás. Empiezo a conocerte demasiado, Lyd.

Del bolsillo interior de mi americana, saco un pequeño mando negro y se lo muestro con satisfacción. Cuando pulso el botón, siento que su cuerpo se estremece con un espasmo al tiempo que un jadeo profundo escapa de sus labios.

—Maldito cabrón, ¿un vibrador?

—Más te vale ser obediente o vas a pasarte toda la noche gimiendo delante de nuestro anfitrión. —Capturo de nuevo su boca

mientras presiono el botón otra vez. Una de sus manos se aferra con fuerza a la tela de mi americana. Vuelve a gemir al sentir la intensa vibración en su interior—. Y ahora, antes de salir del coche y reunirnos con Cicero Angelis…, dame tus bragas.

La casa de los Angelis es una enorme mansión situada en el barrio de Anafiotika, construida en la ladera donde se encuentra la Acrópolis.

Es una residencia señorial que imita la arquitectura grecorromana, con enormes columnas presidiendo la fachada, techos altos de hormigón, suelos de mármol de vivos colores y decenas de esculturas clásicas, compradas en el mercado negro, repartidas por todas las estancias.

Hace muchos años que no visito la casa de Cicero; la última vez apenas era un crío de trece años que no tenía mucha idea de cómo funcionaba el negocio. Aun así, podría caminar por esta casa con los ojos cerrados sin temor a perderme.

Cuando el mayordomo de los Angelis nos invita a pasar, le hago una ligera señal a Lydia, que permanece a mi lado en silencio, y lo seguimos hasta una gran sala, donde nuestro anfitrión y dos de sus hijos varones nos esperan de pie.

—¡Mavros! ¡Cuánto me alegra tenerte por fin en mi hogar!

Cicero, a pesar de rondar los ochenta años, sigue conservando su vitalidad y buen humor. Continúa siendo tal y como lo recordaba: de gran altura, aunque algo más encorvado, cabello cano y sonrisa perfecta. Siempre tuvo fama de mujeriego, y sus cinco matrimonios fallidos avalan dichos rumores.

—Cicero, es un placer volver a verte.

—Un placer, claro, pero me costó convencerte de que aceptaras mi invitación. —Me estrecha la mano y sus ojos se posan en la mujer que está a mi lado, quien permanece en silencio, en actitud sumisa —. ¿Y quién es esta belleza que te acompaña? No sabía que te habías casado.

—No me he casado. Ella es Lydia, mi acompañante. —Apoyo una mano en su espalda y la animo a saludar a nuestro anfitrión.

—Tiene una casa preciosa, señor Angelis.

—La decoración no es cosa mía, lo admito. Mis exmujeres son las culpables. —Se acerca a ella para darle un beso en la mejilla—. Por cierto, Mavros, ¿te acuerdas de mis hijos?

Cuando señala hacia los dos hombres que aguardan a un par de pasos detrás de él, asiento con un suave movimiento de cabeza.

—Tobías y Adonis Angelis. Hace años que no nos vemos.

—No tantos —se adelanta Tobías, el mayor de los dos. Camina hacia mí con la misma elegancia que Cicero. Se parece mucho a su padre. Ha heredado su rostro cuadrado, su cabello moreno como la marta y esos ojos azules. No obstante, Tobías no tiene el buen humor de Cicero. Sobre él se oyen historias tan turbias que pondrían de rodillas a los asesinos más sádicos—. Recuerdo haber coincidido contigo hace un año, en uno de nuestros prostíbulos. En el de Kalambaka, si no me equivoco.

—Es posible. —Escucho que Lydia resopla entre dientes. No le ha gustado lo que ha dicho el hijo de Angelis. Sonrío cuando meto la mano en el bolsillo y pulso el botón del vibrador, logrando que contenga el aliento y baje la vista mientras maldice entre dientes—. He cerrado varios tratos en esta parte del país. Y un buen trato merece una buena celebración, ¿no es cierto?

Tobías sonríe.

—Es una pena no poder quedarme esta noche a cenar. Tengo asuntos que atender.

—Otra vez será, hijo —le quita importancia Cicero—. Si todo sale bien, los Mavros y los Angelis volveremos a gozar de relaciones comerciales. Esta no será la última vez que cenemos juntos.

—Sería beneficioso para ambas familias —declara Tobías, quien mira su reloj de muñeca; parece tener prisa. Luego posa los ojos en mi acompañante y le dedica una sonrisa cortés—. Señorita…, disfrute de la cena. —Después, me tiende la mano—. Alekos, me ha gustado volver a coincidir contigo.

—Lo mismo digo.

Cuando el mayor de los hijos de Angelis se marcha del salón, mi atención se posa por primera vez en Adonis, quien no deja de contemplar a Lydia con ojos brillantes.

Adonis también es apuesto, aunque no ha heredado la inteligencia ni la elegancia innata de su hermano mayor. Tiene una cara bonita, un cuerpo atlético y la habilidad de acabar con mi paciencia, porque, como siga mirándola así, le voy a arrancar la cabeza.

—Querido Alekos, me alegra verte —comenta solícito, mostrando sus dientes perfectos y su mejor sonrisa. Aunque enseguida vuelca toda su atención de nuevo en ella—. Y me alegra que hayas traído a esta hermosura contigo. ¿Sois familia? ¿Lydia? ¿Ese era tu nombre?

—Es mi nombre. Y, no, no somos familia.

—¿Tenéis… algo? —insiste Adonis, señalándonos—. ¿Sois pareja?

—No somos nada. —De repente, ella jadea y se yergue al sentir otra vibración. Pulso el mando durante varios segundos y la veo contener las ganas de gemir. Cuando termina, me mira como si quisiera sacarme los ojos, y yo le dedico una sonrisa tensa.

—¡Bien, pues pasemos al salón comedor! ¡La cena nos espera! ¡Las negociaciones siempre son más llevaderas con el estómago lleno! —Cicero apoya una mano en mi espalda y me empuja suavemente hacia otra estancia, dejando atrás a Lydia y a Adonis, quien no pierde el tiempo y entrelaza su brazo con el de ella.

Maldito hijo de puta.

Cada vez que giro la cabeza, lo veo susurrándole algo al oído. Y ella… Ella tiene la cabeza gacha, pero sonríe.

Con los dientes apretados, pulso sin parar el mando del vibrador. Escucho que Lydia contiene el aliento y deja de caminar.

—¿Estás bien? —se interesa Adonis.

—Sí, yo… —Levanta los ojos hacia mí, furiosa—. Estoy…

—Está perfectamente —me entrometo, acercándome a ellos. Suelto con brusquedad su brazo, para que no la toque. La rodeo por los hombros y la aparto de él—. Ella está bien. Y tú, Angelis, seguirás estándolo mientras mantengas las distancias.

—¿Yo…? Pero si…

Acerco el rostro al del hijo menor de Cicero y de mi boca se escapa un rugido gutural. Lo agarro por el cuello de la camisa.

—¡No vuelvas ni a mirarla!

—¡¿Qué?! Ella ha asegurado que… que vosotros no sois nada.

—¡Escucha bien! ¡No te acerques a mi mujer!

—¿Cómo que tu mujer? Le has dicho a mi padre que no…

—¡Es! ¡Mi! ¡Jodida! ¡Mujer! ¡¿Te ha quedado claro o necesitas que te meta un tiro en la nuca a modo de explicación!

Adonis se humedece los labios. Se ha quedado blanco por la amenaza. Asiente convulsivamente como respuesta. Es un puto cobarde. No se enfrentará a mí.

Sin embargo, cuando mi atención regresa a Lydia, veo la estupefacción también en sus ojos. Me mira con la boca abierta y la respiración muy acelerada. Acabo de reclamarla frente a Adonis, de declararla de mi propiedad. Sí, lo he hecho. Y no sabe cómo actuar al respecto.

—Vamos, sigue andando —ladro entre dientes, agarrando su brazo y tirando de él para llevarla junto a Cicero, quien nos espera frente a la gran mesa repleta de comida. Nuestro anfitrión no se ha dado cuenta de lo que acaba de pasar.

16

Lydia

El hijo menor de Cicero se disculpa con nosotros y se marcha de la reunión alegando un repentino compromiso. Aunque la verdad es que las amenazas de Alekos lo han asustado. Que se joda.

Remuevo sin ganas mi postre en el plato y recuerdo que ese imbécil no perdió ni una sola oportunidad de manosearme y susurrarme guarradas al oído mientras su padre y Alekos conversaban unos pasos por delante.

¿Y qué hice yo?

Pues únicamente sonreír.

Sonreír, cuando en el fondo quería patearle los cojones y lanzarlo ladera abajo hasta que solo le quedara un amasijo sanguinolento por cara.

Sé que esta reunión es importante para ambas familias y no quise que las gilipolleces del tal Adonis enturbiasen las negociaciones. Sin embargo…, también lo hice por mí. Por molestar a Alekos. Porque me ha metido en la casa de los Angelis sin bragas y con un juguetito en el coño que hace vibrar cada vez que no reacciono como él desea.

Sé que la culpa es mía. He sido yo quien ha aceptado este jodido juego, y ahora no puedo echarme atrás. Esas son las reglas, lo sé, y acepté de todos modos, pero no imaginaba que se atrevería a llegar tan lejos. Ni tampoco que se refiriese a mí como a su mujer delante del hijo de Cicero. Prácticamente, solo le ha faltado mearme encima para marcar su territorio.

Lo peor es que verlo celoso me ha puesto muchísimo. Y eso es malo. Lo que tengo con él jamás llegará a ser más que una simple atracción sexual y unos cuantos polvos acojonantes.

Levanto la vista del plato y lo miro de reojo. Llevan un buen rato negociando y ninguno ha dado todavía su brazo a torcer.

Alekos está sentado a mi lado, en actitud chulesca, con un codo apoyado sobre la mesa mientras sostiene un puro que nuestro anfitrión le ha obsequiado tras el postre, y la otra mano sujetando mi muslo. Me acaricia ese trozo de piel tan sensible en la cara interna de las piernas.

—Sigue ofreciéndome tu droga a ese precio y jamás llegaremos a ningún acuerdo —comenta, tras expulsar el humo. Su voz suena helada, indiferente, como si tener delante a Cicero Angelis no le supusiera nada.

Se ha soltado los botones de la americana, dejando a la vista la impoluta camisa que lleva debajo, a través de la cual se adivina su torso musculoso y moreno. Mis ojos se pasean por su cuello, por esa cruz de oro que siempre cuelga de él. Se pasean por su rostro cuadrado, por esa barbita de varios días sin rasurar, por sus pómulos altos y orgullosos, por sus ojos fieros, por esos labios que me han proporcionado unos orgasmos increíbles.

Es imposible que alguien se canse de mirar a Alekos Mavros. Es pura sensualidad, la máxima expresión de lo masculino y lo oscuro en un hombre.

—No puedo bajar más. Esta es mi última oferta. —Cicero apoya la espalda en la silla, tan tranquilo como su oponente.

—Entonces, supongo que la cena ha acabado.

—¿Acabado? Joder, Mavros, no puedes ser tan duro. Ni tu padre apretaba tanto en los precios.

—No necesitamos tu éxtasis.

—Lo necesitas. Te has quedado sin un suministrador.

—Mis hermanos y yo estamos pensando en dejar de venderlo. No nos supone tantos beneficios y sí muchos inconvenientes.

—¿Vais a dejar de traficar con cristal?

Alekos aprieta entre los dedos la carne del interior de mi muslo, haciéndome jadear por la sorpresa. Lo veo sonreír entre dientes al escuchar mi reacción, pero no gira la cabeza para mirarme en ningún momento.

—Cicero, tenemos decenas de negocios que nos dan mucho más dinero que el MDMA. No es nuestra prioridad, y mucho menos a este precio.

—Eso lo dices porque no has probado mi mercancía.

—¿Qué tiene de especial?

—Noventa por ciento de pureza.

Durante unos segundos, Alekos se queda en silencio, con el ceño fruncido, calibrando la respuesta de Angelis.

—¿Puedes demostrarlo?

—Ahora mismo. —Cicero sonríe, al haber llamado por fin su atención, y le hace una señal a una de las sirvientas para que le traiga una cajita de una preciosa alacena. Una vez en sus manos, la desliza por la mesa hasta Alekos, quien mete el dedo meñique dentro de una bolsa del plástico repleta de éxtasis, de la que saca una pequeña cantidad con la uña.

Mira con atención el polvillo y después lo esnifa, para comprobar su pureza. Nada más hacerlo, cierra los ojos y gruñe, al notar el subidón inmediato de la droga.

Debe de ser bastante buena, porque, cuando su mirada vuelve a posarse en Cicero, una lenta sonrisa curva sus labios.

—¿Quién la fabrica?

—No tengo esa información. Yo solo negocio. Es Tobías quien se encarga del laboratorio. Aunque si te interesa, podemos reunirnos con él en otra ocasión, para que aclare todas tus dudas.

—Nos reuniremos —acepta Alekos, y da una nueva calada al puro —, pero antes quiero llevarme una pequeña muestra para analizarla y comprobar que realmente tiene la pureza que aseguras.

—Llévate la bolsa. Te sorprenderá.

—Hay algo que no entiendo. Si tan bueno es tu cristal, ¿por qué pareces desesperado por encontrar un comprador?

Cicero ríe, aplastando la colilla del puro en un plato con restos de comida.

—Tengo decenas de compradores. Podría vendérsela a los pequeños camellos de Grecia. Pero no es eso lo que busco.

—¿Y qué buscas?

—Cruzar el charco. Que nuestra mercancía llegue tan lejos y a tanta gente como sea posible. Y ahí es donde entráis vosotros. Nadie mejor que los Mavros para la distribución.

—Entonces, no estamos hablando solo de comprar droga.

—No. Lo que quiero es una alianza sólida entre nuestras familias para empezar un nuevo negocio. Cincuenta cincuenta. En igualdad de condiciones. —Cicero espera una respuesta de Alekos, pero como este se limita a quedarse callado, se levanta de su asiento y se disculpa con nosotros—: Vuelvo enseguida, tengo que hacer un par de llamadas que no pueden esperar. Te dejaré un poco de tiempo para que pienses en mi oferta.

Una vez nos quedamos a solas, se hace el silencio. Alekos permanece con la vista fija en la silla vacía de Cicero, mientras juguetea con la bolsa de éxtasis que tiene enfrente. Es la primera vez que lo veo dudar desde que lo conozco. Se toma en serio la propuesta de los Angelis porque con ella pueden ganar muchísimo dinero.

—Parece interesante, ¿no?

Cuando escucha mi voz, gira la cabeza lentamente y me mira a los ojos, como si por unos segundos se hubiese olvidado de que sigo a su lado.

—Es interesante.

—¿Vas a aceptar?

—No lo sé. Mis hermanos deben dar su opinión. Aunque confíen en mí como cabeza de la familia, nunca tomo decisiones tan importantes sin ellos.

—¿Crees que a Angelis le molestará que no le des hoy una respuesta?

—Me importa un cojón si le molesta o no. Él me ha buscado, así que deberá amoldarse a mis tiempos. —Alekos deja el puro sobre su plato y aprieta un poco más la carne interna de mi muslo, haciéndome jadear.

Una sonrisa chulesca se dibuja en sus labios por mi reacción, y empieza a deslizar la mano entre mis piernas.

—Alekos…

—Shhh.

—Cicero vendrá… —No puedo seguir hablando porque, de repente, noto una intensa vibración en mi interior—. ¡Deja de darme calambrazos en el coño!

—Entonces, pórtate bien.

—¡Que te jodan! —Otra vibración más larga me hace cerrar los ojos y gemir. Sus dedos acarician la tierna carne de mi sexo.

Escucho su risa en mi oído. Me da suaves mordisquitos en el lóbulo mientras sus dedos frotan mi centro.

—No eres capaz de ser obediente ni proponiéndotelo, ¿verdad, Lyd?

—Si querías rendición total, tendrías que haberte liado con una ameba, no conmigo. —Jadeo sin control al notar una vibración que parece no terminar—. Alekos, joder…

—Tú aceptaste el juego. Y lo aceptaste hasta el final. La culpa no es mía. No estás siendo sumisa. —Mete la mano libre en uno de los bolsillos del pantalón y saca mis bragas. Se las lleva a la nariz y cierra los ojos—. Huelen a mi comida favorita.

Vuelve a guardárselas y junta nuestras bocas en un beso implacable y sexual que me explota el cerebro. ¿Cómo pensar cuando me está masturbando y besando de este modo? Sus dedos me frotan el clítoris a una velocidad imposible. Siento esa vibración tan dentro que se me eriza hasta el último pelo del cuerpo.

Cuando despega nuestras bocas, lame mis labios y los muerde hasta que jadeo de dolor.

—Ven. Siéntate sobre mí. —Tira de mi mano para que me levante del asiento.

—Pero Cicero… —Un grito ahogado se me queda en la garganta debido a otra vibración—. ¡Estate quieto, joder!

—Pues obedece. Te quiero sentada encima.

—¿Y si…?

—No pienses. Yo lo haré por ti, resolveré cualquier situación cuando sea necesario. Tú solo disfruta y hazme disfrutar. —Muerde mi mandíbula—. Llevo escuchando tus gemidos toda la maldita noche, Lydia. Quiero tu coñito mojado en mis pantalones.

Un nuevo tirón me anima a obedecer.

Yo más que nadie quiero sentarme encima y restregarme contra su polla. El puto Alekos lleva calentándome desde que salimos del yate, y mi autocontrol está temblando, destrozado, a mis pies.

Una vez me coloco a horcajadas sobre su regazo, enreda los brazos alrededor de mi cintura y me pega tanto a él que apenas puedo respirar; sin embargo, ni siquiera me da tiempo a suplicar por aire, porque arrasa mis labios en otro beso controlador y posesivo que me hace caer del todo en su telaraña.

Alekos se mueve con las caderas, haciéndome saber que está tan excitado como yo. Me muerde el cuello, la clavícula, hunde la cabeza en el escote de mi vestido, mojándome la piel de los pechos, al tiempo que con una mano suelta los botones de sus pantalones para dejar libre su erección.

—Despídete del vibrador, porque ahora es mi turno —susurra contra mi boca, al tiempo que mete de nuevo la mano entre mis piernas y tira lentamente de la goma que sobresale del juguete. Una vez fuera, se lo guarda en el bolsillo del pantalón, junto a mis bragas, y guía su polla hasta mi abertura.

Se me cierran los ojos cuando se abre camino dentro de mí. Es gruesa y tan dura que me siento empalada. Es una delicia, joder. Y todavía lo es más cuando empieza a moverse, cuando eleva las caderas desde la silla, levantándome con él por la fuerza de las embestidas. Tengo que agarrarme a su cuello si no quiero acabar en el suelo, porque Alekos me folla con una fuerza descomunal.

Sus manos recorren todo mi cuerpo: mi trasero, mis tetas todavía dentro del vestido. Me agarra del pelo y tira de él para obligarme a mirarlo, para, de esa forma, apoderarse una vez más de mi boca.

—Lydia. —Mis ojos se clavan en los suyos—. ¿Sabes algo? En esta sala hay cámaras de seguridad.

—¡¿Qué?! —Sonríe al ver mi sorpresa.

—Shhh, tranquila. —Me sujeta las mejillas y me besa una vez más—. Me gusta que las haya. Así le demostraré a ese hijo de puta de Adonis a quién perteneces. Voy a follarte en su jodida casa para que no se le olvide jamás.

De repente, me levanta de encima y me hace girar con brusquedad, empujándome contra la mesa, con una mejilla apoyada

en el mantel y el vestido levantado por encima del culo, completamente expuesta a él.

Se ha puesto de pie y roza de nuevo su erección contra mi vagina. Siento sus manos en mis caderas. Mi respiración se ha vuelto tan rápida que la sala se llena con mis jadeos.

Entonces, me penetra.

Lo hace tan fuerte que grito sin pretenderlo.

Me encanta que sea tan salvaje. No lo puedo remediar. Alekos folla como un jodido animal, consigue que me casi me corra de gusto con cada nueva embestida.

Rápido, intenso, nuestra carne choca una y otra vez, y yo solo puedo gemir, desesperada. Escucho sus graves jadeos cerca del oído, porque cada vez se curva un poco más sobre mí, cubriéndome con su cuerpo.

—Eres mía. —Su voz me estremece. Todo en él me excita—. Eres de mi jodida propiedad, Lyd. ¡Mía! —Aumenta el ritmo de las penetraciones y grito—. Quiero oírte decir que me perteneces.

Un leve rayo de sentido común atraviesa esta vorágine de locura. Agito con la cabeza hacia los lados, y desobedezco.

—¡Sabes que es verdad! ¡Tu cuerpo es mío, tu coño es mío! ¡Nunca nadie va a hacértelo mejor que yo! —Me agarro fuerte al mantel y los ojos se me ponen en blanco cuando Alekos me da más fuerte. Su boca lame mi cuello—. Dilo. Deja de pensar tanto y di lo que sientes. ¡Dímelo!

—¡Soy tuya! —exclamo sin poder aguantar más—. ¡Tuya, maldita sea! ¡Solo tuya!

—¿A quién perteneces?

—¡A ti!

Me muerde el hombro y vuelve a enterrarse tan adentro que lo siento en todos los poros de la piel.

—Di mi nombre.

—Alekos.

—Más fuerte, Lyd, quiero que te corras diciendo mi nombre.

—¡Alekos!

—¡Dilo!

—¡Alekos, Alekos, Al…! ¡Oh, joder! ¡Alekos! ¡Oh, Dios, Alekos!

El orgasmo que me engulle es el más acojonante que he sentido hasta ahora. No sé si por haber aceptado mi sumisión ante él, por el peligro de ser descubiertos en la casa de los Angelis o por el cúmulo de emociones que ahora mismo me bombardean el pecho.

Alekos también se corre, hundiendo la cara en el hueco entre mi hombro y mi cuello. Vacía su semen dentro de mí de un modo salvaje y acaba desplomándose sobre mi espalda, con la polla todavía en mi interior y los brazos rodeando mi cintura con fuerza.

Aunque sigo algo mareada, noto cómo se retira y me ayuda a incorporarme de la mesa.

Cuando me giro hacia él, acaba de guardarse la polla dentro del pantalón y me mira con una mezcla de emociones que no sé descifrar, porque ahora mismo tengo un buen lío en la cabeza y un nudo enorme en el estómago.

Me siento expuesta, frágil. He aceptado que soy suya, que mi cuerpo le pertenece, y no sé cómo tomármelo.

Creo que el temblor de mis piernas le hace comprender que algo no va bien, porque enseguida me abraza con fuerza. Abarca mis mejillas con ambas manos y me besa en los labios, tranquilizador.

—Arréglate el vestido. Ya nos hemos arriesgado demasiado. No quiero que Cicero te vea así cuando vuelva.

Nuestro anfitrión se toma bastante bien la negativa de Alekos a darle una respuesta antes de hablar con sus hermanos. Supongo que se lo esperaba. En realidad, se le ve contento, porque sabe que tiene muchas posibilidades de que esta alianza entre las familias se lleve a cabo.

Cuando el reloj del salón marca la medianoche, Cicero le ordena a una de las mujeres del servicio que nos lleve a la habitación en la que vamos a dormir.

Es una impresionante *suite,* decorada como los antiguos palacios griegos, con una cama monstruosa en el centro, un baño revestido de mármol y un amplio balcón con vistas a la ciudad.

Nada más quedarnos a solas, Alekos me levanta en peso y me lleva en volandas hasta la bañera, donde me quita la ropa, me besa

con unas ganas que parecen no tener fin y me vuelve a follar contra la pared, mientras el agua cae sobre nuestras cabezas y nuestros gemidos resuenan, llenando el espacio con su erótica reverberación.

El clímax me sorprende gritando su nombre. Le aseguro otra vez que mi cuerpo es suyo, que soy para él. Y mientras la pasión arde entre nosotros, todo está bien.

Alekos termina y no sale de mí; continúa aplastándome contra la pared hasta que recupera el aliento.

En su rostro se refleja la satisfacción. Está relajado, sonriente, incluso bastante más cariñoso de lo habitual, porque ha insistido en ser él quien me lave el pelo.

Yo me dejo hacer. Me rindo.

Siento las yemas de sus dedos en el cuero cabelludo y guardo silencio. Dejo que me toque, que me acaricie, que bese mi cuello y lo mordisquee.

Hemos echado dos polvos increíbles y tendría que estar eufórica. Pero por dentro voy haciéndome más y más pequeña.

Me cuesta respirar, me ahogo. Me tiemblan los labios por las intensas ganas de llorar, incluso me abrazo a mí misma en busca de algo de calma, pero lo único que encuentro es más desesperación.

Cierro los ojos con fuerza para evitar que las lágrimas escapen, pero es inútil; empiezan a mojarme las mejillas y me estremecen mientras me deshago en llanto.

—¿Lydia? —escucho su voz detrás de mí. Se ha dado cuenta de que no estoy bien, de que me pasa algo. Alekos me agarra por los brazos y me hace girar. Al ver las lágrimas, frunce el ceño y niega con la cabeza—. ¿Por qué lloras?

—Estoy bien, no es nada. —Las seco con el dorso de la mano y lo empujo un poco para que me deje pasar—. Ya… Ya estoy limpia. Quiero secarme.

—¿Qué te pasa? —insiste, y me sujeta de la muñeca para evitar que huya.

—Estoy bien, ¿vale?

—Tú nunca lloras.

—Sí que lloro. Y mucho.

—Nunca te había visto llorar. Siempre peleas. Eres fuerte. —Frunce el ceño y me mira en busca de alguna herida—. ¿Te he hecho daño mientras lo hacíamos? Sé que soy bastante brusco, pero no quiero lastimarte.

Nuestros ojos se encuentran una vez más. Parece preocupado. De verdad. Está acostumbrado a una Lydia guerrera, la que puede con todo, no a esta versión vulnerable y débil. Doy un tirón y consigo que me suelte el brazo.

—Te repito que estoy bien. Déjame en paz.

Agarro una de las toallas y la enrollo en mi cuerpo para salir del baño, dejando a Alekos bajo la ducha con el rostro serio y confuso.

Una vez en la habitación, abro la maleta y me pongo un pijama de seda rosa, compuesto por unos ligeros pantalones cortos y una camiseta de tirantes a juego. Mientras me visto, no paro de llorar. Tampoco cuando me peino y dejo que el pelo húmedo se seque al aire.

Vestida para dormir, abro el ventanal y salgo al balcón, desde donde la ciudad de Atenas se despliega en todo su esplendor. Apoyo los antebrazos en la baranda de piedra y cierro los ojos, intentando librarme del agobio.

—Dime qué te pasa. —La voz de Alekos a mi espalda logra que me yerga. Siento sus manos enredarse en mi cintura y su mentón posarse sobre uno de mis hombros.

—No tiene importancia, de verdad.

—Si no la tuviera, no estarías llorando.

—Se me pasará.

—Quiero que me digas la verdad. Dime si te he hecho daño.

—¡No, no es eso! —Aparto sus manos de mi cintura y tomo un poco de distancia. Sé que le molesta que lo haga, porque aprieta los labios y resopla entre dientes—. Estoy bien, ¿vale? Puedes irte a dormir.

—¡Y un cojón! ¡No me voy a mover de aquí hasta que no abras la maldita boca!

—¡Es algo personal!

—¡Me importa una mierda, Lydia! ¡¿Qué coño te ocurre?!

—¡Lo que pasa es que no sé qué sentir! —grito, desesperada, perdida en la oscuridad de sus pupilas—. ¡No puedo permitírmelo!

—¿Por qué no puedes permitirte sentir?

Me río sin ganas y niego con la cabeza, mientras otra lágrima escapa de mis ojos y cae por la mejilla.

—Soy tu jodida rehén. ¿De verdad crees que podría permitirme relajarme o ser feliz con alguien que me tiene encerrada contra mi voluntad? ¡No, no! ¡Acabaría odiándome y odiándote a ti!

—Eso no va a pasar. Deseas esto igual que yo. Te gusta lo que hacemos. Escucho tus gemidos, te veo retorcerte de placer.

—¡Y no sabes lo que me pesa! ¡Estoy follando con el hombre que me ha arrebatado mi vida! ¡¿De verdad crees que alguna vez podría normalizar algo así?!

Alekos traga saliva y da un paso hacia mí. Va con el pecho al descubierto, solo lleva unos ligeros pantalones de algodón que le sientan de vicio. Sin embargo, no permito que se acerqué más: estiro los brazos para frenarlo.

Él suspira.

—¡Maldita sea, Lydia, alguien mató a mi hermano y aún no sabemos quién fue! ¡Tú eras la única persona que podía llevarnos hasta Dragoslav! Pero todo ha cambiado. Ya no eres mi prisionera. ¡Te he permitido incluso hablar con tu madre!

—¡Ahí está el problema! ¡Tú permites, tú decides sobre mi vida, y yo tengo que obedecer!

—¿Y qué sugieres? ¿Que te deje libre para que te puedas marchar?

—¡Pues sí!

—¡No, y una mierda! ¡Te quiero a mi lado!

—¡¿Es que no ves el problema?! —Me limpio otra lágrima—. No me conoces. Yo no soy esa persona amargada que vive en tu casa. La Lydia de verdad no es así, Alekos. Soy alegre, risueña, habladora…

—¡Nunca había sentido esta atracción por nadie, no me pidas que me resigne a perder esto! —Burla mis intentos de alejarlo y enreda los dedos en mi cabello, acercándome a su boca—. Lo que tenemos

es demasiado bueno para dejarlo pasar. Y no te atrevas a mentirme diciendo que tú no sientes lo mismo.

—¡Claro que lo siento!

—Vas a quedarte a mi lado. Te quiero para mí.

—Necesito respirar. Ser la persona que era antes.

—¡Maldita sea, Lydia!

—¡No puedo seguir así! —Al ver que mis lágrimas vuelven a desbordarse, Alekos aprieta los labios y junta nuestras frentes, con la desesperación reflejada en los ojos.

Yo también la siento, porque aunque necesito recuperar mi libertad, tampoco quiero perder esto tan fuerte que ha nacido entre los dos.

Es una locura. Lo sé.

Es un puto criminal y lo más sensato sería no verlo más, alejarme de él y evitar cruzarme en su camino en lo que me queda de vida. Pero no puedo seguir mintiéndome diciendo que Alekos Mavros no me importa. Porque sí lo hace. A pesar de todo, tampoco quiero perderlo. Debo de estar muy tocada de la cabeza, pero, llegados a este punto, me da absolutamente igual.

—Lyd, mírame. ¿De verdad quieres irte? ¿No podemos llegar a un punto medio?

—¿Un punto medio? —Abro mucho los ojos, asombrada. Esto no lo esperaba—. ¿De qué hablas?

—¿Podemos negociar? ¿Estás abierta a negociaciones?

—¿Negociar, sobre qué?

—Salidas. Visitas a amistades, viajes a España para ver a tu familia, compras en centros comerciales, comidas en restaurantes, paseos por Creta.

La comisura de mis labios empieza a curvarse y los latidos se aceleran en mi pecho.

—¿De verdad negociarías?

—Si así solucionamos esto, lo haré. —Abarca mis mejillas y junta nuestras frentes—. Llegaremos a un acuerdo que nos complazca a ambos. Te doy mi palabra. Pero hay una cosa que no entra en la negociación.

—¿Cuál?

—Vivirás conmigo. En la villa. Eso es irrefutable.

17

Alekos

Han pasado dos semanas desde que cenamos en la mansión de los Angelis y todavía no les he dado una respuesta.

Mis hermanos piensan que es un buen negocio. Christos insiste en que debemos aliarnos con ellos.

Tras analizar la droga que me dio Cicero, comprobamos que no mentía. El cristal es de una gran pureza. Nadie tiene un MDMA mejor que el suyo. El hijo de puta de Tobías se ha rodeado de los mejores para trabajar en su laboratorio. Eso es innegable. No obstante, hay varios factores por los que no me decido a dar el paso.

¿Por qué alguien querría regalarnos el cincuenta por ciento del dinero de su droga, cuando los Angelis pueden comercializarla por su cuenta y ganar el doble, sin nuestra ayuda?

Es cierto que mi familia es muy buena en el tema de distribución, y que tengo a Mancuso en Estados Unidos, quien nos ayudaría a meter el cristal sin apenas esfuerzo. Pero sé que Cicero Angelis también tiene contactos fuera de Grecia, y que el mercado americano no se le resistiría.

No nos necesita. Aun así, no deja de insistir y de hablar de una alianza entre familias.

Eso es lo que me frena. Lo que me hace sospechar que no está diciendo toda la verdad.

Camino a paso lento por mi despacho, con el móvil en la oreja, y apoyo la cadera en la pared colindante a la ventana que da al patio interior, donde Keres duerme bajo la sombra de un olivo.

—Necesito una respuesta. Dijiste que me la darías cuando hablases con tus hermanos, y ya lo has hecho.

—No nos hemos decidido —respondo con una frialdad que enfada aún más a Cicero.

—¡No me jodas, Mavros! ¡¿Qué coño hay que decidir?! ¡Te estoy dando un gran negocio en bandeja de plata!

—Y me pregunto por qué.

—¡Porque le tengo un cariño especial a tu familia!

Frunzo el ceño antes de responder:

—Repito que todavía no lo hemos decidido.

—¿Y cuándo será eso?

—No lo sé.

—¿Qué necesitas? ¿Debo hacer algo para convencerte?

—No lo sé, ¿debes?

—Eres un hijo de puta, Alekos, el digno descendiente de tu padre. —Lo escucho reír—. Pero ¿sabes? Tengo un as bajo la manga y sé que va a interesarte.

—Habla, entonces.

—Todavía es un poco pronto para asegurarlo, pero Tobías me dijo ayer que están a punto de conseguir un noventa y cinco por ciento de pureza.

—¡Y una mierda! ¡Es prácticamente imposible! —Resoplo.

—Mi hijo sabe lo que hace. Si se ha propuesto fabricar una droga más pura que la vagina de una monja, lo hará.

—Eso habrá que verlo.

—Lo harás. Te enviaré una muestra. Y cuando la analices y veas que no miento, levantarás el puto teléfono y aceptarás la alianza.

Una leve sonrisa curva mis labios. El cabrón de Cicero no dejará de insistir hasta que dé mi brazo a torcer. Pero esta vez va a estrellarse. Nadie ha logrado una pureza tan alta hasta la fecha.

—Trato hecho. Si lo conseguís y puedes demostrarlo, el negocio empezará a funcionar de inmediato.

Cuando cuelgo la llamada, dejo el móvil sobre el escritorio y me dirijo hacia el mueble bar para servirme una copa. La necesito. Llevo encerrado en este puto despacho todo el día y aún me queda hacer una última llamada para asegurarme de que el cargamento de armas que partió anteayer hacia Polonia llegó intacto hasta Stefan Kaminski.

Apuro el contenido del vaso y aprieto los dientes al tragar el licor. Sin embargo, cuando estoy a punto de volver a coger el teléfono

para realizar esa última llamada, la puerta del despacho se abre de repente, dando un golpe sordo contra la pared.

Por ella aparece Christos, con sangre en la comisura de los labios y también en la camiseta. Parece que acaba de salir de una pelea. Y, conociendo a mi hermano, es lo más probable.

—¡Los tenemos, Alek! —Sus labios esbozan una sonrisa enorme. Cuando se acerca al escritorio, golpea la madera con el puño—. ¡Maldita sea, los hemos pillado!

—¿A quién?

—¡A esos putos serbios! ¡A dos de los hombres de Dragoslav! ¡Calix los encontró paseando tranquilamente por Heraclión! ¡Los atrapamos en la salida de un jodido supermercado!

—¿Dónde están? ¿Dónde los tenéis?

La sonrisilla sádica de Christos contesta a mi pregunta sin apenas hablar.

—¿Dónde van a estar? ¿Es que no me conoces? Atados y amordazados en nuestro sótano, esperando a que Gregorio termine de preparar sus juguetitos de tortura. Uno de ellos se ha meado del miedo y todavía no hemos empezado a divertirnos.

—Bien. —Le hago una señal con la cabeza para que me siga. Salimos del despacho—. Veamos si tienen ganas de hablar.

—Más les vale. —Sonríe—. Ha llegado un hacha nueva y estoy deseando comprobar cómo rompe sus huesos.

Cruzamos el salón y descubrimos a mi hermana tirada en el sofá, vestida con ropa de deporte y comiendo porquerías mientras toquetea su móvil. Minerva odia el gimnasio a muerte, pero acude religiosamente cada día para después atiborrarse a dulces sin remordimientos.

Cuando pasamos por delante, arquea una ceja y le lanza a Christos una gominola.

—Eh, ¿os vais?

—Al sótano. Tenemos a dos serbios, ¿te apuntas?

Minerva da un salto y tira la bolsa con las porquerías sobre la mesa auxiliar.

—¿Habéis pillado a Dragoslav?

—No, pero esos de ahí abajo nos dirán dónde está. —Me remango la camisa y giro el pomo de la puerta.

—Joder, si lo llego a saber, no me habría lavado el pelo esta mañana.

—Qué horror, cómo se te ocurre —se burla Christos.

—Cállate, gilipollas. —Le hace un corte de mangas—. Yo no soy como tú, a mí no me pone cachonda pasearme por ahí con la sangre de esos imbéciles.

—Debes de ser adoptada.

—Y tú, subnormal.

Me giro hacia ellos y los miro con seriedad, para que dejen de decir estupideces. Ambos asienten y continúan caminando tras de mí, en silencio.

Recorremos el pasillo que lleva hasta la sala de tortura, desde la que sale una tenue luz amarillenta, señal de que Gregorio también está allí.

Nada más cruzar el umbral, veo a esos dos hombres atados en las sillas, con los rostros amoratados y la ropa manchada de sangre. Una sonrisa sádica curva mis labios.

—Buenas tardes, hijos de perra. —Dejo de andar cuando estoy frente a ellos, y mis hermanos se colocan a cada lado, en actitud agresiva—. Qué guapos os han dejado.

—Cuando terminemos con vosotros, ya no lo estaréis tanto —añade Christos entre dientes.

Pongo mi atención en Gregorio, quien afila sus juguetitos y me saluda con un asentimiento de cabeza. Es un tío alto, corpulento y muy moreno, que empezó a trabajar con nosotros cuando Yannis ocupó el puesto de mi padre en el negocio. Es leal y sus estudios como médico forense nos vienen de putísima madre a la hora de alargar la agonía de nuestros prisioneros.

—Bien, ¿quién va a ser el primero en hablar? ¿Tú, cara de rata? —Luego observo al otro, el que está sentado a la derecha—. ¿O tú? —Mis ojos se pierden en sus facciones, a pesar de que lleva la cara llena de sangre. Es un tío pelirrojo, con mirada desafiante y cuerpo atlético. Yo a este lo conozco—. ¡Coño! ¡Christos, la caza se os ha dado mejor de lo que imaginaba!

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

—¿Sabes quién es nuestro amiguito? —Lo señalo y espero a que alguno de mis hermanos conteste. Como no lo hacen, sonrío y los saco de dudas—: Es Obrad Dragoslav. El hermano de nuestro querido Laza.

—Qué casualidad, ¿no? —La sonrisa de Christos se torna más amplia.

—¿Qué tal le va a tu hermano, Obrad? —Doy otro paso hacia él —. No lo tenía por un puto cobarde.

—¡Que os jodan a todos, Mavros! —exclama él y después escupe al suelo.

—La estupidez debe de ser cosa de familia. —Resoplo.

—¡Hacedme lo que queráis, no pienso abrir la puta boca para traicionar a mi hermano!

—¿Lo que queramos? ¿De verdad? —Christos se frota las manos —. Oh, joder, Obrad, no me hagas ilusiones, porque luego me quedo con las ganas.

—Sois unos asquerosos asesinos, unos sádicos, pero a mí no me dais miedo. —Sonríe, chulesco.

Minerva ladea la cabeza y lo mira con falsa ternura.

—Cosita… Es admirable que intentes proteger a Laza. Pero te juro que, como no borres esa puta sonrisa, le corto la polla a tu amigo y te la meto en la boca para que se la comas.

—Inténtalo, zorra.

—¿Es un reto? Christos, ¿este gilipollas acaba de retarme?

—Eso parece.

—Genial, porque me encantan los retos. —Suelta una carcajada y le arrebata a Gregorio un cuchillo enorme. Pasa la lengua por la hoja, amenazadora. El hombre que está al lado de Obrad se pone a rezar y cierra los ojos, muerto de miedo—. Espero que no le hayáis cogido demasiado cariño a vuestros cojones. ¡Os vais a comer los huevos el uno al otro! —Cuando está frente a Obrad, lo coge por el cuello de la camiseta—. ¿Cuál te corto primero, pequeño Dragoslav? ¿Tienes alguna preferencia?

—Minerva —mi voz resuena a nuestro alrededor—. Todavía no.

—No me jodas, Alekos. Este hijo de puta no va a reírse de mí.

—De momento, lo necesitamos vivo.

—¡Yo lo necesito desangrándose a mis pies!

—Debe responder a algunas preguntas.

—¡No va a hablar! ¡¿Es que no te das cuenta?! —Minerva apoya el filo del cuchillo en su cuello—. ¡No nos sirve!

—Pues yo creo que sí. —Cuando llego junto a ella, le quito el cuchillo de las manos y la rodeo por los hombros, para que se tranquilice. Después señalo a Obrad—. Míralo, Mimi, es un puto donnadie. Pero este donnadie es hermano del hombre al que buscamos. Y nos explicará qué pasó la noche que mataron a Yannis.

—¡Nosotros no tuvimos nada que ver con la muerte de tu hermano!

Minerva le da un fuerte revés en la mejilla.

—No estamos hablando contigo.

—Christos. —Cuando se posiciona también a mi lado, señalo al otro serbio y continúo—: Podéis divertiros un poco con este, pero no demasiado, porque después vais a soltarlo. —Me acuclillo frente al prisionero y sonrío con el semblante de hielo—. Deja de lloriquear y escúchame, hijo de puta. Quiero que vuelvas con tu jefe y le cuentes que tenemos a Obrad. Dile a Dragoslav que, si quiere volver a ver a su hermano con vida, tendrá que dar la cara y reunirse conmigo.

Dejo a Christos y a Gregorio en la sala de tortura, después de haber permanecido con ellos mientras le sacaban varios dientes al hombre de Dragoslav y obligábamos a Obrad a mirarlo todo.

Cierro la puerta con un nudo de rabia en el estómago, porque a pesar de la tortura, ninguno de los dos ha abierto la boca. Y dudo mucho que lo hagan. No hablarán, aunque les saquemos las tripas y los obliguemos a vestirse con ellas. Le son demasiado leales. Sin embargo, de lo que estoy seguro es de que Laza no dejará a su hermano en nuestras manos sin intentar salvarlo. Así que, tarde o temprano, tendremos noticias suyas.

Cruzo el pasillo y me dirijo a mi dormitorio para darme una ducha y ponerme ropa cómoda. No voy a salir de la villa en lo que queda de tarde. Mi única pretensión es encontrar a esa morenita con cara

de ángel que vive en mi casa, tumbarla en mi cama, arrancarle la ropa y hacérselo durante horas.

Sin embargo, cuando paso por el salón, freno en seco por la visión que tengo delante. Mis labios se curvan en una sonrisa involuntaria al descubrir que ya la he encontrado.

Lydia se asoma por el ventanal que da a la piscina. Está concentrada mirando… algo, en silencio.

Contemplo a placer su culo redondito enfundado en esos tejanos desgastados. Sus muslos, que lamo y muerdo cada vez que se sienta sin bragas en mi cara. Sus piernas, las que se enredan en mis caderas mientras follamos como salvajes.

Esa mujer es una jodida delicia. La veo y pierdo la cabeza.

No me he movido de la puerta, ni siquiera he hecho ruido, pero Lydia se da cuenta de mi presencia. Gira la cabeza en mi dirección y nos miramos durante varios segundos.

Una leve sonrisa aparece en sus labios.

Joder.

Me dan ganas de enredar los dedos en su pelo y borrársela a besos.

—Pensaba que no estabas en la villa. Llevo sin verte toda la tarde.

—¿Me has echado de menos? —pregunto con chulería, caminando lento hacia ella, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—Yo nunca te echo de menos.

—¿En serio? —Apoyo los brazos a cada lado de su rostro, contra la pared. Acerco mis labios a los suyos—. Vuelve a mentirme y pasarás el resto de la tarde con el vibrador puesto.

—¿Se supone que eso es un castigo?

—La última vez no te gustó.

—Porque te comportaste como un jodido cromañón. —Resopla, intentando parecer molesta, pero la sonrisa traicionera la delata. Siempre la delata, y a mí me encanta verla sonreír. Si la Lydia hostil y malhumorada me ponía a mil, esta nueva versión me vuelve completamente loco.

La verdadera Lydia.

Divertida, intensa, cercana.

Es todavía más perfecta de lo que imaginaba.

Después de nuestra discusión en Atenas y de unas cortas negociaciones sobre su libertad, en las que, claramente, fue vencedora, su actitud conmigo ha cambiado.

Acepta la atracción que hay entre ambos con naturalidad y confianza. Me busca, me coquetea, no huye de mi presencia. Y a mí me encanta cada cosa que hace para provocarme. Han sido las jodidas mejores dos semanas de mi vida.

—¿Qué haces aquí? —Acaricio su mejilla y paso un dedo por la comisura de su boca—. ¿Por qué no estás en nuestra habitación esperándome?

—¿Pretendes que me pase la vida en la cama?

—Mierda, Lyd, claro que sí.

Se ríe al oír mi respuesta y ahora es ella quien acerca nuestros labios antes de susurrar:

—Para eso te hará falta algo más que un pequeño vibrador.

—No me provoques o acabarás atada al cabecero cada vez que me apetezca follarte.

—Y te vuelvo a preguntar: ¿se supone que eso es un castigo, Alekos?

La suave vibración de su voz, mezclada con esa chulería innata, logran que mi polla salte dentro del pantalón. Capturo sus labios en un beso fuerte e intenso con el que se rinde a mí. Responde con tantas ganas que enredo una mano en su cuello y la empujo hacia la pared, hasta que su espalda choca con los ladrillos.

—Si te habías propuesto calentarme para que te lo haga en el salón…, lo has conseguido.

—No conozco a nadie que se caliente tan pronto como tú.

—Para que veas cómo me tienes.

—¿Esto es por mi culpa? —Sonríe y enreda sus dedos en mi pelo, animándome a seguir besándola con fuerza—. No te tenía por un mentiroso. Seguro que con tus novias eras igual.

—¿Qué novias, Lyd? Joder, ¿qué novias? —La agarro por el trasero y la levanto del suelo, aprisionándola contra la pared y mi cuerpo.

—Las… Las otras mujeres con las que has estado. —Cierra los ojos y se muerde el labio inferior al sentir que lamo su cuello.

—Nunca he tenido novias. —Muerdo su yugular y la escucho gemir—. Nada de novias. Solo una mujer.

—¿Cómo que una mujer? —Lydia me golpea en los hombros con ambas manos y me mira con el ceño fruncido y la respiración entrecortada. Intenta empujarme para que la suelte—. ¡¿Tienes una jodida mujer?!

Le cojo las manos y se las inmovilizo sobre la cabeza, para que deje de pegarme.

—Sí que la tengo. —Sonrío y le mordisqueo la boca—. Tú. Tú eres mi mujer.

—¡Oh, Alekos, eres imbécil! ¡Me habías hecho creer que…! —Resopla y después niega con la cabeza, comprendiendo lo que acabo de decir—: No soy tu mujer. Tú y yo no estamos casados.

—Un papel no cambia nada. —Agarro su barbilla y hago que me mire a los ojos—. ¿Recuerdas la noche en la que me descubriste mirándote por los agujeros de la pared? En ese momento decidí que ibas a ser mía.

—Eres el tío más posesivo que he conocido nunca. —Chasquea la lengua contra los dientes—. ¿Cómo te sentaría que fuese diciéndole a todo el mundo que eres de mi propiedad, que eres mío y de nadie más?

—Es que lo soy, pero todavía no estás dispuesta a creértelo. —Una leve sonrisa aparece en sus labios. Me lanzo de nuevo a ellos y la beso con una intensidad salvaje, derritiéndome al escuchar sus gemidos—. ¿Vas a decirme ahora qué hacías en el salón?

—Yo… —Me muerde el labio inferior y junta nuestras frentes, buscando un poco de cordura—. Yo… estaba espiando a Pavlos.

—¡¿Qué?! ¿Por qué? —Ahora soy yo quien ríe. Al fijar la vista en la ventana, descubro a mi sobrino sentado en el borde de la piscina, acompañado por una chiquilla rubia.

—Está con Fedra. Vino hace un rato. Son tan monos cuando están juntos… —Se encoge de hombros—. Me resulta raro verlo tan tierno con alguien. Pavlos suele ser serio y seco con todo el mundo.

—Es un hombre, Lyd. Un Mavros.

—¿Y eso qué significa?

—Que, si ha heredado al menos un uno por ciento de nuestros genes, lo que intenta con esa chiquilla no tiene nada de tierno ni de mono. Yannis dejó embarazadas a dos de sus novias a los quince.

Abre mucho los ojos, impactada por la noticia.

—¿Tu hermano tuvo más hijos?

—No. Mi familia pagó para que interrumpieran los embarazos.

—¿Fue… un mujeriego?

—Mucho. Hasta que se casó con Xandra.

—¿Así se llamaba la madre de Pavlos?

—Ajá. Cuando la conoció, ya no hubo más mujeres para él. Ni siquiera después del divorcio. Murió enamorado de su exmujer.

—Qué triste.

Acaricio su mejilla y la beso una vez más.

—Nuestro padre decía que un Mavros entrega su corazón una sola vez en la vida. Y que, cuando eso ocurre, nos damos enteros, sin medida. Para siempre.

18

Lydia

Nos reunimos alrededor de la mesa para comer y Alekos me pasa el cuenco de la ensalada antes que a nadie. Siempre ha sido así desde el primer día. Primero yo, luego el resto.

Le regalo una leve sonrisa y me sirvo antes de pasárselo a Pavlos que, como de costumbre, come a mi lado en silencio.

Estas últimas semanas he estado ayudando a Minerva en la cocina. Para mi total sorpresa, no me ha amenazado ni se ha burlado de mí más de lo habitual, así que deduzco que debe de gustarle mi compañía. Creo que hemos llegado a una especie de tregua desde que empecé a echarle una mano con su sobrino. Y eso ya es decir, porque con Minerva Mavros nunca puedo estar del todo segura.

A su lado, Christos come con rapidez. Me da la sensación de que apenas saborea lo que se lleva a la boca. Tiene la camiseta manchada con unas gotitas de sangre. Quiere terminar pronto para volver al sótano, donde pasa mucho tiempo últimamente. Seguro que tiene alguna nueva víctima a la que mutilar junto a ese gigante de Gregorio. Sin embargo, yo nunca le pregunto. No quiero saberlo. Mi salud mental agradece seguir en la ignorancia. Alekos lo sabe, y les ha prohibido a sus hermanos hablar sobre mutilaciones y asesinatos cuando estoy presente. Todavía me cuesta asimilar quiénes son las personas con las que vivo.

Me meto una cucharada de sopa en la boca y la saboreo, relajada. ¿Quién me lo iba a decir? Yo. Lydia Gómez. Relajada en la casa de los Mavros.

Cuando voy a meter de nuevo la cuchara en el plato, un repentino escalofrío me eriza la piel de los brazos. A pesar de que en

Creta las temperaturas son suaves la mayor parte del año, se nota ya que estamos en diciembre.

Diciembre.

Joder.

El tiempo ha volado.

Llevo seis meses viviendo en el hogar de Alekos y todavía no puedo creer lo que ha pasado entre nosotros. Ni lo que ha cambiado mi situación en esta villa. Llegué en junio, desangrándome, con la vida pendiendo de un hilo, y ahora… Ahora paso las noches en su habitación, en su cama, con él, porque desde que regresamos de la mansión de Angelis y aceptó devolverme la libertad, no nos hemos separado.

—Lyd. —La voz de Alekos me hace alzar la vista. Cuando nuestros ojos coinciden, sonríe. Todavía le queda comida en el plato, pero parece no importarle porque toda su atención está puesta en mí—. Ven aquí.

—¿Adónde?

—Aquí. —Palmea el asiento libre a su izquierda—. Tienes frío.

Mis labios se curvan en una sonrisa chulesca y me cruzo de brazos antes de responder:

—Prefiero convertirme en una estalagmita antes que ocupar el sitio de tu antigua amante.

—Es solo una silla.

—Pues como solo es una silla, me quedo en esta.

Alekos enarca una ceja y clava sus oscuros ojos en mí, con una mezcla de diversión y exasperación que lo hace parecer muy sexi. Pero no doy mi brazo a torcer. No me sentaré en el lugar de Diana.

De repente, es él quien se levanta y apoya las manos sobre la mesa.

—Pavlos.

—¿Qué? —El chiquillo lo mira, y no hace falta diga nada más, porque entiende perfectamente lo que pretende—. ¡Venga, no me jodas!

—Cámbiame el sitio.

—¡El que tiene quince años soy yo, tío, joder! —Pone los ojos en blanco, empuja su plato y rodea la mesa resoplando para sentarse

donde estaba Alekos.

—De ahora en adelante, este es tu sitio.

Alekos se deja caer a mi lado y yo aprieto los labios para no sonreír. Me mantengo seria mientras doy un nuevo sorbo de la sopa y lo ignoro… hasta que rodea mi cintura y me abraza.

—Si mi mujer no viene a mí, yo voy donde está mi mujer.

—¿En serio? Qué romántico. —Lo miro burlona, pero en el fondo me encanta lo que acaba de hacer.

—¿Tienes mucho frío? ¿Quieres que subamos la calefacción?

—Estoy bien.

—Lo sabía. Nadie te calienta como yo. —Me da un suave beso en el cuello y cierro los ojos, muy sonriente.

—Me van a salir caries de tanto azúcar, joder —se queja Minerva —. ¿Es que no os sobra con pasaros las noches follando como conejos? Os prometo que voy a insonorizar mi habitación.

—Música. Esa es la solución —nos dice Christos guiñándonos un ojo.

—La solución es que se larguen a otra casa para que podamos vivir tranquilos. —Minerva deja su cuchara y se mira el reloj de muñeca—. Yo me largo. Quiero comprar algo de ropa en el centro comercial de Heraclión. ¿Me acompañas?

Durante unos segundos no sé a quién se refiere, pero cuando noto sus ojos felinos fijos en mí, parpadeo, incrédula. No sé si estoy escuchando bien o la sopa llevaba algún tipo de alucinógeno.

—¿Yo?

—Sí, tú. A no ser que hayáis planeado otra de esas maratones de sexo salvaje con las que nos castigáis a diario.

Miro a Alekos, que también se ha quedado mudo ante la invitación de Minerva, y asiento mientras una leve sonrisa se dibuja en mis labios.

—Emmm, bueno, sí, te acompaño.

—Te vendrá bien. —Me mira de arriba abajo y enarca una ceja—. No es por nada, hermano, pero tu novia necesita que dejes de comprarle ya la ropa. Como cabeza de familia eres la hostia, pero el gusto para la moda lo tienes en el culo.

Estoy peinándome en nuestro dormitorio cuando escucho que la puerta se abre.

Por el espejo del cuarto de baño veo aparecer a Alekos, que camina por la habitación hasta un robusto sifonier del que saca algo que no logro ver.

Una vez termino de hacerme una coleta alta, salgo del aseo y lo encuentro apoyado en la pared.

Va vestido con unos tejanos y un jersey azul que le sientan de muerte; y esa barbita de varios días sin rasurar le queda supersexi. Pero no es eso lo que llama mi atención, sino la forma en la que me mira.

—¿Qué?

—¿Cuándo vais a volver?

—Todavía no nos hemos ido. —Sonrío y me acerco a él con movimientos sensuales.

—¿De verdad te apetece irte con mi hermana?

—¿Por qué no? Lo único que puede pasar es que regrese a la villa a trocitos y dentro de un saco.

—Minerva no va a hacerte nada. —Resopla.

—Lo sé. —Sonrío. A pesar de su carácter de mierda y sus amenazas veladas, nunca me pondrá una mano encima. Minerva se toma muy en serio la lealtad a su familia. No haría nada contra los deseos de Christos ni Alekos—. ¿Qué haces aquí? ¿No tenías bastante lío con un barco que debe salir mañana?

—Y lo tengo, pero… he pensado que, si te quedas…, podría olvidarme de todo y pasar la tarde contigo.

—Ya le he dicho a Minerva que la acompañaba.

—Cancélalo.

Entrecierro los ojos y lo contemplo con extrañeza.

—¿No quieres que me vaya con ella?

—No, joder, no es eso. —Maldice entre dientes y se pasa una mano por el pelo, sin dejar de observarme. En sus ojos veo la indecisión—. No voy a estar tranquilo.

—¿Por qué? No es la primera vez que salgo.

—Siempre has ido acompañada por alguien.

—¿Y tu hermana qué es? ¿Un mueble?

—Acompañada por alguno de mis hombres —aclara—. Minerva nunca lleva escolta. La odia, nos prohibió que nadie la siguiese.

—¿Alguna vez le ha sucedido algo?

Niega con la cabeza.

—Siempre va armada. La única vez que un tío intentó asaltarla, lo noqueó con un golpe de *kick boxing*. Es cinturón negro.

—Entonces, ¿por qué te preocupas? Me voy de compras con Terminator. —Suelto una carcajada.

—Me preocupo porque tú no eres como Minerva. —Alarga la mano hasta el sifonier, sobre el que hay una cajita de terciopelo negro de la que saca un revólver—. Llévatelo.

—i¿Me estás dando una jodida arma?!

—La compré para ti.

—¡No voy a ir armada a un centro comercial! —La mete en el bolsillo interior de mi chaqueta a pesar de mis quejas—. ¡Alekos, no!

—Sabes usarla, te enseñé a hacerlo. —Me obliga a mirarlo, a pesar de que me resisto—. Si sé que la llevas encima, estaré más tranquilo.

Cuando montamos en el coche, con Minerva al volante, Pavlos aparece de repente y se acomoda en uno de los sillones traseros.

—Vamos a llevarlo a la casa de un amigo para que pasen la tarde juntos.

La hermana de Alekos arranca el coche, sin darnos tiempo siquiera a ponernos los cinturones de seguridad, y salimos de la villa derrapando. Si no nos liquida ninguno de sus enemigos, nos matará ella conduciendo como una jodida desequilibrada.

—Lydia, mis tíos dicen que volveré al instituto la próxima semana. —Cuando giro la cabeza hacia atrás, veo que Pavlos sonríe. Últimamente, está mucho más animado que cuando lo conocí. Todavía recela y huye de la compañía de los Mavros, pero poco a poco se irá ablandando. Sé que no son la familia modelo con la que cualquier chiquillo sueña; no obstante, lo quieren y se esfuerzan por que esté cómodo.

—¿Volverás al instituto que ibas antes?

—Sí, con Fedra y los demás.

Dejamos a Pavlos en la casa de su amigo y, de inmediato, dos hombres de los Mavros aparcan frente a la puerta para vigilar que todo esté bien. Así que nosotras nos marchamos al centro comercial de Heraclión.

Una vez allí, Minerva estaciona el coche en el aparcamiento subterráneo, ocupando dos plazas para personas con movilidad reducida. A esta tía le dan igual las normas, la sociedad y todo lo que no tenga que ver con ella misma.

—¿Ya has decidido en qué te vas a fundir el dinero de la tarjeta que te ha dado mi hermano?

Caminamos por uno de los largos pasillos del centro comercial, llenos de tiendas de lujo a cada lado. Minerva bebe despreocupada un café que ha comprado en una conocida cadena americana y mira a su alrededor, buscando alguna tienda que llame su atención.

—No sé si compraré algo. Tengo mucha ropa.

—¿Y para qué has venido entonces? —Enarca una ceja y me mira extrañada.

—Me has pedido que te acompañe.

—Cosita… —Ríe condescendiente, mostrándome sus dientes perfectos y el descarado hoyuelo de su barbilla—. No seas tonta y gasta dinero. Si tú no lo haces, lo hará la próxima tía a la que se folle Alekos.

—Tienes el tacto en el culo. —Refunfuño.

—Soy sincera, nada más. —Se encoge de hombros—. Digo lo que pienso. Y para tu información, mi hermano no es de encoñarse demasiado tiempo de una mujer. Así que, yo que tú aprovecharía y me llevaría todos los regalitos que pudiese.

—No estoy con él por los regalos.

—Sí, ya, también te gusta cómo folla. —Pone los ojos en blanco —. Lydia, eres demasiado buena para tu propio bien. El mundo es cruel; debes aprender que o comes o te comen.

—No sabes nada de nuestra relación.

—Ni lo sé ni me importa. Eso es cosa vuestra. Solo te estoy aconsejando para que luego no te lleves la hostia del siglo. Eres, con

diferencia, de lo mejorcito que ha traído Alekos a la villa. Y en una cosa te doy la razón: parece muy enganchado contigo, pero nunca te fíes de un hombre, porque a la mínima… ¡Pum! A la mierda.

—¿Lo dices por experiencia?

—Lo digo porque he visto a decenas de mujeres preciosas irse llorando a lágrima viva de mi casa cuando mis hermanos se han cansado de ellas. —Minerva se detiene frente a un escaparate de una conocida firma de ropa italiana y se queda unos segundos contemplando un precioso vestido de seda negra—. Aquí está mi primera compra de la tarde. ¿Qué te parece?

Miro con indiferencia el vestido. Mi cabeza da vueltas a lo que me acaba de decir. A toda la mierda que acaba de soltar por la boca.

—Es bonito.

—Es una jodida maravilla. Vamos, quiero probármelo.

—Entra tú. Yo… voy a esa otra tienda. —Señalo la primera que veo, que resulta ser una multinacional de ropa bastante económica.

—No me jodas, Lydia, ¿quieres entrar ahí? ¡¿Ahí?! ¡¿Prefieres ropa de mercadillo a la exclusividad?!

—Ya ves, al final tenías razón. Soy demasiado buena y tonta para mi propio bien. —Alzo la barbilla y me cruzo de brazos—. Nos vemos en quince minutos en este mismo lugar.

Este no es el plan de tarde relajada de compras que había imaginado. Y mira que, con Minerva, por no tener, no tenía ninguna expectativa. Sin embargo, la conversación que acabamos de tener no me la esperaba.

La hermana de Alekos me ha advertido que no me encariñe demasiado con él porque, tarde o temprano, se cansará de mí. Y lo peor de todo es que me hablaba como si lo hiciera por mi propio bien, como si pretendiese ser mi ¿amiga?

Joder, qué turbio todo.

Paseo por la enorme tienda en la que acabo de entrar. A mi alrededor hay cientos de personas peleándose entre los montones de ropa para encontrar una prenda de su talla. Y yo ni siquiera me fijo en lo que tengo a mi alrededor. Mi cabeza centrifuga en bucle

gracias a sus palabras, porque, por más que lo intento, no logro ver nada en el comportamiento de Alekos que me alerte de que solo está jugando conmigo, porque, de hecho, él asegura que lo nuestro es todo lo contrario.

Me cuida, me cela, me quiere a su lado. Dice que soy su mujer, que nunca había sentido algo así con nadie.

¿De verdad me está mintiendo? ¿Es tan buen actor para mentir sobre algo así? Porque yo sería incapaz de hacerlo.

La respuesta viene sola a mí como una bola de demolición: no. Alekos no me miente. Lo sé. Confío en él. Minerva no tiene ni puta idea de nuestra relación, no sabe lo que pasa cuando estamos juntos, no vive en la cabeza de su hermano para conocer sus sentimientos.

Desde que estoy con él, no me ha dado ni un solo motivo por el que desconfiar de sus palabras, y no lo voy a hacer.

Cierro los ojos y nos recuerdo en la cama, besándonos, él sobre mí, llevándome tan alto como nadie lo ha hecho antes. Una leve sonrisa aparece en mis labios y niego con la cabeza, sacando esos pensamientos intrusivos de ella.

—No tienes ni puta idea —susurro, como si Minerva pudiera escucharme.

No voy a darle el placer de verme nerviosa, ni preocupada. Si eso es lo que quiere, va a comprobar que hace falta mucho más que una zorra creída con un cinturón negro de *kick boxing.*

Empiezo a mirar en los montones, con la intención de encontrar ropa mucho más bonita que ese vestido de seda negra, para luego restregársela en la cara.

Después de diez minutos buscando, llevo en las manos un par de prendas que parecen de mi talla. Así que me dirijo a los probadores.

Sin embargo, de repente, una mujer sale sin mirar de uno de los montones y chocamos de frente, logrando que la ropa que llevo en las manos salga despedida al suelo.

—¡Perdón! ¡No te había visto, disculpa!

—No, no pasa nada. Le puede pasar a cualquier… —Las palabras se me mueren en los labios cuando reconozco a la persona con la

que acabo de chocarme. Y creo que a ella le ocurre igual. Ninguna de las dos podemos articular palabra.

Doy un paso hacia atrás. Me tiemblan las manos.

—¿Lydia?

Jadeo al escuchar su voz.

El nudo que acaba de formarse en mi garganta es tan grande que me ahogo. Niego con la cabeza. Lo hago con tanta rapidez que incluso me mareo un poco. O quizás ya estaba mareada por la impresión.

Sin saber cómo reaccionar, camino hacia atrás y empiezo a correr hasta meterme dentro de uno de los probadores.

Sola.

A salvo.

Me cubro la cara con ambas manos y me obligo a controlar la respiración, a dejar de temblar. Me fuerzo a tranquilizarme.

Pero, entonces, cuando recupero la cordura, la tela del probador vuelve a abrirse y por ella entra esa mujer con la que acabo de chocar.

Lo hace tan nerviosa como lo estaba yo, con los ojos llenos de lágrimas y las manos temblorosas. Se las lleva al cabello y tira de la peluca rubia que lleva puesta. Deja al descubierto una cabeza rapada de pelo moreno, unos ojos castaños que son demasiado familiares, y ese rostro delicado y bonito de la persona que llegué a querer como a una hermana.

Calista me mira de frente y se tapa la boca para evitar que un sollozo escape de ella; sin embargo, las lágrimas mojan sus mejillas.

—Lydia… —susurra a media voz—. Lydia, joder.

Se lanza contra mí y me envuelve entre sus brazos con fuerza mientras llora a lágrima viva, mojándome el hombro donde apoya la mejilla.

Durante unos instantes, me dejo abrazar. Incluso cierro los ojos y rozo su cintura. Su olor es demasiado familiar. Huele a una vida que dejé atrás de una forma horrible, huele a una amistad truncada, huele a desengaño.

—Apártate de mí. —No reconozco mi voz. Ha sonado muerta, helada. Tanto como mi semblante. En mis ojos ya no se refleja esa

conexión tan fuerte que tenía con ella. No hay nada.

Al darse cuenta de mi frialdad, hace lo que le pido y me mira suplicante, sin dejar de sonreírme.

—Lydia, soy yo, Calista.

—Sé quién eres, no soy imbécil. Y como no te vayas en menos de tres segundos, te pego un tiro entre ceja y ceja. —Meto la mano en mi chaqueta y saco la pistola que Alekos guardó contra mi voluntad.

—¡Lydia, baja eso! —exclama asustada—. ¡Somos amigas!

—Amigas. Qué extraña palabra, ¿no? —La contemplo de arriba abajo y sonrío tensa—. Una amiga que me dejó sola en manos de unos asesinos.

—¡No, no! ¡Pensábamos que estabas muerta! ¡Creíamos que te habían matado los hombres de los Mavros! ¡Joder, y estás viva! ¡Oh, Dios, estás viva! —Las lágrimas vuelven a mojar sus mejillas. Parece feliz, ilusionada, todo lo contrario que yo—. ¡Lydia, no sabes lo que sufrí cuando Zubin nos contó que te habían disparado! ¡Laza y yo no pudimos hacer nada! ¡Cuando salimos al callejón, ya no estabas allí! ¡Pensamos que los Mavros se habían llevado tu cuerpo para quemarlo o arrojarlo al mar!

—Ya ves que no.

—¿Por qué no bajas la pistola? ¡Soy yo, joder! ¡Pasé un infierno cuando creí que ya no volvería a verte!

—Un infierno. —La comisura de mis labios vuelve a curvarse hacia arriba. Estrecho la mirada en sus ojos al tiempo que golpeo con fuerza la pared del probador—. ¡¿Que tú has pasado un infierno?! ¡¿Tú, Calista?! ¡Fue a mí a quien casi matan de un disparo por culpa de tu novio mafioso y sus jodidos líos con los Mavros! ¡Fue a mí a quien interrogaron como a una criminal y apuntaron con otra pistola en la sien mientras estaba muriéndome! ¡Yo tuve que dar la cara por vosotros cuando no habéis hecho más que mentirme!

—Queríamos protegerte de este mundo.

—¡¿Protegerme?! ¡Si no me han metido un tiro entre ceja y ceja, y sigo con vida, es gracias a Alekos! ¡No a vuestra protección!

Calista frunce el ceño.

—¿Te refieres a Alekos Mavros?

—Sí.

—¿Ese jodido asesino te ha mantenido con vida?

Al escuchar dicha pregunta, apoyo el revólver en el cuello de Calista y me acerco para susurrarle con rabia:

—Lávate la puta boca para hablar de él.

—Pero ¿qué dices? ¡Baja el arma! —Al ver que no obedezco, ella niega con la cabeza y me mira fijamente. No comprende por qué lo defiendo. Hasta que, de repente…—. No me jodas, Lydia, ¿estás con él? ¿Estáis juntos?

—Lo que haga con mi vida no te importa una mierda.

—¡Es un criminal! ¡Él y sus hermanos han matado a muchísima gente inocente solo porque se han interpuesto en sus negocios!

—Así es la vida, ¿verdad? —Sonrío—. Ahora, dime, ¿qué diferencia hay entre Alekos y Laza? ¡Vosotros matasteis a Yannis!

—¡Nosotros no hemos matado a nadie! ¡Eran aliados de Laza! ¡No tiene sentido hacer algo así! ¡¿Crees que seríamos tan estúpidos de provocar a los Mavros?! ¡No sabemos quién coño fue el asesino, pero puedo asegurarte que nosotros no nos dedicamos a disparar a nadie, y menos en la puerta de nuestro club! ¡Eso sería demasiado estúpido!

—¿Y por qué os habéis escondido? ¿Por qué no ha dado la cara Laza?

—Si los conocieras un poco, sabrías que una reunión con ellos significa la muerte, Lydia. Da igual si somos inocentes o culpables. Nos matarán solo para calmar su dolor y su sed de venganza. —Calista me mira suplicante. Busca en mí algún vestigio de la chica que era—. No sabíamos que estabas viva. Te lo prometo. Habríamos encontrado la manera de llegar hasta ti. Tienes que creerme.

Suspiro y me quedo en silencio unos segundos, dándole vueltas a su explicación. Entonces, bajo el arma y me la vuelvo a guardar dentro de la chaqueta.

—Vete de aquí, Calista.

—¡¿Por qué no me crees?!

—Te creo, por eso voy a dejar que te vayas sin contarle a Minerva que he estado contigo.

—¿Qué te ha pasado, Lydia? ¡¿Qué te pasa?! —Otra lágrima rueda por su mejilla—. ¡Ven conmigo! ¡Puedo alejarte de esa gente!

¡Te esconderé con nosotros! ¡Nadie sabrá dónde estás!

Me limito a negar con la cabeza.

—Me quedo con Alekos.

—¿Estás hablando en serio?

—Muy en serio.

—Joder… —Se seca las mejillas con el dorso de la mano—. Eso significa que no volveré a verte.

—Es lo más probable.

—Lydia, los Mavros tienen a Obrad. Lo capturaron hace varias semanas y no sabemos si sigue con vida.

—Yo tampoco lo sé. —Mi voz sigue sonando plana, sin emoción—. No estoy al tanto de sus asuntos.

—Tienes que ayudarlo.

—¿Por qué? ¿Piensas que voy a traicionar a Alekos por alguien que no movió ni un dedo cuando lo necesitaba?

—i¿Es que no entiendes que creíamos que estabas muerta?!

—¿Quieres un consejo? Dile a Laza que dé la cara y hable con él. Si vosotros no sois los asesinos de Yannis, no veo el motivo para seguir escondidos como cucarachas. —Al mirar mi reloj de muñeca, compruebo que es la hora de reunirme de nuevo con Minerva—. Ahora vete. Si te quedas más tiempo aquí lo más probable es que te cojan. —Me humedezco los labios y bajo la vista al suelo—. Que te vaya bien, Calista.

19

Lydia

No le he contado a nadie que me he encontrado con la mujer de Dragoslav en el centro comercial, y no ha sido fácil. He pasado mucho tiempo debatiendo conmigo misma si ocultarle la verdad a Alekos era lo correcto.

No.

Sé que no lo es.

Sin embargo, cada vez que me decido, el rostro de Calista aparece frente a mí y no soy capaz de delatarla.

Era mi mejor amiga. Como de mi familia. Y, aunque nuestro encuentro ha sido frío y distante, porque no me he permitido bajar la guardia, no quiero que le ocurra nada por mi culpa.

Los primeros días, lo llevé fatal. Cientos de pensamientos intrusivos me bombardeaban por mi deslealtad hacia los Mavros. Por ocultarles algo que merecen saber. Pero prefiero ser una traidora antes que convertirme en la culpable de más muertes. Porque sé que, cuando ambos bandos se enfrenten, la sangre va a correr, y me aterra que algo malo pueda pasarles. Que algo malo le ocurra a Alekos.

Mientras recorro el pasillo de la villa, me obligo a expulsar esos pensamientos y a sonreír al escuchar los gritos y las risas de los amigos de Pavlos, quienes están de fiesta en el jardín.

Tengo que reconocer que Minerva ha tenido una buena idea, porque su sobrino empieza a mirarla con otros ojos.

Sé que haría cualquier cosa por ese chiquillo. Se esfuerza mucho por ganarse su cariño. Pavlos es el único que nunca ha tenido que aguantar una mala respuesta de su tía. Me resulta extraño pensar que Minerva Mavros es capaz de sentir amor por alguien más que por ella misma.

Una vez llego a mi destino, miro a ambos lados del pasillo y agarro el pomo de la puerta, que se abre sin oponer resistencia.

En el despacho, Alekos habla por teléfono, apoyado en la pared junto a la ventana. Está concentrado en la conversación, pero eso no le impide guiñarme un ojo cuando me ve aparecer. Va de un lado a otro, resopla y se pasa la mano por el pelo cada vez que su interlocutor no dice lo que quiere oír.

Lleva ese traje de chaqueta negro que usa cuando tiene que salir de casa para ocuparse del negocio. Mis ojos se pasean por su cuerpo y me muerdo el labio inferior al recorrerlo de arriba abajo.

—¡Me importa una mierda que la policía te haya confiscado el barco, Antoniou! ¡Busca otra manera de transportar la marihuana o se acabó nuestro trato de favor! —Da unos suaves golpes en la pared cercana y rodea la mesa para sentarse en la cómoda silla de su escritorio—. ¡Ese no es mi problema! ¡Soluciónalo!

Y cuelga.

Arroja el móvil sobre la mesa, sin ningún cuidado. Se lleva las manos a los ojos, los frota mientras suspira y niega con la cabeza.

—Estoy rodeado de gilipollas que no saben hacer su puto trabajo.

—Siento oír eso. —Camino despacio hacia Alekos, con suaves movimientos de cadera—. Si tuviera un barco, transportaría yo misma esa marihuana para que no pienses que soy gilipollas.

—Sabes que no va por ti. —Me hace una señal con la mano para que me siente sobre sus piernas—. Ven aquí.

Cuando llego a su lado y me acomodo sobre él, Alekos me rodea por la cintura, pegándome a su cuerpo.

Paso un dedo por sus labios.

—¿Día de mierda?

—Hasta hace un momento, sí. —Me muerde el dedo—. Deberías quedarte en la oficina cada vez que tengo que encerrarme aquí.

—Entonces no trabajarías.

Sonríe entre dientes, burlón, y una de sus manos asciende por mi cintura.

—Trabajaría y tendría unas vistas acojonantes, porque estarías desnuda todo el tiempo.

—Pues no suena nada mal.

—No. —Enreda sus manos en mi pelo hasta que nuestros rostros quedan a milímetros y lame mi labio inferior.

—No quiero entretenerte.

—Ya es tarde para eso. —Mordisquea mi mandíbula—. Muy tarde, Lyd.

—Solo… quería preguntarte si vas a venir al jardín.

—¿Con mi sobrino y los demás críos?

—También está Minerva, y Stelios, y…

—Ni de coña.

—Como anfitrión, dejas mucho que desear —me burlo.

—Permito que una manada de adolescentes grite y se magree en mi jardín. Yo creo que soy un anfitrión demasiado permisivo. —Suspiro cuando me besa y mete la lengua en mi boca, enredándola con la mía—. Además, quiero terminar pronto para llevarte a cenar fuera. ¿Te apetece?

—¿Adónde? —Asiento.

—Es una sorpresa, pero sé que te va a gustar.

—¿Es donde llevabas a tus demás novias?

Alekos se ríe y me da un pellizco en el trasero que me hace gritar.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que yo solo tengo una mujer?

—Muchas, porque tu mujer es bastante celosa.

—Me gusta que lo seas. —Nos besamos una vez más y alarga la mano hacia el teléfono—. Debería terminar.

—¿Me estás pidiendo que me vaya?

—No, quédate, pero me oirás gritar. La incompetencia de esos imbéciles me estresa.

—Yo puedo hacer que tu estrés desaparezca.

—¿Cómo?

Ahora soy yo quien lo besa. Lo hago despacio, sensual. Lamo su boca y enrosco mi lengua con la suya. Entonces me levanto de su regazo, quedando de pie entre sus piernas.

Una vez termina el beso, voy agachándome lentamente, sin perder el contacto visual, hasta que acabo de rodillas en el suelo.

—Oh, joder, sí… —susurra al darse cuenta de mis intenciones.

Le suelto el cinturón y después los botones del pantalón. Su polla aparece ante mis ojos, erguida y gruesa. Me relamo.

—Yo también voy a disfrutarlo. —Acerco los labios a su tronco y lo lamo en toda su extensión, logrando que contenga el aliento y se agarre fuerte a la silla—. Cuando me lleves a ese restaurante, ya me habré tragado mi primera cena.

Agarro su polla con una mano y rodeo el glande con la lengua, mojándolo con mi saliva, succionando esa piel tan sensible mientras mi mano lo masturba despacio.

Lo escucho jadear. Siento el movimiento irregular de su torso y sus caderas. Sé que se está conteniendo, que le gustaría ser más brusco, pero no lo hace por mí.

Me la meto en la boca. Alekos gime y apoya una mano en mi cabeza mientras me mira, jadeante.

—No te contengas —digo, clavando mis ojos en los suyos—. Hazlo.

—Te haré daño.

—Lo estás deseando. Y yo también. Fóllame la boca.

—No me animes, Lyd.

—Estoy haciendo justamente eso. ¡Hazlo!

De repente, noto cómo sus dedos se enredan en mi pelo y me empuja hacia él al tiempo que levanta las caderas para metérmela más hondo.

—¡Oh, Dios, joder! —Sus movimientos se vuelven cada vez más fieros, más salvajes. Bombea dentro de mi boca con una velocidad que me excita y me obliga a no cerrarla ni un ápice—. Esto es… Mierda, Lyd, es demasiado bueno.

Me tiene agarrada tan fuerte del pelo que incluso se me saltan las lágrimas, pero no me apartaría por nada del mundo. Ver a Alekos fuera de control es un maldito espectáculo.

Sin embargo, de repente, la puerta del despacho se abre y no me queda más remedio que apartarme y esconderme bajo la mesa. Tengo el corazón y la respiración acelerados. Desde mi posición solo veo unas deportivas de hombre.

Alekos se echa hacia adelante para taparme y que el recién llegado no me vea, ni vea su polla fuera del pantalón, todavía erecta

y húmeda por mi saliva.

—¿Qué haces aquí? —Su voz suena acelerada, aunque se empeñe en aparentar tranquilidad.

—He estado hablando con Antoniou. Hemos solucionado lo del barco. —Es Christos, quien se acerca hasta la mesa y da unos suaves golpes en ella.

—Bien hecho, ahora vete.

—¿No quieres saber cómo lo hemos soluciona…?

—¡No, largo! ¡Tengo trabajo que hacer y me estás atrasando!

—Vale, joder. —Escucho su risa y se aparta de la mesa—. De nada, ¿eh?

—¡Que te largues de una maldita vez!

Me fijo en los pies de Christos. Se alejan en dirección a la puerta y la abre para marcharse. Pero antes de hacerlo, se vuelve a girar.

—Por cierto, tienes tanta prisa de que me vaya que ni has dejado que me despida de Lydia. —¡¿Cómo coño lo ha sabido?! No tengo ni que preguntar; enseguida me saca de dudas—: Se te ven las deportivas. La próxima vez, encoge un poco más las piernas.

—¡Christos, fuera! —ruge Alekos.

—¡Voy, voy! —Vuelve a reírse—. Que se os dé bien el *trabajo*.

En cuanto la puerta se cierra y nos quedamos a solas en el despacho, Alekos mueve la silla hacia atrás y me ofrece su mano para ayudarme a incorporarme.

—Habría jurado que estaba bien escondida.

—Mi hermano tiene alma de sabueso.

—Joder, ha entrado en el mejor momento.

—No, qué va. —Sonríe y me acaricia desde el cuello hasta la cintura, lento, mirándome fijamente a los ojos, sin decir ni una palabra. Abarca mis mejillas con ambas manos y acerca su boca para darme un beso tan suave y tierno que me eriza toda la piel—. El mejor momento viene ahora.

Ni siquiera puedo responder. No lo hago porque veo un brillo en sus ojos que me paraliza, que me obliga a no apartar la vista de él. Alekos me besa una vez más. Lo hace con una intensidad increíble.

—Eres preciosa, Lyd —susurra sobre mis labios al tiempo que me arrincona contra la pared y comienza a deshacerse de mi jersey.

Me besa los senos. Siento su lengua en mis pezones, sus dientes mordisqueando cada centímetro. No hay brusquedad, solo besos y caricias.

Una vez me tiene completamente desnuda entre sus brazos, me levanta una pierna y la enreda alrededor de sus caderas, exponiéndome, abriéndome para él.

Me penetra de una enérgica estocada y cierro los ojos al tiempo que me agarro a sus brazos. Siento su polla apretada dentro de mi conducto. Disfruto con cada movimiento entre nuestros cuerpos.

Se retira y vuelve a penetrarme, sus envites son profundos, muy intensos. No me lo hace de forma arrebatada. Esta vez es diferente. Y me encanta.

Alekos me agarra la barbilla y me obliga a mirarlo. A no despegar mis pupilas de sus ojos. Como si pudiera hacerlo. No sé qué me pasa, pero necesito observarlo, disfrutar de cada pequeña porción de su rostro contraído por el placer.

Yo…

Creo que lo quiero.

Joder. Lo quiero.

Me he enamorado de Alekos Mavros, y en lugar de estar aterrada por lo que eso significa, me siento inmensamente feliz.

Cuando estoy a punto de correrme, hace que me gire. Aplasta mi cuerpo contra la pared y mi mejilla queda apoyada sobre la fría piedra.

Me lo hace por detrás, entra en mí con un poco más de desesperación y sujeta mis caderas para seguir embistiendo hasta que ambos nos corremos.

Deja el peso de su cuerpo sobre el mío, aplastándome aún más contra la pared. Mis piernas tiemblan, mi respiración se ha acelerado, a pesar de que todo ha sido lento. Porque velocidad e intensidad no siempre van cogidas de la mano. Y ha sido increíblemente intenso.

Intenso y precioso.

Tras unos minutos, aún de pie contra la pared, siento sus labios en mi hombro. Alekos me besa y acaricia mi tatuaje.

Sé que lo está mirando; le produce curiosidad. Lo admitió aquella noche en Atenas, cuando nos dirigíamos a la mansión de los Angelis. Sin embargo, aunque me preguntó por él, no quise responderle.

—Siempre me han gustado las mariposas. —Giro la cabeza. Me mira en silencio y acaricia con su pulgar el delicado espacio entre mi oreja y el cuello. Está increíblemente guapo después del sexo. Tiene el pelo revuelto y en sus ojos se refleja una calidez que me reconforta—. Me las tatué hace seis años.

—¿Qué significan?

—No es *qué*, sino *quién*. —Me humedezco los labios y tomo aire antes de seguir hablando, porque, a pesar del tiempo, todavía duele —. A los veinticinco, tuve dos abortos. —Se queda muy quieto, petrificado, sin palabras, porque esto es lo último que esperaba. Así que continúo—: Estaba saliendo con un chico, llevábamos tres años juntos y decidimos dar el paso y buscar un bebé. Pero las dos veces que lo intentamos, lo perdí.

—¿Él…? ¿Él te hizo…?

—Fueron espontáneos. Jamás me puso un dedo encima. —Su expresión se suaviza y me acerca más a él, protector—. No volvimos a intentarlo; la relación fue enfriándose. Al final lo dejamos y cada uno siguió por su lado. —Sonrío—. Pero yo quise a esos bebés, Alekos. El tiempo que los tuve dentro de mí los amé con todo mi corazón. Así que me hice este tatuaje para llevarlos conmigo de alguna manera. Ellos son mis mariposas.

20

Lydia

Las carcajadas de Christos y Stelios retumban por la cocina y nos contagian a todos, aunque nos empeñemos en mantenernos serios y concentrados.

Llevamos más de dos horas sentados alrededor de la mesa, jugando al póker y bebiendo ouzo, mientras fuera cae un diluvio. Y claro, el efecto del alcohol empieza a notarse bastante en todos, porque hasta Alekos luce una sonrisilla tonta en los labios.

Pavlos está pasando la tarde fuera, en casa de un amigo, así que no tenemos nada mejor que hacer que perder dinero jugando a las cartas mientras nos atiborramos de licor.

—Stelios, deja de hacer el imbécil y coge carta. —Minerva resopla y fulmina con sus ojos castaños a su hermano y a su amante.

—Quiero hacerlo, Mimi, lo juro, pero Christos es gilipollas y me aparta el montón.

—A algunas personas no os deberían dejar beber —gruñe y tira las cartas sobre la mesa, mosqueada—. Hasta mi abuela tenía más aguante que vosotros.

—Mi hermana es como Hércules, puede con todo.

—Vete a la mierda, gilipollas, y dedícate a seccionarle los huevos a alguno de esos imbéciles que tienes en el sótano.

—Es lo que más me gustaría, pero Alekos no me deja. —Le guiña un ojo y se llena de nuevo el vaso de chupito con ouzo.

A mi lado, escucho la risa de Alekos, que también lanza sus cartas sobre la mesa, dando por finalizado el juego. Me rodea con los brazos, acercándome a él, y me da suaves bocaditos en el cuello.

—¿Has visto lo que tengo que aguantar, Lyd? Nuestra familia es un circo. —Me aparta un poco el jersey y besa mis mariposas.

—¿Y qué me dices de ti? —Giro la cabeza para mirarlo, sonriente. Yo también voy un poco más achispada de la cuenta—. Acabo de descubrir que te pones muy cariñoso cuando bebes.

—Yo siempre soy cariñoso.

—¿Me río ahora o luego?

—Vamos a nuestra habitación y te lo demuestro.

—Ya me lo has demostrado hoy dos veces.

—¿Solo dos? Eso tenemos que remediarlo de inmediato. —De repente, se levanta de la silla y tira de mi mano. La que empieza a reír a carcajadas soy yo.

—Ya están cachondos otra vez —se queja Minerva, dando un nuevo sorbo a su vaso—. Cualquier día les pego un tiro y los lanzo al mar, para que nos dejen vivir.

Alekos le guiña un ojo a su hermana y me levanta en peso sobre su hombro, como si fuera un saco de patatas. Sin embargo, antes de poder dar un paso hacia la salida, su móvil empieza a sonar.

Cuando ve el número en la pantalla, se lleva el aparato a la oreja y me deja de nuevo en el suelo.

—Mavros. —Se queda en silencio unos segundos, concentrado en lo que dice su interlocutor. Asiente—. ¿Cuándo ha sido? ¿Se han llevado algo? —Se pasa una mano por el pelo—. Vale. En un rato estamos allí.

Cuelga. Maldice entre dientes y mira a su hermano, serio.

—Alguien ha entrado en el almacén del muelle. Calix asegura que no falta nada, pero vamos a ir de todos modos para asegurarnos. —Se gira hacia mí y entrelaza nuestras manos—. Tengo que irme. Volveré en cuanto pueda.

—Tranquilo.

—Voy a mi despacho para hacer unas llamadas y salgo con Christos hacia el muelle. —Me da un beso rápido y abandona la cocina a toda prisa.

Después de echarme un poco de agua en la cara, me siento más despejada. No estoy acostumbrada a beber tanto, y el ouzo es un licor fuerte.

Cuando me miro en el espejo de nuestra habitación, no puedo evitar sonreír. Tengo un ligero rubor en las mejillas, la coleta deshecha y los ojos brillantes.

Soy feliz.

Mucho.

Con él.

Viviendo una vida cuestionable y repleta de delitos.

Joder.

Me tapo la boca con ambas manos y me río entre dientes. ¿Quién me lo hubiese dicho? ¿Quién se lo habría dicho a la Lydia de hace seis meses?

Una vez abandono la habitación, camino por el pasillo en dirección a su despacho. Sé que Alekos todavía no se ha ido al muelle, porque desde aquí escucho su voz mientras habla por teléfono, y quiero darle un último beso de despedida.

—¡Shhh, cállate, imbécil!

Unas suaves risas llaman mi atención. Giro la cabeza y descubro a Minerva y a Stelios tonteando en el pasillo. Juguetean, se comen la boca camino de su dormitorio. Aprovechan que sus hermanos se marchan para follar sin que nadie los descubra.

Antes de entrar en la habitación, Minerva levanta la cabeza y nuestras miradas se cruzan. Entonces, se coloca un dedo en los labios para que no diga nada, y me guiña un ojo.

Yo no soy quién para juzgar a nadie. Pero, joder, cada vez que los veo juntos no puedo evitar pensar en la mujer y los hijos de Stelios.

En fin. No es cosa mía. Son mayorcitos para saber lo que hacen y a quién joden con sus actos.

Sigo mi camino hacia el despacho de Alekos, y la sonrisa se me hace cada vez más amplia al escuchar su voz.

—¡Alekos! —Uno de sus hombres me adelanta por el pasillo y entra con él en el despacho, con el semblante agitado—. ¡Línea dos! ¡Rápido! ¡Lo tenemos!

Dejo de andar, extrañada.

El hombre sale del despacho y me saluda al cruzarse conmigo. Ya en la puerta, apoyo la mano en el picaporte para abrir; no obstante, escucho algo que me frena en seco.

—¿Dragoslav? ¿De verdad eres tú? —Se me acelera la respiración. ¿Laza ha llamado a Alekos? ¿Es él?—. Joder, qué inesperada sorpresa. ¿Qué te ha llevado a echarle huevos y dar la cara de una puta vez?

La voz de Alekos suena helada, despectiva. Después de seis meses buscando al principal sospechoso del asesinato de Yannis, ha logrado dar con él.

—No te imaginas la suerte que tienes de que estés al otro lado del teléfono, hijo de puta, porque si te tuviera enfrente, no quedaría de ti ni una jodida uña.

Se hace un corto silencio en el que Alekos ríe entre dientes y resopla.

—¿Crees que ahora me importan tus explicaciones de mierda? ¡En cuanto te tenga enfrente voy a despedazarte! ¡Un inocente no se esconde como lo has hecho tú! ¡No lloriquees ni intentes hacerte la víctima, Laza! ¡Sí, ya sé que me has llamado tú! ¿Y qué?

Otro corto silencio en el que mi corazón late a un ritmo imposible.

—¿Qué? ¿Qué coño dices? —Frunzo el ceño y agudizo el oído—. ¿Cómo que la vio en el centro comer…? ¡Y una mierda! ¡Repite eso y te corto la lengua!

Otro silencio. Esta vez más largo. Hasta que de repente:

—¡¿Y por qué crees que me importa?! ¡¿Pretendes que me ponga a llorar por una de tus putas?! ¡Si tanto la queréis y la apreciáis, te la daré cuando nos veamos! ¡A ella y al hijo de puta de tu hermano!

Un horrible presentimiento empieza a enredarse en mi estómago. ¿Ella y su hermano? ¿Quién es ella? ¿Una de sus putas? ¿Se refiere a mí?

—¡¿Por qué crees que iba a querer quedármela?! ¡Ya me la he follado tantas veces que me aburre! No la quiero en mi casa. ¡Si la he conservado todo este tiempo, es porque sé que es amiguita de tu mujer! ¡Y ha sido un señuelo cojonudo, por lo que veo! ¡Pero ya no me resulta útil!

Se me ha parado el corazón. Las piernas me tiemblan tanto que tengo que apoyarme contra la pared para no caer de bruces contra el suelo.

—Por favor… —jadeo, desesperada—. No, Alekos, por favor.

Vuelvo a escuchar su risa dentro del despacho.

—¡Te doy tres días, Dragoslav! ¡Ni uno más! ¡En tres días nos reuniremos! ¡Puedes meditarlo, si quieres! ¡Pero si antes de ese tiempo no recibo una llamada fijando lugar y hora, me la cargo a ella y a tu puto hermano! ¡Aunque quizás acabe matándolos antes! ¿Quién sabe?

Estoy paralizada.

Ni siquiera puedo escuchar el resto de la conversación porque me pitan los oídos y tiemblo de forma incontrolable. Mi cabeza da vueltas y más vueltas a sus amenazas. A sus palabras despectivas hacia mí.

¿Me ha engañado? ¿Ha estado manipulándome todo este tiempo para evitar que le diese problemas? ¿Para tenerme contenta y sumisa?

Las imágenes de nosotros juntos no dejan de pasar por delante de mis ojos. Imágenes sensuales, preciosas, divertidas… ¿Todo eso era mentira? ¿Sus palabras, sus caricias, sus miradas?

Las lágrimas escapan de mis ojos y me mojan las mejillas. El corazón se me acaba de hacer pedazos.

Quiere matarme.

Me ha mantenido en su casa como señuelo, para atraer a Laza hasta ellos. El tono de odio y burla en su voz se repite una y otra vez. Odio y burla hacia mí.

De repente, escucho un fuerte estruendo en el despacho. Ha estampado el móvil contra la pared y los pedazos llegan hasta el pasillo. A mis pies.

Lo oigo golpear la mesa. Alekos maldice entre dientes y castiga la madera del escritorio.

Va a matarme.

No le importo.

Todo ha sido mentira.

Minerva me lo advirtió. Joder. Era verdad. Todo lo que me dijo de él. Alekos nunca ha sentido nada por mí. Me ha utilizado y, ahora que ya no le sirvo, me matará.

Es un asesino.

Es un puto criminal que usa a las personas a su favor, para lograr sus fines. Y yo he caído en su trampa como una imbécil.

Un nuevo ruido en el despacho me pone en alerta.

Si Alekos sale y me descubre en el pasillo, se dará cuenta de que lo he escuchado todo, y mi situación se volverá aún más complicada.

Echo a correr de vuelta a la habitación y cierro la puerta con el pestillo. Poco después, escucho el sonido de su coche al abandonar la villa.

Se ha ido.

Christos y él se han marchado al muelle.

Y yo también me voy.

No permito que la tristeza y el amor que siento por él me hagan dudar. No se merece que me haya entregado en cuerpo y alma. Ni tampoco merece ver cómo me retuerzo de dolor por un hijo de puta de su calaña.

Abro el sifonier donde Alekos guarda varios de los revólveres y cojo el que compró para mí.

¿No quería que lo llevase encima? Pues así va a ser.

Me lo guardo en la parte trasera de los tejanos, cubierto por la chaqueta. Salgo de la habitación con la decisión reflejada en el rostro.

Sé qué tengo que hacer, y lo haré para largarme de una jodida vez de esta casa. Cuando Alekos regrese y se dé cuenta de que no está su juguetito esperándolo, va a montar en cólera.

¡Que se joda! ¡A la mierda todo lo que tiene que ver con él!

Cruzo el pasillo y el comedor en dirección al garaje. Sé que allí encontraré a alguno de sus hombres, y que insistirá en acompañarme cuando le diga que voy a salir. Que lo haga. Al mínimo descuido me perderá de vista.

Sin embargo, cuando apoyo la mano en el picaporte, un vago recuerdo regresa a mi mente. La conversación con Calista en el centro comercial.

Obrad.

El hermano de Laza está en el sótano.

Cambio de dirección.

No sé si habrá alguien en la sala de tortura con él, pues Christos ha abandonado la villa junto a Alekos, pero me da igual. Obrad Dragoslav se viene conmigo.

Cuando abro la puerta, solo hay oscuridad, y eso es una buena señal.

Miles de recuerdos de este sitio regresan a mi mente. Recuerdos horribles de dolor y miedo; del miedo paralizante de quien se enfrenta a la muerte.

Recorro el pasillo que separa el quirófano de la sala de tortura y, al entrar en ella, encuentro al hermano de Laza atado a una silla, con el rostro y la ropa ensangrentados.

Ni siquiera levanta la vista cuando me oye llegar, hasta que…

—Obrad.

Reconoce mi voz. Posa los ojos en mí y una leve sonrisa curva sus labios. Se parece mucho a Laza, pero Obrad es más alto y pelirrojo.

—Lydia. Estás viva. —Frunce el ceño—. ¿O es que yo también estoy muerto?

—No nos han matado a ninguno, de momento. —Me acerco y compruebo que está atado con unas cadenas gruesas y resistentes —. ¿Cómo te desato?

—El hijo de puta sádico de Christos Mavros guarda las llaves en aquel armario del fondo.

Palpo por la parte alta del armario y no tardo en encontrarlas. Le suelto las ataduras y lo ayudo a levantarse. Aun así, ya de pie, trastabilla un poco y se sujeta a mí.

—¿Puedes andar?

—Podré. Llevo demasiado tiempo sentado. Mis piernas tardarán un rato en responder.

—Tranquilo.

—¿Cómo vamos a irnos de aquí?

—Robaremos un coche.

—Los Mavros tendrán a decenas de hombres vigilando el perímetro.

—El único que debe preocuparnos es el tío que vigila el garaje, y… —Le muestro la pistola—. Quizás con esto podamos convencerlo de que nos deje pasar.

—¿Cómo la has conseguido? ¿Y cómo estás tan segura de que nadie nos perseguirá cuando escapemos?

—No es la primera vez que salgo de la villa. Me conocen. Confían en mí. —Obrad me mira con el ceño fruncido, receloso, sin entender la razón—. Es una larga historia. Te la contaré cuando estemos a salvo. ¿Puedes andar ya?

—Creo que sí.

—Pues vamos. Te llevaré con tu hermano y los demás.

A pesar de que Obrad no está herido de gravedad, le cuesta moverse más de lo que imaginaba. Está débil, mucho más delgado, y las semanas que ha pasado atado tampoco ayudan. Saco la pistola de mi chaqueta y se la pongo en las manos.

—Yo iré delante. Asegúrate de que nadie nos sigue.

—Hecho. —Empuña el arma, vigilante, mirando hacia todos lados —. Vaya casa tienen estos hijos de puta.

—Shhh… —Me llevo un dedo a los labios—. Sigue andando. La puerta del garaje es esta de aquí.

—¿Y dices que solo habrá un hombre vigilando?

—Siempre hay solo uno, pero en la valla de la entrada hay una caseta con cuatro vigilantes. —Cuando veo que Obrad abre mucho los ojos, sonrío, tranquilizadora—. Tú montarás en el maletero. Solo me verán a mí. Nos dejarán salir. ¡Ah, y otra cosa! Debemos intentar no usar el arma contra el tío del garaje.

—¿Por qué?

—Minerva está en la casa. Si oye un disparo vendrá a ver qué pasa y nos cogerán.

—Entonces, ¿cómo vamos a burlarlo?

—Entraré primero, lo entretendré. Y tú… no sé, improvisa algo. Eres un puto gánster, ¿no? Algo se te ocurrirá.

Cuando entro en el garaje, el hombre que vigila los coches de los Mavros se me acerca con el ceño fruncido, extrañado de verme allí a esas horas, y más con la tormenta que está cayendo.

—Voy a salir —anuncio sin más, mirando con indiferencia los vehículos, aunque ya sé cuál voy a llevarme: el Ferrari nuevo de Alekos. Ama ese coche. ¡Que se joda!—. ¿Puedes mirar si me dejé el monedero en el Porsche? Creo que se me olvidó.

—¿Sabe Alekos que vas a salir? —pregunta desconfiado, caminando hacia el Porsche para buscar la supuesta cartera—. ¿Deja que te vayas con la que está cayendo?

—¿Quieres llamarlo para preguntarle? —respondo burlona—. Seguro que le encantará que lo interrumpan cuando está ocupado en el muelle.

El hombre de los Mavros me mira en silencio, con el ceño aún fruncido, dudando qué hacer.

—Lo llamaré de todas formas. —Mete la mano en el bolsillo de su traje y saca el móvil; pero justo cuando se dispone a marcar, Obrad aparece por detrás y le golpea en la cabeza con una barra de hierro. Lo deja inconsciente en el acto.

—¿Qué te ha parecido mi improvisación? —Tira la barra al suelo y me sonríe.

—Ha estado bien. —Le hago una señal con la mano para que me siga—. Nos iremos en este.

—¡Un puto Ferrari!

—¡Shhh!

—Con ese coche vamos a llamar la atención de todo el mundo.

—Perfecto. Lo último que queremos es que los vigilantes de la caseta sospechen que quiero pasar desapercibida. —Le guiño un ojo —. Al maletero.

—Para una vez que voy a montar en un Ferrari…

—Cállate. Solo será hasta que salgamos de la villa.

Es al ponerme al volante cuando noto los nervios en el estómago. Ahora viene la parte más complicada, aunque delante de Obrad le haya quitado importancia.

Cierro los ojos fuerte una vez arranco el motor. El coche ruge con elegancia. Meto primera y salgo del garaje fingiendo indiferencia, con Obrad escondido en el maletero.

En cuanto llegamos a la valla, los hombres de la caseta me miran en silencio, igual que yo a ellos. Rostro serio, sin mostrar ninguna

emoción.

—Hace una mala tarde para salir, señora —dice uno de ellos para romper el hielo.

—Una tarde perfecta para ir de compras.

—No nos han avisado de que iba a salir.

—Ha habido un cambio de planes.

—¿Y no la acompaña nadie? Nunca deja la villa sola.

—Voy primero al muelle. Cuando Alekos termine con sus obligaciones allí, vendrá conmigo al centro comercial.

—¿Sabe llegar? ¿Necesita escolta?

—Caballeros… —Sonrío fingiendo diversión—. He recorrido ese trayecto cientos de veces. Todavía conservo las dos neuronas que necesito para recordar el camino.

Se miran entre ellos, ríen y pulsan el botón.

La valla se abre.

Me despido con un simpático movimiento de cabeza y salgo de la villa.

Estamos fuera.

Lo hemos hecho.

¡Y ha sido jodidamente fácil!

Esos idiotas van a llevarse una buena ración de gritos cuando Alekos se entere de que me han dejado pasar sin más.

Piso el acelerador para alejarme cuanto antes de allí. Cuando lleguemos a la nacional será mucho más difícil que puedan encontrarnos.

Una vez estoy lo suficientemente lejos, paro el coche en el arcén y abro el maletero para que Obrad monte delante.

—¿Dónde te llevo?

—Conduce hasta Paleokastro.

—¿Tu hermano y los demás se esconden en ese pueblo?

—No. Allí es donde vamos a abandonar el coche. Llamaremos para que vengan a por nosotros. —Señala bajo sus piernas, en el asiento del copiloto—. Esta preciosidad tiene un localizador. Los Mavros nos encontrarán si no nos damos prisa.

Poco después, el Ferrari de Alekos está destrozado contra un muro de rocas en la playa de Paleokastro, mientras Obrad y yo

contemplamos cómo las llamas lo devoran a gran velocidad.

¿Era necesario destrozar su coche?

No.

¿Me ha gustado hacerlo?

Joder, sí.

En menos de una hora, ese cabrón se ha quedado sin dos de sus juguetitos.

—Vamos, busquemos un bar y llamemos a Laza.

Agito la cabeza y sigo a Obrad en silencio, mojándome bajo la lluvia, cada vez más consciente de lo que ha pasado esta tarde. Estaba tan rabiosa, tan nerviosa por lograr escapar, que mi cabeza ha bloqueado los recuerdos de esa conversación que me ha revelado que el hombre que quiero se ha reído de mí todo este tiempo.

—Quiere matarme —susurro entre dientes, aguantando el nudo que empieza a ahogarme en la garganta.

Una vez Obrad hace la llamada, esperamos en la puerta del bar a que los hombres de Dragoslav vengan a por él.

En escasos veinte minutos aparecen delante de nosotros dos coches oscuros que frenan en seco, y de los que salen varias personas que conozco, pues son trabajadores del club de Laza. Ahora sé que son sus hombres de confianza y que no solo se dedican a servir copas y vigilar la seguridad del local.

—¡Obrad, hermano!

El mismísimo Laza baja de un coche y se lanza a abrazarlo entre risas y gritos.

No ha cambiado nada en estos seis meses que llevo sin verlo. Quizás está un poco más delgado y ojeroso, pero es normal. Ha debido de pasar un infierno por el secuestro de su hermano menor.

A ellos se les suma Calista, quien besa las mejillas de su cuñado y le frota la espalda con cariño.

Yo no me muevo de mi sitio.

Continúo apoyada contra la pared del bar, resguardada de la lluvia, mientras Obrad se reencuentra con su familia. Pero entonces los tres se quedan callados de repente.

Cuando levanto los ojos, veo que Calista me mira sonriente, igual que Laza.

—Gracias, Lydia. —Dragoslav da un paso hacia mí, sin soltar a su hermano, y me sonríe con calidez—. Gracias por ayudarnos. No sé qué habría sido de Obrad ni de nosotros si hubiésemos tenido que reunirnos con esos asesinos.

—No hay de qué. No tiene ninguna importancia —respondo a media voz.

—Para mí sí la tiene. Has salvado a mi hermano.

—Escogí el mal menor.

—Te estaremos agradecidos el resto de nuestras vidas. —Laza abraza una vez más a su hermano y sonríe—. Vamos, volvamos al refugio. Está anocheciendo y la lluvia no va a dar tregua en toda la noche.

Los hombres de Dragoslav se montan en sus respectivos coches. También lo hacen Laza y Obrad.

Me abrazo a mí misma y fijo la mirada en el suelo.

Debo encontrar un lugar donde pasar la noche y decidir qué voy a hacer ahora con mi vida.

—Lydia. —Reconozco la voz de Calista. Levanto la mirada. Ella todavía no ha entrado en el coche, sino que sigue de pie bajo la lluvia—. Vamos, te estamos esperando.

—No. Yo ya no formo parte de…

—¡No se te ocurra terminar la jodida frase! ¡Eres mi amiga, eres mi hermana, has salvado a mi cuñado de esos locos!

—Me porté mal contigo en el centro comercial. ¿Por qué no estás enfadada?

Calista sonríe y alarga la mano para entrelazar sus dedos con los míos.

—Estoy enfadada. Pero la alegría de volver a tenerte con nosotros es más fuerte. —Acaricia mi mejilla—. Vámonos a casa. Todas tus cosas están esperando a que vuelvas.

Monto en la parte trasera del coche y Calista lo hace a mi lado. Cuando Laza arranca y ponemos rumbo a su escondite secreto, ese nudo en la garganta que he mantenido a raya toda la tarde se hace enorme. Fijo mis ojos en la ventana, en el paisaje mojado que dejamos atrás.

Mi mente regresa con él.

Con Alekos.

La certeza de que ya nunca volverá a ser como antes me hace llorar de dolor. Ahora. Cuando estoy a salvo. Cuando debería sentirme relajada y feliz por haber evitado que acabase matándome.

—Eh, ¿estás bien? —Es Calista de nuevo.

Ni siquiera me preocupa que me vea llorar. Ya no tengo fuerzas para seguir fingiendo que no me importa. Lo que ha pasado me está destrozando por dentro.

—No. No estoy bien.

—¿Por él?

Un suave jadeo escapa de mis labios. Asiento en silencio. Los brazos de mi amiga me rodean, protectores, dándome el cobijo que necesito en estos momentos. Apoya su frente contra la mía y se queda a mi lado, mientras sigo llorando todo el dolor que antes no me he permitido sentir.

—Me ha engañado.

—Lo sé.

—Ha jugado conmigo. —Otra lágrima moja mi mejilla—. Y, aun así, lo quiero.

21

Una semana después

Alekos

Reproduzco las imágenes en bucle, una y otra vez, sumido en la oscuridad de mi despacho. El ambiente está cargado de humo del tabaco y el alcohol.

Llevo así seis días.

Seis putos días sin hacer otra cosa que beber y gritarle a todo el que intenta razonar conmigo.

Apuro el contenido del vaso y jadeo cuando el ardiente licor me desgarra la garganta. Lo dejo sobre la mesa y lo relleno. Mis ojos regresan al portátil frente a mí, donde la imagen de Lydia acaba de congelarse al terminar la reproducción.

Pulso una tecla y la grabación vuelve a empezar.

Es el vídeo de la cámara de seguridad del pasillo. Las últimas imágenes que tengo de ella.

Mis ojos se pierden otra vez en sus movimientos. En la forma en que pega su cuerpo a la pared contigua a mi despacho para que nadie descubra que está escuchando cerca de la puerta.

Me fijo en su rostro, en cómo frunce los labios cuando oye algo que no esperaba. Cuando me escucha hablar de ella con Dragoslav.

La grabación no tiene sonido, pero no lo necesito. Recuerdo con pelos y señales todo lo que dije.

Lo que no sabía entonces era que ella me estaba escuchando. Ni el caos que desatarían mis palabras.

Cubro mis ojos con ambas manos y jadeo, desesperado, antes de coger otra vez el vaso y vaciarlo de un solo trago.

Creía tener la situación controlada. Que, cuando llegase la conversación con Laza Dragoslav, sería el vencedor. Lo que no

esperaba era enterarme por mi rival de que Lydia me había ocultado información.

Tuvo un encuentro con su mujer la tarde que fue con mi hermana al centro comercial. Y no me dijo nada. Dejó que esa perra de Calista Georgiou se marchara de rositas, sabiendo que eran los principales sospechosos del asesinato de Yannis.

Se me fue la boca.

El enfado y la rabia me hicieron decir todas esas estupideces. Y el alcohol tampoco ayudó a frenar mi ira. Llevaba toda la tarde bebiendo con mis hermanos. ¡Joder!

Clavo las pupilas en la pantalla y vuelvo a llenar el vaso.

Lydia se fue.

Aprovechó nuestra ausencia para escaparse de la villa y, por más que he intentado encontrarla, no lo he conseguido. Se ha esfumado. Me ha dejado y se ha ido sin intentar aclarar nada, sin pedirme explicaciones. Como si, en realidad, no le importase.

Y yo… Yo estoy jodido porque la quiero. Me he enamorado de ella como un imbécil, y lo único que me quedan son sus cosas en el armario y esta puta grabación.

Cierro los ojos y golpeo la mesa con fuerza, logrando que el portátil salte sobre la madera.

Estoy mareado. Llevo bebiendo desde que desperté, pero vuelvo a llenar el vaso. Me importa una mierda si acabo inconsciente en el suelo al final del día.

Me lo llevo a la boca y lo vacío de un solo trago.

De repente, escucho la puerta del despacho abrirse. Levanto la mirada y veo a Minerva entrar con una amplia sonrisa y un bote de palomitas en la mano. Detrás, Christos, intenta detenerla.

—¿Qué coño hacéis aquí? —mi voz suena muerta, sombría.

Mi hermana arrastra una silla del despacho y la coloca a mi lado. Se deja caer sobre ella con total despreocupación y apoya las piernas en el escritorio.

—¿Sabes que existe una cosa que se llama ducha, Alekos? —Frunce la nariz y se mete una palomita en la boca—. Deberías probarla. Te vendría muy bien para quitarte el olor a borracho asqueroso.

—¿Has venido a darme por el culo?

—Lo siento, Alek. He intentado detenerla, pero es una jodida mosca cojonera. —Christos la señala con hastío.

—¿Quieres palomitas? —Minerva sonríe de oreja a oreja y me ofrece el cubo.

—¡No, no quiero tus putas palomitas! ¡Lo que quiero es que me dejéis en paz!

—¿Por qué? No seas malo. Te juro que voy a estar calladita viendo esa película que te gusta tanto. —Señala el portátil, donde la imagen de Lydia se ha vuelto a congelar. Minerva pulsa una tecla y la grabación empieza una vez más. Se mete otra palomita en la boca —. ¡Mira, mira, ahí! ¡Para! —Pulsa rápido la misma tecla y el vídeo se pausa—. ¿Lo ves? ¿Ves esa escena?

—¿Qué pasa?

—Justo ahí. —Señala la expresión de Lydia—. En este fotograma se ve claramente el momento en que se le parte el corazón.

—¡Vete a la puta mierda! —grito, golpeando de nuevo sobre la mesa.

—¡Minerva, ¿eres una subnormal o qué?! —se entromete Christos, quien da un paso hacia adelante, amenazante—. ¡Deja de joder! ¡Además, ¿por qué debería importarnos el corazón de Lydia?! ¡Nos ha traicionado! ¡Liberó al hermano de Dragoslav a pesar de que sabía todo lo de Yannis! ¡Lo más probable es que esa tía nos haya estado engañando desde el principio y siempre haya estado del lado de esos serbios!

No puedo rebatírselo. Incluso yo lo he pensado. Estoy demasiado confuso con Lydia. No sé si lo que me mostró fueron sentimientos reales o si solo actuó hasta encontrar el momento de escapar.

—¿Piensas igual que él? —Mi hermana me mira de frente, esperando una respuesta.

—No lo sé.

—¿Crees que ella nos mintió?

—¡No lo sé, Minerva!

Resopla y pulsa de nuevo la tecla. El vídeo sigue. Se lleva un par de palomitas más a la boca.

—¿Pues sabes qué creo yo? —Traga y sonríe—. Que sois gilipollas, ambos. ¡Mírala, coño! ¡Mira la jodida grabación! ¡Si esa tía finge, merece un Oscar! ¡¿Es que no tenéis ojos?! ¡¿Es que no ves que Lydia perdía el culo por ti?! ¡Mierda, Alekos, si incluso tuve que advertirle que no se encoñara contigo porque me daba pena la hostia que se iba a dar! ¡Y, mira, qué sorpresa, se la ha dado!

—¡Nos ha traicionado! —exclama Christos, apoyando las manos sobre la mesa.

—¡¿Y tú qué harías si escuchases a la persona que quieres hablar de ti como si fueses mierda?! ¡Porque yo quemaría la puta villa con todos vosotros dentro!

—¡Lydia liberó a Obrad Dragoslav y malhirió a Ezio con una puta barra de hierro! ¡Alekos no hará gilipolleces porque lo que importa es el honor de los Mavros!

—¿No hará gilipolleces? —Mi hermana suelta una carcajada y le lanza una palomita a la cara—. ¡Joder, Christos, ¿en qué realidad paralela vives?! ¡Alekos cosió a tiros a los guardias de la caseta que dejaron marcharse a Lydia esa misma noche!

—¡¿Podéis hacer el favor de dejar de hablar de mí de una puta vez?! —estallo, perdiendo los nervios—. ¡Dejadme solo! ¡Idos a la mierda!

—Claro. —Minerva me pasa el bote de palomitas y se levanta con una sonrisa tensa en los labios—. Nos vamos. Tú quédate y disfruta de las imágenes. ¡Disfruta viendo cómo has jodido a esta tía y sigue bebiendo hasta que revientes, en vez de hacer algo para remediar la mierda que has provocado!

—¡Minerva! —Christos la coge del codo y tira de ella hacia la salida.

—¡Suéltame, idiota! ¡Sé andar! —Y se gira una vez más hacia mí —. Tú sabrás lo que haces, Alekos, pero incluso yo puedo ver que la encoñada no era solo ella.

Reanudo mi rutina dos días después. No me puedo permitir abandonar el negocio durante más tiempo. Christos ha hecho lo que ha podido mientras yo estaba sumido en la mierda, pero hay

cuestiones que debo solucionar. Nuestros socios y aliados solo negociarán conmigo. Y eso significa que debo tragarme lo que siento y comportarme con la frialdad y profesionalidad de siempre.

No me resulta difícil; es lo que llevo haciendo este último año, desde que Yannis me confió su posición de cabeza de familia. Además, mientras estoy concentrado en solucionar los asuntos pendientes, no pienso en ella.

Los nuevos guardias de seguridad abren la valla de inmediato al reconocer mi coche. Conduzco hasta el garaje, donde el hueco vacío del Ferrari me recuerda lo sucedido.

Cuando la policía me avisó de que habían encontrado el coche destrozado y calcinado en la playa de Paleokastro, temí que ella hubiese sufrido un accidente y su cuerpo estuviera dentro del amasijo de hierros. Pero no. Lo hizo a posta. Fue su pequeña venganza contra mí. Y, mierda, a pesar de todo, y de haber perdido el coche, me hizo sentir jodidamente orgulloso. Demostró una vez más que tiene cojones y que no va a dejarse pisar por nadie.

Salgo del Porsche y abandono el garaje con una sensación agria en el estómago; sin embargo, nada más poner un pie el salón, descubro que mi hermano está sentado en uno de los sofás con otra persona a la que conozco desde hace bastantes años.

Goyo Athanasiou. Hombre de confianza de Cicero Angelis. Un tipo alto, fuerte y con una espesa mata de pelo cano recogida en una coleta baja.

—Alek, por fin llegas. —Christos se levanta del sofá y Goyo lo hace con él, dando un paso al frente para saludarme con un enérgico apretón de manos.

—Mavros, hacía tiempo que no te veía.

—¿No me digas que el cabrón de Tobías Angelis lo ha logrado?

—¿Acaso lo dudabas? —Se acerca al sofá de nuevo y me entrega una pequeña cajita de metacrilato que contiene una muestra de éxtasis—. Noventa y cinco por ciento, como Cicero te prometió.

—¡Hay que joderse! —Miro a contraluz el polvillo de cristal—. ¿Cómo coño lo han hecho?

—Lo he probado. Es la hostia —dice mi hermano, sin poder contener el asombro.

—Mi jefe exige que cumplas con tu parte del trato.

—Primero tengo que analizarlo. —Sonrío, chulesco, aunque sé que Angelis no me mandaría una droga de calidad inferior a la prometida. Es demasiado orgulloso—. Christos, trae el maletín con el kit de comprobación. Está en el maletero del Audi.

—Pues nos han jodido. Minerva se ha llevado el coche. Tenía cita con el peluquero, o yo qué sé.

Me muerdo el labio inferior.

—Tengo otro en el despacho.

—Entendido. Voy a por él y…

—¡Alekos! —Uno de mis hombres interrumpe a Christos mientras corre hacia nosotros con el semblante rígido de nerviosismo—. Tenemos a Dragoslav por la línea tres.

—¿Dragoslav? —Durante unos segundos, la imagen de Lydia vuelve a mi cabeza—. Vale, puedes irte. Línea tres.

Saco mi teléfono del bolsillo y marco el número tres.

Me pongo el aparato en la oreja y tomo aire antes de responder.

—Mavros.

—He tardado un poco más de lo que me dijiste, pero te he llamado. —La voz seria de Laza Dragoslav retumba en mi oído y me pongo tenso.

—¿Has elegido ya el día y la hora de tu muerte?

—He elegido el día y la hora en la que te demuestro que nosotros no hemos tenido nada que ver con el asesinato de Yannis.

—Es un poco tarde para eso.

—No es tarde, y no vamos a seguir escondidos por algo que no hemos hecho.

—Por supuesto. —Resoplo. Luego aprieto los labios, porque las ganas me pueden. Sé que no debo hacerlo, por orgullo. Lo sé, joder. No obstante, mi boca decide por mí—. ¿Dónde está?

—¿Quién?

—¡No te hagas el imbécil, Laza! ¿Dónde está Lydia? ¿Ha vuelto con vosotros?

Dragoslav se queda en silencio unos segundos, pero escucho varias voces tras él que no dejan de susurrar algo.

—Sí, ella está aquí.

Cierro los ojos y me obligo a ignorar la presión que ahora mismo me está jodiendo el pecho. Lydia está con ellos, con nuestros enemigos, por su propia voluntad.

—Quiero verla.

—¿Para qué?

—¡Te importa una mierda para lo que sea! ¡Mis asuntos con ella no te conciernen! ¡Quiero verla y punto!

—No voy a permitir que le hagas daño, Mavros.

Río con desapasionamiento.

—¿Quieres arreglar toda esta mierda y poder seguir con tu vida sin esconderte como una rata? ¡Pues Lydia estará presente en nuestro encuentro! ¡La quiero allí, en primera fila!

De nuevo escucho esos susurros al otro lado de la línea telefónica mientras Laza guarda silencio.

—Está bien, así será. Ella estará presente. Tienes mi palabra.

—Nos encontraremos hoy.

—¿Hoy? ¿Tan pronto?

—¡Esta noche! En el callejón donde murió mi hermano. Nos veremos las caras a las diez.

Estoy en mi habitación, sentado en la cama, mientras espero a que llegue la hora del encuentro. Con cada minuto que pasa, el nerviosismo crece en mi estómago sin que pueda hacer nada para controlarlo.

Voy a verla.

Después de una puta semana sin saber nada de ella, por fin la veré. Y la jodida emoción de saber que la tendré delante hace que mi corazón lata a una velocidad imposible.

La echo tanto de menos…

Hace días que dejé de mentirme a mí mismo, de convencerme de que podría sustituirla por cualquier otra mujer. Pero la realidad es que he pasado la peor semana que recuerdo desde que murió mi hermano.

Me llevo la mano al colgante de la cruz de Yannis y suspiro. Ahora comprendo lo que sentía por su exmujer. Ese amor incondicional y

eterno a pesar de todo.

Lydia nos ha traicionado, pero me importa una mierda, porque la quiero y yo también la cagué. Yo la cagué primero.

El sonido de la puerta me sobresalta.

Christos entra en la habitación, vestido con unos tejanos, una camiseta y una sobaquera de cuero en la que lleva dos pistolas.

—Es la hora.

—Lo sé.

—Los chicos esperan en los coches a que te reúnas con ellos. —Sonríe—. Hasta Goyo se ha apuntado a nuestra aventura.

—¿Por qué? —Frunzo el ceño.

—Dice que los Angelis nunca hacen cosas divertidas y le apetece matar a algún serbio.

Río y me pongo de pie para coger la americana del armario.

—Venga, vámonos.

—Alek. —Lo miro a los ojos y veo la indecisión en los suyos—. ¿Por qué le has pedido a Dragoslav que Lydia esté presente?

—Porque voy a traerla de vuelta.

—Pero ella…

—¡Me da igual! ¡Me importa todo un cojón! ¡Va a regresar a la villa, aunque tenga que atarla día y noche a mi cama para que no pueda volver a traicionarnos! —Apoyo la mano en su hombro—. Además, yo también me equivoqué, Christos. La mayor parte de la culpa es mía. Si no hubiera hablado de esa forma… quizás… Lydia seguiría aquí.

—De verdad la quieres, ¿eh?

—Joder, si la quiero. —Sonrío.

—Alekos… Sabes que lo de esta noche es una trampa, ¿verdad? Dragoslav no habría llamado si no supiera que puede ganar.

—Lo sé. —Me abotono la americana y asiento con solemnidad. Es una trampa. Cualquiera con dos dedos de frente lo sabría. Laza no es estúpido y cuenta con la ventaja de que ella está en su bando.

Y yo… necesito verla.

22

Lydia

No siento nada.

No hay dolor, no hay recuerdos, no hay desesperación.

Después de una semana llorando y sintiéndome imbécil por haber creído en él, ya no me quedan lágrimas. No me quedan emociones. Es como si me hubieran arrancado el corazón de cuajo y lo hubiesen licuado.

Estoy vacía por dentro.

Bajamos del coche de Laza y uno de sus hombres abre la puerta trasera del club para que todos nos metamos dentro y nos pongamos a cubierto.

En unos minutos volveré a ver a Alekos, en el callejón donde empezó todo.

Joder.

Voy a colapsar.

Paseo por el local, ahora abandonado y vandalizado desde que Laza ya no lo regenta, y me apoyo en la barra tras la que solía servir bebidas.

Estoy cansada, a pesar de que llevo toda la semana tirada en la cama sin hacer nada; sin embargo, no logro dormir más de unas cuantas horas al día. El poco tiempo que no he pasado llorando lo he dedicado a sentarme frente a una ventana y mirar al mar. Aunque, para ser sincera, la casa donde nos escondemos no tiene vistas impresionantes. No es como la villa.

—Eh, ¿estás bien? —La voz de Calista a espalda logra que gire la cabeza para prestarle atención. Ella, al igual que Laza y sus hombres, va armada hasta los dientes, pues saben que enfrentarse con los Mavros es lo más peligroso que harán nunca.

—Estoy bien.

—¿Nerviosa por volver a verlo?

—No. —Estar nerviosa sería sentir algo. Lo único que tengo dentro de mí es vacío y un fuerte regusto a decepción.

—Lydia, no tienes que hacerlo si no estás preparada. —Entrelaza nuestras manos y me sonríe tranquilizadora—. Ese gilipollas no va a obligarte a hacer nada que no quieras, ¿vale?

—Dije que lo haría y lo haré. No voy a echarme atrás.

—Estoy preocupada por ti. Estás muy rara.

—Ya se me pasará.

—Lo que va a ocurrir ahí fuera no va a ser bonito.

Asiento, porque yo, más que nadie, sé que los Mavros no vendrán con ganas de dialogar. Y mucho menos después de que liberase a Obrad y quemase su Ferrari.

—Es la hora de salir. —Laza aparece ante nosotras y nos da un par de chalecos antibalas para que nos los pongamos—. Son las diez en punto. Acabamos de escuchar los rugidos de los motores de varios coches. —Suspira y ayuda a su novia a atarse el chaleco. No obstante, su mirada está fija en mí—. ¿Preparada?

—Eso creo.

—¡Dios, ¿por qué quiere que esté ella, joder?! —le pregunta Calista a Laza, preocupada—. ¿Es que no le basta con nosotros?

—Quiere venganza, me lo dejó claro cuando hablamos por teléfono. —Apoya una mano en mi hombro—. Nos has ayudado, nos has devuelto a mi hermano, y Alekos quiere terminar eso que dejó a medias contigo.

—Me quiere matar —respondo con voz helada.

—Todo apunta a que sí, Lydia. A ti y a todos nosotros. Pero si pretende hacerlo, primero tendrá que pelear. No nos rendiremos sin intentar ganar esta batalla a toda costa.

Mi amiga se muerde el labio inferior.

—Pero ¿cómo vamos a dejarla en primera fila, frente a él? ¡Se la estamos entregando en bandeja de plata!

—Calista. —Me mira una vez más y niega con la cabeza, intentando convencerme de que es una locura—. Lo haré. Voy a enfrentarme a Alekos Mavros.

—¡No quiero que ese hijo de puta te haga daño!

—Y no lo hará. Porque esta noche, seré yo quien lo mate a él.

—¡Laza, ya están aquí! —Zubin llega hasta nosotros con el rostro preocupado y la respiración agitada, aunque va armado hasta los dientes—. Son diez hombres. Los he contado desde la ventana.

—Vamos. —Laza nos mira a ambas—. Llegó la hora.

Nos dirigimos juntos hasta el almacén del club.

Los superamos en número, pero las caras de todos son largas, de preocupación extrema.

Noto que alguien me coge la mano. Giro la cabeza, pensando que es Calista; sin embargo, encuentro a Zubin, quien me sonríe con algo de timidez y me da un suave golpecito con el hombro.

—No te he visto mucho esta semana.

—Ya.

—¿Cómo estás? —pregunta con voz suave.

—De puta madre, ¿no me ves?

—Oye, Lydia, yo… había pensado que, si salimos vivos de esta…, podríamos quedar y…

—Ni se te ocurra terminar esa frase. —Mi advertencia lo pilla por sorpresa.

—¿Por qué?

—¿En serio? ¿Por qué, Zubin? ¡Quizás porque eres un maldito cobarde que me dejó herida y desangrándome frente a unos putos asesinos!

—¡No pensé que…!

—¡Me importa una mierda lo que pensaste! ¡No te vuelvas a acercar a mí en tu jodida vida!

Doy un tirón para que me suelte la mano y me pongo a la altura de Calista, que espera junto al resto a que abran la puerta que da al callejón trasero del club.

Cuando salimos a la calle, todos los hombres de Dragoslav están delante de nosotras, cubriéndonos, pero entre los huecos reconozco a varios rostros conocidos de los Mavros. Está Christos, Stelios, Gregorio, Calix…

—Joder… —susurra Calista a mi lado.

—¿Qué?

—Lydia. Ese… ¿Ese de ahí no es…?

Miro hacia donde señala y mis ojos también se abren por el asombro. ¡Es él! Sin embargo, antes de que pueda responder, la grave voz de Alekos me hace contener el aliento.

Desde mi posición no puedo verlo, pero con un par de palabras suyas ya estoy temblando.

—Vaya, vaya, Dragoslav, veo que al final no eres tan cobarde como pensaba.

—Y yo pensaba que vendrías acompañado por más hombres.

—Me sobran y me bastan para masacraros a todos. —Resopla.

—No queremos pelear. Estamos aquí para demostrarte que no hemos matado a tu hermano. —El tono de Laza es conciliador; espera amansar un poco a Alekos, pero ambos sabemos que eso no va a pasar.

—Quizás ya no necesito que me lo demuestres. Quizás… lo que me apetece ahora es vengar su muerte con el primer gilipollas que se ponga en mi camino. Y, ¡joder! ¡Eres tú!

—¡Piénsalo un poco, maldita sea! ¡¿Por qué iba a matar al hermano de un aliado?!

—No lo sé, dímelo tú.

—¡Es que no es lógico! ¡No soy estúpido, ni un…!

—¿Dónde está?

Alekos corta de repente a Laza, y varios de los hombres que tenemos delante empiezan a susurrar.

—¿De verdad quieres hacer esto, Mavros? ¿Es que no tienes ni un miserable trozo de corazón?

—¡Te he preguntado dónde coño está ella! ¡Porque, como me hayas engañado, hijo de puta, y Lydia no haya venido, yo…!

—Estoy aquí —mi voz suena alta, clara y helada.

Los hombres se apartan, y es entonces cuando lo veo. Nuestros ojos se encuentran por primera vez.

Me acerco lentamente hacia él, y todo mi interior se revoluciona.

Nada ha cambiado. Sigue tan impresionante como siempre. Tan sexi, tan guapo. Es puro veneno. Y con cada paso, me siento más estúpida por haber pasado una puta semana llorando por él. Porque Alekos sigue igual. Luce impenetrable, perfecto, sin un solo signo

que demuestre que le ha afectado nuestra separación. Porque la realidad es que no le importo, ni le he importado nunca.

Sus ojos siguen fijos en mí y traga saliva cuando me recorre de arriba abajo. Creo reconocer un atisbo de sonrisa en sus labios.

Es un cabrón, un desgraciado. ¡Y quiere matarme, joder! Todo lo que hemos vivido ha sido mentira. Lo único que buscaba de mí era un cebo para atraer a Laza. Me ha usado, me ha manipulado, me ha pisoteado, y ahora que no le sirvo, va a deshacerse de mí.

Cuando me sitúo frente a él, me doy cuenta de que Christos está a su lado. Me mira con el ceño fruncido, reflejando desconfianza. ¡Bien! ¡Que desconfíe!

—Ya me tienes delante. —Clavo mis furiosos ojos en él—. ¿Y ahora qué?

—Ahora nada. Ahora quiero mirarte. —Su voz suena suave, anhelante, pero sé por experiencia lo buen actor que es.

—Podría haberte enviado una foto.

—Y yo podría ponerte sobre mis rodillas y azotarte hasta que te disculpes por haberme abandonado y haberte ido con ellos.

—Que te follen. —Sonrío—. ¿Te vale como disculpa?

—No quieres provocarme, Lydia. Te juro que no quieres.

—¿Por qué? ¿Qué más puede pasarme? ¡Ya me has hecho todo lo malo que se le puede hacer a una persona! Aunque, claro, te queda una última cosa, ¿no? ¡El remate final! —Sonrío, tensa.

—Monta en el coche.

—Soy una de las putas de Dragoslav, ¿recuerdas? No puedo dejarlo e irme contigo.

—Hablaremos sobre eso, sobre lo que dije, pero monta en el jodido coche.

—¿Y qué si no lo hago? ¿Me matarás? ¿Te desharás por fin de tu cebo ahora que no me necesitas?

—¡No digas gilipolleces!

—¡Eso lo dijiste tú, no yo!

—¡Y te repito que hablaremos sobre ello cuando regresemos a la villa!

—Claro, a la villa. Qué adecuado para ti, ¿verdad? A tu merced de nuevo para torturarme en ese maldito sótano y retorcerme el cuello

cuando te apetezca. Pero ¿sabes algo? —De repente, saco la pistola que él me compró, guardada en la parte trasera de mi pantalón, y le apunto a directamente a la frente—. ¡Hoy se cambian las tornas, hijo de puta! ¡Esta vez seré yo quien decida sobre tu futuro!

Mi acción tiene consecuencias inmediatas; los hombres de ambos bandos sacan sus revólveres y se apuntan entre sí, advirtiéndose con la mirada que el más mínimo movimiento desatará un infierno de balas.

—Lydia, ¿qué haces?

—¿Quieres que te lo explique? —Sonrío.

—¿De verdad piensas que quiero hacerte daño?

—Sí, claro que lo pienso.

—¡Yo daría mi vida por ti, joder! ¡Sé que tengo muchas cosas que explicarte, y tú a mí también, pero me conoces, maldita sea!

—Yo ya no conozco a nadie.

—¿En serio? Pues yo a ti sí, y esta no eres tú. ¡Mírame! ¡Mírame y dime que esto es lo que quieres!

Siento sus ojos sobre mí. Unos ojos en los que llegué a confiar, a pesar de todo lo que ha pasado entre ambos.

Me mira cauto, intentando hacerme entrar en razón, tratando de que, una vez más, vuelva a creer en él y regrese a su lado.

No lo haré. No puedo hacerlo.

Estoy cansada de mentiras, de amenazas, de promesas que nunca tuvo intención de cumplir; de ser esa niña buena que besa el suelo por donde pisa.

El ambiente a nuestro alrededor es tenso y las caras de quienes nos rodean no dejan lugar a dudas de lo que pasará si doy el siguiente paso.

Me da igual.

Estoy al límite, y nada ni nadie va a detenerme.

Si el destino quiere que muera en este callejón, ¿quién soy yo para evitarlo?

—Lyd.

Escucho su voz pronunciar mi nombre y un intenso estremecimiento me recorre el brazo. Siempre me encantó su

cadencia grave y profunda, su intensidad, esa hermosa vibración cuando me hablaba al oído.

Ahora su voz suena ansiosa, quizá también triste. Pero no me fío. No puedo fiarme de él; me ha demostrado que su palabra no vale nada y que lo más probable es que esté intentando manipularme de nuevo para llevarme a su terreno.

No lo conseguirá.

A pesar de que quiero a Alekos Mavros, mi cuerpo tiembla de dolor, porque ahora comprendo que debo elegir: él o yo. Y por la forma en que todos me miran, sé que mi rostro tormentoso ha dejado muy clara cuál es mi decisión.

Estrecho la mirada en su cara e inspiro hondo al contemplar, una vez más, el rostro del hombre por el que lo habría dejado todo sin mirar atrás y al que ahora apunto con una pistola directamente a la frente.

—Lyd, escúchame —vuelve a hablarme en un suave susurro—. Nosotros…

—No me llames así —lo corto antes de que termine—. No soy Lyd y no hay un *nosotros*.

—Nena… —suplica.

—¡Me llamo Lydia! ¡Y voy a matarte, hijo de puta!

—Te quiero.

—¡Y una mierda! ¡Levanta las manos, Alekos! ¡Donde pueda verlas!

—Si me matas, tú también morirás.

—¡¿Crees que me importa?! —chillo, pegando aún más la pistola a su frente—. ¡Al menos habré librado al mundo del mayor cabrón que existe!

—Sé que me quieres. A mí no puedes mentirme. Volvamos a casa y te lo explicaré todo. Podemos arreglarlo, te lo prometo. ¡Esto ha sido un error, no lo entiendes!

—Entiendo que ya no volveré a ser tu putita obediente nunca más.

—Tú nunca has sido eso.

En la mirada de Alekos se percibe un atisbo de calidez. Me niego a creer que ese sentimiento sea verdadero, porque el tiempo que he

pasado a su lado ha sido un completo engaño. Adelanta una mano para tocarme, pero no se lo permito.

—¡He dicho que los brazos en alto, joder!

—No nos hagas esto.

—¡Esto lo has hecho tú!

—¿De verdad quieres matarme?

—Juré que lo haría, ¿te acuerdas? —Elevo la comisura de mis labios—. Y voy a cumplir mi promesa.

Alekos traga saliva y asiente con seriedad sin apartar sus ojos de los míos. Coloca los brazos, que en todo momento han estado sobre su cabeza, en forma de cruz, abandonándose por completo a mi merced.

—Entonces, hazlo. Acaba con mi vida. —Mira de reojo a su hermano menor, quien, situado a su espalda, encañona a uno de los hombres de Dragoslav con el rostro contraído por la ira—. Christos, cuando todo acabe, a ella ni tocarla.

—¡Quiere matarte, Alek! ¡Nos ha traicionado! ¡No se merece vivir!

—¡No, escúchame! ¡La dejaréis marchar!

—¡Ya perdí a un hermano, no permitiré que me arrebaten a otro! ¡Si tengo que meterle un balazo entre ceja y ceja, lo haré, pero tú vuelves a casa con nosotros!

—¡He dicho que no la toquéis! ¡Yo doy las órdenes y vosotros las acatáis! ¡No se os ocurra ponerle una mano encima o seré yo quien os reviente la cabeza antes de que lo haga ella! —grita entre dientes y espera a que todos sus hombres asientan. Finalmente, Christos deja de oponerse a la demanda de su hermano, pero no hace falta ser demasiado listo para saber que, en cuanto presione el gatillo, seré la diana de cientos de balas. La mirada de Alekos regresa a mis pupilas—. Vamos, Lyd, hazlo ya.

—¿Tanta prisa tienes por morir? —inquiero, arqueando una ceja.

—¿De qué me sirve la vida cuando la persona a la que amo me quiere muerto?

—¡Deja de decir eso!

—¿El qué? ¡¿Que te quiero?! ¡Maldita sea, Lydia, eres mi mujer!

—¡Cállate! —le ordeno, intentando ignorar el inmenso dolor que me oprime el pecho. Es como una jodida bola de demolición que

está destrozándome por dentro.

Una lágrima rebelde cae por mi mejilla mientras recorro con la mirada, una vez más, el cuerpo del hombre que me arrebató todo lo que conocía y me empujó al caos—. Tienes razón, acabemos con esto.

—Dispárame en el corazón. Total, ya está muerto.

—¿Y si quiero verte sufrir igual que tú hiciste conmigo?

—Pues hazme sufrir. No me moveré. —Me acerco más a él y aprieto la boca del arma contra su frente. Cuando apenas nos separan unos centímetros, Alekos curva sus labios y me mira con una anhelante sonrisa—. Mi chica desobediente.

Las lágrimas me mojan las mejillas por lo que estoy a punto de hacer. No hay marcha atrás. Esto es el final.

Lleno mis pulmones de aire y, cuando me armo de valor, aprieto el gatillo, logrando que un gran estruendo resuene a nuestro alrededor y cientos de gotitas de sangre me cubran el rostro.

Un cuerpo cae al suelo, desplomado, sin vida. La sangre que brota de su cabeza se derrama a nuestros pies.

Cuando levanto la mirada, veo el rostro asombrado de Alekos y el de los demás. No entienden qué ha pasado por mi mente para que, en el último segundo, haya desviado el arma y le haya disparado al hombre que estaba detrás de él.

Siento las gotitas de sangre mojarme las mejillas. Suelto el arma y cae al suelo. Jadeo con las manos temblorosas. La certeza de haber arrebatado una vida es la sensación más horrible que jamás he experimentado.

—Joder… —susurro entre dientes.

—Lyd. —Mis ojos se encuentran de nuevo con los suyos. Da un paso hacia mí, pero no le permito acercarse, así que retrocedo—. ¿Por qué? ¿Por qué has matado a Goyo Athanasiou?

—Porque es uno de los asesinos de tu hermano —respondo a media voz—. La noche en que mataron a Yannis, este hombre estuvo con él en el club de Laza. Recuerdo su cara. Los vi jugando al

póker juntos y, poco después, me tropecé con su cadáver en este callejón.

—Dice la verdad. —Calista se adelanta para apoyarme frente a los Mavros—. Yo también lo vi.

—No entendíamos qué hacía tu hermano en nuestro club —añade Laza con voz calmada—. Pensamos que quizás estaba haciendo algún trato en terreno neutral.

—¡¿Por qué coño iba a querer Goyo matar a Yannis?! —Christos da un paso hacia adelante con actitud chulesca y desconfiada—. ¡No tiene sentido! ¡Él no era nadie importante, era un puto trabajador, uno de los hombres de…! ¡Mierda!

—¡Cicero Angelis! —Alekos se lleva una mano a la frente y nos mira a todos, horrorizado—. ¡Los Angelis!

—¿Qué tenía que ver Yannis con esa gente?

—¡No lo sé, Christos! ¡No tengo ni puta idea! —Entonces chasquea los dedos y Stelios se adelanta para ponerse a su lado—. Investiga la relación que tenía mi hermano con ellos. ¡Si Cicero tiene algo que ver, teñiré las paredes de su mansión con la sangre de todos los jodidos Angelis!

23

Lydia

La mayoría de los Mavros se ha ido.

Esta noche no habrá enfrentamiento, y espero que no lo haya jamás, que se acabe de una vez toda esta mierda.

En el rostro de Alekos se refleja la confusión por lo que acaba de suceder en el callejón. Parece pensativo, traspuesto, porque este final es lo último que esperaba.

Christos y Stelios han metido el cuerpo de Goyo en el maletero y lo arrojarán al mar desde algún acantilado de la isla. Alekos les ha ordenado hacerlo para no dejar ninguna prueba que pueda conducir a la policía hasta nosotros. Hasta mí.

Un profundo suspiro escapa de mis labios mientras lo observo desde la distancia, sentada en la barra, junto a Calista.

Laza lo ha invitado a entrar en el club. Negocian una compensación y la reanudación de sus negocios en común; sin embargo, ninguno de los dos va a dar el brazo a torcer para brindarle ventajas al otro. Son dos huesos duros de roer, aunque llegarán a un acuerdo que satisfará a ambos, lo sé. Dragoslav y su gente están deseando regresar al mundo, después de seis meses escondidos por miedo a las represalias. Y Alekos sabe que los Mavros la han cagado con ellos. Son inocentes y nunca han dejado de serles leales.

—Por fin ha terminado —la voz de Calista suena aliviada. Todos lo estamos—. Hubo un momento en que creí que no lo contaríamos.

Giro la cabeza y la miro con una leve sonrisa en los labios. Ella no merecía esto, ni tampoco Laza, pero a veces el destino es un cabrón sádico que se empeña en complicar las cosas.

—Se acabó. —Entrelazo nuestras manos—. Se acabó de verdad.

—No pareces contenta.

—Porque no sé si lo estoy.

—Lydia, has hecho lo correcto, no seas tan dura contigo misma. Ese hombre asesinó a Yannis Mavros.

—Lo sé.

—¿Entonces? —Frunce el ceño—. ¿Sigues así por él? ¿Por Alekos?

—Se me pasará. Solo necesito algo de tiempo.

—Tienes todo el tiempo del mundo. —Sonríe—. Volveremos a trabajar, a comer juntas… A hacer todo lo que hacíamos antes de que esto sucediera.

Fuerzo una sonrisa y asiento, intentando parecer tan ilusionada como Calista, pero nunca he sido buena fingiendo emociones. Mi cara habla por mí. Por más que intento visualizarme haciendo de nuevo todas esas cosas, lo único que consigo es sentirme peor.

De repente, escuchamos un carraspeo delante de nosotras. Cuando levantamos la mirada, descubrimos a Alekos y a Laza.

Mis ojos se encuentran con los de él y se me acelera el corazón. Todo mi cuerpo se revoluciona. Es algo que no puedo remediar. Dudo mucho que algún día lo haga.

—Vamos a hablar.

No ha sido una pregunta, sino una afirmación.

Alekos extiende la mano para ayudarme a bajar de la barra y espera a que la acepte; no obstante, pongo los ojos en blanco y doy un salto hasta el suelo, pasando por su lado airada.

—Tienes cinco minutos.

—Me sobran tres.

—Pondré el cronómetro —refunfuño.

—Os dejaremos a solas. —Laza ayuda a Calista a bajar de la barra y la rodea por los hombros—. Te esperamos en el coche, Lydia.

—¡Ella se viene conmigo, Dragoslav!

—¡Y una mierda! —respondo hostil.

—Te vienes conmigo a la villa, Lyd, y no consentiré lo contrario.

—¡¿Desde cuándo eres tú quien decide sobre mí?!

—Esperaremos en el coche, por si acaso —sentencia Laza antes de lanzarle a Alekos una mirada de advertencia y salir del local junto a su novia.

Una vez completamente a solas en el club, se pasa una mano por el pelo y suspira antes de intentar acercarse a mí. Pero no se lo permito, porque retrocedo a su vez.

—Lydia, por favor. —En sus ojos veo la súplica y durante unos segundos no sé cómo actuar, porque Alekos Mavros nunca le suplica a nadie. Él exige y los demás le complacen—. Deja de alejarte.

—Te quedan dos minutos.

—¡Ni siquiera he empezado!

—Entonces, más vale que te des prisa.

—¡La cagué contigo, ¿vale?! —estalla abriendo los brazos con énfasis—. ¡Dije cosas de las que me arrepiento! ¡Cosas que nunca debí decir de ti! ¡Estaba enfadado! ¡Tuve que enterarme por Laza Dragoslav que mi mujer había tenido un encuentro secreto con la suya en un puto centro comercial!

—¿Y eso te da derecho a decir todas esas barbaridades sobre mí?

—No pensaba con claridad. Había bebido. Todos habíamos bebido mientras jugábamos al póker con mis hermanos. Se me fue la boca. La jodí, ya lo sé.

—Sí, la jodiste, pero bien. —Cruzo los brazos y estrecho mis ojos en su mirada oscura. Me obligo a permanecer fuerte e impasible—. ¿Algo más? ¿O puedo irme ya?

—¡No, no te vas! ¡No puedes irte porque no hemos terminado todavía!

—Te queda un minuto.

—¡Deja de decir eso! —Recorre la distancia que nos separa tan rápido que no puedo apartarme. Tengo que levantar la cabeza para sostenerle la mirada. Y cuando lo hago, veo dolor en sus ojos. No voy a empequeñecerme ante él. Nunca más—. Asumo la culpa de todo lo que dije y te pido perdón. Pero tú también debes asumir la tuya.

—¡¿Y qué se supone que he hecho yo además de actuar como tu perrito faldero?!

—Liberaste a nuestro rehén, destrozaste mi coche. —Traga saliva —. Me abandonaste. Ni siquiera te molestaste en preguntar primero, en pedirme explicaciones.

—¡Explicaciones! ¡¿Querías que le pidiera explicaciones al hombre que amenazaba con matarme mientras hablaba por teléfono?!

—¡Yo nunca podría hacerte daño! ¡Lydia, te quiero! —Me agarra por los brazos y me obliga a no retroceder—. ¡Eres todo para mí! ¡Destrozaría la jodida Creta si me lo pidieras!

—Pero preferiste insultarme y tratarme como si no valiera una mierda.

—¡Y te he pedido perdón! ¡Te pediré perdón toda la vida si eso es lo que quieres! Pero yo también necesito una explicación. Me traicionaste. Guardaste un secreto que merecía saber. ¡Confiaba en ti!

—¡Lo que hice con mi silencio fue evitar una masacre entre ambos bandos! ¡Laza y Calista son parte de mi vida!

—¡¿Y yo no?!

—Ahora mismo, no lo sé.

—¡Me quieres, no te atrevas a negarlo! ¡Me quieres igual que yo te quiero a ti!

—Ya no sé lo que siento. —Mi voz tiembla y zarandeo los brazos para que me suelte—. Este tiempo… ha sido abrumador. ¡Lo dejé todo por ti! ¡Dejé mi vida por alguien que no dudó en pisotearme a la primera de cambio! ¡No merezco un amor así, Alekos!

—¿Tú nunca te has equivocado? ¿No crees que merezco otra oportunidad? ¿Que ambos la merecemos?

—Lo que creo es que necesito espacio.

—No.

—¡Sí! ¡Y me lo vas a dar! —Suspiro y cierro los ojos en busca de fuerza. Cuando me armo de valor y lo miro de nuevo; respira a gran velocidad. No sabe cómo actuar. Por primera vez, el gran Alekos Mavros parece más indeciso que yo—. Me… Me están esperando.

—Lydia…

—Espero que te vaya bien.

—¡No, Lyd! ¡No! —Al verme dar media vuelta y alejarme, maldice entre dientes y golpea la barra con fuerza—. ¡Lydia!

—Adiós.

Calista y Laza esperan en el coche tal y como han prometido. Cuando monto en el asiento trasero y el vehículo deja el club atrás, me obligo a mantenerme firme con la decisión que he tomado.

No obstante, esa decisión me está hundiendo en la mierda más absoluta, porque posiblemente no vuelva a verlo. Alekos es igual o más orgulloso que yo, y acabo de dejarlo por segunda vez a pesar de que ha suplicado mi perdón.

¿Y si he cometido el mayor error de mi vida al haberle pedido que se mantuviese alejado de mí? ¿Por qué tengo la sensación de que estar lejos de él es peor que recibir un puto balazo en el pecho?

Después de veinte minutos en la carretera, el vehículo se detiene frente a la casa donde nos escondíamos de los Mavros hasta esta noche, en el tranquilo pueblo de Kíssamos. Nada más entrar, voy directa a la habitación donde duermo.

No tengo hambre, no tengo ánimo. Lo único que necesito es volver a mi cama y cerrar los ojos un millón de años.

Me siento en el colchón y me quito los pantalones mientras una lágrima resbala por mi mejilla. Después viene otra. Y otra. Cuando me doy cuenta, estoy llorando mientras me cubro la cara con las manos. Siento un gran vacío en el pecho. Me tumbo en la cama en posición fetal sin preocuparme por taparme con las sábanas. Estoy tan hecha polvo que las únicas fuerzas que me quedan las gasto en llorar. Ya no puedo más.

Escucho el sonido de la lluvia por la ventana, pero ni siquiera me preocupo en cerrarla. También oigo un barullo de voces en el salón; aunque eso suele ser normal cuando vienen los hombres de Laza.

Sin embargo, de repente, el barullo se calma.

Escucho unas rápidas pisadas por el pasillo y la puerta de mi habitación se abre con una fuerza que me sorprende.

Se me corta la respiración al reconocer a Alekos en el quicio de la puerta. Durante unos segundos, me quedo paralizada y no soy capaz de moverme ni un milímetro.

Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano y frunzo el ceño al darme cuenta de que acaba de cerrar la puerta tras él. Pero eso no es todo, porque empieza a quitarse la ropa sin dejar de mirarme. Tira la americana al suelo, a sus pies.

—Alekos, ¿qué…? ¿Qué haces aquí?

No responde.

Sigue desnudándose ante mí con el semblante rígido, impenetrable. Una vez se desabrocha los botones de la camisa, esta termina sobre la chaqueta y su pecho musculoso queda al descubierto.

Se me seca la boca al contemplarlo, mi estómago burbujea sin cesar y mis piernas empiezan a temblar.

Entonces, noto su peso sobre el colchón.

Cuando vuelvo a fijar mis ojos en él, se tumba a mi lado, de costado, mirándome fijamente, pero sin decir todavía ni una palabra.

—¿Por qué te ha dejado entrar Laza?

—Que se atreva a echarme. —Apoya una mano sobre mi mejilla y la acaricia lento, haciéndome contener de nuevo el aliento.

—¿Qué haces aquí?

—Tengo que hacerte una pregunta.

—¿Cuál?

—Antes me has pedido espacio.

—Sí.

—¿Has tenido ya suficiente? —Clava su oscura mirada en mí—. Porque yo no puedo más, Lyd.

Trago saliva y me humedezco los labios cuando la mano de Alekos baja lento por mi cuello, por mi brazo y queda apoyada en mi cintura.

—¿Qué tiene que ver eso con quitarte la ropa?

—Nada que ver. —Sonríe—. Pero yo no duermo vestido.

—¿Has venido hasta aquí para dormir conmigo?

—Si mi mujer no viene a mí, yo voy donde está mi mujer, ¿recuerdas?

Una leve sonrisa curva mis labios al mismo tiempo que los latidos de mi corazón parecen a punto de traspasar mis huesos.

Hace un momento estaba muerta de dolor y ahora solo quiero besarlo y que me prometa que no se va a marchar nunca.

Mierda, debo de haberme vuelto igual de loca que él y toda su jodida familia, porque, además de no echarlo de mi lado, acerco mi cara a la suya y rozo suavemente nuestros labios.

—Alekos.

—¿Mmm…?

—Ya he tenido suficiente espacio. —Acaricio su mejilla rasposa—. Te quiero.

Entonces me besa.

Y lo hace con esa fuerza salvaje que tanto me gusta de él, con esa intensidad que compartimos cada vez que nos tocamos. Me inmoviliza los brazos sobre mi cabeza y se mete entre mis piernas, colocando el peso de su cuerpo sobre mí para que sienta lo dura y erguida que está su polla contra mi estómago.

—¿Tienes una radio?

Su pregunta me hace reír.

—¿Para qué quieres una radio ahora?

—Porque, por una vez, deberíamos seguir los consejos de Christos, o esta noche no vamos a dejar dormir a Dragoslav ni a tu amiga.

A la mañana siguiente volvemos a la villa. Lo hacemos con mis maletas y todas las pertenencias que Calista ha estado guardando mientras me creían muerta.

Ha sido una noche increíble. Apenas hemos dormido, pero la sonrisa no se borra de nuestras caras. Era lo que necesitábamos. Estar con el otro y saber que todo vuelve a estar bien.

Cuando aparca el Porsche en el garaje de la villa y carga él solo con todas mis cosas, le doy un suave beso de agradecimiento. Antes de separarme, le muerdo el labio inferior y lo escucho resoplar.

—Haz eso otra vez y volvemos al coche.

—¿Te han dicho alguna vez que vives cachondo?

—Lo que pasa es que estás demasiado buena y no puedo…

—¡Shhh, espera! ¡Escucha! —Le coloco un dedo sobre la boca para que guarde silencio, porque creo haber oído chillidos provenientes de la casa.

Él también los oye. Noto que se pone rígido y me mira con seriedad.

—¿Esa es mi hermana?

—Eso parece.

—¿Qué coño le pasa ahora? —Resopla con los ojos en blanco y me agarra por la cintura—. Vamos, o es posible que se cargue a alguien.

Cruzamos el pasillo que lleva al salón, cargados con mis maletas y, conforme nos acercamos, los gritos de Minerva se tornan más fuertes.

La descubrimos con el rostro deformado por la ira y los puños apretados a cada lado del cuerpo. Frente a ella, Christos y Stelios, que intentan apaciguarla. Aunque me temo que no han tenido éxito.

—¡¿Qué coño pasa aquí?! —Alekos se adelanta y encara a su hermana—. ¡¿Es que te has vuelto loca, joder?! ¡¿Qué son estos gritos?!

Al escuchar su voz, Minerva clava sus ojos castaños en él y echa a andar en su dirección, hecha una fiera.

—¡Dime que no es verdad!

—¿El qué?

—¡Lo que acaba de decirme Christos!

—Joder, ¿crees que soy adivino? ¿Qué te ha dicho?

—¡Que el asesino de Yannis era uno de los hombres de los Angelis!

Alekos asiente con solemnidad antes de responder:

—Lydia vio a Goyo Athanasiou con Yannis en el club de Dragoslav poco antes de que lo asesinaran.

—¡Hijos de puta! ¡Malditos cabrones asquerosos! —Minerva da un palmetazo a un cenicero de cristal que descansa sobre la mesilla auxiliar del salón, y este acaba haciéndose añicos contra el suelo—. ¡Voy a matarlos! ¡Primero le retorceré el pescuezo a Cicero Angelis y después seguiré con el resto de su familia hasta que los extinga!

—Mimi, tranquila —la intenta calmar Stelios, levantando los brazos.

—¡Esos jodidos Angelis van a saber quién coño es Minerva Mavros!

—No te precipites. Nuestros hombres están investigando.

Mi hermana nos fulmina a todos con la mirada.

—¡Investigando! ¡¿Qué tienes que investigar?! ¡Los matamos y se acabó!

—No estamos hablando de cualquiera. Son la familia más poderosa de Atenas. Debemos ir con pies de plomo.

—¡Y una mierda! ¡Quiero venganza! ¡Y la quiero ya!

—Sabes igual que nosotros que las cosas no funcionan así, Minerva. Los Angelis no son unos pordioseros. Esperaremos a que nuestros hombres nos den la confirmación.

—¡Es que no cuadra, Alek, joder! —Ahora es Christos quien da un paso adelante, mientras niega con la cabeza—. ¡Si son ellos los asesinos de Yannis, ¿por qué Cicero Angelis no deja de insistir en que formemos una alianza ambas familias?

—¡No lo sé! ¡Hay demasiadas cosas que se me escapan! —Alekos se pasa una mano por el pelo—. Calix me llamará mañana para informarme sobre lo que han averiguado y entonces actuaremos.

—¿Y si no consiguen ninguna prueba? —Minerva se cruza de brazos, hostil—. ¡¿Crees que ese hijo de perra de Cicero va a dejarnos las pruebas en la puerta de la villa para que las encontremos?!

—¡Deja ese puto tonito conmigo! ¡Y si tienes un plan mejor que el nuestro, dilo!

—Lo tengo.

Alekos, Christos y Stelios se miran cautos, porque viniendo de Minerva puede ser cualquier cosa.

—¿Cuál es?

—¡Los investigaré yo misma!

—¿Y cómo coño vas a hacer eso? ¿Te mudas a Atenas?

—Sí. —Sonríe con frialdad—. A la misma mansión Angelis.

—¡¿Qué cojones dices?! —Resopla Christos.

Pero entonces, Minerva apoya una mano en su brazo y lo mira directamente a los ojos.

—Alekos, méteme dentro. Ayúdame a meterme en su casa.

—¿Cómo hago eso? —Niega con la cabeza.

—¡No lo sé, joder! ¡Como sea! ¡Cásame con ese gilipollas de Cicero!

—Cicero ya está casado.

—¡¿Y no tiene ningún jodido hijo soltero?!

—Tobías y Adonis —añade Christos, mirándola como si estuviera loca.

—Lo que sugieres es demasiado peligroso.

—¡Me importa una mierda que lo sea! ¡Sé cuidarme muy bien solita! ¡Tú organiza una boda con quien sea y déjame el resto a mí!

Alekos chasquea la lengua contra los dientes.

—¡No estamos en el puto siglo quince, Minerva!

—¡Dile a Cicero que, si no hay boda, tampoco hay alianza!

—Has perdido la cabeza.

—Mimi, por Dios, no hagas esa locura —implora Stelios, mirándola con súplica. Sus hermanos no saben nada, pero yo sí estoy al corriente de lo que pasa entre ellos. Stelios no quiere perderla.

Sin embargo, Minerva apenas le presta atención a su amante. Centra su interés en Alekos y sigue hablando:

—Hazlo. Tú solo organiza esa boda y, cuando consiga meterme en la mansión Angelis, traeré la cabeza del asesino de Yannis. —Tras esas palabras, mira a los tres con indiferencia y echa a andar hacia el jardín con esa chulería felina tan característica en ella. Pero, cuando pasa por mi lado, frena levemente y arquea una ceja—. Hola, cadáver, ¿otra vez por aquí?

—Vete a la mierda. —Resoplo y la miro mal.

Entonces, como si nada, me doy cuenta de que sus labios comienzan a curvarse en una leve sonrisa y me guiña un ojo.

—Bienvenida a casa. —Y se va.

Epílogo

—Definitivamente, mi hermana ha perdido la puta cabeza.

Alekos y yo tomamos el camino que lleva a nuestro dormitorio después de despedirnos de Christos y Stelios, quienes se han quedado en el salón digiriendo todo lo que acaba de pasar.

Recorremos el pasillo juntos, él llevando mis cosas, pero su gesto denota preocupación.

—¿No podemos hacer nada para que Minerva cambie de idea?

—Matarla —sentencia una vez llegamos al dormitorio y nos encerramos dentro—. Cuando se le mete algo en la cabeza no hay quien le haga entrar en razón.

—Entonces, ¿qué vais a hacer?

Él resopla, porque sabe que no le queda otra alternativa:

—Hablaré con Cicero Angelis y organizaremos una jodida boda entre mi hermana y uno de sus dos hijos solteros. Prefiero ayudarla y allanarle el terreno. Si le damos la espalda, no parará hasta conseguirlo por sí sola, aunque eso signifique ponerse en peligro.

Alekos deja las maletas en el suelo y yo me siento sobre la cama, pensando en lo que eso significa. Minerva está tan decidida a encontrar al culpable del asesinato de Yannis y hacérselo pagar, que no ha pensado en su propia seguridad.

—Una boda. —Niego con la cabeza y sonrío—. Vuestra vida es una aventura constante, ¿eh, Mavros?

Lo escucho reír mientras se quita la americana y la cuelga en el armario.

—Nuestra vida —me corrige—. Tú también formas parte de la familia.

—No sé si echar a correr ahora que aún estoy a tiempo.

—Es muy tarde. —Apoya las manos sobre la cama, a cada lado de mi cuerpo, y me da un intenso beso que me hace suspirar—. Te encontraría allá adonde fueras y te traería de vuelta.

—Eso ha sonado a amenaza.

—Y lo es, joder, Lyd, claro que lo es. —Muerde mi labio inferior antes de volverse para quitarse la camisa—. ¿Estás cansada?

—Estoy agotada.

—Seguro que Dragoslav y tu amiga han dormido menos que nosotros. —Me mira y se ríe—. Nuestra reconciliación ha sido épica y muy ruidosa.

—Porque eres un hijo de puta y me mordías para que gritase.

—Y por eso también.

Aprieto los labios para no sonreír y fijo los ojos en su cuerpo. En su pecho musculoso, en sus brazos, en su rostro sexi, en su espalda, en…

Durante unos segundos me quedo muda, porque hay algo en él que antes no había visto.

¡¿Qué demonios…?!

Me levanto de la cama con una mezcla de asombro y euforia y me acerco a él, obligándome a mantener la calma.

—Alekos, tu espalda.

—¿Qué? —Se hace el remolón, pero sabe a lo que me refiero.

—Tienes una mariposa tatuada. —Me llevo una mano a los labios y me los cubro mientras contemplo su nuevo tatuaje con atención. Una preciosa mariposa en el pecho de su dragón, tan colorida como las que yo misma llevo en la espalda—. ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Cuando te fuiste. El día después. —Rodea mi cintura, pegándome a él, y me abarca las mejillas para que lo mire a los ojos.

—¿Te la hiciste por mí?

—Recordé lo que me dijiste: que te tatuaste las mariposas para llevar contigo siempre el recuerdo de esos niños que perdiste. —Agarra mi barbilla y junta nuestras frentes—. Te echaba de menos. Te echaba muchísimo de menos y me la tatué para llevarte conmigo de alguna manera, aunque no estuvieses a mi lado. —Me da un beso tan dulce e intenso que una lágrima se escapa de mis ojos—. Tú eres mi mariposa, Lydia. Entraste en el corazón del dragón y te quedarás en él para siempre. Junto a mis camelias. Porque por ti también daría mi vida.

Agradecimientos

Hace más de diez años le hice una promesa a mi mejor amiga. Le dije que escribiría un libro donde la protagonista sería ella (o lo más parecida posible a ella). De hecho, cada vez que hablamos sobre *Al límite de la obediencia*, nos referimos al libro como *su libro*.
¿Me he hecho de rogar un poco? No lo niego, porque diez años son bastantes, pero por fin la promesa está cumplida. Y aunque la historia la he escrito yo, las gracias se las tengo que dar a ella.
Lidi, gracias por no dejar de insistir, por las charlas sin sentido, por cada mensaje de voz comentando los capítulos. Por confiar en que sería capaz de escribir sobre mafia, por emocionarte cuando supiste que *tu libro* sería un poquito *dark*.
Alekos y Lydia son tanto tuyos como míos, tenemos la custodia compartida, ja ja ja.

También agradecer a mis *brujis*, a mis lectoras 0. María, Erika y Minny. Chicas, cada vez que veo vuestras ganas con cada nueva historia, se me hincha un poco más el pecho de la emoción. Cualquier día salgo volando, y tan feliz.

A mis niñas de redes sociales y todas esas personas que apoyan día tras día mis publicaciones. Aunque no os nombre una por una, tened en cuenta que os estoy muy muy agradecida y que os tengo fichadas, ja ja ja.

A mi familia, por comprender y aceptar mi pasión por las letras, esa que a veces me quita un poco de tiempo en vuestra compañía. Os quiero.

Y, por último, y no menos importante, a ti, querid@ lector@. Gracias por darle una oportunidad a este libro, espero de corazón que lo hayas disfrutado y sigas acompañándome en esta carrera de fondo que es la escritura.

Muy pronto, una nueva aventura, prometido.